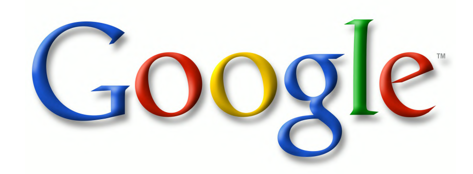
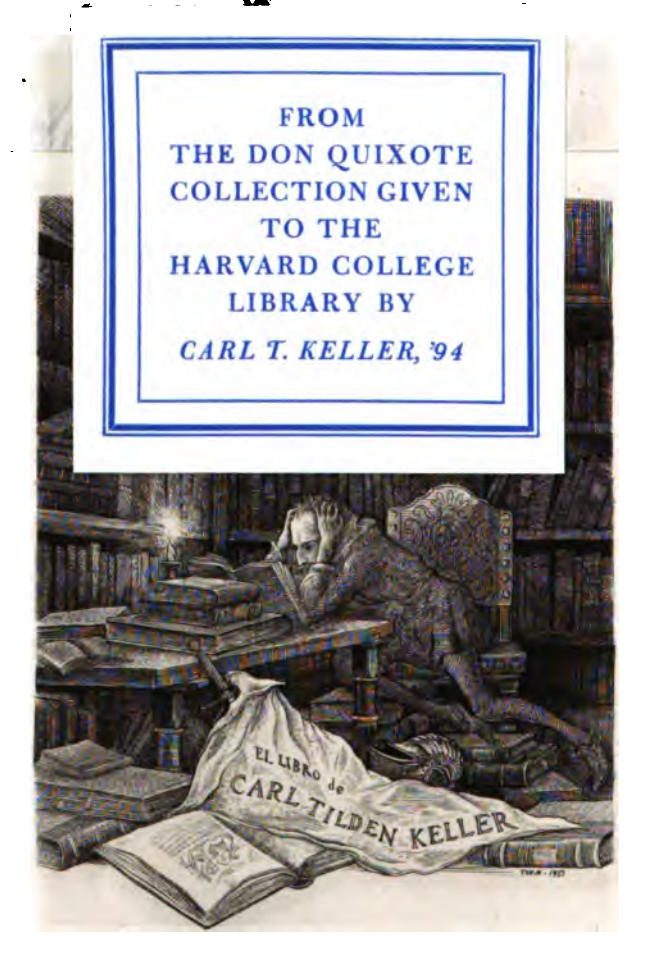
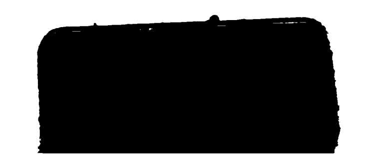







FROM
THE DON QUIXOTE
COLLECTION GIVEN
TO THE
HARVARD COLLEGE
LIBRARY BY
CARL T. KELLER, '94
EL LIBRO de
CARL TILDEN KELLER



DON QUIJOTE
DE LA MANCHA.

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE
DE LA MANCHA,

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

OBRA ADORNADA DE 125 ESTAMPAS LITOGRÁFICAS

Y PUBLICADA

Por Masse y Decaen,

IMPRESORES LITÓGRAFOS Y EDITORES,

CALLEJON DE SANTA CLARA N.° 8.

TOMO I.

MÉXICO.

Impreso por Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes num. 2.

M.DCCC.XLII.



Imprenta Lito. de Massé y Decaen, Callejon de Sta. Clara Nº 8.

Heredia Lit.



AL
DUQUE DE BÉJAR

MARQUES DE GIBRALEON,

CONDE DE BENALCÁZAR Y BAÑARES, VIZCONDE DE LA PUEBLA DE ALCOCER, SEÑOR DE LAS VILLAS DE CAPILLA, CURIEL Y BURGUILLOS.

En fe del buen acogimiento y honra que hace vuestra escelencia á toda suerte de libros, como príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y grangerías del vulgo, he determinado de sacar á luz al INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA al abrigo del clarísimo nombre de vuestra escelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su proteccion, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudicion, de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos que, no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con mas rigor y menos justicia los trabajos agenos: que poniendo los ojos la prudencia de vuestra escelencia en mi buen deseo, fio que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio [1].

Miguel de Cervantes
Saavedra.

1 El duque de Béjar, cuya proteccion buscó Cervantes para la primera parte del Quijote, despues de admitir dificultosamente este obsequio, alzó la mano en los favores que le dispensaba, instigado de un religioso cuya autoridad era grande en su casa. Dicen que Cervantes retrató al vivo el carácter de este impertinente en el eclesiástico con quien altercó Don Quijote: el religioso, pues, y Cervantes eran incompatibles. Venció el primero, y el duque, olvidando al escritor, se llenó de ignominia á los ojos de la posteridad irritada de su preferencia. *Este pasage se ha tomado de la Noticia de la vida de Cervantes, puesta al principio de la edicion de Don Quijote, hecha en Madrid en la imprenta real, año de 1797.*



PRÓLOGO.

DESOCUPADO lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo y mas discreto que pudiera imaginarse; pero no he podido yo contravenir la órden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante: y así ¿qué podia engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno: bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas mas estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo, que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, antes las juzga por descripciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de Don Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres; y pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre albedrio como el mas pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de mi manto al rey mato. Todo lo cual te esenta y hace libre de todo respeto y obligacion, y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien por el mal, ni te premien por el bien que dijeres della.

Solo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse: porque te sé decir

que, aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dejé por no saber lo que escribiria; y estando una suspenso con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diria, entró á deshora un amigo mio, gracioso y bien entendido, el cual viéndome tan imaginativo me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que habia de hacer á la historia de Don Quijote, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerle, ni menos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero; porque ¿cómo quereis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador, que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años á cuestas, con una leyenda seca como un esparto, agena de invencion, menguada de estilo, pobre de conceptos y falta de toda erudicion y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros (aunque sean fabulosos y profanos) tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos y elocuentes? ¡Pues qué cuando citan la Divina Escritura! no dirán sino que son unos Santos Tomases y otros doctores de la iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraido, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oirle ó leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el márgen, ni que anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte, y en Zoylo ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos; aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darian, y tales, que no les igualasen los de aquellos que tienen mas nombre en nuestra España. En fin, señor y amigo mio, proseguí, yo determino que el Sr. Don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron, y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspension y elevamiento en que me hallastes: bastante causa para ponerme en ella la que de mí habeis oido.

Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente, y disparando en una larga risa, me dijo: Por Dios, hermano, que ahora me aca-

bo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones; pero ahora veo que estais tan lejos de serlo, como lo está el cielo de la tierra.

¡Cómo! ¿Qué, es posible que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? Á la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y vereis como en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decis que os suspenden y acobardan para dejar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso Don Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia, de qué modo pensais llenar el vacio de mi temor, y reducir á claridad el cáos de mi confusion?

A lo cual él dijo: Lo primero en que reparais de los sonetos, epigramas ó elogios que os faltan para el principio, y que sean de personages graves y de título, se puede remediar con que vos mesmo tomeis algun trabajo en hacerlos, y despues los podeis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias, ó al emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas: y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detras os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedis, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay mas sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias ó latines que vos sepais de memoria, ó á lo menos que os cuesten poco trabajo el buscallos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro,

y luego en el márgen citar á Horacio, ó á quien lo dijo: si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con:

Pallida mors æquo pulsat pede
Pauperum tabernas, Regumque turres:

si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura divina, que lo podeis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo menos del mismo Dios: *Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros.* Si tratáredes de malos pensa-

mientos, acudid con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malæ:* si de la instabilidad de los amigos, ahí está Caton que os dará su dístico:

Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris:

y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el dia de hoy.

En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer desta manera. Si nombrais algun gigante en vuestro libro, hacedle que sea el gigante Golías, y con solo esto, que os costará casi nada, teneis una grande anotacion, pues podeis poner: "El gigante Golías ó Go- "liad, fué un filisteo, á quien el pastor David mató de una gran pedrada "en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes en el "capítulo que vos halláredes que se escribe." Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotacion, poniendo: "El rio Tajo fué así dicho por un rey de las Espa- "ñas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Oceano, besan- "do los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las "arenas de oro &c." Si tratáredes de ladrones, yo os daré la historia de Caco, que la sé de corro: si de mugeres rameras, ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Laida y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito: si de crueles, Ovidio os entregará á Medea: si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso, y Virgilio á Circe: si de capitanes valerosos, el mesmo Julio Cesar os prestará á sí mismo en sus comentarios, y Plutarco os dará mil Alejandros: si tratáredes de amores, con dos onzas que sepais de la lengua toscana, topareis con Leon Hebreo que os hincha las medidas: y si no quereis andaros por tierras estrañas, en vuestra casa teneis á Fonseca *del Amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el mas ingenioso acertare á desear en tal materia. En resolucion, no hay mas sino que vos procureis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra que aquí he dicho, y dejadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo os voto á tal de llenaros los márgenes, y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora á la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos desde A hasta la Z como vos decis; pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro: que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniades de aprovecharos dellos, no importa nada; y quizá alguno habrá tan simple, que crea que de todos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra; y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de im-

proviso autoridad al libro: y mas, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguistes ó no los seguistes, no yéndole nada en ello: cuanto mas, que si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decis que le falta, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Ciceron: ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la Astrología: ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la retórica: ni tiene para que predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla, de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento: solo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere: y pues esta vuestra escritura no mira á mas, que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de Caballerías, no hay para que andeis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos; sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oracion y periodo sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes y fuere posible vuestra intencion, dando á entender vuestros conceptos, sin intrincarlos, y escurecerlos. Procurad tambien que leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas: que si esto alcanzásedes, no habriádes alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este prólogo: en el cual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso Don Quijote de la Mancha, de quien hay opinion por todos los habitadores del distrito del Campo de Montiel, que fué el mas casto enamorado y el mas valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien á mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí no olvide. VALE.

AL LIBRO

DE

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

URGANDA LA DESCONOCIDA.

SI de llegarte á los bue-
Libro, fueres con letu-
No te dirá el boquirru-
Que no pones bien los de-
Mas si el pan no se te cue-
Por ir á manos de idio-
Verás de manos á bo-
Aun no dar una en el cla-
Si bien se comen las ma-
Por mostrar que son curio-
Y pues la esperiencia ense-
Que el que á buen árbol se arri-
Buena sombra le cobi-
En Béjar tu buena estre-
Un árbol real te ofre-
Qué da príncipes por fru-
En el cual florece un du-
Que es nuevo Alejandro Ma-
Llega á su sombra, que á osa-
Favorece la fortu-
De un noble hidalgo manche-
Contarás la aventu-
A quien ociosa letu-
Trastornaron la cabe-
Damas, armas, caballe-
Le provocaron de mo-
Que cual Orlando furio-
Templado á lo enamora-

  Alcanzó á fuerza de bra-
  A Dulcinea del Tobo-
No indiscretos hieroglí-
  Estampes en el escu-
  Que cuando es todo figu-
  Con ruines punto se embi-
  Si en la direccion te humi-
  No dirá mofante algu-
  Que Don Alvaro de Lu-
  Que Aníbal el de Carta-
  Que el rey Francisco en Espa-
  Se queja de la fortu-
Pues al cielo no le plu-
  Que salieses tan ladi-
  Como el negro Juan Lati-
  Hablar latines rehu-
  No me despuntes de agu-
  Ni me alegues con filo-
  Porque torciendo la bo-
  Dirá el que entiende la le-
  No un palmo de las ore-
  ¿Para qué conmigo flo-?
No te metas en dibu-
  Ni en saber vidas age-
  Que en lo que no va ni vie-
  Pasar de largo es cordu-
  Que suelen en caperu-
  Darles á los que grace-
  Mas tú quémate las ce-
  Solo en cobrar buena fa-
  Que el que imprime neceda-
  Dalas á censo perpe-
Advierte que es desati-
  Siendo de vidrio el teja-
  Tomar piedras en la ma-
  Para tirar al veci-
  Deja que el hombre de jui-
  En las obras que compo-
  Se vaya con piés de plo-
  Que el que saca á luz pape-
  Para entretener donce-
  Escribe á tontas y á lo-

AMADIS DE GAULA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Tú, que imitaste la llorosa vida,
Que tuve ausente y desdeñado sobre
El gran ribazo de la peña Pobre,
De alegre á penitencia reducida.
Tú, á quien los ojos dieron la bebida
De abundante licor, aunque salobre;
Y alzándote la plata, estaño y cobre
Te dió la tierra en tierra la comida:
Vive seguro de que eternamente,
En tanto al menos que en la cuarta esfera
Sus caballos aguije el rubio Apolo,
Tendrás claro renombre de valiente,
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo único y solo.

DON BELIANIS DE GRECIA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Rompí, corté, abollé y dije y hice
Mas que en el orbe caballero andante:
Fuí diestro, fuí valiente, fuí arrogante,
Mil agravios vengué, cien mil deshice:
Hazañas dí á la fama que eternice,
Fuí comedido y regalado amante,
Fué enano para mí todo gigante,
Y al duelo en cualquier punto satisfice:
Tuve á mis piés postrada la fortuna,
Y trajo del copete mi cordura
A la calva Ocasion al estricote:
Mas, aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, ¡O gran Quijote!

LA SEÑORA ORIANA Á DULCINEA DEL TOBOSO.

SONETO.

¡O quién tuviera, hermosa Dulcinea,
Por mas comodidad y mas reposo
A Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara su Lóndres con tu aldea!

¡O quién de tus deseos y librea
Alma y cuerpo adornara, y del famoso
Caballero, que hiciste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea!
¡O quién tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tú hiciste
Del comedido hidalgo Don Quijote!
Que así envidiada fuera, y no envidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fué triste,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN, ESCUDERO DE AMADIS DE GAULA, Á SANCHO PANZA, ESCUDERO DE DON QUIJOTE.

SONETO.

Salve, varon famoso, á quien fortuna,
Cuando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna.
Ya la azada, ó la hoz, poco repugna
Al andante ejercicio, ya está en uso
La llaneza escudera; con que acuso
Al soberbio que intenta hollar la luna.
Envidio á tu jumento y á tu nombre,
Y á tus alforjas igualmente envidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, ó Sancho, tan buen hombre,
Que á solo tú nuestro español Ovidio,
Con buzcorona y hace reverencia.

DEL DONOSO, POETA ENTREVERADO, Á SANCHO PANZA Y ROCINANTE.

Soy Sancho Panza, escude-
Del Manchego Don Quijo-
Puse piés en polvoro-
Por vivir á lo discre-
Que el Tácito Villadie-
Toda su razon de esta-
Cifró en una retira-
Segun siente Celesti-

Libro en mi opinion divi-
Si encubriera mas lo huma-

Á ROCINANTE.

Soy Rocinante el famo-
Biznieto del gran Babie-
Por pecados de flaque-
Fuí á poder de un Don Quijo-
Parejas corrí á lo flo-
Mas por uña de caba-
No se me escapó ceba-
Que esto saqué á Lazari-
Cuando para hurtar el vi-
Al ciego le dí la pa-

ORLANDO FURIOSO Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Si no eres Par, tampoco le has tenido,
Que Par pudieras ser entre mil Pares,
Ni puede haberle donde tú te hallares,
¡Invicto vencedor, jamas vencido!
Orlando soy, Quijote, que perdido
Por Angélica vi remotos mares,
Ofreciendo á la fama en sus altares
Aquel valor que respetó el olvido.
No puedo ser tu igual, que este decoro
Se debe á tus proezas y á tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso;
Mas serlo has mio, si al soberbio Moro
Y Scita fiero domas, que hoy nos llama
Iguales en amor con mal suceso.

EL CABALLERO DEL FEBO Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

A vuestra espada no igualó la mia,
Febo español, curioso cortesano,
Ni á la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fué do nace y muere el dia:
Imperios desprecié; y la Monarquía,
Que me ofreció el oriente rojo en vano,
Dejé por ver el rostro soberano
De Claridiana, aurora hermosa mia:

Améla por milagro único y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temió mi brazo, que domó su rabia:
Mas vos, godo Quijote, ilustre y claro,
Por Dulcinea sois al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta y sabia.

DE SOLISDAN Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Magüer, señor Quijote, que sandeces
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca sereis de alguno reprochado
Por hombre de obras viles y soeces:
Serán vuesas fazañas los joeces,
Pues tuertos desfaciendo habeis andado,
Siendo vegadas mil apaleado,
Por follones cautivos y raheces:
Y si la vuesa linda Dulcinea
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuesas cuitas muestra buen talante,
En tal desman vueso conorte sea,
Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

DIÁLOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE.

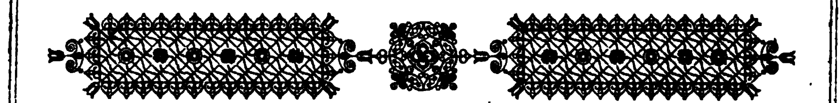
SONETO.

B. ¿Cómo estais, Rocinante, tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. ¿Pues qué es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.
B. Andad, señor, que estais muy mal criado,
Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R. Asno se es de la cuna á la mortaja:
¿Quereislo ver? miraldo enamorado.
B. ¿Es necedad amar? *R.* No es gran prudencia.
B. Metafisico estais. *R.* Es que no como.
B. Quejaos del escudero. *R.* No es bastante.
¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
Si el amo, y escudero ó mayordomo
Son tan Rocines como Rocinante?



Lito callejon de S. Clara N.º 8

Heredia y Blanco dib



NOTICIA

SOBRE

LA VIDA Y ESCRITOS DE CERVANTES.



BSÉRVASE que la historia de los ingenios suele ceñirse á sus obras duraderas, pues en ellas se cifran sus hechos, y el hombre se apersona en el autor. No sucede así con Cervantes. Hombre esclarecido antes de ser escritor eminente, sobresalió con sus acciones antes de escribir una obra inmortal. Interesaria su historia, aun cuando careciera del embeleso de su nombradía, pues su vida rebosa, al par de sus escritos, de halago y de moralidad.

Desconocido antes y aun mucho despues de su muerte, no tuvo biógrafos Cervantes en la temporada contemporánea, cuando embargando la atencion un sujeto esclarecido, va recogiendo con ahinco los rasgos de una ecsistencia afamada. Se han requerido despues los conatos de una admiracion póstuma y tardia para construir, al arrimo de la tradicion, de documentos auténticos y aun de congeturas no menos que de certidumbre, el edificio incompleto de una vida dilatada y eficacísima. Quedan largos vacios por llenar y dudas que despejar, mas lo ya comprobado, junto con lo probable, basta en el dia para retratar al vivo la suerte de un hombre esclarecido que está condecorando á la humanidad entera.

No se ha logrado aún descubrir el sepulcro de Cervantes, como se ocultó larguísimo tiempo su cuna. Hasta ocho pueblos se disputaron aquel timbre: Madrid, Sevilla, Toledo, Lucena, Esquivias, Alcázar de San Juan, Consuegra y Alcalá de Henares. Nació en esta ciudad, y se bautizó el 9 de Octubre de 1547 en la iglesia parroquial de Santa María la Mayor. Su familia, oriunda de Galicia, y luego avecindada en Castilla, sin ser de la primera nobleza, correspondia á la clase de los hidalgos. Suena honoríficamente en los anales de España el apellido de Cervantes desde el siglo trece, pues asistieron allá guerreros que lo llevaban en las conquistas grandiosas de San Fernando, en las tomas de Baeza y de Sevilla. Les cupieron repartos de territorio, al repoblar los baldíos que iban dejando los moros, y asoman otros Cervantes por la conquista del Nuevo Mundo, trasladando allí varias ramas del tronco principal. A principios del siglo diez y seis, se hallaba Juan de Cervantes de corregidor en Osuna, y su hijo Rodrigo se desposó, por los años de 1540, con Doña Leonor de Cortinas, señora noble del lugar de Barajas. Nacieron de este enlace, primero dos niñas, Doña Andrea y Doña Luisa, y luego dos hijos, Rodrigo y Miguel, siendo éste el menor de toda aquella familia, tan menesterosa como honrada.

Poco consta de la mocedad de Cervantes. Se deja discurrir que nacido en pueblo de universidad, á donde acudian los jóvenes de Madrid, que solo dista cuatro leguas, cursaria allí sus primeros estudios. Lo que sabemos por su propio testimonio es que, desde su niñez, era aficionadísimo á las letras, cebado en la lectura hasta el estremo de *ir recogiendo por las calles los girones de papelillos desperdiciados*. Sobresalió su propension á la poesía y al teatro con los tabladillos del famoso Lope de Rueda, comediante de la legua, y fundador del teatro español, á quien, desde antes de la edad de once años, estuvo viendo representar en Segovia y Madrid.

Miguel, ya mozo, pasó á Salamanca, donde estuvo dos años matriculado como estudiante en aquella universidad afamada. Consta que vivió en la calle de

los Moros, y allí fué donde se impuso en las costumbres de los estudiantes que retrató tan al vivo en varios pasos de sus obras, y con especialidad en la segunda parte del *Quijote* y en dos de sus mejores novelas, el *Licenciado Vidriera* y la *Tia Fingida*. Aparece luego despues en la escuela de un humanista harto conocido y llamado Juan Lopez de Hoyos. Encargó el ayuntamiento de Madrid á este catedrático, que compusiera las alegorías y rótulos que debian realzar, en la iglesia de las Descalzas Reales, el mausoleo de la reina Isabel de Valois, cuando se le tributaron ecsequias magníficas en el año 1568. Ausiliaron á Hoyos algunos de sus alumnos aventajados, y entre estos aparece el primero Cervantes. En la *Relacion* publicada por aquel profesor, quien refiere la enfermedad, la muerte y los funerales de la reina, menciona como obra de Cervantes, á quien repetidamente llama su *querido y amado discípulo*, el primer epitafio en forma de soneto, cuatro *redondillas*, una *copla castellana*, y en fin, un elegía en *tercetos*, compuesta en nombre de toda la escuela, dedicada al cardenal Don Diego de Espinosa, presidente del consejo de Castilla é inquisidor general.

Merecieron aceptacion estos ensayos; y con sus ínfulas escolares, compuso el poema de Filena, varios sonetos, algunos romances, y en fin, *rimas* ó poesías varias, partos de que hace mencion al fin de su vida, en el viage al Parnaso; pero de los cuales solo queda esta memoria.

Sobrevino por entonces en el palacio de Felipe II aquella tragedia misteriosa, cuyo desenlace doble fué la muerte del príncipe Don Cárlos y de la reina Isabel, que le sobrevivió tan solo dos meses. Envió luego el papa Pio V un nuncio á Madrid, para dar el pésame al rey de España, é instar á vueltas de esta embajada de ceremonia, por ciertos derechos de la iglesia denegados por Felipe en sus dominios de Italia. Era el nuncio un prelado romano llamado Julio Aquaviva, hijo del duque de Atri, quien obtuvo el capelo á su regreso de España. No cabia que su venida fuese del agrado de Felipe, quien tenia mandado terminantemente que nadie, príncipe ó súbdito, le hablase de la muerte de su hijo, y embargado como estaba en sus devociones, nunca cejó sobre punto alguno ante la corte de Roma; y por tanto fué muy breve la mansion del legado en Madrid, dándole á los dos meses, el 2 de Diciembre de 1568, su pasaporte, ceñido á su regreso inmediato é imprescindible por Valencia y Barcelona. El mismo Cervantes afirma que sirvió en Roma al cardenal Aquaviva en clase de *camarero*, y así es de suponer que el nuncio, á quien pudieron presentar á Cervantes como uno de los poetas del catafalco de la reina, se prendó de sus circunstancias, y condolido de su desamparo, no menos que de su talento, tuvo á bien admitirle en lo que llamaban á la sazon la *familia* de un grande, por no apellidarle criado. Era por lo demas estilo corriente, pues muchos hidalgos españoles, sin aprension alguna de mengua, se solian avenir al servicio de la púrpura romana, ya para viajar de balde por Italia, ya para lograr algunas ventajas con la privanza de sus amos.

Entonces fué cuando Cervantes atravesó por Valencia y Barcelona, que suele encarecer en sus escritos, como tambien las provincias meridionales de Francia, descritas en su *Galatea;* pues aquella fué la única temporada en que pudo ver aquel pais.

En medio del ocio y descanso que le proporcionaria la antesala del prelado romano, y la coyuntura todavía mas preciosa para engolfarse en su aficion de poeta, paró poco Cervantes en aquella colocacion, pues se alistó desde el año siguiente, 1569, en las tropas españolas que estaban acuarteladas por Italia. No habia para los hidalgos menesterosos mas carrera que la de la iglesia ó la de las armas: esta fué la que antepuso Cervantes, y sentó plaza de *soldado*. No tenia esta voz idénticamente el mismo sentido que ahora, pues venia á ser un ínfimo grado militar, del cual se ascendia al de alférez, y tal vez á la clase de capitan; y así no se admitia á todo viniente, y era lo que se entendia entonces por *sentar plaza*.

El momento era adecuado para los alientos de Cervantes, pues en la contienda que se acababa de entablar iban á estrellarse la cristiandad y el islamismo. Selim II, atropellando tratados, invadió en medio de la paz la isla de Chipre, posesion de los venecianos. Imploraron estos el ausilio del papa Pio V, quien incorporó luego sus galeras y las de España, á las órdenes de Marco Antonio Colona, con las de Venecia. La armada entera dió la vela, á principios del verano de 1570, para los mares de Levante, con el intento de atajar la carrera al enemigo comun; mas se malogró la campaña por desavenencias é irresoluciones de los caudillos confederados. Tomaron los turcos á Nicosia por asalto, fueron estendiendo sus conquistas por toda la isla, y las escuadras cristianas, averiadas con las tormentas, tuvieron que aportar en los parages de donde habian salido. Hallábanse, entre las cuarenta y nueve galeras españolas incorporadas con las del papa al mando superior de Juan Andres Doria, las veinte galeras de Nápoles mandadas por el marques de Santa Cruz. Se habian reforzado sus tripulaciones con cinco mil

soldados españoles, entre los cuales se comprendia tambien la compañía del valeroso capitan Diego de Urbina, destacada del tercio de Miguel de Moncada. En ella se habia alistado Cervantes por estreno de su nueva profesion.

Durante el invernadero de Nápoles, se preparaban mas y mas las disposiciones en las tres potencias marítimas del mediodía de Europa, y los diplomáticos de aquel tiempo echaban los cimientos de la alianza que debia hermanarlas pasageramente. Por fin, el 20 de Mayo de 1571, se firmó el famoso trado de *la Liga* entre el papa, el rey de España y la república de Venecia. Las tres potencias contractantes nombraron generalísimo de las fuerzas combinadas al hijo natural de Cárlos V, Don Juan de Austria, que acababa de esclarecerse por su estreno en la carrera militar, aniquilando la rebeldía dilatada de los Moriscos granadinos.

Juntó Don Juan ejecutivamente en Barcelona sus veteranos de las Alpujarras, y entre ellos los *tercios* esclarecidos de Don Miguel de Moncada y de Don Lope de Figueroa, y dando sin demora la vela para la Italia, entró el 26 de Junio, en la bahía de Génova, con cuarenta y siete galeras. Repartidas la tropa y la tripulacion por todos los bageles de la armada, aportó en Mesina de Sicilia á donde iban acudiendo las fuerzas combinadas. En aquella distribucion habian cabido á las galeras de Juan Andres Doria, que estaba en el servicio de España, dos compañías nuevas de veteranos tomadas del tercio de Moncada, las de Urbina y de Rodrigo de Mora; y Cervantes siguió á su capitan en la galera *Marquesa*, mandada por Francisco Santo Pietro.

La escuadra de los confederados, despues de abastecer á Corfú, persiguiendo á la enemiga, la avistó el 7 de Octubre en la madrugada, á la embocadura del golfo de Lepanto. Se entabló la refriega poco despues del medio dia, por el ala de Barbarigo; se fué estendiendo por toda la línea, y vino aterminarse al anochecer con una de las victorias mas esclarecidas y sangrientas, y de las mas infructuosas que suenan en los anales modernos.

Hallábase á la sazon Cervantes calenturiento, y á los asomos del combate, el capitan y los compañeros le instaron para que se retirase al entrepuentes; mas el gallardo descendiente de los vencedores de Sevilla, aunque debilitado con la enfermedad, lejos de avenirse á consejo tan apocado, rogó que se le destinase al punto mas espuesto, y lo colocaron con doce soldados selectos junto al esquife. Descolló su galera *Marquesa* en el trance; abordó á la capitana de Alejandría, le mató cerca de quinientos turcos, incluso el comandante, y tomó el estandarte real de Egipto. En el ardor de la refriega sangrienta, Cervantes recibió tres arcabuzazos, dos en el pecho y uno en la mano izquierda, que se la desbarató y le quedó estropeada para siempre. Ufano con razon de haber tenido parte tan gloriosa en aquella ocasion memorable, Cervantes nunca se apesadumbró del malogro de su mano, y anduvo repitiendo que se complacia de haber costeado á tan alto precio el blason de contarse entre los soldados de Lepanto, y en testimonio de su valentía, que estimaba mucho mas que su ingenio, se preciaba de enseñar sus heridas, recibidas, solia decir, en el trance mas esclarecido que vieron los siglos pasados y presentes, y que han de ver los venideros.... y como luceros que deben guiar á los demas al cielo del pundonor.

Ansiaba Don Juan utilizar la victoria allanando los castillos de Lepanto y de San Mauro, y bloquear á los turcos en los Dardanelos; pero la otoñada fiera, la escasez de abastos, el crecido número de heridos y enfermos, en fin, la órden espresa de su hermano Felipe, le precisaron á regresar á Mesina, donde entró el 31 de Octubre. Las tropas se fueron acuartelando de invernada, y cupo al tercio de Moncada el mediodía de Sicilia; mas Cervantes, herido y enfermo, tuvo que permanecer en Mesina y sus hospitales por espacio de seis meses. Don Juan de Austria, finísimo con él ya desde el dia posterior al combate, al ir visitando los diferentes cuerpos de la armada, no lo olvidó tampoco en aquel desamparo. Constan los socorros que le hizo entregar por la pagaduría de la escuadra, con fecha del 15 y 23 de Enero, y 9 y 17 de Marzo de 1572. Restablecido por fin Cervantes, una órden del generalísimo á los oficiales de cuenta y razon señaló una paga alzada de tres escudos mensuales al soldado Cervantes, que pasó a una compañía del tercio de Figueroa.

Desdijo mucho la campaña siguiente de los resultados grandiosos que se estuvieron esperando. Acababa de morir Pio V, el alma de la *liga;* los venecianos, lastimados en sus intereses del comercio de Levante, se habian entibiado; vino á quedar la España sola en la demanda con los turcos, quienes, sostenidos con la llamada que estaba haciendo la Francia á su favor contra el rey católico, el año mismo de San Bartolomé, amenazando á la Flándes española, se habian preparado en gran manera y amagaban ahora un desembarco por las costas de Sicilia. Sin embargo, el 6 de Junio dió la vela Marco Antonio Colona, para el Archipiélago, con parte de la escuadra confederada, entre otras, las treinta y seis galeras del marques de Santa Cruz, donde se halla-

ba la compañía del tercio de Figueroa, en la que habia entrado Cervantes. Salió Don Juan de Austria con el resto de la armada el 9 de Agosto; mas ambas escuadras desperdiciaron la estacion en pos una de otra, y reunidas por fin en Septiembre, malograron por la torpeza de los pilotos la coyuntura de embestir aventajadamente á la escuadra turca, dividida ciegamente entre los puertos de Navarino y de Modon. Tras una tentativa infructosa de asalto contra el castillo de Navarino, tuvo Don Juan que reembarcar su tropa, y retirarse á principios de Noviembre al puerto de Mesina. Cervantes refiere por estenso, en la historia del *Capitan Cautivo*, el pormenor de aquella campaña inservible, de 1572, en que tuvo parte.

No trataba sin embargo Felipe II de abandonar sus intentos, pues era su ánimo agolpar, al principiar la primavera inmediata, hasta trescientas galeras en Corfú, y dar al traves para siempre con la marina otomana; pero los venecianos, que estaban reservadamente negociando con Selim con la mediacion de la Francia, firmaron un tratado de paz en Marzo de 1573. Tan inesperada desercion quebrantó la *liga* y retrajo de todo intento contra la Turquía. Para emplear aquel aparato de fuerzas agolpadas por la España, se acordó hacer un desembarco en Argel ó en Túnez. A este último intento se atuvieron igualmente Felipe y Don Juan, mas el rey queria únicamente destronar al turco Aluch-Alí, para restablecer al moro Muley Mohamed, y desmantelar unas fortalezas costosísimas de mantener, al paso que el príncipe hermano, á quien negaba el dictado de infante de España, trataba de coronarse en aquel pais, donde los españoles desde Carlos V estaban poseyendo el fuerte de la Goleta.

Logróse por el pronto la espedicion. Desembarca Don Juan sus tripulaciones en la Goleta, envia al marques de Santa Cruz con las compañías de preferencia á posesionarse de Túnez, desamparado por la guarnicion turca y por casi todo el vecindario; pero Felipe, no menos receloso de los intentos del príncipe aventurero que airado con su desobediencia, le manda volver inmediatamente á Lombardía; marcha Don Juan, deja escasas guarniciones en la Goleta y en el fuerte, y los turcos asaltan y toman uno y otro en aquel mismo año.

Cervantes, despues de entrar en Túnez con el marques de Santa Cruz en las filas del afamado tercio de Figueroa, que, segun el historiador Vander-Hamen, *estremecia la tierra con su mosquetería*, volvió á Palermo en la escuadra. Embarcáronle luego á las órdenes del duque de Sesa, que trató en vano de socorrer la Goleta; pasó despues á invernar en Cerdeña; volvió á Italia en las galeras de Marcelo Doria; y entonces logró de Don Juan de Austria, vuelto á Nápoles en Junio de 1575, su licencia para regresar á España, de donde faltaba hacía siete años.

Con motivo de tanta espedicion militar, anduvo Cervantes toda la Italia, pues visitó á Florencia, Venecia, Roma, Nápoles, Palermo y el colegio de Boloña, fundado para los españoles por el cardenal Albornoz; se impuso en la lengua y literatura italiana, en la que se habian ya ido labrando los ingenios de Boscan, Garcilaso, Hurtado de Mendoza, y se estaban en su tiempo ejercitando Mesa, Virués, Mira de Amescua y los hermanos Argensolas. Influyó aquel estudio para sus tareas posteriores y en general para su estilo, en que algunos contemporáneos tacharon, siguiendo á los *anti-petrarquistas*, hartos italianismos mal encubiertos.

Cervantes, de edad de veinte y ocho años, lisiado, desfallecido con los quebrantos de tres campañas, y siempre soldado raso, trató de restituirse á su patria y familia, y acudir á la corte donde esperanzaba lograr algun galardon competente á sus brillantes servicios. Mereció á su general mucho mas que su mera licencia, pues Don Juan de Austria le favoreció con cartas para el rey su hermano, elogiando al herido de Lepanto, é instándole para que le encargase el mando de una de las compañías que se estaban alistando en España para Italia ó Flandes. El virey de Sicilia, Don Cárlos de Aragon, duque de Sesa, recomendaba igualmente á las finezas del rey y de los ministros, un soldado hasta entonces desatendido, que con su denuedo, despejo y conducta ejemplar, se habia grangeado el aprecio de sus gefes y de sus compañeros.

Embarcóse Cervantes, pertrechado con recomendaciones tan rleevantes y lisongeras, desde Nápoles en la galera española *el Sol*, con su hermano mayor Rodrigo, soldado como él, el general de artillería Pedro Diez Carrillo de Quesada, ex-gobernador de la Goleta, y otros varios esclarecidos militares que regresaban igualmente á su patria. Mas otros quebrantos le estaban esperando, y no asomaba para él todavía la temporada del sosiego. Acorraló el 26 de Septiembre de 1575 á la galera del *Sol* una escuadra argelina, mandada por el Arnaute ó Albanés Mamí, que ostentaba el dictado de Capitan de los mares. Embistieron á la galera española tres bageles turcos, entre ellos un galeon de veinte y dos bancos de remeros, mandado por Dali-Mamí, renegado griego, llamado el *Cojo*. Tras una pelea tan porfiada como desigual, en que sobresalió Cervantes con su acostumbrada valentía, tuvo la galera que arrear su insignia, y fué conducida triun-

falmente al puerto de Argel, donde se hizo el reparto de los cautivos; y Cervantes cupo al mismo Dali-Mamí, apresador de la nave cristiana.

Era este tan avariento como inhumano, y en vista de las cartas de Don Juan de Austria y del duque de Sesa para el rey á favor de Cervantes, le conceptuó desde luego por un hidalgo esclarecido y un personage de gran suposicion en España; y para lograr un rescate cuantioso lo aherrojó inmediatamente en gran manera, le empozó en una mazmorra y lo martirizó con cuantas privaciones y tormentos pudo imaginar. Así lo solian practicar los piratas berberiscos con los cautivos de consideracion que caian en sus manos, pues los atropellaban, á lo menos por el pronto, ya para hacerlos renegar, ya para precisarles á encarecer su rescate y á estrechar á sus parientes y allegados para aprontarlo sin tardanza.

En aquella lid reñida contra sus padecimientos incesantes de dia y noche, descolló Cervantes con un heroismo mas raro y mas esclarecido por cierto que el del mero denuedo, el heroismo del aguante, "segundo valor de los hombres," como dice Solis, "tan hijo del corazon como el primero." Lejos de postrarse ó doblegarse, ideó Cervantes desde luego el intento, tantas veces aventurado por él, de recobrar su libertad, echando el resto de su arrojo y su travesura. Quiso tambien proporcionarla á todos sus compañeros, de quienes vino á ser luego el alma y el norte, por la sobresalencia de su ingenio y de su teson. Se conservan los nombres de varios, como el capitan Don Francisco de Meneses, los alféreces Rios y Castañeda, el sargento Navarrete, un Don Beltran del Salto y Castilla, y un hidalgo llamado Osorio. Su primer ánimo, segun refiere el P. Haedo en su historia de Argel, fué marchar por tierra, como ya otros lo habian practicado, hasta Oran, que á la sazon era de España. Lograron salir de Argel, por medio de un moro que agenció Cervantes, pero el malvado los desamparó á la segunda jornada, y tuvieron los desventurados que acudir á las casas de sus dueños para recibir castigos horrorosos por el intento de su fuga; y á Cervantes cupo lo sumo del rigor como á caudillo de aquella demasía.

Tal cual compañero, como el alférez Gabriel de Castañeda, logró su rescate á mediados del año de 1576, y se encargó aquel de llevar á los parientes de Cervantes las cartas en que ambos hermanos retrataban al vivo su situacion deplorable. Rodrigo de Cervantes, su padre, vendió desde luego ó empeñó el escaso patrimonio de sus hijos, y aun su propia reserva, tambien de ínfima monta, y hasta los dotes de sus dos hermanas solteras, reduciéndose así la familia entera al desamparo. ¡Conatos, ay Dios, malogrados! A la llegada de aquel importe de ventas y empréstitos, entabló Cervantes un convenio con su dueño Dali-Mamí; pero éste conceptuaba muy alto á su cautivo para desprenderse baratamente de su persona, y fueron de tal ecshorbitancia sus demandas, que Cervantes quedó desahuciado de alcanzar su libertad, y así traspasó su cuota al hermano, quien á precio inferior fué rescatado por el mes de Agosto de 1577. A su propartida se comprometió á habilitar en Valencia, ó en las islas Baleares, una fragata armada, que, tocando en el sitio convenido de la costa de Africa, libertase á su hermano y á otros cautivos, quienes le encargaron al intento cartas urgentísimas para los vireyes y otros sugetos de suposicion en las costas marítimas.

Se hermanaba este intento con el plan ya formado muy de antemano por Cervantes. Caía, á una legua á levante de Argel, la quinta donde veraneaba el Kaid Hasan, renegado griego. Uno de sus esclavos, llamado Juan, natural de Navarra, habia ido escavando, en la huerta que cultivaba, un sótano ó subterráneo reservado, en donde, segun la disposicion de Cervantes, se guarecian varios cautivos cristianos que habian logrado retraerse, ascendiendo, al partir Rodrigo para España, hasta catorce ó quince. Cervantes, sin desamparar la casa de su amo, era el caudillo y proveedor de la pequeña república subterránea. Se dudaria de aquel hecho, que comprueba los arbitrios de su inventiva, si no constase por un sinnúmero de testimonios y documentos. Sus principales ausiliares eran ante todo el hortelano Juan, que atalayaba á toda hora para que nadie se acercase, luego otro esclavo llamado el Dorador, renegado de muchacho, y luego arrepentido. Este era el abastecedor de la cueva, de la cual no salian sino de noche. Computando Cervantes ya cercana la fragata encargada á su hermano, huyó del baño de Dali-Mamí, y el 20 de Septiembre, despidiéndose de su amigo el doctor Antonio de Sosa, sobrado achacoso para poderle seguir, acudió á empozarse tambien allá en el subterráneo.

Acertado era su cómputo. Habian habilitado en Valencia ó en Mallorca una fragata, al mando de un tal Viana, recien rescatado, hombre fogoso, valiente y enterado de las costas de Berbería. Llegó la fragata el 28 del mismo, y despues de mantenerse á un largo todo el dia, en anocheciendo, se arrimó al parage consabido, al alcance de la huerta para avisar y recoger en poco rato á los cautivos. Por desgracia unos pescadores, que andaban todavia en el avío de sus barquichuelos,

conocieron á oscuras la fragata cristiana. Gritaron á rebato, y se juntó tal gentío, que Viana tuvo que engolfarse de nuevo. Intentó á deshora acercarse otra vez, mas su empeño acarreó resultas desastradas. Estaban los moros alerta, sorprendieron la fragata al desembarcar, apresaron la tripulacion y desbarataron la empresa.

Hasta entonces habian sobrellevado Cervantes y sus compañeros, colgados de la esperanza de su rescate, privaciones, padecimientos y aun achaques contraidos en aquella vivienda húmeda y lóbrega. Mas fracasó su esperanza. Tras el apresamiento de la fragata, el Dorador, aquel renegado reincorporado ya en el gremio de la Iglesia, que merecia toda la confianza de Cervantes, renegó de nuevo y reveló al dey de Argel el escondite de los cautivos que Viana iba á embarcar. Gozoso el dey con esta nueva que, segun estilo del pais, le proporcionaba el apropiarse aquella cuadrilla de esclavos como descarriados, envió al comandante de su guardia con treinta soldados turcos para prender á los cautivos y al hortelano encubridor. Guiados por el delator, entran de improviso los soldados en la cueva, con su cimitarra en la mano. Mientras van maniatando á los cristianos atónitos, alza la voz Cervantes y clama que ninguno de aquellos desventurados compañeros era culpado, que solo él los habia hecho huir para ocultarlos, y que siendo el único autor de la trama, debia sobrellevar la pena. Pasmados de confesion tan caballerosa que descargaba sobre la cerviz de Cervantes todo el enojo del cruel Hasan-Agá, envian los turcos uno de los suyos al gefe para participarle cuanto estaba pasando. Dispone el dey que se traigan todos los cautivos á su baño particular, y el caudillo inmediamente á su presencia. Conducen á Cervantes aherrojado desde el subterráneo hasta el alcázar de Hasan, en medio de los baldones de la chusma alborotada.

Lo estrechó el dey en su interrogatorio, valiéndose ya de promesas lisongeras, ya de tremendas amenazas, para hacerle manifestar los cómplices. Obstinóse Cervantes en no culpar mas que á sí mismo, desentendiéndose de ofertas y de amagos. Cansado el dey de tan estremado teson y movido quizás de aquel rasgo tan magnánimo, se contentó con hacerlo encadenar en el baño.

El Kaid Hasan, en cuya huerta habia acaecido la novedad, acudió atropelladamente al dey, instándole para que ajusticiase á todos los fugitivos, y empezando por su hortelano Juan, lo ahorcó allá con sus propias manos. La misma suerte cupiera á Cervantes y á sus compañeros, á no enfrenar la codicia en el dey su crueldad genial. Ademas los dueños fueron reclamando respectivamente sus cautivos, y Cervantes tuvo que volver á la potestad de Dali-Mamí; pero ya que le causase zozobra, ó que lo conceptuase sugeto de encarecido rescate, el dey lo compró luego por quinientos escudos.

Este Hasan-Agá, veneciano, y cuyo verdadero apellido era Andreta, fué uno de los piratas mas feroces que hubieran ensangrentado los mares de Berbería. Horroriza y sobrepuja á toda verosimilitud cuanto refiere el Padre Haedo de las atrocidades que estuvo cometiendo en su gobierno; arredrando á sus propios súbditos, al par que á los esclavos, que se acercaban á dos mil. Dice á este propósito Cervantes en la historia del *Capitan Cautivo:* "Ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver á cada paso las jamas vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba el suyo, empalaba á éste, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano."

Compró Hasan-Agá á Cervantes á fines de 1577. En medio de su estrecho cautiverio y del peligro inminente que le estaba amenazando á cada intento de fuga, no por eso dejó de emplear cuantos arbitrios le proporcionaban las circunstancias y su maestría. Por todo el año de 1578, halló medio para enviar un moro á Oran con cartas dirigidas al general Don Martin de Córdoba, gobernador de aquella plaza; mas el emisario fué cogido al llegar á su destino y traido con sus pliegos al dey de Argel. Hasan-Agá mandó empalar al desastrado mensagero, y condenó á Cervantes, por la firma de sus cartas, á dos mil azotes. Mediaron amigos, y tambien quedó esta vez indultado por aquel violento Hasan: clemencia tanto mas estraña cuanto aquel irracional por el mismo tiempo estaba haciendo matar á palos y en su presencia á tres cautivos españoles que intentaron huir por el mismo rumbo, y trajeron al baño los naturales del pais.

Ni con tanto malogro y fracaso amainó un punto el teson de Cervantes, que cabilaba mas y mas sobre su rescate y el de sus queridos compañeros. Por el mes de Septiembre de 1579 entabló conocimiento con un renegado español, natural de Granada, donde se llamaba el licenciado Giron, y que habia tomado con el turbante el nombre de Abd-al-Rhamen. Mostrábase arrepentido y con ánimo de volver á su patria y al regazo de la Iglesia; y por tanto Cervantes ideó con él una nueva tentativa de escape. Se avistaron con dos mercaderes valencianos avecindados en Argel, y llamados el uno Onofre

Ejarque, y el otro Baltasar de Torres. Terciaron estos en la trama, y el primero aprontó hasta mil y quinientos doblones para la compra de una fragata armada de doce bancos de remos, que compró el renegado Abd-al-Rhamen, socolor de salir á corso. Estaba la tripulacion corriente, y varios cautivos de suposicion, apalabrados por Cervantes, estaban esperando tan solo el aviso de la partida. Un malvado los vendió á todos: el doctor Juan Blanco de Paz, fraile domínico, acudió, cual otro Judas, tras el cebo del galardon, á delatar al dey el intento de sus paisanos.

Trató al pronto Hasan-Agá de disimular, con ánimo de coger á los cautivos y apropiárselos como sentenciados á muerte. Sonó sin embargo la delacion, y los mercaderes valencianos averiguaron que el dey estaba enterado de aquella trama en que obraban ellos como cómplices é instrumentos. Azorado Onofre Ejarque con la zozobra por sus haberes y su vida, se retrajo de Cervantes, cuyo testimonio le atemorizaba, en caso de prorrumpir en declaraciones con el tormento; y así se ofreció á rescatarlo á cualquiera precio y embarcarlo inmediatamente para España. Pero Cervantes, ageno de trasponerse peligrando por él sus compañeros, se desentendió de la oferta y serenó al mercader, jurándole que ni tormentos ni muertes le harian delatar á nadie.

Ya luego y á su propartida en la fragata del renegado, habia Cervantes huido del baño, ocultándose en casa de uno de sus antiguos compañeros de armas, el alférez Diego Castellano. Pregonaron luego por las calles un bando del dey en demanda de su esclavo Cervantes y amenazando de muerte al encubridor que lo albergase. Cervantes, siempre generoso, descargó á su amigo de tamaña responsabilidad, pues fué voluntariamente á presentarse al dey bajo el resguardo de un renegado de Murcia, llamado Morato Raez Maltrapillo, que gozaba de gran privanza con Hasan-Agá. Requirió este de Cervantes la manifestacion de todos sus cómplices, y para mas arredrarle lo hizo maniatar por la espalda y enroscarle un dogal al cuello, en ademan de empinarlo á la horca. Conservó su teson Cervantes, acusándose únicamente á sí mismo, y declarando tan solo por cómplices á cuatro hidalgos españoles ya rescatados; y en fin, fueron sus respuestas todas tan gallardas y agudas, que Hasan-Agá se condolió de nuevo. Contentóse con desterrar al licenciado Giron del reino de Fez y enviar á Cervantes á una mazmorra de la cárcel de los moros, donde yació el desventurado cinco meses con grillos y esposas. Este fué el galardon de aquel empeño bizarro, que le mereció, segun la espresion de un testigo ocular, el alférez Luis de Pedroza, *nombradía, honor y corona entre los cristianos.*

Esta variedad de lances, que, como decia Cervantes de sí mismo, habian de quedar por largos años en la memoria del pais, y de los cuales dice igualmente el P. Haedo, que pudieran formar una historia particular, habian con efecto acarreado tanto concepto á su autor, entre cristianos y moros, que Hasán-Agá entró en zozobra de alguna empresa mas trascendental y comprensiva. Antes ya dos españoles valerosos habian intentado una sublevacion en Argel, y Cervantes, al arrimo de veinte y cinco mil cautivos agolpados en la capital de la regencia, era muy capaz de idear tamaño intento. Uno de sus nuevos historiadores, Fernandez Navarrete, se la atribuye, y afirma que se malogró por la maldad é ingratitud que tantas veces lo vendieron. Como quiera, vivia Hasan-Agá tan aprensivo con su denuedo, su maña y el predominio que se habia grangeado con sus compañeros de cautividad, que solia decir: "en teniendo yo bien afianzado á mi manco español, conceptúo ya en salvo mi capital, mis esclavos y mis galeras." Y sin embargo, aquel malvado (tanto es el poderío de la verdadera grandeza) se mostraba siempre con Cervantes mirado y comedido. Este mismo lo está revelando al hablar de sí mismo en la relacion del *Capitan Cautivo:* "Solo libró bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo, temiamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez...."

Aherrojado Cervantes en la mazmorra, no venia á ser mas digno de lástima que los esclavos llamados libres, cuya desventura se hacia insufrible. Estancando Hasan-Agá granos y abastos, acarreó tal carestía, que las calles de la ciudad estaban cuajadas de cadáveres que guadañaban el hambre y las dolencias. Los cristianos, alimentados mas bien por codicia que por lástima, no recibian de sus amos los turcos mas que lo absolutamente preciso, y los estaban sin embargo acosando á toda hora con las faenas mas angustiosas, pues la espedicion que Felipe II estaba preparando contra Portugal, amagando tambien á Argel, tenia aterrada á la Regencia, y se empleaban dia y noche los cautivos en aumentar las fortificaciones y carenar la escuadra.

Mientras estaba Cervantes echando infructuosamente el resto por conseguir su

libertad, su parentela le estaba ajenciando á toda costa su rescate por el rumbo corriente. Apurados ya todos sus recursos en 1577 para aprontar el contingente por el primogénito, sacaron en Madrid una certificacion de los alcaldes de corte, con fecha de 17 de Marzo de 1578, con presencia de varios testigos que acreditaban los servicios eminentes de Cervantes en las campañas de oriente, y el sumo desamparo de la familia para rescatarlo. A este documento, que se comunicó al rey, acompañó el duque de Sesa, ex-virey de Sicilia, una especie de abono en que recomendaba eficazmente su soldado antiguo á la dignacion del monarca.

El fallecimiento del padre de Cervantes atajó estos pasos y angustió á la desconsolada familia con amargos quebrantos. El año siguiente dispuso Felipe II enviar á Argel comisarios redentores. Lo era por la corona de Castilla el P. Fr. Juan Gil, procurador general de la órden de la Trinidad, agregándole otro fraile de la misma órden, llamado Fray Antonio de la Bella. Presentáronse á estos religiosos, el 31 de Julio de 1579, Doña Leonor de Cortinas y su hija Doña Andrea de Cervantes, llevándoles trescientos ducados para ayuda del rescate de Miguel de Cervantes, su hijo y hermano; los doscientos y cincuenta por la desventurada viuda, y cincuenta por la pobre hija.

Pusiéronse en camino los redentores y aportaron en Argel el 29 de Mayo de 1580. Entablaron desde luego sus diligencias; pero se atravesaron tropiezos de mayor cuantía, que fueron dilatando el rescate de Cervantes. Su amo el dey pedia mil escudos á fin de duplicar el desembolso de su costo, amagando con que si sobre la marcha no se le completaba aquella suma, su esclavo iria á parar á Constantinopla; pues con efecto tenia ya sucesor con firman del Gran Señor, y Hasan-Agá, en vísperas de llevarse todos sus haberes, tenia ya á Cervantes aherrojado en una de sus galeras. Compadecido el P. Juan Gil, y temeroso de que cautivo tan benemérito malograse para siempre la coyuntura de su redencion, echó el resto de sus instancias y plegarias, y logró su rescate por quinientos escudos de España en oro. Para redondear la cantidad hubo que acudir al préstamo de varios mercaderes europeos, y tomar una porcion cuantiosa del caudal de la redencion. En fin, despues de dar todavia nueve doblas á los oficiales de la galera donde habia de remar, quedó Cervantes en tierra el 19 de Septiembre de 1580, en el mismo instante de estar Hasan-Agá dando la vela para Constantinopla. Así se conservó Cervantes para su patria y para el orbe entero.

Utilizó ante todo su libertad para desagraviarse auténtica y esclarecidamente de las calumnias recien fraguadas contra su pundonor. Su delator villano, el fraile Juan Blanco de Paz, que se fingia comisario del santo oficio, al resguardo del encierro estrecho de Cervantes, le achacó el destierro del renegado Giron y el malogro de la última tentativa. Puesto Cervantes en franquía, requirió al P. Juan Gil para que se formalizase una informacion; y con efecto el notario apostólico Pedro de Ribera fué recibiendo las declaraciones de once hidalgos españoles, los mas visibles de todos los cautivos, en contestacion á veinte y cinco preguntas que se les presentaron estendidas. Esta informacion, en que por ápices se va desmenuzando todo el pormenor del cautiverio de Cervantes, retrata muy al vivo su ingenio, su índole, sus costumbres puras, y aquel afan por el alivio de los desventurados que lo bienquistó con la generalidad, y citaremos en particular el testimonio de Don Diego de Benavides. Habiéndose informado, dice, á su llegada á Argel de quiénes eran los principales cautivos cristianos, le encabezaron la reseña con Cervantes por *pundonoroso, acaballerado, irreprensible, de escelente índole y apreciado de los demas hidalgos.* Apeteció Benavides su intimidad, y se correspondieron entrañablemente, haciéndole veces Cervantes de *padre y madre.* El carmelita Fray Feliciano Enriquez declara igualmente que reconocida la falsedad de un cargo calumnioso inventado contra Cervantes, se habia amistado con él, al par de los demas cautivos *que estaban envidiando su conducta noble, cristiana, honrada y virtuosa;* y en fin, el alférez Luis de Pedrosa declara que de todos los hidalgos residentes en Argel, *ninguno ha visto mas esmerado en favorecer á los demas cautivos, ni mas pundonoroso que Cervantes; que es agraciado para todo, yéndole pocos á los alcances en ingenio, advertencia y cordura.*

¿Será de estrañar, repasando los peregrinos acontecimientos de aquel cautiverio, que Cervantes los tuviera tan clavados en la memoria, tomando sus propias aventuras por tema de sus dramas y novelas, y que en casi todas sus obras haya estado aludiendo á puntos que no se entendian hasta que se ha logrado historiar despejadamente su vida? Tampoco se le trascordó el medio por donde consiguió su rescate, y su agradecimiento le fué apuntando en la novela de la *Española Inglesa* las alabanzas debidas á los padres de la Redencion. Pertrechado con la informacion actuada, por el notario Pedro de Ribera, y las certificaciones particulares del P. Juan Gil, dió la vela á fines de Octubre de 1580, y vino en fin á disfrutar, segun su espresion, uno de los mayores júbilos que cabe lograr en el mundo, que

es el de volver, tras dilatada esclavitud, á su patria sano y salvo, por cuanto no hay sobre la tierra dicha comparable con la de recobrar la libertad perdida.

El desamparo lo arrojó luego del regazo de su familia. Hallábase á su regreso Felipe II aun convaleciente en Badajoz, despues del fallecimiento de su segunda muger Ana de Austria; y entró el 5 de Diciembre en Portugal, recien conquistado y pacificado por el duque de Alba. El ejército español estaba todavia ocupando el pais; ya para afianzar su rendimiento, ya para disponer el de las Azores, donde se estaban todavia defendiendo los parciales del prior de Ocrato. Rodrigo de Cervantes se habia de nuevo alistado á su llegada, probablemente en su antiguo cuerpo, el tercio del maestre de campo general Don Lope de Figueroa. Acudió allá su hermano, y aquel individuo, temido por el dey de Argel, aunque aherrojado en su baño, empuñó, en medio de su manquedad, como soldado raso, el mosquete. Embarcóse Cervantes, por el estío de 1581, en la escuadra de Don Pedro Valdes, encargada de someter las Azores, y resguardar el comercio de las Indias. Al año siguiente hizo la campaña á las órdenes del marques de Santa Cruz, y se halló en el combate naval que ganó aquel almirante á la vista de la Tercera contra la escuadra francesa que favorecia la sublevacion de Portugal. El galeon San Mateo, donde iban los veteranos de Figueroa, entre los cuales se hallaria Cervantes, descolló en aquella victoria. En fin, ambos hermanos hicieron tambien la campaña de 1583, y se hallaron en el ataque de la Tercera, tomada por asalto. Sobresalió en aquel trance Rodrigo de Cervantes, arrojándose con los primeros á la playa, y mereció el grado de alférez al regreso de la escuadra.

En medio de aquella situacion ínfima, que solo su esclarecido mérito podia realzar, hallándose escaso de haberes, se mostró Cervantes bien hallado en Portugal, donde, durante la invernada, terciaba en las tertulias principales, tuvo entonces en una dama de Lisboa una hija natural, llamada Doña Isabel de Saavedra, que siempre llevó consigo, aun despues de casado, sin que tuviese mas sucesion.

El amor fué el móvil que atrajo á Cervantes al cultivo de las letras. En un intermedio de sus campañas trabó conocimiento con una señorita hidalga del pueblo de Esquivias en Castilla, llamada Doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano. Se enamoró, y tuvo arbitrio, en medio de la vida atropellada de soldado, para componerle el poema de la *Galatea*. La apellidó égloga, siendo una *novela* pastoril por el rumbo de aquel tiempo; y bajo nombres supuestos, fué refiriendo sus propias aventuras y alabando los ingenios contemporáneos, y ante todo agasajando á su dama con aquel garboso galanteo. No cabe duda en que, al remedo de Rodrigo de Cota, autor de la *Celestina*, y al de Jorge de Montemayor, autor de la *Diana*, segun testimonio de Lope de Vega, Cervantes, encubierto bajo el nombre de Elicio, *zagal de las orillas del Tajo*, retrató su amorío con *Galatea*, *zagala riberana tambien del mismo rio*. Es igualmente indudable que los demas zagales introducidos en la fábula, Tirsis, Damon, Meliso, Siralvo, Lauso, Larsileo y Artídoro, son Francisco de Figueroa, Pedro Lainez, Don Diego Hurtado de Mendoza, Luis Galvez de Montalvo, Luis Barahona de Soto, Don Alonso de Ercilla, Andrés, rey de Artieda, amigos todos, y escritores mas ó menos afamados de aquel tiempo. La *Galatea*, de que no tenemos mas que la primera parte, se hace reparable por su lenguage castizo, sus descripciones placenteras, y el primor de sus rasgos amorosos. Mas los zagales de Cervantes son sobradamente eruditos y filósofos, y la fecundidad de su ingenio va hacinando episodios con desconcierto y desaliño. Reconviénese á sí mismo Cervantes con estos achaques en el prólogo de su pastoral, con ánimo tal vez de evitarlos en la segunda parte, que prometió repetidamente, y nunca llegó á realizar.

La *Galatea*, dedicada al abad de Santa Sofia, Ascanio Colona, hijo de Marco Antonio Colona su antiguo almirante, salió á luz á fines de 1584; y el 14 de Diciembre del mismo año, Cervantes, de edad á la sazon de treinta y siete años, se desposó con la heroina de su poema. Habia fallecido el padre de Doña Catalina Palacios Salazar, y la viuda ofreció en los desposorios de su hija aprontarle un dote decoroso en bienes muebles y sitios. Cumpliólo así dos años despues, y en la carta dotal, otorgada el 9 de Agosto de 1586, ante el notario Alonso de Aguilera, Cervantes dotó igualmente á su muger en cien ducados, que dice era el décimo de sus haberes.

Despues de tanto servicio, á cual mas esclarecido, sale del ejército soldado raso como habia entrado, se avecinda en Esquivias, cuyo tedio desespera á sus ímpetus, y teniendo ademas que aumentar con su trabajo sus escasas rentas, vuelve Cervantes á sus primeras cabilaciones y á las tareas de su mocedad. Como manchego, va y viene á Madrid, y viene casi á residir de asiento en aquella capital. Traba ó renueva amistad con Juan Rufo, Lopez Maldonado, y sobre todo con Vicente Espinel, autor de la novela de *Marcos de Obregon*, que Le Sage vació en gran parte en su Gil Blas; y aun se hace probable que fué de una especie de aca-

demia que acababa de abrir en su casa de Madrid un grande que realzaba así la corte de Felipe II, como lo habia hecho el esclarecido Hernan Cortes con la de Cárlos V; pues Cervantes, hablando de las academias italianas, apellida á ésta *academia imitatoria* de Madrid.

En los cuatro años consecutivos despues de su casamiento, esto es, de 1584 á 1588, Cervantes, vuelto á literato y al mismo tiempo vecino de Esquivias, orilló la poesía pastoril, que nada rentaba, para vincularse en el teatro, carrera única de provecho que ofrecian á la sazon las humanidades. En su niñez, el teatro español, fugitivo de la iglesia y como secularizado, habia empezado á campear por las plazas públicas, en los tablados de Lope de Rueda, aquel Esquilo andariego, ingenio y comediante, humilde fundador positivamente de los coliseos en que luego se habían de esclarecer Lope de Vega, Calderon, Moreto, Tirso de Molina, Solis, y donde tenían que venir á inspirarse Corneille y Moliere. La corte de España, que solia peregrinar de una en otra capital de provincia, se avecindó por fin en Madrid en 1561, donde se edificaron, por los años de 1580, los dos teatros permanentes todavía de la Cruz y del Príncipe. Entonces algunos de los ingenios se allanaron á trabajar para la representacion, que hasta la sazon habia corrido á cargo de los *autores* que componian por sí mismos las farsas de su caudal. Uno de los primeros entrantes en esta nueva carrera fué Cervantes, y su principio fué una comedia en seis actos, arreglada á sus mismas aventuras, titulada *Los Tratos de Argel*. Siguieron á esta composicion mas de otras veinte, entre las cuales se engríe citando y elogiando él mismo *la Numancia, la Batalla Naval, la Gran Turquesca, la Entretenida, la Casa de los zelos, la Jerusalen, la Amaranta ó la del Mayo, el Bosque amoroso, la Unica y bizarra Arsinda*, y ante todo, *la Confusa*, que pareció, segun cuenta, *asombrosa en los teatros.*

Tan solo el nombre quedaba de estos dramas y de algunas otras obras, y se condolian los curiosos de esta pérdida. Se conceptuaba que con aquella fantasía tan grandiosa, un temple tan placentero, un despejo tan sumo y un gusto tan cabal, que tan enterado de las reglas teatrales, que suele desentrañar tan atinadamente en el Quijote, que con tantas alabanzas como tan candorosamente se apropia como autor cómico y el númen que realmente demuestra en sus entremeses, se conceptuaba, repito, que esas obras habian de ser perfectas. Por desgracia de su nombradía dramática, se hallaron hasta tres ó cuatro, entre ellas, *la Numancia, la Entretenida* y *los Tratos de Argel*, que, lejos de corresponder á los pésames que habian ocasionado, aventajaría por cierto en estremo el concepto del autor, si no se las conociese mas que por la reseña muy paternal con que las menciona. Ejemplo trascendental, y no será el único que ha de darnos, de la imposibilidad patente, aun poseyendo un númen sobresaliente, de juzgarse atenidamente á sí mismo.

De todos estos hallazgos, el mas aventajado es sin disputa el de su tragedia de Numancia; pues, aunque agena de la perfeccion, deja muy en zaga á las tragedias de Lupercio de Argensola, á las cuales anda Cervantes tributando elogios muy estraños en pluma tan poco aduladora, (*Don Quijote*, parte I, cap. 48). En los impulsos heroicos de un pueblo que se abalanza á la muerte por conservar su libertad, en los tiernos episodios que provocan, en medio de aquella catástrofe inmensa, el entusiasmo de la amistad, del amor y del cariño maternal, se va desentrañando toda la inventiva de aquella alma tan grandiosa y tan sensible. Pero el conjunto de la obra es desacertado, el plan inconecso y vagaroso, y los pormenores mal enlazados; pues el interes tan repartido se postra y se anonada. Los entremeses son en su total las mejores obras teatrales de Cervantes, con la particularidad de que estos llamados *sainetes* se representaban, no despues de la composicion principal, sino en los intermedios de las tres *jornadas*. Han parecido hasta nueve entremeses de Cervantes: *el Juez de los divorcios, el Rufian viudo, la Eleccion de los Alcaldes*, etc., que por lo mas son un dechado de raudal picaresco.

El menesteroso Cervantes careció luego de la honra y el provecho que se prometia con sus logros teatrales. Agotóse el manantial. Las comedias, como dice él mismo en su *prólogo*, tienen su tiempo y sazon. Vino entonces á reinar en el teatro aquel monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, que se apoderó de la monarquía cómica, avasalló á los comediantes, y llenó el orbe de sus comedias. Apeado del teatro con otros muchos por la fecundidad fabulosa de Lope de Vega, tuvo Cervantes que acudir á otro oficio, menos genial por cierto y menos esplendoroso, pero que pudiese proporcionarle sustento. Pasando ya de cuarenta años, sin patrimonio, sin galardon por los veinte años de servicios y desdichas, tenia que sobrellevar el peso de una familia, recargada con sus dos hermanas y su hija natural. Un consejero de hacienda, Antonio de Guevara, fué nombrado, al principio de 1588, provedor de las escuadras y flotas para las Indias en Sevilla, con facultades de agregarse cuatro comisarios para ausiliarle en el desempeño de

sus funciones, pues se trataba de completar la habilitacion de la armada Invencible, destrozada luego por los ingleses y las tormentas. Ofreció Guevara uno de aquellos destinos á Cervantes, quien marchó para Sevilla con toda su familia, escepto Rodrigo su hermano, que seguia sirviendo en los ejércitos de Flándes.

El paradero pues del autor de la *Galatea*, de un poeta dramático veinte veces vitoreado, es el de un dependiente de provisiones. Hay mas; pidió al rey, con un memorial del mes de Mayo de 1590, un empleo de pagador ú oficial real en la Nueva Granada, ó de corregidor de algun pueblo de Guatemala, con ánimo de pasar á América. Por dicha quedó su instancia encarpetada en el Consejo de Indias.

Permaneció Cervantes en Sevilla por algun tiempo, pues fuera de tal cual correría por las Andalucías y un viage á Madrid, vivió allí hasta diez años consecutivos. Despues de ser dependiente del provedor Guevara, lo fué todavia dos años de su sucesor Pedro de Isunza, y luego, al quedar sin destino por la supresion del principal, paró en agente de negocios, y vivió muchos años de las comisiones que le encargaban los ayuntamientos y otros cuerpos, y aun particulares acaudalados, entre ellos Don Hernando de Toledo, señor de Cigales, cuyas fincas administró y fué amigo suyo.

En medio de afanes tan impropios para su ingenio, no se habia despedido Cervantes de las musas; pues les tenia consagrado reservadamente su culto, y seguia dando pábulo al fuego innato de su númen. La casa del célebre pintor Francisco Pacheco, maestro y suegro del gran Velazquez, estaba entonces patente á toda clase de ingenios; el taller de aquel artífice, que gustaba tambien de poesía, era, segun Rodrigo Caro, *la academia general de toda la gente culta de Sevilla;* y siendo Cervantes uno de los concurrentes mas continuos, figuraba su retrato en aquella galería peregrina de mas de cien personages descollantes, que el pincel del maestro habia ido juntando y retratando al vivo. Entabló allá su amistad con el esclarecido poeta lírico Fernando de Herrera, cuya memoria ha venido casi á fenecer en España, pues no consta la fecha ni de su nacimiento ni de su muerte, ni tampoco queda particularidad alguna de su vida; y sus obras, ó mas bien las subsistentes, se hallaron á trozos en manos de sus amigos. Cervantes, que compuso un soneto á la muerte de Herrera, tenia tambien amistad con otro poeta, Juan de Jáuregui, traductor elegante de la *Aminta* del Taso, cuyo traslado, corriendo parejas con el original, merece la estraña preeminencia de conceptuarse tambien obra clásica. Cultivaba el pintor Pacheco la poesía, y dedicándose igualmente el poeta Jáuregui á la pintura, retrató ademas á su amigo Cervantes.

En aquella mansion de Sevilla fué donde escribió Cervantes las mas de sus *Novelas*, cuya coleccion, ya abultada, no salió á luz hasta mucho despues, entre las dos partes del Quijote; y así las travesuras de dos rateros famosos, presos en Sevilla el año 1569, y cuya historia era muy popular, le suministraron el asunto de *Rinconete y Cortadillo*. El saqueo de Cádiz, donde vino á desembarcar el 1.° de Julio de 1596 la escuadra inglesa mandada por el almirante Howard y el conde de Esex, le dió márgen para idear *la Española Inglesa*. Escribió igualmente en Sevilla *el Curioso Impertinente*, que embebió en la primera parte del Quijote, *el Zeloso Estremeño*, y *la Tia Fingida*, con recuerdos de Salamanca, y cuyo título se sabia únicamente, hasta que por fin se descubrió su manuscrito.

Hasta Cervantes, y desde las guerras de Cárlos V, que les franquearon la literatura italiana, los españoles se habian ceñido á traducir los cuentos deshonestísimos del *Decameron* y de los imitadores del Bocacio: por tanto dijo en su Prólogo: "…. Yo soy el primero que he novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas estrangeras; y estas son mias propias; no imitadas, ni hurtadas: mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma." Llamólas *ejemplares*, para diferenciarlas de los cuentos italianos, y porque no hay una, como lo espresa él mismo, de que no se pueda sacar un ejemplo mas ó menos provechoso. Divídense ademas en *serias* y *jocosas*, habiendo siete de las primeras y ocho de las segundas.

Mr. de Florian, que tiene á bien calificar las Novelas de Cervantes de *agradables*, le tributó el obsequio de *arreglar* dos en frances, la que titula *Leocadia* (la Fuerza de la Sangre), y el Diálogo de los perros. Las manejó cabalmente como á la *Galatea* y el *Quijote*, y es por cierto gran lástima el ver las obras de tan esclarecido númen osadamente amasadas, cercenadas y lisiadas por tan escaso ingenio. ¿Quién hallará en las diez páginas engreidas y macilentas de *Leocadia* la relacion briosa y patética de la *Fuerza de la Sangre*? ¿Quién recordará en el coloquio desgarbado de *Escipion y Berganza*, verdaderos falderillos de retrete, aquel escarnio travieso de los errores humanos, y aquellos rasgos de moralidad trascendental, con que se escopetean los dos guardas del hospital de la Resurreccion? Las *Novelas* son, tras el *Quijote*, la patente mas linda de Cervantes para su inmortalidad.

Allí se desenvuelve bajo mil trazas diversas, aquel ímpetu de fantasía mas y mas inecshausta, aquella blandura de su pecho afectuoso, aquel raudal de su agudeza burlona y nunca avinagrada, aquel caudal de lenguage que se va amoldando á todos los asuntos, y en fin, el sinnúmero de prendas que descuellan á porfía en la historia de la cariñosa Cornelia, y en aquel cuadro asombroso de costumbres estragadas, llamado *Rinconete y Cortadillo*, cuyo único lunar es acaso el de no poderse trasladar á ningun otro idioma.

Al fallecimiento de Felipe II, acaecido el 13 de Septiembre de 1598, se encumbró en la catedral de Sevilla un catafalco suntuosísimo, *el monumento mortuorio mas portentoso*, dice un cronista de la funcion, *que humanos ojos hubiesen tenido la dicha de ver*. Con este motivo compuso Cervantes aquel célebre soneto burlesco, donde con tanto gracejo se mofa de la valentonería andaluza [1]. La fecha del soneto es del caso para deslindar el término de su mansion en Sevilla, de donde partió para siempre por la causa siguiente.

Cervantes, que bajo tantas luces se parece á Camoens, padeció el mas cruel quebranto que lastimó el pecho de aquel poeta esclarecido, cuando acusado de malversador en su cargo de abastecedor en Macao, fué encarcelado y procesado ante el tribunal de cuenta y razon; Cervantes, al par del cantor de las *Lusiadas*, hallándose pobrísimo, se sinceró obviamente de aquella acusacion. A fines de 1594, al liquidar las cuentas de su encargo, y forcejeando para redondear algun atraso, fué remitiendo caudales á la *Contaduría Mayor* en letras giradas desde Sevilla. Una de aquellas cantidades, procedentes de las recaudaciones del término de Vélez-Málaga, que ascendia á 7.400 reales, quedó remitida por él en especie á aun traficante de Sevilla, llamado Símon Freire de Lima, quien se encargó de entregarla en la tesorería de Madrid. Pasó allá Cervantes á la sazon, y echando menos al depositario, le reclamó el caudad sobredicho; pero Freire en el intermedio habia quebrado y huido de España. Acudió Cervantes á Sevilla y se encontró con todos los haberes de su deudor embargados por los acreedores. Presentó al rey un memorial, y por decreto de 7 de Agosto de 1595, se mandó al doctor Bernardo de Olmedilla, juez de los *grados* en Sevilla, alzar sobre los haberes de Freire la suma remitida por Cervantes. Ejecutólo así el juez y libró el dinero al tesorero general Don Pedro Mesía de Tobar, por letra de cambio girada el 22 de Noviembre de 1596.

Mostrábase á la sazon severísimo el tribunal de *Contaduría* por la liquidacion de cuentas con todos los dependientes del erario, que se hallaba de todo punto ecshausto con la conquista de Portugal y Tercera, las campañas de Flándes, el esterminio de la armada *Invencible* y los ensayos arruinadores que se habian franqueado á varios charlatanes hacendistas, llamados entonces *arbitristas*. El recaudador principal, cuyo agente habia sido Cervantes, fué residenciado en Madrid, y manifestó que sus documentos fehacientes paraban en Sevilla y en manos de Cervantes. Una cédula real de 6 de Septiembre de 1597 mandó, sin mas averiguaciones, al juez Gaspar Vallejo que se le arrestase y trajese escoltado á la capital, á disposicion del tribunal de cuenta y razon. Prendieron con efecto inmediatamente á Cervantes, pero afianzando el pago de 2.641 reales á que se reducia todo su descubierto, se le libertó en virtud de segunda cédula fechada en 1.° de Diciembre del mismo año, bajo la condicion de presentarse á la *Contaduría* en el plazo de treinta dias á saldar sus cuentas.

No consta el paradero de aquel primer procedimiento contra Cervantes; pero algunos años despues, volvieron á acosarle con la misma cantidad de los 2.641 reales. El recaudador de Baza, Gaspar Osorio de Tejada, presentó con sus cuentas, á fines de 1602, un recibo de Cervantes, evidenciando que se le habia librado aquel dinero cuando estuvo comisionado, en 1594, para la recaudacion de atrasos en aquel pueblo y su distrito. Los individuos de la Contaduría Mayor á la consulta sobre el particular contestaron, con fecha de Valladolid, 24 de Enero de 1603, refiriéndose á la prision de Cervantes en 1597 por la idéntica demanda, y á su libertad concedida bajo fianza, añadiendo que no habia parecido por el tribunal desde aquella fecha. Con este motivo se trasladó Cervantes con toda su familia á Valladolid, á donde hacia dos años que Felipe III habia llevado la corte. Se comprobó con efecto que, el 8 de Febrero de 1603, su hermana Doña Andrea se esta-

1 Este soneto es de la especie que llaman *estrambote*, por tener un terceto mas que los otros, componiendo diez y siete versos en vez de catorce; dice así:

Voto á Dios que me espanta esta grandeza,
Y que diera un doblon por describilla:
Porque ¡á quién no suspende y maravilla
Esta máquina insigne, esta braveza?
Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale mas que un millon, y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!
Roma triunfante en ánimo y riqueza.
Apostaré que el ánima del muerto,
Por gozar este sitio, hoy ha dejado
El cielo de que goza eternamente.
Esto oyó un valenton, y dijo: "Es cierto
"Lo que dice voacé, ceor soldado,
"Y quien dijere lo contrario, miente."
Y luego incontinente,
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuese y no hubo nada.

ba dedicando á habilitar el equipage y prendas de un tal Don Pedro de Toledo Osorio, marques de Villafranca, recien vuelto de la espedicion de Argel; y se hallan, en aquellas cuentas caseras, que están demostrando los apuros de la familia, apuntes y notas de mano del mismo Cervantes. Quedó corriente con el tribunal de cuentas, ya satisfaciendo, ya acreditando su pago anterior, pues cesaron los apremios y le dejaron ya toda la vida en paz por aquella parte. Requeria el concepto de Cervantes tan menudos pormenores, y si ademas hubiera que demostrar cuán intacto quedó su pundonor, bastaria la jovialidad con que él mismo anda mencionando tan repetidos encarcelamientos. Fuera en efecto desvergüenza, habiéndolos ocasionado alguna bastardía, y sus émulos, sus contrarios y zaheridores de toda calaña, que hasta le motejaron su manquedad, no se hubieran descuidado en tildarle por otro rumbo mucho mas amargo que el del amor propio de escritor.

Queda aquí un gran claro por historiar en la vida de Cervantes. Nada consta, desde 1598, cuando escribió en Sevilla el soneto sobre el túmulo de Felipe II, hasta 1603, que se incorporó con la corte en Valladolid, y en aquel intermedio de cinco años fué sin embargo cuando ideó, empezó y concluyó casi la primera parte del Quijote. Concuerdan varias probabilidades para suponer que dejó á Sevilla por 1599, y que se avecindó en algun pueblo de la Mancha, donde estaba emparentado, y fué desempeñando algunas comisiones. La prontitud con que acudió al tribunal de cuentas, no deja duda en que se hallaba habitando algun pais menos lejano que la Andalucía de Valladolid en 1603, y lo sumamente enterado que se muestra en su novela de los parages y costumbres manchegas, comprueba tambien que la habitó de asiento. Se deja discurrir que se habia avecindado en Argamasilla de Alba, y que al prohijarle su desvariado hijodalgo, tuvo la ocurrencia de escarnecer la botaratería aldeana, que cabalmente por entonces anduvo pleiteando por sus regalías con tal empeño y terquedad, que redundó, segun cronistas contemporáneos, en mengua notable de la poblacion.

Al participar Cervantes muy de intento en su prólogo del *Quijote*, que la obra de su *estéril y mal cultivado ingenio es la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios.... se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion*, se pregunta uno generalmente con afan: ¿Con qué motivo, en qué tiempo, en qué pais se le dió aquel desconsolado ocio de ánimo y de cuerpo de donde vino á salir uno de los engendros mas esclarecidos del entendimiento humano? La opinion mas general fuera de España, fué de que ideó y empezó su obra en las mazmorras de la Inquisicion. Harta torpeza es por cierto, segun el dicho de Voltaire, la de meterse á calumniar la Inquisicion. En el turbion de tanta desventura, logró á lo menos Cervantes la dicha de no estrellarse jamas con ella. Se han ido cavilando en la Mancha mil congeturas, todas antojadizas. Opinan algunos que el desman le sobrevino en el lugar del Toboso, por una pulla que quiso echar á una aldeana, cuyos padres en desagravio lo encarcelaron. Pero el sentir de los mas es que los encarceladores fueron los vecinos del pueplo de Argamasilla de Alba, alborotados por sus apremios sobre atrasos de diezmos al gran priorato de San Juan, ó ya porque los defraudaba del riego llevándose las aguas del Guadiana para la fábrica del salitre. Lo cierto es que aun en el dia está mostrando el vecindario la llamada *casa de Medrano*, que la tradicion remota del pais cuenta por la cárcel de Cervantes. Consta igualmente que el desventurado comisionista de diezmos ó de pólvoras estuvo allí penando en tan sumo desamparo, que no pudo menos de acudir á su tio Don Juan Bernabé de Saavedra, vecino de Alcázar de San Juan, en demanda de resguardo y de socorro. Hay memoria de una carta de Cervantes al tio, que empezaba así:

"Largos dias y trasnochadas me acosan en esta cárcel, ó mas bien cueva....;" y en recuerdo de aquella tropelía, empieza su *Quijote* con estas palabras de harto comedido desagravio: "En un lugar de la Mancha, *de cuyo nombre no quiero acordarme.*"

Vuelto, tras unos trece años de ausencia, á la que se llamaba *corte*, esto es, á la residencia del monarca, vino Cervantes á ser un forastero. Otro príncipe y otros validos estaban gobernando el estado, y sus amigos antiguos ó habian fallecido ó andaban dispersos. Si el soldado de Lepanto, si el autor de la *Galatea* y la *Numancia* quedó orillado cuando estaban aun vivos sus merecimientos, ¿estaria menos abandonado por el sucesor de Felipe II, tras quince años de arrinconado desamparo? Sin embargo, Cervantes, acosado por los apuros de su familia, esforzó de nuevo el partido. Presentóse á la audiencia del duque de Lerma, *Atlante del peso de aquella monarquía*, segun tiene á bien apellidarle, esto es, el agraciador todo poderoso. El engreido privado lo recibió con esquivez, y Cervantes, lastimado hasta lo íntimo de su pecho pundonoroso y sentido, orilló para siempre el papel de pretendiente. Desde entonces, alternando entre tal cual agencia de negocios y

las tareas de su pluma, siguió viviendo resignadamente arrinconado y escaso con el producto de sus afanes y los socorros de sus dos amparadores el conde de Lémos y el arzobispo de Toledo.

La situacion penosa de Cervantes, siempre menesteroso y desatendido, le hizo atropellar la publicacion del *Quijote*, ó á lo menos de su primera parte que tenia ya muy adelantada. Se le concedió privilegio real, con fecha de 26 de Septiembre de 1604, para la impresion de su libro. Mas carecia de Mecenas que aceptase la dedicatoria y lo abrigase á su sombra; pues el seguir la corriente era una urgencia para Cervantes necesitado y desvalido, y mas para una obra de aquel jaez. Si el libro, cuyo título podia equivocarse, venia á parecer una mera novela de las tantísimas de caballería, paraba en manos chasqueadas sin hacer alto en la sátira finísima de su estragado gusto, y al contrario, si se enteraban de su contenido, era un hervidero de alusiones traviesas cifradas en la crítica principal, y le hacia muy al caso un resguardo poderoso con el cual podia correr á su salvo. Acudió Cervantes á Don Alonso Lopez de Zúñiga y Sotomayor, séptimo duque de Béjar, y uno de los paseantes de alcurnia esclarecida que se avenian á apadrinar risueñamente las letras y las artes por via de relumbro á los dictados de su escelsa ignorancia. Cuentan que el duque, sabedor de que el objeto del *Quijote* era un escarnio, conceptuó comprometidas sus ínfulas y se desentendió de la dedicatoria; pero Cervantes, aparentando avenirse á su despego, pidió únicamente la fineza de oirle leer algun capítulo, y fué tan suma la estrañeza y complacencia de todos los concurrentes, que de un capítulo en otro se fué llegando hasta el fin de la obra; con lo cual, elogiando sin término al autor, el duque, á instancias de todos, tuvo á bien dejarse inmortalizar. Se refiere igualmente que un fraile, confesor del duque y que estaba al par gobernando su casa y su conciencia, malhallado con aquella aceptacion, prorrumpió contra el libro y el autor, y reconvino al señor por la acogida que uno y otro le habian merecido. Aquel ceñudo reverendo teniendo sin duda avasallado á su penitente, quedó olvidado Cervantes, quien ya nada le dedicó en lo sucesivo; pero se desagravió á su modo retratando al vivo el lance y los individuos en la segunda parte del *Quijote*.

Salió á luz la primera parte á principios de 1605; pero antes de pasar adelante con esta narracion, hay que cortar su hilo para esplicar algun tanto, respecto al intento fundamental del libro, el temple general de los ánimos al tiempo de su publicacion.

La temporada en que descolló la caballería andante y sonaron la aventuras de los paladines, individuos de aquel soñado instituto, cae en el intermedio de la civilizacion antigua y moderna, plazo de barbárie y de lobreguez en que el poder constituia el derecho, y la justicia se deslindaba con retos; en que la anarquía feudal estaba asolando la tierra, y en que la potestad religiosa, acudiendo al arrimo de la autoridad civil, no hallaba mas que la *tregua de Dios* para franquear á las naciones tal cual dia de sosiego. Heroicidad era con efecto el desvivirse en tal desconcierto por el amparo de los atropellados; y todo guerrero de pro, que enristrando la lanza y encasquetando el morrion, anduviera por el mundo en busca de trances para ejercitar empeño tan esclarecido, echando el resto de su generosidad y su pujanza, fuera un ente benéfico y endiosado con el asombro y el agradecimiento general. En despejando las carreteras de salteadores desalmados y en arrojando de sus guaridas á aquellos otros foragidos con broquel, que, encumbrados en sus castillos por los riscos, se abalanzaban, como aves de rapiña desde sus breñas, á la presa que les proporcionaban los viandantes desarmados; en habiendo desaherrojado cautivos, afianzado la inocencia, castigado al matador, destronado á los usurpadores; en renovando por aquellos asomos de la sociedad moderna, los trabajos de Hércules, de Teseo y demas semidioses de un mundo anterior y tambien aun en su niñez: entonces su nombre, pregonado de boca en boca, se conservara en la memoria de los hombres con todos los realces de la historia y de la tradicion. Las mugeres por otra parte, careciendo todavía de resguardo para su flaqueza en las costumbres públicas, fueran el objeto principal del padrinazgo garboso del caballero andante; el galanteo, nuevo género de amor desconocido en la antigüedad, hijo del cristianismo, escudando la sensualidad con respetos y una especie de culto religioso, hermanara sus entretenimientos con las aventuras sangrientas del justiciero encajonado en acero, cuya vida estuviera así alternando con la guerra y el amor.

Campo habria aquí para un libro y aun para una literatura dilatada. Era muy fácil enlazar la historia de los caballeros andantes con la de las costumbres contemporáneas, la descripcion de torneos y funciones, la justicia galanteadora de los juzgados de amor, la canturia de los trobadores y las danzas de los juglares, las peregrinaciones religiosas ó guerreras á la Tierra Santa; y entonces se patentizara el Oriente con todos sus primores á la fantansía del novelador. No era este el blanco ni el asunto de los libros caballe-

rescos. Sin miramiento con la verdad, ni aun con la verosimilitud, iban hacinando torpes desatinos en historia, en geografía, en física, y aun despropósitos muy aciagos en moralidad; nada les ocurria mas que lanzasos y cuchilladas, batallas incesantes, proezas increibles, aventuras ensartadas á lo que saliere, sin plan, sin tino y sin enlace; revolvian cariños y desafueros, vicios y supersticion; llamaron tambien á terciar gigantes, monstruos, encantadores, y no trataron por último, mas que de irse sobrepujando y abultando lo imposible y lo portentoso.

Sin embargo, halagaban por sus mismos desaciertos los tales libros, pues á la sazon hubo eruditos que fueron desenterrando los escombros antiguos; mas careciendo la muchedumbre de pábulo, como idiota y aragana, allá se arrojó tras este cebo para sus ratos ociosos. Por otra parte, desde las Cruzadas, un afan general por espediciones arriesgadas habia ido abriendo y allanando el camino para las novelas caballerescas, y si en España lograron aceptacion mas duradera que en todas las demas partes, fué por haberse allí arraigado tambien mas que en otros paises la aficion á la vida caballeresca. Tras los ocho siglos de guerra incesante con los árabes y moros, habian sobrevenido el descubrimiento y las conquistas del Nuevo Mundo; despues las guerras de Italia, Flándes y Africa. ¿Cómo cabe estrañar el afan por los libros de caballería en un pais donde se habian estado practicando sus mismos lances? No fué Don Quijote el primer demente de su calaña, pues el héroe soñado de la Mancha habia tenido ya antecesores vivos, sus dechados de carne y hueso. Abramos los *Varones ilustres de Castilla* por Hernando del Pulgar, y hallarémos decantado el célebre devaneo de Don Suero de Quiñones, hijo del gran bailío de Asturias, quien, despues de prometer hacer astillas trescientas lanzas para rescatarse de los lazos de su dama, defendió por treinta dias el paso honroso de Orbigo, como Rodomonte el puente de Mompeller. El mismo cronista, y en el propio reinado de Juan II (de 1407 á 1454), va citando un sinnúmero de guerreros á quienes conocia personalmente, como Gonzalo de Guzman, Juan de Merlo, Gutierre Quesada, Juan de Polanco, Pedro Vazquez de Sayavedra y Diego Varela, que se fueron en busca, no solo de sus vecinos los moros de Granada, sino tambien, á fuer de verdaderos andantes, peregrinando por Francia, Italia y Alemania, y brindando á todo valiente á quebrar una lanza en obsequio de las damas.

La aficion descompasada á las novelas fué luego brotando con sus correspondientes frutos. Los jóvenes, malhallados con la historia que no daba suficiente cebo á sus ímpetus, se desalaban, como dechados de habla y de acciones, tras los libros que mas les congeniaban. Rendimiento á los antojos mugeriles, amoríos adúlteros, honor estragado, venganzas sangrientas por levísimos desaires, lujo disparatado y menosprecio de todo sistema social: este cúmulo de monstruosidades se estaba practicando, y así fueron los libros de caballerías tan aciagos para las costumbres como para el buen gusto.

Clamaron los moralistas contra tamaño desenfreno. Luis Vives, Alejo Venegas, Diego Gracian, Melchor Cano, Fray Luis de Granada, Malon de Chaide, Arias Montano y otros escritores alzaron á porfía su airada voz contra el estrago que estaban acarreando aquellos libros. Acudieron tambien las leyes en su ausilio. Un decreto de Cárlos V, espedido en 1543, mandó á los vireyes y audiencias del Nuevo Mundo que no permitiesen imprimir, vender ni leer novela alguna caballeresca á indios ni españoles. En 1555, las cortes de Valladolid instaron, en peticion eficaz, por igual prohibicion para la península, solicitando ademas que se recogiesen y quemasen cuantas habia. Ofreció la reina Juana una ley que no vino á promulgarse.

Mas ni clamoreos de retóricos y moralistas, ni anatemas de legisladores alcanzaron á atajar el achaque. Estrelláronse todas las providencias contra la aficion á lo portentoso, contra esa aficion que ni el discurso, ni el desengaño, ni la sabiduría aciertan á contrastar. Seguian saliendo y gustando las novelas caballerescas; y príncipes, grandes y prelados aceptaban sus dedicatorias. Santa Teresa, muy apasionada en su mocedad á aquellas leyendas, estuvo componiendo tambien su novela caballeresca, hasta que se engolfó en su *Castillo interior* y demas obras místicas. Cárlos V se recreaba á hurtadillas con *Don Belianis de Grecia*, uno de los abortos mas desatinados de aquella literatura delirante, mientras lo estaba vedando rigurosamente; y cuando su hermana, la reina de Hungría, trató de solemnizar su regreso á Flándes, no le ocurrió mejor ofrenda en las funciones decantadas de Bins (1549) que la viva representacion de un libro de caballería en que fueron desempeñando sus respectivos papeles todos los señores de la corte, y entre ellos el adusto Felipe II. Se habia internado aquella aficion hasta por los claustros, donde se leian y componian novelas. Un franciscano, llamado Fray Gabriel de Mata, imprimió, no ya en el siglo décimotercio, sino en 1589, un poema caballeresco, cuyo héroe era San Francisco, patriarca de su órden, y que se intitulaba *El caballero Asisio*. Véase en la

portada estampado el retrato del santo, á caballo y armado de piés á cabeza, al modo de los grabados que estaban realzando á los Amadíses y los Esplandianes. Iba el caballo todo enjaezado y empenachado lujosamente, y llevaba por airones en el morrion una cruz con los clavos y la corona de espinas; en el escudo la imágen de las cinco llagas, y en la banderola de la lanza otra imágen de la Fe y el cáliz, con la siguiente leyenda: *En esta no faltaré;* y aquel peregrino libro estaba dedicado al condestable de Castilla.

En medio de tal desvarío, preso Cervantes en una aldea de la Mancha, se pone á idear el esterminio de la literatura caballeresca. Está presenciando su aceptacion, su triunfo y sus ínfulas; intenta, pobre, arrinconado, desvalido y sin nombradía, sin mas recurso que el de su agudeza y su pluma, abalanzarse á aquella hidra retadora de las leyes y la racionalidad. Mas se valió de arma mucho mas cortante para entronizar la sensatez, que argumentos, sermones y providencias legislativas; á saber, el escarnio. Cabal fué su triunfo. Cuantos moralistas y legisladores habian antes clamado contra los libros de caballería, pudieron decir de Cervantes, como Buffon de Juan Jacobo Rousseau, acerca de las madres criadoras de sus hijos. "Todos habiamos estado aconsejando lo mismo; pero solo él lo ha dispuesto y se ha hecho obedecer." Un gentil hombre de la corte de Felipe III, Don Juan de Silva y Toledo, señor de Cañada Hermosa, habia dado á luz, en 1602, la *Crónica del príncipe Don Policisne de Boecia;* libro tan descabellado, que dejaba en zaga á sus compañeros, fué la última novela caballeresca que nació en España. Impreso el *Quijote*, no tan solo dejó de publicarse otra alguna, sino tambien de reimprimirse las antiguas, que vinieron á escasear en términos de haber parado en curiosidades bibliográficas. De muchas solo queda allá una memoria, y de otras no queda ni aun rastro de sus títulos. Fué en suma la aceptacion del *Quijote* tan esclarecida bajo este concepto, que críticos avinagrados han venido á tacharle el estremo opuesto, afirmando que la hiel satírica, trasponiendo su hito, habia malherido y aventado los impulsos del pundonor castellano.

Esplicado ya el intento fundamental del *Quijote*, es hora de acudir á la historia del libro y de su autor. Segun tradicion general, que tiene visos de verosímil, se recibió con suma tibieza la primera parte. Leyéronla gentes, como se lo debió maliciar desde luego Cervantes, que ó no la penetraron ó la desatendieron. Ideó entonces echar al público un folleto intitulado *Buscapié*, ó borrachuelo; en el cual, aparentando motejar el libro, esponia su contenido, dando á entender que por mas soñados que fuesen personages y acciones, cabia que tuviesen relacion con los hombres y negocios de aquel tiempo. Surtió cabal efecto la travesura. Con los apuntes conceptuosos del *Buscapié*, leyeron los discretos el libro, y se trocó la indiferencia en curiosidad. Reimprimióse la primera parte del *Quijote* en España aun en el mismo año de 1605, y voló por fuera inmediatamente con las ediciones hechas en Francia, Italia, Portugal y Flándes.

Aquella aceptacion esplendorosa no podia menos de acarrear á Cervantes un resultado mas positivo que el de afamarlo y socorrerlo; suscitóle una caterva de émulos y enemigos. No hablo tan solo de los vanidosos ruines á quienes todo mérito lastima y toda nombradía destempla. Harto rebosaba el *Quijote* de saetazos literarios disparados contra los ingenios ó los celebradores de libros y comedias contemporáneas para no alborotar la chusma literaria. Los mas encumbrados se avinieron placenteramente á los saetazos que les cupieron; y Lope de Vega, quizás el mas malparado de todos, no se mostró agraviado contra el escritor recien aparecido, que se atrevió á salpicar de asomos de hiel el néctar de alabanzas con que á diestro y siniestro lo estaban embriagando. Su nombradía y sus caudales debian mostrarlo garboso; y aun se allanó al agasajo de manifestar que Cervantes no carecia de *estilo* y de *gracejo*. Mas no sucedió otro tanto con los subalternos, que no podian menos de acudir al resguardo de su escaso concepto. Allá se descerrajó un fuego graneado contra el pobre Cervantes, en público y en particular. El uno, encaramado en los desvanes de su erudicion pedantesca, lo trataba de *ingenio lego*, falto de cultura y de saber; quien creia agraviarle apellidándolo *Quijotista;* quien lo tiznaba en folletillos, que eran los periódicos de aquel tiempo; quien, bajo su sobre, le enviaba un soneto malvado, y Cervantes para desagraviarse lo daba á luz inmediatamente. Entre la gente de alguna cuantía que le trabó guerra, citarémos á Don Luis de Góngora, fundador de la secta de los cultos, envidioso y criticon de suyo; el doctor Cristóbal Suarez de Figueroa, otro escritor celoso y burlon, y hasta el atolondrado Estevan Villegas, que titulaba *Delicias* sus poesías de principiante, y se hacia representar muy recatadamente en la portada como un sol saliente que empañaba el brillo á las estrellas, añadiendo á este emblema, muy enmarañado por lo visto, una divisa que despejase todas las dudas: *sicut sol matutinus me surgente, quid istæ?* Cervantes, que ni era avinagrado ni vanaglorioso, se reiria á carca-

jada de aquel turbion de amor propio disparado contra su nombradía; mas lo que no pudo menos de lastimar su pecho afectuoso fué el desvío de algunos amigos, de aquellos á lo menos que lo son tan solo con el bien entendido de que no se ha de pujar á su nivel, pues el descollar sobre ellos es un delito irremisible. Me pesa el tener que citar á Vicente Espinel, novelista, poeta y músico, que compuso el *Marcos de Obregon*, que inventó la estancia nombrada *espinela* antes de llamarse décima, y que puso la quinta á la vihuela. Por lo demas, fuera preeminencia sin par la de Cervantes, si no hubiese esperimentado esos pócimas que acibaran los mas esclarecidos triunfos. Me bastará haberlos apuntado, pues bajo el supuesto de ser inevitables, puedo ya desentenderme de mencionarlos en lo sucesivo.

Coincidió la publicacion del Quijote con el nacimiento de Felipe IV en Valladolid el 8 de Abril de 1605. Habia ido el año anterior á Inglaterra el condestable de Castilla, Don Juan Fernandez de Velasco, á negociar la paz. Jacobo I, en pago de aquel obsequio, envió al almirante Cárlos Howard, para presentar el tratado de paz á la ratificacion del rey de España y cumplimentarle por el nacimiento de su hijo. Desembarcó Howard en la Coruña con seiscientos ingleses, y entró el 26 de Mayo de 1605 en Valladolid, donde se le agasajó con todo el boato ostentoso de la corte de España. Entre las solemnidades religiosas, las corridas de toros, los saraos de máscara, las evoluciones militares, las justas en que el mismo rey corrió la sortija, y todas las funciones que se tributaron al almirante, se cita un banquete en que se sirvieron hasta mil y doscientos platos de carne y pescado, fuera del ramillete y los manjares que no tuvieron cabida. Mandó escribir el duque de Lerma una *Relacion* de las funciones, y se imprimió en Valladolid aquel mismo año. Se cree que su autor fué Cervantes, ó á lo menos parece que lo comprueba un soneto de Góngora, testigo presencial [1].

Despues de aquellos regocijos sobrevino un acontecimiento aciago que trastornó en gran manera á la familia de Cervantes: encarceláronle por tercera vez. Un caballero de Santiago, llamado Don Gaspar de Ezpeleta, quiso atravesar de noche, el 27 de Junio de 1605, un puente de madera sobre el rio Esgueva, y lo atajó un desconocido. Se trabó pendencia, y empuñando entrambos campeones la espada, quedó traspasado Don Gaspar con varias heridas; pidió socorro y se refugió todo ensangrentado en una casa inmediata. Habitaba en una de las dos viviendas del primer piso de la casa Doña Luisa de Montoya, viuda del cronista Estévan de Garibay, con sus dos hijos, y en la otra Cervantes con su familia. A los alaridos del paciente, acudió Cervantes con uno de los hijos de la vecina, y hallaron á Don Gaspar tendido en el soportal, con la espada en una mano y la rodela en la otra, y lo trasladaron á casa de la viuda de Garibay, donde espiró á los dos dias. Entabló luego sus pesquisas el alcalde de casa y corte Don Cristóbal de Villaroel, y recibió las declaraciones de Cervantes, de su muger Doña Catalina de Palacios Salazar, de su hija natural Doña Isabel de Saavedra, de edad de veinte años, de su hermana Doña Andrea de Cervantes, viuda, con una hija de veinte y ocho años, llamada Doña Constanza de Ovando; de una monja, que se dice igualmente hermana de Cervantes; de la criada María de Ceballos, y en fin, de dos amigos que se hallaban en la casa, el señor de Cigales, y un portugues llamado Simon Mendez. Suponiendo á tuertas ó á derechas que Don Gaspar de Ezpeleta habia fenecido por galanteos con la hija ó la sobrina de Cervantes, prendió el juez á todas estas con Cervantes mismo; y tras interrogatorios, audiencias de testigos y afianzamientos, los puso en libertad á los diez dias. Por las deposiciones que mediaron en aquel aciago lance, se comprueba que á la sazon, y para sostener el peso de cinco mugeres que tenia á su cargo, se dedicaba todavia Cervantes á ciertas agencias, y alternaba su ejercicio de literatura con el afan mentecato, pero mas productivo, de los negocios.

Se deja discurrir que Cervantes seguiria la corte, en 1606, y se avecindaria en Madrid, donde estaba mas cerca de sus parientes de Alcalá, y de los de su muger en Esquivias, y en mejor proporcion para sus tareas literarias y sus agencias forenses. Consta innegablemente que en Junio de 1609, vivia en la calle de la *Magdalena;* poco despues á espaldas del colegio de Nuestra Señora de Loreto; en Junio de 1610, en la calle del *Leon* núm. 9; en 1614, en la de las *Huertas*, despues en la del *Duque de Alba*, esquina de la de San Isidro, de donde lo despidieron, y en

[1] Esta es el soneto de Góngora:

"Parió la Reina: el luterano vino
Con seiscientos hereges y heregías:
Gastamos un millon en quince dias
En darles joyas, hospedage y vino.
Hicimos un alarde ó desatino,
Y unas fiestas que fueron tropelías,
Al ánglico legado y sus espías
Del que juró la paz sobre Calvino.
Bautizamos al niño Dominico
Que nació para serlo en las Españas:
Hicimos un sarao de encantamento:
Quedamos pobres, fué Lutero rico;
Mandáronse escribir estas hazañas
A Don Quijote, á Sancho y su jumento."

fin, en 1616, en la calle de *Leon* núm. 20, esquina á la de *Francos*, donde falleció.

Vuelto á Madrid Cervantes, asomado á la vejez, sin haberes, y cargado de una familia crecida, tropezando con la misma ingratitud para su ingenio que para sus servicios, en tiempo que si las dedicatorias acarreaban tal cual pension, nada producian los libros, desatendido por sus amigos, atropellado por sus émulos, y con su práctica de mundo, apeado de todo embeleso y reducido á lo que en castellano se llama *desengaño*, vivió ya siempre retirado y sombriamente; afilosofado, sin lamento, sin murmullo, sin la *dorada medianía* que apetece Horacio para los alumnos de las Musas, antes bien angustiado y menesteroso. Halló sin embargo dos padrinos, Don Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo, y un señor instruido, Don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lémos, autor de la comedia intitulada *la Casa confusa*, el cual se llevó en 1610 una cortecilla literaria á su vireinato de Nápoles, y no olvidó desde su lejana cumbre al soldado antiguo y lisiado que no habia podido seguirle.

No cabe esplicacion para una estrañeza, que por otra parte realza el pundonor de Cervantes, cuanto tizna á los repartidores de los agasajos reales; habló del desamparo en que estuvo varon tan esclarecido, al paso que autorcillos despreciables andaban disfrutando las pensiones que en prosa y verso habian pordioseado. Se cuenta que un dia Felipe III, asomado á la parte del palacio que caia al Manzanares, vió un estudiante que se paseaba con un libro en la mano por la orilla de aquel rio. El manteista se paraba, manoteaba, se palmoteaba la frente y prorrumpia en carcajadas. Reparando Felipe aquella comedia, esclamó: "Aquel estudiante ó es loco ó está leyendo el *Quijote*." Acudieron palaciegos diligentes á comprobar la agudeza del monarca, y volvieron á participar al rey que con efecto el enagenado estudiante estaba leyendo el Quijote; mas á ninguno de ellos ocurrió el recordar al príncipe el sumo desamparo que estaba persiguiendo al autor de libro tan popularmente celebrado.

La primera edicion del *Quijote*, la de 1605, se hizo en ausencia del autor, y por un manuscrito de propio puño, esto es, de trabajosísima inteligencia; y así estaba plagada de erratas; pero Cervantes, recien avecindado en Madrid, se esmeró en dar á luz otra edicion de su obra, repasándola con ahinco; y esta segunda, muy preferible á la primera, ha servido de norma á las siguientes.

Dos años despues sacó Cervantes á luz las doce *Novelas*, que, con las dos embebidas en el Quijote y la recien hallada, componen la coleccion de las quince *Novelas* que habia ido componiendo, desde su mansion en Sevilla, como queda dicho refiriéndonos á aquella temporada. Aquel libro, que iba calificado en el privilegio de pasatiempo muy honesto, donde campea el señorío y el caudal de la lengua castellana, mereció dentro y fuera de España el mismo agasajo que el *Quijote*. Lo remedó por dos rumbos Lope de Vega, componiendo luego sus novelas, muy inferiores á las de Cervantes, y sacando á plaza asuntos ya tratados por él. Otros dramáticos sobresalientes acudieron al mismo manantial, entre otros Fray Gabriel Tellez, conocido bajo el nombre de Tirso de Molina, que llamaba á Cervantes el *Bocacio español;* luego Don Agustin Moreto, Don Diego de Figueroa y Don Antonio Solis.

Publicó Cervantes, despues de las Novelas, en 1614, su poema intitulado *Viaje al Parnaso*, y el dialoguillo en prosa con que lo acompañó bajo el nombre de *Adjunta al Parnaso*. En el poema, remedo del de Césare Caporali, de Perusa, elogiaba á los ingenios contemporáneos, sajando despiadadamente los intrusos de la escuela nueva, cuyas alteraciones torpes y desatinadas plagaban la hermosa lengua del *siglo de oro*. Quejábase en el diálogo de los comediantes que no querian representar ni sus dramas ya antiguos, ni los que acababa de componer. Para sacar algun partido de sus tareas dramáticas, trató Cervantes de imprimir su teatro, y acudió al librero Villaroel, uno de los mas conceptuados en Madrid, quien le contestó sin rodeos: "Un escritor de nombradía me ha enterado que se podia esperar mucho de vuestra prosa, pero que de los versos absolutamente nada." Atinado era el fallo, aunque algo adusto, y debió hacérsele amarguísimo á Cervantes, que estuvo poetizando á *despecho de Minerva*, y se desvivia aniñadamente tras el concepto de poeta. Imprimió sin embargo Villaroel, en Septiembre de 1615, ocho comedias y otros tantos entremeses, con una dedicatoria al conde de Lémos y un prólogo, no tan solo muy agudo, sino interesantísimo para la historia del teatro español. Imperaba allí Lope de Vega, y asomaba el competidor que iba á desbancarlo. Recibió el público desabridamente los dramas selectos de Cervantes, y no tuvieron á bien los comediantes representar ni uno solo; ingratos fueron tal vez ellos y el público, mas no injustos.

Salió á luz aquel mismo año de 1615 otra obra de Cervantes que se hermana con cierta particularidad muy reparable. Conservaba todavia España la práctica de las *justas poéticas*, tan de moda en el reinado de Juan II como las guerreras, y

que se han ido conservando por el mediodía de la Francia, con el nombre de *Jueces Florales*. Habiendo canonizado Paulo V en 1614, la ínclita Santa Teresa de Jesus, se propuso para asunto del certámen el triunfo de aquella heroina claustral; y Lope de Vega era uno de los jueces. Habia que cantar los écstasis de la Santa, al remedo de la oda llamada *cancion castellana*, y con el metro de la primera égloga de Garcilaso de la Vega: *El dulce lamentar de dos pastores*. Acudieron todos los escritores de nombradía, y Cervantes, constituido poeta lírico á los setenta y siete años, envió tambien su oda, que, sin ganar el premio, se imprimió entre las mas aventajadas en la *Relacion* de las funciones que tributó la España toda en obsequio de su esclarecida hija.

Tambien salió á luz en el mismo año la segunda parte del *Quijote*.

Se hallaba ésta muy adelantada; y Cervantes, que la tenia anunciada en el prólogo de sus *Novelas*, la trabajaba con ahinco, cuando á mediados del año de 1614 apareció en Tarragona una continuacion de la primera parte, como parto del licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de Tordesillas.

Este era un nombre postizo, bajo el cual se encubria aquel plagiario descocado, que, en vida del autor primitivo, le defraudaba del título y del asunto de su libro. No ha sido dable desenmarañar su verdadero nombre, pero se conceptúa positivo, por las pesquisas de Mayans, del P. Murillo y de Pellicer, que era un aragonés, dominico del convento de predicadores de Zaragoza y uno de los autores de comedias á quienes tan chistosamente habia motejado Cervantes en la primera parte del *Quijote*. A fuer de salteador que moteja á sus despojados, el supuesto Avellaneda encabezaba su libro vaciando la hiel de un pecho todo carcomido de zelos rencorosos, y descargando sobre Cervantes soeces desvergüenzas. Tratábale de manco, viejo, adusto, envidioso y calumniador; le tildaba sus desventuras, su encarcelamiento y su desamparo; le tachaba en fin, de carecer de ingenio y de agudeza, y se jactaba de privarle del despacho de su segunda parte. Cuando el libro llegó á manos de Cervantes, cuando vió tanto baldon encabezando un aborto insulso, pedantesco y torpe, amostazado con aquel descoco, trató de prorrumpir en un desagravio competente, y se atropelló para acabar su libro en términos que los últimos capítulos adolecen de azoramiento. Mas quiso que fuese cabal el parangon entre ambas obras. Al dedicar sus comedias al conde de Lémos, á principios de 1615, le decia: "Queda Don Quijote con las espuelas calzadas para ir á besar los piés á Vuestra Escelencia. Llegará algo mal trecho, por haberle descaminado y ofendido en Tarragona; sin embargo, ha sacado certificacion formal para que conste que el contenido en esta historia no es él, sino un intruso que quiso ser él y no lo pudo conseguir." Hizo mas Cervantes, pues en el mismo testo del *Quijote* (prólogo y cap. 59) contestó á los torpes denuestos de su plagiario, sin dignarse no obstante pronunciar su verdadero nombre, con escarnios primorosos y satirillas áticas, sobreponiéndosele igualmente con el garboso señorío de su conducta y lo perfecto de su composicion. Mas para apear á los Avellanedas venideros de todo intento de nuevas profanaciones, acompañó por esta vez su héroe hasta la huesa; le recibió el testamento, la confesion y el postrer aliento, lo enterró, lo rotuló con su epitafio, y pudo esclamar con fundado y sublime engreimiento: Aquí Cide Hamete dijo á su pluma: "Aquí quedarás colgada desta espetera..... peñola mia, á donde vivirás largos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte."

Hay que hacer aquí alto para ecsaminar el *Quijote*, no en sus antecedentes y en su orígen, sino en sí mismo, para conceptuar al fin bajo su principal realce este libro inmortal, la obra mas grandiosa de su autor y de su patria.

Montesquieu hace que Rica diga (*Cartas Persianas*, núm. 78): "Los españoles tan solo tienen un libro de provecho, y es el que ridiculiza á todos los demas." Esta es una de las chanzonetas donosas y ecsageradas que halagan con su demasía, y que no deben tomarse con formalidad. ¿Quién se ha amostazado en Francia por lo que dice Rica al fin de la misma carta: "Por lo visto, los franceses, mal opinados para sus vecinos, emparedan algunos locos para dar á entender que no lo son los que están fuera?" Ambas chanzonetas, en mi concepto, corren parejas. No obstante la definicion que apunta Montesquieu del *Quijote*, no es esacta. Si no tuviese mas realce que el de ir zumbando las novelas caballerescas, poco les sobreviviera, pues despachada su faena, quedara tan enterrado el vencedor como los vencidos. ¿Vamos ahora por ventura tras la befa de Amadíses, Esplandianes, Platires y Don Kirieleisones? Por supuesto que Cervantes conceptuaba por uno de sus méritos el de aventar aquella disparatada y aciaga literatura, y bajo este respecto su obra es un rasgo de moralidad que está hermanando las dos prendas preeminentes de la verdadera comedia, esto es, enmendar embelesando; mas el *Quijote* tiene otro primor que el de satirizar novelas añejas, y por lo mismo trato de apuntar las varias trasformaciones que

cupieron al asunto en la fantasía del autor.

Me hago cargo de que Cervantes al principio se ciñó á mofar y soterrar la literatura caballeresca, pues así lo afirma terminantemente en su prólogo, cuanto mas que harto abultan las inadvertencias estrañas y las contradicciones en la primera parte del *Quijote*, para conceptuar por estos mismos lunares (ya que lo sean) la prueba patente de que lo entabló por enfado, por un destemple y sin premeditado intento, soltando la rienda á su fantasía y á su pluma, encontrándose con ser novelista como La Fontaine era *fabulero*, sin suponer tanta entidad á su obra que la abarcarse de estremo á estremo y muy de antemano. Don Quijote por el pronto no es mas que un demente, un loco rematado y de apaleo, pues el desastrado hidalgo lleva mas palizas y coces que pudieran sobrellevar los lomos del mismo Rocinante. Tampoco es Sancho Panza mas que un labriego zompo y badulaque, yéndose por interes ó por sandez y á ciegas tras los desatinos de su amo. Mas esto va que vuela, pues no le cabia á Cervantes el atascarse entre la locura y la irracionalidad. Se encariña ademas con sus héroes, *hijos* como los llama, *de su entendimiento;* y luego les traspasa su tino, su agudeza, repartiéndoles uno y otro con peso y medida. Infunde al amo el despejo encumbrado y abarcador que pueden acarrear á unos alcances atinados el estudio y el raciocinio; y al criado el instinto escaso, pero muy certero, la sensatez innata, y la rectitud cuando no la tuerce el interes, que cabe á todo hombre al nacer. El destemple de Don Quijote se encajona en una sola casilla de su celebro, y su manía es el disparo de un varon honrado á quien la sinrazon lastima y la virtud arrebata. Cabila mas y mas sobre constituirse consuelo de afligidos, campeon de todo desamparo y el coco del soberbio y del inicuo. Sobre todo lo demas discurre primorosamente, perora con elocuencia, es *mas propio*, como le dice Sancho, *para predicador que para caballero andante*. Por su parte Sancho, aunque tosco y natural, es travieso y malicioso; y así como Don Quijote solo tiene un ramo de loco, él adolece de crédulo, y lo descamina mas su amo con el despejo de su entendimiento y el cariño que le tiene cobrado.

Se entabla con esto un espectáculo asombroso; pues se están viendo aquellos individuos, tan inseparables como el alma y el cuerpo, como se acabalan mutuamente; hermanados con un intento pundonoroso al mismo tiempo y disparatado, obrando á lo insensato y hablando á lo cuerdo, espuestos al escarnio y tal vez á la irracionalidad de las gentes, y sacando á luz los achaques y desatinos de sus atropelladores; moviendo al lector á risa, á compasion, y luego á cariño entrañable; acertando á enternecerlo al mismo paso que á divertirlo y aleccionarlo; y labrando por fin con aquella contraposicion incesante de entrambos entre sí y con todos los demas el campo inalterable de una comedia inmensa y siempre nueva.

En la segunda parte del *Quijote* es donde está descollando el nuevo concepto del autor, sazonado mas y mas con la edad y el trato de las gentes. Suena la caballería andante lo preciso para continuar cabalmente la parte primera, y abarcarlas y hermanarlas en el plan general. Mas ya no se ciñe á la glosa de novelas caballerescas: es un libro de filosofía práctica, un tesoro de mácsimas, ó mas bien de parábolas, una crítica atinada y suave de la humanidad entera. Aquel nuevo personage embebido en la familiaridad del héroe de la Mancha, el bachiller Sanson Carrasco, ¿no es la incredulidad dudadora que se mofa de todo, sin recato y sin miramiento? Y citando otro ejemplo, ¿quién al leer, por la vez primera aquella segunda parte, no conceptúa que Sancho, revestido del gobierno de la ínsula Barataría, iba á hacerle reir á carcajadas? ¿Quién no se figuró que el gobernador repentino cometeria mas desatinos que Don Quijote en su penitencia de Sierra Morena? Equivócanse de medio á medio, y el númen de Cervantes allá volaba lejísimos del entendimiento del lector, sin echarlo no obstante en olvido. Su intento era demostrar que la ciencia tan decantada del gobierno de los hombres, no es arcano vinculado en una alcurnia ó gerarquía, sino que es obvia para todos, y que para su acertado desempeño se necesitan otros requisitos mas preciosos que la noticia de leyes y el estudio de la política, á saber, la sensatez y la sana intencion. Sin desafinar en sus alcances, y sin traspasar la esfera de su entendimiento, sentencia y atina Sancho como el mismo Salomon.

Salió á luz la segunda parte del *Quijote* diez años despues de la primera, sin que Cervantes, al publicar ésta, hubiese tratado de continuarla, pues reinaba á la sazon la moda de ir dejando colgadas las obras de imaginacion, dándolas por concluidas en lo mas revuelto de los lances y en lo mas interesante de la fábula, como lo hacia el Ariosto con los cantos de su poema. Ni el *Lazarillo de Tormes*, ni el *Diablo Cojuelo* tienen desenlace, como tampoco la *Galatea*. No fué tampoco la continuacion de Avellaneda la que movió á Cervantes para componer la suya, pues la tenia ya casi concluida cuando asomó la otra. Si el *Quijote* fuese sátira meramente literaria, debia quedar descabalado, y Cervantes lo siguió con

el ánimo que yo innegablemente le atribuyo. Así que las dos mitades de la obra están ofreciendo un fenómeno sin par en literatura, y es una segunda parte, ideada á solas, que no solo se empareja, sino que sobrepuja á la primera, pues su intento fundamental es mas grandioso y fecundo; y luego la obra trasciende á todos los tiempos y paises, habla á la humanidad en su idioma universal, y por fin este es el libro que mas encumbra aquella prenda tan ascendrada y sin par de la especie humana, el tino tan escaso, la sensatez tan preciosa, que se aventaja á todo.

Ha sido mi ánimo tan solo ir esplicando históricamente el libro de Cervantes, pues ¿á qué conduce elogiarlo? ¿quién no lo ha leido? ¿quién no lo sabe de memoria? ¿quién no ha dicho con Walter-Scott, sumo celebrador de Cervantes, como su mas digno competidor, que es una de las obras mas esclarecidas del ingenio humano? ¿Hay cuento mas popular, historia mas certera para agradar á todas las edades, á todos los gustos, temples y estados? ¿No se está viendo á toda hora á Don Quijote estirado, cenceño y circunspecto, á Sancho rechoncho, cuadradillo y chancero, y á su muger y al ama, al cura, barbero al maese Nicolás, á la moza Maritórnes, al bachiller Carrasco y á tantísimos mas? ¿y á todos los personages de la historia, comprendiendo á Rocinante y el rucio, otra pareja de amigos inseparables? ¿cabe olvidar cómo se ha ideado y desempeñado este libro? ¿cabe no estar palpando con asombro la unidad perfectísima del plan y la variedad portentosa de sus pormenores?—¿Aquella fantasía tan rebosante y tan pródiga que está saciando mas y mas el afan de todo leyente?—¿Aquella maestría sobrehumana con que se van siguiendo y enlazando los episodios, enardecidos con un interes siempre variado y siempre pujante, y de que se prescinde sin embargo para apersonarse mas regaladamente y á solas con los dos héroes?—¿Su consonancia y su contraposicion al mismo tiempo, las sentencias del amo, los chistes del escudero, un señorío nunca empalagoso, una jovialidad nunca chocarrera, una hermandad naturalísima entre la chanzoneta y la sublimidad, la carcajada y el embeleso, entre el pasatiempo y la moralidad? ¿Cabe por fin el no estar percibiendo el hechizo de aquel precioso lenguage, tan fluido y armonioso, señoreándolo todo con sus entonaciones y matices; de aquel estilo donde se cifran todos desde el cómico mas llano hasta la elocuencia mas grandiosa, y que ha hecho decir que el libro "está divinamente escrito en una lengua divina?"

Pero ¡ay! que este último regalo está vinculado en los que logran la dicha de leerlo en su original. Voló aquel tiempo en que se hablaba el castellano en Paris, en Bruselas, Munich, Viena, Milan y Nápoles, cuando era el idioma de las cortes, de la política y de los estrados; lo ha desbancado el frances. Se hace obvio, en desquite, á cada cual el figurarse que está leyendo el *Quijote* lográndolo trasladado á su propia lengua, puesto que si es el libro mas leido, es tambien el mas traducido de cuantos se conocen. Lo está en holandés, en sueco, en dinamarqués y en ruso. Sumos escritores, como Tieck y Soltau, se han dedicado á prohijar en Alemania el parto de Cervantes. Se le cuentan diez traductores en Inglaterra; Shelton, Gayton, Ward, Jarvis, Smollett, Ozell, Motteux, Wilmont, Durfey, J. Philips, ademas de un comentador inteligente, como el doctor Juan Bowle; y quizás otros tantos en Italia desde Franciosini hasta el anónimo de 1815, para el cual dibujó Novelli sus grabados. Mayor es todavia el número en Francia, si se juntan todas las versiones que han salido desde los primeros bosquejos de César Oudin y de Rosset, contemporáneos de la obra, hasta las tres traducciones publicadas en el siglo presente. El número de ediciones, de la sola traduccion de Filleau de San Martin, publicadas en Francia, ascendia ya ¿se podrá creer? á cincuenta y una, y luego ha salido la cincuenta y dos. Esta aceptacion sin igual está esclarecidamente demostrando los sumos quilates de mérito de la obra original y la curiosidad mas y mas ahincada que sigue escitando de generacion en generacion. Se requiere con efecto que atesore el *Quijote* un empuje vivífico ó mas bien que lleve consigo el sello de la inmortalidad, para retoñar así tan gloriosamente sobre los cercenes violentos de sus traductores. No cabia que alcanzasen todos la maestría y trascendencia de un libro que hasta logró burlar á los buscones del santo oficio. De allí proceden aquellas hablas preñadas, aquellas alusiones agudísimas, aquellas ironías primorosas, velos discretos que iba tendiendo Cervantes para encubrir á la vista de la Inquisicion pensamientos harto arrojados y recónditos para presentarlos sin rebozo. Habia, hace ya doscientos años, que leer el *Quijote* como el epitafio del licenciado Pedro García, y hacer como el estudiante del prólogo del *Gil Blas*, volcar la losa para saber cuál era el alma enterrada. Particularmente ahora que ya se nos trasponen las alusiones contemporáneas, queda el sentido mas recóndito. Se muestran las palabras; pero los conceptos se encubren. Se requiere una clave, y esta no se logra sino en los comentarios de Bowle, de Pellicer, de la Academia española, de Fernandez Navarre-

te, de los Rios, de Arrieta y de Clemencin.

Cervantes, ya sesenton, seguia trabajando con todo el ahinco y el raudal de la mocedad, adelantando de pareja varias obras de mayor monta. En aquella dedicatoria tan gallarda y aseñorada que encaminaba por Octubre de 1615, con la segunda parte del *Quijote*, á su protector el conde de Lémos, le participaba el envio cercano de otra novela, su *Pérsiles y Sigismunda.* Habia igualmente ofrecido en otras ocasiones la segunda parte de la *Galatea*, y otras dos obras nuevas cuyo género se ignora, el *Bernardo* y las *Semanas del Jardin.* De las tres últimas no queda el menor rastro, y en cuanto al *Pérsiles*, lo dió á luz su viuda, en 1617. ¡Estrañeza singular! En la hora y punto que Cervantes acababa de rematar á saetazos chanceros y matadores las novelas caballerescas, con la misma pluma esterminadora estaba borroneando otra novela casi tan desatinada como las trastornadoras del magin de su hidalgo. Rasgueaba al mismo tiempo censura y apología, remedando á los mismos que vituperaba, y pecando por los propios deslices. ¡Mayor estrañeza todavia! Para este aborto estaba reservando sus raptos cariñosos; al modo de los padres cuya ceguedad enamorada antepone un fruto enfermizo de la ancianidad á sus primogénitos forzudos, pues hablando comedida y casi cortadamente del *Quijote*, allá estaba anunciando engreidamente al orbe el portento del *Pérsiles.* La novela de *Pérsiles*, que ni admite parangon, ni cabe en clase alguna, es una sarta de episodios zurcidos, de aventuras descabelladas, de encuentros inauditos, de monstruosidades inverosímiles, de índoles inapeables y de afectos acicalados. Cervantes, retratista puntual y atinado de la naturaleza física y moral, acertó en arrinconar el suceso allá por las regiones hiperbóreas, puesto que viene á ser aquel un mundo soñado, ageno del que estaba presenciando. Por lo demas, al tropezar con aquel desenfreno de un talento sumo, cuyo ámbito abarca dramas á docenas y cuentos á centenares, asombra mas y mas una fantasía, casi septuagenaria, tan rebosante y fecunda todavia como la del Ariosto; pasma y embarga aquella pluma, siempre airosa, elegante y arrojada, engalanando las monstruosidades del contenido con los arreos vistosos del lenguage. Hay mas esmero y aliño en el Pérsiles que en el Quijote; pues á trechos asoma como dechado cabal de estilo, y es quizás el libro mas clásico de España. Viene á ser un alcázar de mármol y de cedro, sin arreglo, sin proporciones y sin configuracion, y reduciéndose á un cúmulo de preciosidades revueltas, en vez de ofrecer un cuerpo de arquitectura. Al presenciar el asunto del libro, el nombre del autor, la preferencia que le daba á todas sus obras, y las prendas esclarecidas que tan desatinadamente ha desperdiciado en él, hay fundamento para afirmar que el *Pérsiles* es uno de los yerros mas reparables del entendimiento humano.

No cupo á Cervantes disfrutar de la aceptacion que se estaba ya prometiendo de este postrer parto de su pluma, de aquel Benjamin de *los hijos* de su ingenio. Siempre desdichado, tampoco le cupo el columbrar la inmensa nombradía que le estaba reservando la posteridad. Al dar á luz, á fines de 1615, la segunda parte del *Quijote*, se hallaba ya adoleciendo de la enfermedad que lo acabó luego. Con la esperanza de lograr al entrar la primavera, algun alivio con el ambiente del campo, salió el 2 de Abril inmediato para el pueblo de Esquivias, donde vivia la parentela de su muger; mas empeorándose á los pocos dias, tuvo que volverse á Madrid en compañía y al cuidado de dos amigos. Al regreso de Esquivias le sucedió una aventura, de que hizo caudal para llenar su prologuillo del *Pérsiles*, y por la cual nos consta la única relacion tal cual circunstanciada que tenemos de su dolencia.

"Sucedió pues, lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linages, y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que á mis espaldas venia picando con gran priesa uno que al parecer traia deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dándonos voces que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venia vestido de pardo, antiparras, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales: verdad es no traia mas de dos, porque se le venia á un lado la valona por momentos, y él traia sumo trabajo y cuenta de enderezarla. Llegando á nosotros dijo:—¿Vuesas mercedes van á alcanzar algun oficio ó prebenda á la corte, pues allá está su ilustrísima de Toledo y su magestad, ni mas ni menos, segun la priesa con que caminan, que en verdad que á mi burra se le ha cantado el victor de caminante mas de una vez? A lo que respondió uno de mis compañeros:—El rocin del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa de esto, porque es algo que pasilargo. Apenas hubo oido el estudiante el nombre de Cervantes, cuando apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el cogin y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió á mí y acudiendo á asirme de la mano izquierda, dijo:—Sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, finalmente, el regocijo

de las musas. Yo, que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder á ellas, y así abrazándole por el cuello, donde le eché á perder de todo punto la valona, le dije:—Ese es un error donde han caido muchos aficionados ignorantes: yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las musas, ni ninguna de las demas baratijas que ha dicho vuesa merced: vuelva á cobrar su burra y suba, y caminemos en buena conversacion lo poco que nos falta del camino. Hízolo así el comedido estudiante, tuvimos algun tanto mas las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento diciendo:—Esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar Océano, que dulcemente se bebiese; vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna.—Eso me han dicho muchos, respondí yo; pero así puedo dejar de beber á todo mi beneplácito, como si para solo eso hubiera nacido: mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides de mis pulsos, que á mas tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced á conocerme; pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado. En esto llegamos á la puerta de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escuchallo. Tornéle á abrazar, volvióseme á ofrecer, picó á su burra, y dejóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, quien habia dado gran ocasion á mi pluma para escribir donaires; pero no son todos los tiempos unos: tiempo vendrá quizá donde anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta, y lo que sé convenia. Adios, gracias; adios, donaires; adios, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida."

Este prólogo inconecso y desencajado, donde está sin embargo mostrando Cervantes la jovialidad de su ánimo en el retrato chistoso del estudiante, antes de despedirse de sus *regocijados amigos*, fué su plumada postrera y violenta. Agravóse horrorosamente su achaque, se encamó y recibió la uncion el 18 de Abril. Sonaba á la sazon el regreso inmediato del conde de Lémos, que pasaba del vireinato de Nápoles á la presidencia del consejo. El último pensamiento de Cervantes fué un impulso de gratitud, un recuerdo afectuoso de su amparador; pues al espirar dictó la carta siguiente:

"Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: *Puesto ya el pié en el estribo*, quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pié en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran Señor, esta te escribo.

"Ayer me dieron la Estrema-uncion, y hoy escribo esta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los piés de V. E., que podria ser fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España, que me volviese á dar la vida; pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de la muerte mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía, me alegro de la llegada de V. E., regocíjome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de V. E. etc."

Esta carta, que, segun Rios, debieran tener siempre á la vista los grandes y los escritores, para enseñar á los unos la generosidad y á los otros el agradecimiento, está á lo menos comprobando la serenidad cabal que conservó Cervantes hasta el trance postrero. Desmayóse luego por largo rato, y espiró el sábado 23 de Abril de 1616.

Advirtió el doctor Juan Bowle agudamente que los dos ingenios mas sobresalientes de aquella temporada grandiosa, desconocidos entrambos por sus contemporáneos, y al par desagraviados por la posteridad, Miguel de Cervantes y Guillermo Shakspeare, habian fallecido cabalmente en el mismo dia, y con efecto los biógrafos de éste lo cuentan difunto el 23 de Abril de 1616. Mas hay que hacerse cargo de que no regia á la sazon el calendario gregoriano en Inglaterra, donde solo se adoptó en 1754, rezagándose á los españoles en fechas, como lo están haciendo hoy los rusos con la Europa entera; y así sobrevivió Shakspeare á Cervantes doce dias.

Dispuso Cervantes en su testamento, nombrando por albaceas á su muger Doña Catalina de Palacios Salazar, y á su vecino el licenciado Francisco Nuñez, que le enterrasen en un convento de tri-

nitarias, fundado hacia cuatro años en la calle del *Humilladero*, donde su hija Doña Isabel Saavedra, arrojada tal vez por el desamparo de la casa paterna, acababa de profesar. Es de suponer que se cumplieron los últimos deseos de Cervantes; pero en 1633, las monjas del *Humilladero* pasaron á otro convento nuevo de la calle de Cantaranas, y así se ignora el paradero de las cenizas de Cervantes, cuyo sitio no ha podido descubrirse por sepulcro, losa ó rótulo alguno.

Igual trascuerdo descaminó los dos retratos de Jáuregui y de Pacheco, y tan solo se ha conservado una copia hasta nuestros dias. Es del reinado de Felipe IV, la temporada esclarecida de la pintura española atribuyéndola unos á Alonso del Arco, otros á la escuela de Vicente Carducho, ó de Eugenio Cajes; pero sea de quien fuere, cuadra cabalmente con el retrato idéntico que rasgueó Cervantes de sí mismo en el prólogo de sus *Novelas*. Supone que uno de sus amigos debia encabezar el libro con su retrato grabado, poniéndole al pié este rótulo: "Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos estremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de piés; este digo que es el rostro del autor de la Galatea y Don Quijote de la Mancha, y del que hizo el Viage del Parnaso.... y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño: llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra:" habla luego de su mano izquierda lisiada en Lepanto, y redondea así su retrato: "En fin, pues ya esta ocasion se pasó, y yo he quedado en blanco y sin figura, será forzoso valerme por mi pico, que aunque tartamudo, no lo será para decir verdades, que dichas por señas, suelen ser entendidas."

A esto se reduce cuanto se ha logrado recoger acerca de la historia de aquel varon esclarecido, uno de aquellos que compraron con las desventuras de toda la vida los obsequios tardíos de una nombradía póstuma. Nacido de familia honrada, pero menesterosa; educado al pronto decorosamente; atenido luego á la servidumbre por su desamparo; page, ayuda de cámara, despues soldado; manco por la batalla de Lepanto; descollando en la toma de Túnez; cogido por un corsario berberisco; cautivo por cinco años en los baños de Argel; rescatado por la caridad pública, tras mil conatos infructuosos de ingenio y arrojo; soldado tambien en Portugal y en las Azores; prendado de una muger hidalga y menesterosa como él; reengolfado en las letras por aficion y por amores, y retraido luego por escaseces; galardonado por su númen y sus servicios con una gran plaza de dependiente de provisiones; tildado de retenedor de caudales públicos; encarcelado por curiales, y descargado por su inocencia; encarcelado de nuevo por campesinos desmandados; metido á poeta y á agente de negocios, afanado tras negocios agenos y comedias para ganarse la vida; sobresaliendo á los cincuenta y mas años con su verdadero destino; sin saber á qué Mecenas acudir para dedicarle sus obras; tropezando con la tibieza de un público que se digna reir, mas no justipreciarlo ni entenderlo; con émulos que le escarnecen y lo afrentan, y con amigos zelosos que lo traicionan; acosado por la necesidad hasta su vejez; olvidado de los mas, desconocido de todos, y falleciendo por fin solo y desamparado: tal fué la vida de Miguel de Cervantes Saavedra. A los dos siglos se cae en la cuenta de ir en pos de su cuna y de su huesa, de engalanar la última casa que habitó, con un medallon de mármol, de levantarle una estátua y de borrar el nombre de otro mas oscuro y afortunado, para estampar á la esquina de una calleja de Madrid el esclarecido nombre que está llenando el universo.





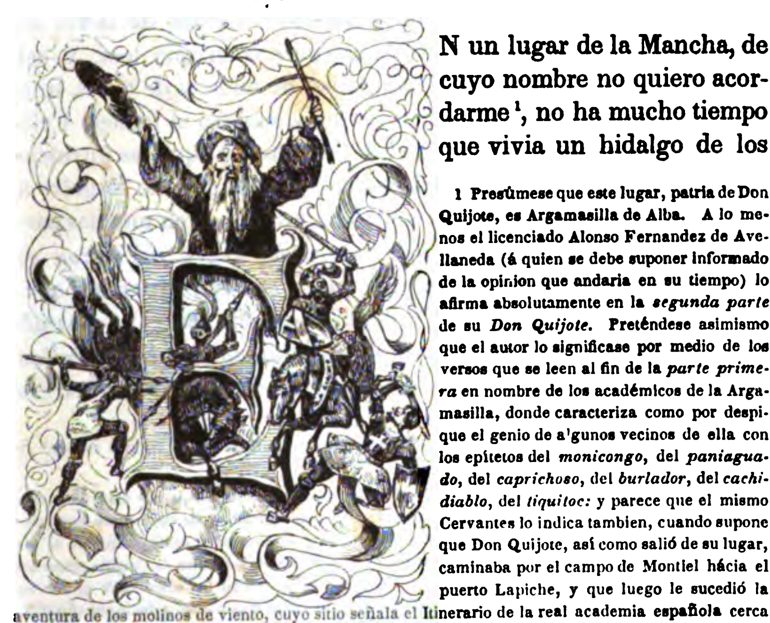
Imprenta lito. Callejon Sª Clara Nº 8



DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

PRIMERA PARTE.—CAPITULO I.

Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha.



N un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme[1], no ha mucho tiempo que vivia un hidalgo de los

1 Presúmese que este lugar, patria de Don Quijote, es Argamasilla de Alba. A lo menos el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda (á quien se debe suponer informado de la opinion que andaria en su tiempo) lo afirma absolutamente en la *segunda parte* de su *Don Quijote*. Preténdese asimismo que el autor lo significase por medio de los versos que se leen al fin de la *parte primera* en nombre de los académicos de la Argamasilla, donde caracteriza como por despique el genio de algunos vecinos de ella con los epítetos del *monicongo*, del *paniaguado*, del *caprichoso*, del *burlador*, del *cachidiablo*, del *tiquitoc:* y parece que el mismo Cervantes lo indica tambien, cuando supone que Don Quijote, así como salió de su lugar, caminaba por el campo de Montiel hácia el puerto Lapiche, y que luego le sucedió la aventura de los molinos de viento, cuyo sitio señala el Itinerario de la real academia española cerca de Villarta.

de lanza en astillero[1], adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos[2] los sábados, lantejas los viérnes, algun palomino de añadidura los domingos, consumian las tres partes de su hacienda. El resto de ella concluian sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mesmo, y los dias de entre semana se honraba con su vellorí de lo mas fino. Tenia en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocin, como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complecsion recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador, y amigo de la caza. Quieren decir que tenia el sobrenombre de Quijada ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana; pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narracion de él no se salga un punto de la verdad. Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los mas del año) se daba á leer libros de caballerías con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer; y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber de ellos: y de todos, ningunos le parecian tan bien, como los que compuso el famoso Feliciano de Silva: porque la claridad de su prosa, y aquellas intrincadas razones suyas le parecian de perlas; y mas cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafios, donde en muchas partes hallaba escrito: *La razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura.* Y tambien cuando leia.... *Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece*

1 O lancera, que era un estante, en donde los hidalgos ponian las lanzas en el patio ó soportal de sus casas. *Cobarruvias.* (Tesoro.)

2 Era costumbre en algunos lugares de la Mancha traer los pastores á casa de sus amos las reses que entre semana se morian, ó que de cualquier otro modo se desgraciaban, de cuya carne deshuesada y acecinada se hacian y hacen salones. De estos huesos quebrantados y de los estremos de las mismas reses se componia la olla, en tiempo en que no se permitia en los reinos de Castilla comer los sábados de las demas partes de ellas, ni grosura, cuya costumbre derogó Benedicto XIV el año de 1748. Esta comida se llamaba *duelos y quebrantos*, con alusion al sentimiento y duelo que causaba, como es regular, á los dueños el menoscabo de su ganado, y el quebrantamiento de los huesos.

Tomo 1.º

DON QUIJOTE.

Cap. 1.



Impreso callejon de S. Clara N.º 8

la vuestra grandeza[1]. Con estas y semejantes razones perdia el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mesmo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que D. Belianis daba y recibia, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaria de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales; pero con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin al pié de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál habia sido mejor caballero, Palmerin de Inglaterra, ó Amadis de Gaula; mas Maese Nicolas, barbero del mesmo pueblo, decia que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar, era D. Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo: que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en saga. En resolucion, él se enfrascó tanto con su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro de manera, que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leia en los libros, así de encantamentos, como de pendencias, batallas, desafios, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginacion que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leia, que para él no habia otra historia mas cierta en el mundo. Decia él que el Cid Rui Diaz habia sido muy buen caballero; pero que no tenia que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de solo un reves habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes: mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó á Anteon el hijo de la Tierra entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque

1 Los libros que tan bien parecian á Don Quijote, se intitulan: *La Corónica de los muy valientes caballeros D. Florisel de Niquea, y el fuerte Anaxártes.... Emendada del estilo antiguo segun que la escribió Zirfea, reina de Argines, por el noble caballero Feliciano de Silva.* Zaragoza 1584. fol.

con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado; pero sobre todos estaba bien con Reinaldos de Montalvan, y mas cuando le veia salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en Allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalon, al ama que tenia, y aun á su sobrina de añadidura.

En efecto, rematado ya su juicio, vino á dar en el mas estraño pensamiento que jamas dió loco en el mundo; y fué que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él habia leido que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo por lo menos del imperio de Trapisonda; y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del estraño gusto que en ellos sentia, se dió priesa á poner en efeto lo que deseaba. Y lo primero que hizo, fué limpiar unas armas, que habian sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenia celada de encage, sino morrion simple; mas á estó suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrion hacia una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte, y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y por asegurarse deste peligro la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva esperiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encage. Fué luego á ver á su rocin, y aunque tenia mas cuartos que un real[1], y mas tachas que el caballo de Gonela (que *tantum pellis, et ossa fuit*), le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni

1 Cuarto no es aquí nombre de moneda, sino de albeitería, y significa cierta enfermedad que da á los caballos en los cascos, y con este equívoco se da á entender que Rocinante tenia mas alifafes, que un real cuartos.

Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro dias se le pasaron en imaginar qué nombre le pondria: porque, segun se decia él á sí mismo, no era razon que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así procuraba acomodársele de manera, que declarase quien habia sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razon que mudando su señor estado, mudase él tambien el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenia á la nueva órden y al nuevo ejercicio que ya profesaba: y así despues de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo, y tornó á hacer en su memoria é imaginacion, al fin le vino á llamar ROCINANTE: nombre á su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que habia sido cuando fué rocin, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre y tan á su gusto, á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar DON QUIJOTE: de donde, como queda dicho, tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debia llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadis no solo se habia contentado con llamarse Amadis á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse DON QUIJOTE DE LA MANCHA, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linage y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

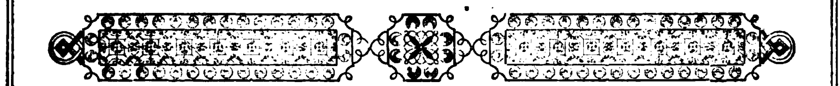
Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa, sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: Si yo por malos de mis pecados ó por mi buena suerte me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que entre, y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamas como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante

la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante? ¡O cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y mas cuando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo habia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque segun se entiende ella jamas lo supo ni se dió cata dello: llamábase Aldonza Lorenzo, y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos: y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla DULCINEA DEL TOBOSO, porque era natural del Toboso: nombre á su parecer músico y peregrino, y significativo, como todos los demas que á él y á sus cosas habia puesto.





Imprenta Lito callejon de S. Clara N.º 8.



CAPÍTULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote.

HECHAS pues estas prevenciones, no quiso aguardar mas tiempo á poner en efeto su pensamiento, apretándole á ello la fala que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer: y así sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana antes del dia (que era uno de los calurosos del mes de Julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral, salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad habia dado principio á su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa: y fué que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que conforme á la ley de la caballería, ni podia ni debia tomar armas con ningun caballero; y puesto que lo fuera, habia de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, á imitacion de otros muchos que así lo hicieron, segun él habia leido en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen mas que un armiño: y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que el que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras. Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mesmo, y diciendo: ¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verda-

dera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, de esta manera? Apenas[1] habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del zeloso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba), y añadió diciendo: ¡Dichosa edad, y siglo dichoso aquel, adonde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas, para memoria en la futuro! ¡O tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego volvia diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: ¡O princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazon! mucho agravio me habédes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en cuanto podia su lenguage: y con esto caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos, si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer esperiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino, fué la del puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que yo he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer su rocin y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando á todas partes, por ver si descubriria algun castillo ó alguna maja-

1 Ridiculízanse las afectadas y pomposas descripciones que se leen frecuentemente en los libros de caballerías.

da de pastores donde recogerse, y á donde pudiese remediar su mucha necesidad, vió no lejos del camino por donde iba una venta, que fué como si viera una estrella que á los portales, si no á los alcázares de su redencion le encaminaba. Dióse priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecia. Estaban acaso á la puerta dos mugeres mozas, destas que llaman *del partido*, las cuales iban á Sevilla con unos arrierros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada; y como á nuestro aventurero, todo cuanto pensaba, veia ó imaginaba, le parecia ser hecho y pasar al modo de lo que habia leido, luego que vió la venta, se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando á la venta (que á él le parecia castillo), y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta, de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos destraidas mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas, ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero, que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdon así se llaman), tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á Don Quijote lo que deseaba, que era que algun enano hacia señal de su venida: y así con estraño contento llegó á la venta y á las damas: las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero Don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo: Non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguisado alguno, ca á la órden de caballería que profeso, non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto mas á tan altas doncellas, como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubria: mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fué de manera, que Don Quijote vino á correrse, y á decirles: Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez ademas la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo por-

que os acuitédes, ni mostrédes mal talante, que el mio non es de al[1] que de serviros. El lenguage no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo; y pasára muy adelante, si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el cual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como era la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento. Mas en efeto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo: Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no hay ninguno) todo lo demas se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo Don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la ventera), respondió:—Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque

Mis arreos son las armas,
Mi descanso el pelear &c.

Pensó el huésped que el haberle llamado castellano, habia sido por haberle parecido de los sanos de Castilla[2], aunque él era andaluz, y de los de la playa de San Lúcar, no menos ladron que Caco, ni menos maleante[3], que estudiante ó page; y así le respondió:—Segun eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar; y siendo así, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasion y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto mas en una noche: y diciendo esto, fué á tener del estribo á Don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado. Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comia pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quijote decia, ni aun la mitad: y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habian reconciliado con él), las cuales, aunque le habian quitado el peto y el espaldar, jamas supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que traia ata-

1 Adjetivo derivado de *aliud* latino, que significa *otra cosa*.
2 Sano de Castilla en la Germania, significa el ladron disimulado.
3 Lo mismo que burlador. Es tambien voz de la Germania.

da con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera: y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la mas graciosa y estraña figura que se pudiera pensar: y al desarmarle, (como él se imaginaba que aquellas traidas y llevadas que le desarmaban, eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo) les dijo con mucho donaire:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Don Quijote
Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél,
Princesas de su rocino,

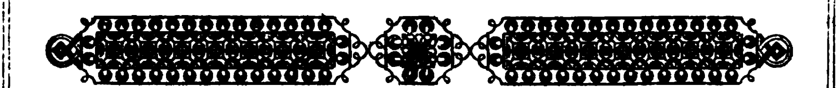
ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mias, de mi caballo, y Don Quijote de la Mancha el mio: que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa que sepais mi nombre antes de toda sazon; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden, y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros. Las mozas, que no estaban hechas á oir semejantes retóricas, no respondian palabra; solo le preguntaron si queria comer alguna cosa.—Cualquiera yantaria yo, respondió Don Quijote, porque á lo que entiendo me haria mucho al caso. = A dicha acertó á ser viérnes aquel dia, y no habia en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucia bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que darle á comer.—Como haya muchas truchuelas, respondió Don Quijote, podrán servir de una trucha; porque eso se me da, que me den ocho reales en sencillos, que una pieza de á ocho: cuanto mas, que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron; pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.—Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta por el fresco, y trújole el huésped una porcion del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas.

Pero era materia de grande risa verle comer; porque como tenia puesta la celada, y alsada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daba y ponia, y así una de aquellas señoras servia de este menester. Mas el darle de beber no fué posible, ni lo fuera, si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recibia en paciencia á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos; y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar Don Quijote que estaba en algun famoso castillo, y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal, y las rameras damas, y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida; mas lo que mas le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podria poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la órden de caballería.





Imprenta Lito. callejon de Sª Clara Nº 8



CAPÍTULO III.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero.



Y así fatigado deste pensamiento abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:—No me levantaré jamas de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra, y en pro del género humano. = El ventero, que vió á su huésped á sus piés, y oyó semejantes razones, estaba confuso, mirándole sin saber que hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamas quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedia.—No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió Don Quijote: y así os digo que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel dia me habeis de armar caballero, y esta noche en la capilla de este vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado. El ventero, que como está dicho, era un poco socarron, y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, a[illegible]acabó de oir semejantes razones, y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedia, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales, como él parecia, y como su gallarda presencia mostraba, y que él ansimesmo en los años de su mocedad se habia dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los percheles de

Málaga[1], islas de Riarán[2], compas de Sevilla, azoguejo de Segovia, la olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de San Lúcar, potro de Córdoba, y las ventillas de Toledo[3], y otras diversas partes donde habia ejercitado la ligereza de sus piés y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, requestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á muchos pupilos, y finalmente dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España: y que á lo último se habia venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda y con las agenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquiera calidad y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Díjole tambien que en aquel su castillo no habia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero en caso de necesidad, él sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del castillo; que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser mas en el mundo.—Preguntóle si traia dineros.—Respondió Don Quijote que no traia blanca, porque él nunca habia leido en las historias de los caballeros andantes, que ninguno los hubiese traido.—A esto dijo el ventero que se engañaba: que puesto caso que en las historias no se escribia, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se habia de creer que no los trujeron: y así tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas, por lo que pudiese sucederles, y que asimesmo llevaban camisas, y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recibian; porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatian y salian heridos, habia quien los curase, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria, trayendo por el aire en al-

1 Arrabal ó barrio ácia la marina, llamado así por las perchas ó palos en que se colgaban ó secaban los ceciales.

2 Estas islas eran parece como unas 17 casas, ó manzana de ellas, que habia en Málaga ácia la puerta del mar, donde habia gran tráfico y contratacion de mercaderías, y muchos bodegones, donde se frecuentaban los hurtos y los engaños por los vagamundos.

3 Están fuera de la puerta de la ciudad, en donde se vende vino, y otras cosas escitativas de la sed. Tanto en estos parages, como en todos los sobredichos, concurria la gente ociosa y apicarada; y estas son las escuelas donde adquirió nuestro ventero las virtudes de que se alaba.

guna nube alguna doncella ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno no hubiesen tenido: mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveidos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse: y cuando sucedia que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces), ellos mesmos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia; porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes: y por esto le daba por consejo (pues aun se lo podia mandar, como á su ahijado que tan presto lo habia de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros, y sin las prevenciones referidas, y que veria cuan bien se hallaba con ellas cuando menos se pensase. = Prometióle Don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba, con toda puntualidad: y así se dió luego órden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba, y recogiéndolas Don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila, y cuando comenzó el paseo, comenzaba á cerrar la noche.

Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas, y la armazon de caballería que esperaba. Admiráronse de tan estraño género de locura, y fuéronselo á mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademan unas veces se paseaba, otras, arrimado á su lanza, ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podia competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacia, era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta, ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de Don Quijote, que estaban sobre la pila, el cual viéndole llegar, en voz alta le dijo:—¡O tú quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del mas valeroso andante que jamas se ciñó espada! mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento. = No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), antes trabando de las correas,

las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por Don Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento, á lo que pareció, en su señora Dulcinea, dijo: Acorredme, señora mia, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo. Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que habia pasado (porque aun estaba aturdido el arriero), llegó otro con la mesma intencion de dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos, hizo mas de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto Don Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dijo: ¡O señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio! ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo[1]. Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pié atras. Los compañeros de los heridos que tales los vieron, comenzaron desde lejos á llover piedras sobre Don Quijote, el cual lo mejor que podia se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les habia dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los matase á todos. Tambien Don Quijote las daba mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follon y mal nacido caballero, pues de tal manera consentia que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recibido la órden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que llevais de vuestra sandez y demasía. Decia esto con tanto brio y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian: y así por esto, como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar,

1 Esperando.

y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra órden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese: y así, llegándose á él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole como ya le habia dicho, que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado caballero consistia en la pescozada y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la órden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer: y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, cuánto mas que él habia estado mas de cuatro. Todo se lo creyó Don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque, si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, ecето aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dejaria. Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro, donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traia un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde Don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual, como que decia alguna devota oracion, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un buen golpe[1], y tras él con su mesma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discrecion; porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habian visto del novel caballero, les tenia la risa á raya. Al ceñirle la espada, dijo la buena señora:—Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero, y le dé ventura en lides.—Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo.—Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la To-

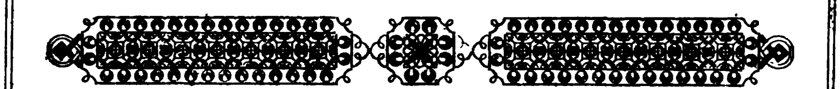
1 Llamábase *la pescozada*, y la daban los mismos reyes cuando armaban caballeros, como se la dió el rey católico á Juan de Avecia, segun dice el P. Guardiola, con la cual se advertia á los caballeres noveles, que se dispertasen, y no se durmiesen en las cosas de la caballería.

losa, y que era hija de un remendon natural de Toledo, que vivia á las tendillas de Sanchobienaya, y que donde quiera que ella estuviese, le serviria y le tendria por señor.—Don Quijote le replicó que por su amor le hiciese merced, que de allí adelante se pusiese Don, y se llamase Doña Tolosa. = Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera, á la cual tambien rogó Don Quijote que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas pues de galope y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quijote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras: y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped, le dijo cosas tan estrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero por verlo ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con mas breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir á la buena hora.





Imp.ᵗᵃ lito. callejon de S. Clara. N.° 8



CAPÍTULO IV.

De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

LA del alba[1] seria cuando Don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias que habia de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa, y acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir á un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento guió á Rocinante ácia su aldea, el cual casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponia los piés en el suelo. No habia andado mucho, cuando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salian unas voces delicadas como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oido, cuando dijo: Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos: estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa que ha menester mi favor y ayuda. Y volviendo las riendas, encaminó á Rocinante ácia donde le pareció que las voces salian; y á pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua á una encina, y atado en otra un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una repren-

1 Esto es, la *hora* de la alba, cuyo substantivo con que finaliza el cap. III, es la palabra inmediata al artículo con que empieza el IV, leyendo el testo seguido y sin interrupcion de capítulos ni epígrafes, que se inventaron para descanso y comodidad del lector.

sion y consejo, porque decia: La lengua queda, y los ojos listos. Y el muchacho respondia: No lo haré otra vez, señor mio: por la pasion de Dios que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante mas cuidado con el hato. Y viendo Don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo:—Descortes caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina adonde estaba arrendada la yegua), que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estais haciendo. = El labrador que vió sobre sí aquella figura llena de armas blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió:—Señor caballero, este muchacho que estoy castigando, es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado, que cada dia me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaquería, dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente.—¿Miente, delante de mí, ruin villano? dijo Don Quijote: por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza: pagalde luego sin mas réplica, si no por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desataldo luego. = El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra desató á su criado, al cual preguntó Don Quijote que cuánto le debia su amo.—Él dijo que nueve meses á siete reales cada mes.—Hizo la cuenta Don Quijote, y halló que montaban sesenta y tres reales; y díjole al labrador que al momento los desembolsase, si no queria morir por ello.—Respondió el medroso villano que por el paso en que estaba y juramento que habia hecho (y aun no habia jurado nada), que no eran tantos; porque se le habian de descontar y recebir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrías que le habian hecho estando enfermo. —Bien está todo eso, replicó Don Quijote; pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habeis dado: que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habeis rompido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado: así que por esta parte no os debe nada.—El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andres conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro.—¿Irme yo con él? dijo el muchacho. ¡Mas mal año! No señor, ni por pienso; porque en viéndose solo, me desollará como á un San Bartolomé.—No hará tal, replicó Don Quijo-

te: basta que yo se lo mande para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dejaré ir libre, y aseguraré la paga.—Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recibido órden de caballería alguna: que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar.—Importa poco eso, respondió Don Quijote, que Haldudos puede haber caballeros: cuánto mas que cada uno es hijo de sus obras.—Así es verdad, dijo Andres; ¿pero este mi amo, de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada, y mi sudor y mi trabajo?—No niego, hermano Andres, respondió el labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo, de pagaros, como tengo dicho, un real sobre otro, y aun sahumados.—Del sahumerio os hago gracia, dijo Don Quijote, dádselos en reales, que con eso me contento: y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado; si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscaros, y á castigaros, y que os tengo de hallar aunque os escondais mas que una lagartija: y si quereis saber quien os manda esto, para quedar con mas veras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones, y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pena pronunciada. =Y en diciendo esto, picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que habia traspuesto del bosque, y que ya no parecia, volvióse á su criado Andres, y díjole:—Venid acá, hijo mio, que os quiero pagar lo que os debo como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado.—Eso juro yo, dijo Andres, y cómo que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva; que segun es de valeroso y de buen juez, vive Roque, que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo.—Tambien lo juro yo, dijo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda para acrecentar la paga. =Y asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes, que le dejó por muerto.—Llamad, señor Andres, ahora, decia el labrador, al desfacedor de agravios, veréis como no desface aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo como vos temíades. = Pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andres se partió algo mohino, jurando de ir á buscar al valeroso Don Quijote de la Mancha, y

contarle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar con las setenas[1]. Pero con todo esto él se partió llorando, y su amo se quedó riendo: y desta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quijote, el cual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfaccion de sí mismo iba caminando ácia su aldea, diciendo á media voz: Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven sobre la tierra, ¡ó sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso! pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante á un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será Don Quijote de la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer recibió la órden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazon y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaba á aquel delicado infante.

En esto llegó á un camino que en cuatro se dividia, y luego se le vino á la imaginacion las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponian á pensar cuál camino de aquellos tomarian: y por imitarlos se estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocin la suya, el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza: y habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quijote un grande tropel de gente, que como despues se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis, y venian con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo, y tres mozos de mulas á pié. Apenas los divisó Don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo cuanto á él le parecia posible los pasos que habia leido en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer. Y así con gentil continente y denuedo se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenia y juzgaba), y cuando llegaron á trecho que se pudieron ver y oir, levantó Don Quijote la voz, y con ademan arrogante dijo:—Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella mas hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. = Paráronse los mercaderes al son de estas razones, y á

1 Las setenas era la pena en que alguno era condenado en el siete tanto, ó en siete partes mas del daño hecho.

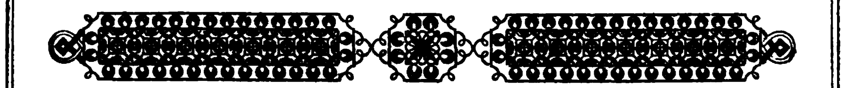
ver la estraña figura del que las decia: y por la figura y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesion que se les pedia, y uno dellos que era un poco burlon y muy mucho discreto, le dijo:—Señor caballero, nosotros no conocemos quien es esa buena señora que decis: mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais, de buena gana y sin apremio alguno confesarémos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.—Si os la mostrara, replicó Don Quijote, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender: donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia: que ahora vengais uno á uno, como pide la órden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo.—Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que, porque no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamas vista ni oida, y mas siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas de Alcarria y Estremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo: que por el hilo se sacará el ovillo, y quedarémos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellon y piedra azufre, con todo eso, por complacer á vuestra merced dirémos en su favor todo lo que quisiere.—No le mana, canalla infame, respondió Don Quijote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que dices, sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcovada, sino mas derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora.=Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo habia dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamas pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas: y entretanto que pugnaba por levantarse, y no podia, estaba diciendo: Non fuyais, gente cobarde, gente

cautiva: atended que no por culpa mia, sino de mi caballo estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él, tomó la lanza, y despues de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro Don Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera. Dábanle voces sus amos, que no le diese tanto, y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera; y acudiendo por los demas trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él via, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra, y á los malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado, el cual despues que se vió solo, tornó á probar si podia levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haria molido y casi deshecho? y aun se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuia á la falta de su caballo, y no era posible levantarse segun tenia brumado todo el cuerpo.





Lit. de Masse y Decaen callejon de Sta Clara Nº 8.



CAPÍTULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

VIENDO, pues, que en efeto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros, y trújole su cólera á la memoria aquel de Valdovinos y del marques de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montaña; historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creida de los viejos, y con todo esto no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció á él que le venia de molde para el paso en que se hallaba, y así con muestras de grande sentimiento, se comenzó á volcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mesmo que dicen decia el herido caballero del bosque:

¿Dónde estás, señora mia,
Que no te duele mi mal?
Ó no lo sabes, señora,
Ó eres falsa y desleal.

Y desta manera fué prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

Ó noble marques de mantua,
Mi tio y señor carnal.

Y quiso la suerte que cuando llegó á este verso, acertó á pasar por allí un labrador de su mesmo lugar y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino, el cual viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él, y le preguntó que quién era, y qué mal sentia, que tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyó sin duda que aquel era el marques de Mantua su tio, y así no le respondió otra cosa, sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa: todo de la mesma manera que el romance lo canta. El

labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que lo tenia lleno de polvo. Y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció, y le dijo:—Señor Quijada (que así se debia de llamar cuando él tenia juicio, y no habia pasado de hidalgo sosegado á caballero andante), ¿quién ha puesto á vuestra merced desta suerte?=Pero él seguia con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar, para ver si tenia alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería mas sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hacia su pueblo, bien pensativo de oir los disparates que Don Quijote decia, y no menos iba Don Quijote, que de puro molido y quebrantado no se podia tener en el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponia en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase, le dijese qué mal sentia: y no parece sino que el diablo le traia á la memoria los cuentos acomodados á los sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del moro Abindarraez, cuando el alcalde de Antequera Rodrigo de Narvaez le prendió y llevó preso á su alcaidía: de suerte que cuando el labrador le volvió á preguntar cómo estaba y qué sentia, le respondió las mesmas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondia á Rodrigo de Narvaez, del mesmo modo que él habia leido la historia en la Diana de Jorge de Montemayor, donde se escribe: aprovechándose della tan de propósito, que el labrador se iba dando al diablo de oir tanta máquina de necedades: por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábale priesa á llegar al pueblo, por escusar el enfado que Don Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo cual dijo:—Sepa vuestra merced, señor Don Rodrigo de Narvaez, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los mas famosos hechos de caballerías que se han visto, vean ni verán en el mundo. —A esto respondió el labrador:—Mire vuestra merced, señor, ¡pecador de mí! que yo no soy Don Rodrigo de Narvaez, ni el marques de Mantua, sino Pedro Alonzo su vecino, ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo el señor Quijada.—Yo sé quien soy, respondió Don Quijote, y sé que pue-

do ser no solo los que he dicho, sino todos los doce pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama; pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno de por sí hicieron, se aventajarán las mias.

En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar á la hora en que anochecia; pero el labrador aguardó á que fuese algo mas noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo y en casa de Don Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de Don Quijote, que estaba diciéndoles su ama á voces:—¿Qué le parece á vuestra merced, señor licenciado Pero Perez (que así se llamaba el cura) de la desgracia de mi señor? seis dias ha que no parece él, ni el rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas: ¡desventurada de mi! que me doy á tender, y así es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio: que ahora me acuerdo haberle oido decir muchas veces, hablando entre sí, que queria ser caballero andante, é irse á buscar las aventuras por esos mundos: encomendados sean á Satanas y á Barrabas tales libros, que así han echado á perder el mas delicado entendimiento que habia en toda la Mancha.=La sobrina decia lo mesmo, y aun decia mas: Sepa, señor, Maese Nicolas (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tio estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos, y ponia mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado, decia que habia muerto á cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio, decia que era sangre de las feridas que habia recebido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fria, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le habia traido el sabio Esquife[1], un grande encantador y amigo suyo; mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio, para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros (que tiene muchos), que bien merecen ser abrasados como si fuesen de hereges.—Esto digo yo tambien, dijo el cura, y á fe que no se pase el dia de maña-

1 Su verdadero nombre es Alquife, que fué el sabio que escribió la crónica de Amadis de Grecia. Acaso la sobrina de Don Quijote estropeó el nombre de este encantador.

na, sin que dellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion á quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho.= Todo esto estaban oyendo el labrador y Don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino; y así comenzó á decir á voces:—Abran vuestra mercedes al señor Valdovinos y al señor marques de Mantua, que viene mal ferido, y al señor moro Abindarraez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narvaez, alcaide de Antequera.= A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tio, que aun no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. El dijo:—Ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese si fuere posible á la sabia Urganda, que cure y cate de mis feridas.—Mirad[1] en hora mala, dijo á este punto el ama, si me decia á mí bien mi corazon del pié que cojeaba mi señor: suba vuestra merced en buena hora, que sin que venga esa Urganda, le sabrémos aquí curar: malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tal han parado á vuestra merced.= Llevároule luego á la cama, y catándole las feridas, no le hallaron ninguna: y él dijo que todo era molimiento, por haber dado una gran caida con Rocinante su caballo, combatiéndose con diez jayanes[2], los mas desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra.—Ta, ta, dijo el cura: ¿jayanes hay en la danza? para mi santiguada, que yo los queme mañana antes que llegue la noche.= Hiciéronle á Don Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa, sino que le diesen de comer, y le dejasen dormir, que era lo que mas le importaba. Hízose así; y el cura se informó muy á la larga del labrador, del modo que habia hallado á Don Quijote. El se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner mas deseo en el licenciado de hacer lo que otro dia hizo, que fué llamar á su amigo el barbero Maese Nicolas, con el cual se vino á casa de Don Quijote.

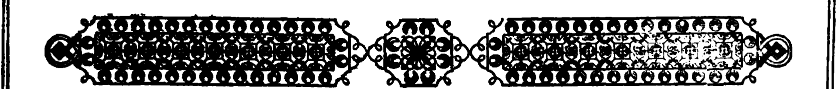


1 En las ediciones originales se decia *mirá*, porque entonces se escribia así la segunda persona del plural de los imperativos. Por no haberse advertido esta ortografía, se lee en las demas ediciones *mira*.

2 Nombre que se da á los gigantes en los libros de caballerías.



Imp. lito. callejon de S. Clara N.° 8.



CAPÍTULO VI.

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

EL cual[1] aun todavía dormia. Pidió[2] las llaves á la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados y otros pequeños; y así como el ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: —Tome vuestra merced, señor licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de las que les queremos dar, echándolos del mundo.=Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.—No, dijo la sobrina, no hay para que perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos y pegarles fuego; y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.=Lo mesmo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes. Mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que Maese Nicolas le dió en las manos, fué los cuatro de *Amadis de Gaula*. Y dijo el cura:—Parece cosa de misterio esta, porque segun he oido decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demas han tomado principio y orígen deste; y así me parece que como á dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin escusa alguna condenar al fue-

1 Este relativo se refiere á Don Quijote, que es la última palabra del capítulo antecedente, porque se supone continuado el hilo del discurso sin la interrupcion del epígrafe, como se dijo.

2 El supuesto de este verbo es el cura que se nombra en el epígrafe del capítulo.

go.—No señor, dijo el barbero, que tambien he oido decir que es él mejor de tódos los libros que deste género se han compuesto; y así cómo á único en su arte se debe perdonar.—Así es verdad, dijo el cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora.—Veamos esotro que está junto á él.—Es, dijo el barbero, *Las Sergas de Esplandian*[1] hijo legítimo de Amadis de Gaula.—Pues en verdad, dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora ama, abrid esa ventana, y echalde al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer.=Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba. —Adelante, dijo el cura.—Este que viene, dijo el barbero, es *Amadis de Grecia;* y aun todos los de este lado, á lo que creo, son del mesmo linage de Amadis.—Pues vayan todos al corral, dijo el cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquiniestra[2]; y al pastor Darinel y á sus Églogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.—De ese parecer soy yo, dijo el barbero.—Y aun yo, añadió la sobrina.—Pues así es, dijo el ama, vengan, y al corral con ellos.—Diéronselos (que eran muchos), y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo.—¿Quién es ese tonel? dijo el cura —Este es, respondió el barbero, *Don Olivante de Laura.*—El autor dese libro, dijo el cura, fué el mesmo que compuso á *Jardin de Flores;* y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es mas verdadero, ó por decir mejor, menos mentiroso: solo sé decir que este irá al corral por disparatado y arrogante.—Este que se sigue, es *Florismarte de Hircania,* dijo el barbero.—¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el cura; pues á fe que ha de parar presto en el corral á pesar de su estraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él, y con esotro, señora ama.—Qué me place, señor mio, respondia ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.—Este es *El caballero Platir,* dijo el barbero.—Antiguo libro es ese, dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca venia: acompañe á los demas sin réplica; y así fué hecho.—Abrióse otro libro, y vieron que tenia por título: *El caballero de la Cruz.* Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia; mas tambien se sue-

1 "Que tanto quieren decir como las proezas de Esplandian."
2 Giganta de espantosa y ridícula figura.

le decir, tras la cruz está el diablo: vaya al fuego.—Tomando el barbero otro libro, dijo: Este es *Espejo de caballerías.*—Ya conozco á su merced, dijo el cura: ahí anda el señor Reinaldos de Montalvan con sus amigos y compañeros, mas ládrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpin; y en verdad que estoy por condenarlos no mas que á destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto, al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.—Pues yo le tengo en italiano, dijo el barbero, mas no le entiendo.—Ni aun fuera bien que vos le entendiérades, respondió el cura; y aquí le perdonáramos al señor capitan que no le hubiera traido á España, y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamas llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco hasta que con mas acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, ecetuando á un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles*, que estos en llegando á mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remision alguna.= Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era *Palmerin de Oliva*, y junto á él estaba otro, que se llamaba *Palmerin de Ingalaterra.* Lo cual visto por el licenciado, dijo:—Esa Oliva se haga luego rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas; y esa palma de Ingalaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno, y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen

parecer, señor Maese Nicolas, que este y ***Amadis de Gaula*** queden libres del fuego, y todos los demas, sin hacer mas cala y cata, perezcan.—No, señor compadre, replicó el barbero, que este que aquí tengo, es el afamado *Don Belianis*.—Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo, para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo cual se les da término últramarino [1], y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia, y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejeis leer á ninguno.—Qué me place, respondió el barbero.=Y sin querer cansarse mas en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes, y diese con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sino á quien tenia mas gana de quemallos que de echar una tela por grande y delgada que fuera; y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los piés del barbero, que le tomó gana de ver de quien era, y vió que decia *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*.—Válame Dios, dijo el cura, dando una gran voz: ¡que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento, y una mina de pasatiempos: aquí está Don Kirieleison de Montalvan, valeroso caballero, y su hermano Tomas de Montalvan, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante [2] hizo con el Alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida [3], con los amores y embustes de la viuda Reposada [4], y la señora emperatriz, enamorada de Hipólito su escudero. Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demas libros deste genero carecen. Con todo eso os digo que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos

1 Llámase así el que se concede para la prueba, proporcionado á la distancia donde se ha de hacer, á diferencia del de ochenta dias. (*Diccionario de la lengua.*)

2 En las primeras ediciones, y en todas las demas se leia el *valiente Detriante:* errata de imprenta manifiesta, procedida de haber traspuesto la *i* en la palabra *Tirante*, incorporando con ella el artículo *de*. Con efecto, en el c. 59 del lib. III se habla de la batalla que *el valiente de Tirante* tuvo conuno de los alanos del príncipe. Esta correccion se debe á Don Juan Bowle. (Anotaciones á Don Quijote: p. 30).

3 Era doncella de la princesa Carmesina, pretendida por Tirante.

4 Era dueña de la misma princesa, á quien habia criado.

los dias de su vida: llevalde á casa y leelde, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho.—Así será, respondió el barbero. Pero ¿qué harémos destos pequeños libros que quedan?—Estos, dijo el cura, no deben de ser de caballerías, sino de poesía; y abriendo uno, vió que era *La Diana* de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demas eran del mesmo género): estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entendimiento[1] sin perjuicio de tercero.—¡Ay señor, dijo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demas; porque no seria mucho, que habiendo sanado mi señor tio de la enfermedad caballeresca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que seria peor, hacerse poeta, que segun dicen, es enfermedad incurable y pegadiza.—Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasion delante: y pues comenzamos por la *Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros.—Este que se sigue, dijo el barbero, es *La Diana*, llamada *Segunda* del Salmantino, y este otro que tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo.—Pues la del Salmantino, respondió el cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mesmo Apolo: y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa, que se va haciendo tarde.—Este libro es, dijo el barbero abriendo otro, *Los diez libros de Fortuna de Amor*, compuestos por Antonio de lo Frasso, poeta sardo.—Por las órdenes que recebí, dijo el cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las Musas Musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el mas único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo; y el que no le ha leido, puede hacer cuenta que no ha leido jamas cosa de gusto: dádmele acá, compadre, que precio mas haberle hallado, que si me dieran

1 Así en las primeras ediciones; pero debe reputarse por yero de imprenta, en lugar de *libros de entretenimiento*. Lo primero, porque si fueran escritos con *entendimiento*, no arrojara Cervantes algunos de ellos al corral. Lo segundo, porque la espresion de *libros de entretenimiento* es la comun, la consagrada y usada por Cervantes y demas autores que escribian con propiedad, para significar estos libros de invencion, que son de los que se trata aquí, como se pudiera probar con muchas autoridades.

una sotana de raja de Florencia.—Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo: estos que se siguen son: *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares*, *y Desengaño de zelos*.—Pues no hay mas que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que seria nunca acabar.—Este que viene es *El Pastor de Fílida*.—No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa.—Este grande que aquí viene, se intitula, dijo el barbero, *Tesoro de varias poesías*.—Como ellas no fueran tantas, dijo el cura, fueran mas estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroicas y levantadas obras que ha escrito.—Este es, siguió el barbero, *El Cancionero* de Lopez Maldonado.—Tambien el autor dese libro, replicó el cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta: algo largo es en las églogas; pero nunca lo bueno fué mucho: guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ese que está junto á él?—*La Galatea* de Miguel Cervantes, dijo el barbero.—Muchos años ha que es grande amigo mio ese Cervantes, y sé que es mas versado en desdichas, que en versos: su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la Segunda Parte que promete, quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entre tanto que esto se ve, tenelde recluso en vuestra posada, señor compadre.—Qué me place, respondió el barbero, y aquí vienen tres todos juntos: *La Araucana* de Don Alonso de Ercilla: *La Austriada* de Juan Rufo, jurado de Córdoba; y *El Monserrate* de Cristóbal de Virues, poeta valenciano.—Todos esos tres libros, dijo el cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia: guárdense como las mas ricas prendas de poesía que tiene España.=Cansóse el cura de ver mas libros, y así á carga cerrada quiso que todos los demas se quemasen. Pero ya tenia abierto uno el barbero, que se llamaba *Las Lágrimas de Angélica*.—Lloráralas yo, dijo el cura, en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fué felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio.



Imprenta lito callejon S. Clara N.° 8. Heredia lit.



CAPÍTULO VII.

De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha.

ESTANDO en esto, comenzó á dar voces Don Quijote, diciendo: Aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demas libros que quedaban; y así se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oidos, *La Carolea* y *Leon de España*, con los *Hechos del Emperador*, compuestos por D. Luis de Avila[1], que sin duda debian de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia. Cuando llegaron á Don Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho; y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el cura, le dijo:—Por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin mas ni mas llevar la vitoria deste torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes.—Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el cura: que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atien-

1 Así dicen las ediciones originales y todas las demas; pero esta es una errata de imprenta, ó un descuido del autor, que desdice de su buen juicio. Del escrutinio de los libros de caballerías, pasó el cura, como se ha visto, al de los de poesía, y estos son los últimos poemas que censura; por lo cual el de los Hechos del Emperador no puede ser de D. Luis de Avila por tres razones. Primera: porque este solo escribió un hecho no mas, que fué el de la *Guerra de Alemania*, ó paso del Elba. Segunda: porque no le escribió en verso, sino en prosa. Tercera: porque esta es una de las mejores historias que hay en castellano, así por su fidelidad, como por su elegancia: y si el cura, ó Cervantes, que es lo mismo, la hubiera arrojado al fuego en caso de duda, hubiera desacreditado su gran juicio, y hecho conocido agravio al historiador.

da vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido. —Ferido no, dijo Don Quijote; pero molido y quebrantado, no hay duda en ello, porque aquel bastardo de Don Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaria yo Reinaldos de Montalvan, si en levantándome deste lecho, no me lo pagare á pesar de todos sus encantamentos: y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo. = Hiciéronlo así, diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder, que merecian guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador, y así se cumplió el refran en ellos de que: Pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo, fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase: quizá quitando la causa, cesaria el efeto, y que dijesen que un encantador se los habia llevado, y el aposento y todo, y así fué hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó Don Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le habia dejado, andaba de una en otra parte buscándole: llegaba adonde solia tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvia y revolvia los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza, preguntó á su ama que ácia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dijo:—¿Qué aposento ó qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mesmo diablo.—No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche despues del dia que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venia caballero, entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo, y cuando acordamos á mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno; solo se nos acuerda muy bien á mí y al ama, que al tiempo del partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se veria: dijo

tambien que se llamaba el sabio Muñaton.—Freston[1] diria, dijo Don Quijote.—No sé, respondió el ama, si se llamaba Freston ó Friton, solo sé que acabó en *ton* su nombre.—Así es, dijo Don Quijote, que ese es un sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede: y mándole yo, que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.—Quién duda de eso, dijo la sobrina. Pero ¿quién le mete á vuestra merced, señor tio, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?—¡O sobrina mia, respondió Don Quijote, y cuán mal que estás en la cuenta! Primero que á mí me tresquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. = No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encendia la cólera. Es pues el caso, que él estuvo quince dias en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los cuales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero, sobre que él decia que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo, era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecia, y otras concedia, porque si no guardaba este artificio, no habia poder averiguarse con él.

En este tiempo solicitó Don Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salir con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas Don Quijote, que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podria suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase á él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, SANCHO PANZA (que así se llamaba el labrador) dejó su muger y hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego Don Quijote órden en buscar dineros; y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó una razona-

1 Acaso en el original de Cervantes se leeria *Friston*, como se dice en el libro de Belianis escrito *por el sabio Friston*.

ble cantidad. Acomodóse asimesmo de una rodela, que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del dia y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que mas le era menester: sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaria, y que ansimesmo pensaba llevar un asno que tenia muy bueno, porque él no estaba duecho á andar mucho á pié. En lo del asno reparó un poco Don Quijote, imaginando si se le acordaba si algun caballero andante habia traido escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria: mas con todo esto determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caballería en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortes caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demas cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le habia dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y muger, ni Don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese, en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le habia prometido. Acertó Don Quijote á tomar la mesma derrota y camino que el que él habia antes tomado en su primer viage, que fué por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana, y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza á su amo:—Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. —A lo cual respondió Don Quijote: Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer gobernadores á sus escuderos de las ínsulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza; antes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las mas, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches, les daban algun título de conde, ó por lo menos de marques de algun valle ó provincia de poco mas ó menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podria ser que antes de seis dias ganase yo tal reino que tuviese otros á él adherentes, que vi-

niesen de molde para coronarte por rey de uno dellos: y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo.—Desa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey por algun milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutierrez[1] mi oislo[2] vendria á ser reina, y mis hijos infantes.—Pues ¿quién lo duda? respondió Don Quijote.—Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí, que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutierrez: sepa, señor, que no vale dos maravedis para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.—Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió Don Quijote, que él le dará lo que mas le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con menos que con ser Adelantado.—No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.



1 Esta muger de Sancho se llama, como se ve pocas líneas despues, Mari Gutierrez. Al fin de la Parte I se advierte que se llamaba Juana Panza, por la costumbre de tomar en la Mancha las mugeres el apellido de sus maridos. En la Parte II se llama Teresa Panza, y en el cap. V se dice que si no fuera por esa costumbre, se habia de llamar Teresa Cascajo, por haberse llamado Cascajo su padre. Vese claro que en esta variedad le flaqueó la memoria á nuestro autor.

2 Palabra sustantivada, compuesta del verbo *oir* y del artículo *lo*, la cual supone por el marido ó la muger ausente. En este mismo sentido la usó el mismo Cervantes (P. II. c. III), y un romance al sentimiento de una viuda que lloraba la falta de su mal logrado, dice:

"Acuérdase de su *oislo*,
Mirando la pobre casa &c."

(Biblioteca real: Parnaso español, est. M. Cod. 4, p. 199.)



CAPÍTULO VIII.

Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como Don Quijote los vió, dijo á su escudero:—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla, y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzarémos á enriquecer: que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.—¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza.—Aquellos que allí vez, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.—Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos, son las aspas, que volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.—Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oracion en el espacio, que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla.= Y diciendo esto dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes aquellos que iba á acometer; pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas: Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por Don Quijote, dijo: Pues aunque movais mas brazos que los del gigante Briareo, me lo habeis de pa-



Imp.ª lito. callejon de S.ta Clara N.° 8

gar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre[1], arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primero molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podia menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante.—¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo á vuestra merced, que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?—Calla, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que las cosas de la guerra mas que otras están sujetas á continua mudanza: cuánto mas, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Freston que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.—Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza; y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba; y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del puerto Lápice; porque allí decia Don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasagero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo:—Yo me acuerdo haber leido que un caballero español, llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel dia en adelante Vargas y Machuca. Héte dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel: que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creidas.—A la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio la-

1 Era un hierro que se introducia en el peto á la parte derecha, donde encajaba el cabo de la manija de la lanza para afirmar en él.

do, y debe de ser molimiento de la caida.—Así es la verdad, respondió Don Quijote; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.—Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir, que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.= No se dejó de reir Don Quijote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró que podia muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana ó con ella, que hasta entonces no habia leido cosa en contrario en la órden de caballería.—Díjole Sancho que mirase que era hora de comer.—Respondióle su amo que por entonces no le hacia menester, que comiese él cuando se le antojase.= Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando y comiendo detras de su amo muy despacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el mas regalado bodegonero de Málaga: y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno de ellos desgajó Don Quijote un ramo seco, que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que habia leido en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda; y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo mas flaca que la noche antes, y afligiósele el corazon por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado

camino del puerto Lápice, y á obra de las tres del dia le descubrieron.—Aquí, dijo en viéndole Don Quijote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero—Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias: bien es verdad, que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.—No digo yo menos, respondió Don Quijote; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ímpetus.—Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese preceto tan bien como el dia del domingo.

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la órden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian: traian sus antojos de camino y sus quitasoles. Detras dellos venia un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pié: venia en el coche, como despues se supo, una señora vizcaina que iba á Sevilla donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frailes con ella, aunque iban el mesmo camino; mas apenas los divisó Don Quijote, cuando dijo á su escudero:—O yo me engaño, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se ha visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser, y son sin duda, algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío.—Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho. Mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasagera: mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.—Ya te he dicho, Sancho, respondió Don Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.=Y diciendo esto se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian, y en llegando

tan cerca que á él le pareció que le podian oir lo que dijese, en alta voz dijo:—Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche llevais forzadas; si no, aparejaos á recebir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras.= Detuvieron los frailes las riendás, y quedaron admirados, así de la figura de Don Quijote, como de sus razones, á las cuales respondieron:—Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas.—Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo Don Quijote:= y sin esperar mas respuesta, picó á Rocinante, y la lanza baja, arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña mas ligero que el mismo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que ¿por qué le desnudaba?—Respondióles Sancho, que aquello le tocaba á él legítimamente como despojos de la batalla que su señor Don Quijote habia ganado.= Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quijote estaba desviado de allí hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, le molieron á coces, y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido: y sin detenerse un punto, tornó á subir el fraile todo temeroso y acobardado, y sin color en el rostro: y cuando se vió á caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose mas cruces que si llevaran al diablo á las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: La vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo; y porque no peneis por saber el nombre de

vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa Doña Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mí habeis recebido, no quiero otra cosa, sino que volvais al Toboso, y que de mi parte os presenteis ante esta señora, y le digais lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que Don Quijote decia, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaino: el cual viendo que no queria dejar pasar el coche adelante, sino que decia que luego habia de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quijote, y asiéndole de la lanza, le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaina, desta manera:—Anda, caballero, que mal andes: por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaino. = Entendióle muy bien Don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:—Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. A lo cual replicó el vizcaino:—¿Yo nocaballero? juro á Dios tan mientes, como cristiano: si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuan presto verás que al gato llevas[1]: vizcaino por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dices cosa.—Ahora lo verédes, dijo Agrages[2], respondió Don Quijote: = y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaino con determinacion de quitarle la vida. El vizcaino que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no habia que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada. Pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decia el vizcaino en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mesmo habia de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desviase de allí algun poco, y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discur-

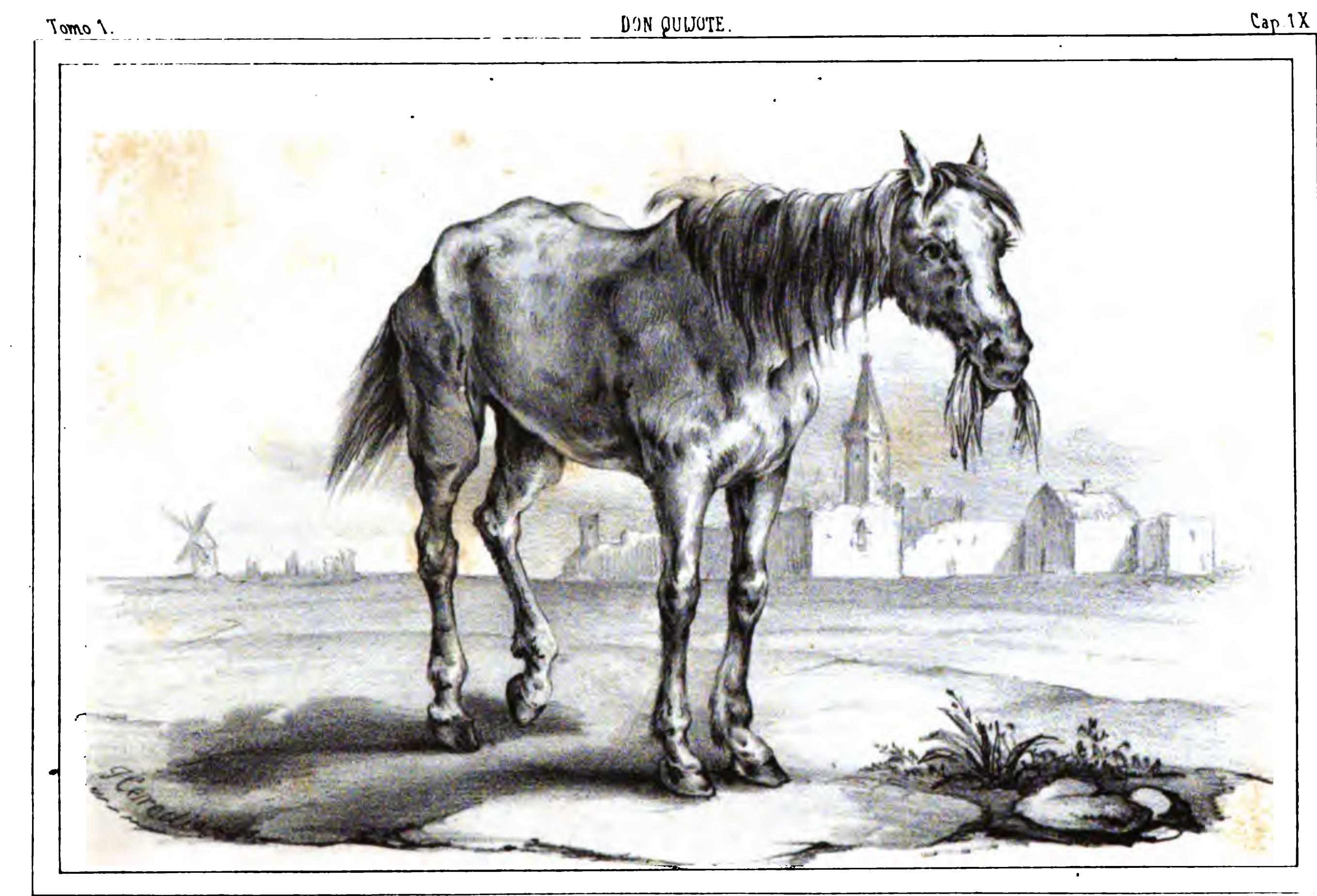
1 Dícese este refran del que vence á otro porfiando ó riñendo. Está tomado del juego en que atados dos á una soga, cada uno de su cabo forcejean cerca de algun pantano para mayor diversion, y el que echa al otro en él, vence. De otro modo jugaban tambien este juego los griegos y romanos, de quienes vino á España, segun dice Rodrigo Caro en sus *Dias Geniales ó Lúdicros*. (Diálogo V. § I). Cobarruvias le da otro orígen en su *Tesoro* en la palabra *Gatear*.

2 Espresion que suele usar Agrages, hijo del rey Languines, grande amigo de Amadis, en cuya historia se introduce con frecuencia.

so de la cual dió el vizcaino una gran cuchillada á Don Quijote encima de un hombro por encima de la rodela, que á dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz diciendo: ¡O señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermosura! socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaino, todo fué en un tiempo, llevando determinacion de aventurarlo todo á la de un solo golpe. El vizcaino, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su corage, y determinó de hacer lo mesmo que Don Quijote: y así le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni á otra parte, que ya de puro cansada, y no hecha á semejantes niñerías, no podia dar un paso. Venia, pues, como se ha dicho, Don Quijote contra el cauto vizcaino con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio, y el vizcaino le aguardaba ansimesmo, levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban, y la señora del coche y las demas criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devocion de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

Pero está el daño de todo esto, que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló mas escrito destas hazañas de Don Quijote de las que deja referidas: bien es verdad, que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen: y así con esta imaginacion no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.





Lit. callejon de S. Clara Nº 8. Heredia lit.



CAPÍTULO IX.

Donde se concluye y da fin á la estupenda batallá que el gallardo vizcaino y el valiente manchego tuvieron.

DEJAMOS en la primera parte desta historia al valeroso vizcaino y al famoso Don Quijote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes[1], tales que si en lleno se acertaban, por lo menos se dividirian y fenderian de arriba abajo, y abririan como una granada: y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor dónde se podria hallar lo que della faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leido tan poco, se volvia en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecia para hallar lo mucho que á mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiese faltado algun sabio, que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes de los que dicen las gentes que van á sus aventuras, porque cada uno dellos tenia uno ó dos sabios, como de molde, que no solamente escribian sus hechos, sino que pintaban sus mas mínimos pensamientos y niñerías, por mas escondidas que fuesen: y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes: y así no podia inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, el cual ó la tenia oculta ó consumida. Por otra parte me parecia, que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos, como *Desengaños de Celos*, y *Ninfas y Pastores de Henares*, que tambien su historia debia de ser mo-

1 El sustantivo de estos dos adjetivos es *golpes:* lenguage usado en los libros de caballerías. Así se lee en Amadis: *fendióle fasta la oreja.*

derna, y que ya que no estuviese escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea, y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me traia confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español Don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuestas de monte en monte y de valle en valle: que si no era que algun follon, ó algun villano de hacha y capellina, ó algun descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos, que al cabo de ochenta años (que en todos ellos no durmió un dia debajo de tejado) se fué tan entera á la sepultura, como la madre que la habia parido. Digo pues, que por estos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Don Quijote de continuas y memorables alabanzas, y aun á mí no se me deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia; aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atencion la leyere. Pasó pues el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcana de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero: y como soy aficionado á leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, víle con caracteres que conocí ser arábigos; y puesto que aunque los conocia, no los sabia leer, anduve mirando si parecia por allí algun morisco aljamiado[1] que los leyese, y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y mas antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó á reir. Preguntéle que de qué se reia: y respondióme que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el márgen por anotacion. Díjele que me la dijese. Y él sin dejar la risa, dijo: Está como he dicho, aquí en el márgen escrito esto: "Esta Dulcinea "del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo

1 Los árabes, al modo de los griegos y romanos, llamaron bárbaras á casi todas las demas naciones, y bárbara su lengua, ó su aljamia, y al moro ó morisco que sabia alguna dellas, *aljamiado*.

"la mejor mano para salar puercos, que otra muger de toda la Man-"cha." Cuando yo oí decir Dulcinea del Toboso, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenian la historia de Don Quijote. Con esta imaginacion le dí priesa que leyese el principio, y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decia: "Historia de Don "Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, histo-"riador arábigo." Mucha discrecion fué menester para disimular el contento que recebí cuando llegó á mis oidos el título del libro, y salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real: que si él tuviera discrecion, y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar mas de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de Don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente, y con mucha brevedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje á mi casa, donde en poco mas de mes y medio la tradujo toda del mesmo modo que aquí se refiere. Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de Don Quijote con el vizcaino, puestos en la mesma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del vizcaino tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta. Tenia á los piés escrito el vizcaino un título que decia: *Don Sancho de Azpeytia*, que sin duda debia de ser su nombre; y á los piés de Rocinante estaba otro que decia: *Don Quijote.* Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan ético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante. Junto á él estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los piés del cual estaba otro rétulo que decia: *Sancho Zancas*, y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto, y las zancas largas; y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia [1]. Otras

1 En ninguna ocasion sin embargo sino en esta da la historia á Sancho el sobrenombre de Zancas.

algunas menudencias habia que advertir, pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala, como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos; aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella, que demasiado, y así me parece á mí; pues cuando pudiera y debiera estender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apasionados, y que ni el interes, ni el miedo, el rancor, ni la aficion no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta sé que se hallará todo lo que se acertare á desear en la mas apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fué por culpa del galgo de su autor antes que por falta del sujeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la traducion, comenzaba desta manera.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe, fué el colérico vizcaino, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy mal trecho. ¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro Manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga mas, sino que fué de manera, que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaino, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices y por la boca, y por los oidos, y á dar mues-

tras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso sacó los piés de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe, dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando Don Quijote, y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese, si no, que le cortaria la cabeza. Estaba el vizcaino tan turbado, que no podia responder palabra, y él lo pasara mal, segun estaba ciego Don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran adonde estaba, y le pidieran con mucho encarecimiento, les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero; á lo cual Don Quijote respondió con mucho entono y gravedad: Por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedis; mas ha de ser con una condicion y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que mas fuere de su voluntad. Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que Don Quijote pedia, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado. Pues en fe de esa palabra, yo no le haré mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.





CAPÍTULO X

De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero [1].

YA en este tiempo se habia levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frailes, y habia estado atento á la batalla de su señor Don Quijote, y rogaba á Dios en su corazon fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador, como se lo habia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvia á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y antes que subiese, se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano, se la besó y le dijo:—Sea vuestra merced servido, señor Don Quijote mio, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien, como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo. A lo cual respondió Don Quijote:—Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las á estas semejantes, no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa, que sacar rota la cabeza, ó una oreja menos: tened paciencia, que aventuras se ofrecerán, donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino mas adelante. = Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno, y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguíale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atras, le fué forzoso dar voces á su amo, que se aguardase. Hízolo así Don Quijote, teniendo las riendas á Rocinante, hasta que llegase su cansa-

1 El epígrafe de este capítulo X en las primeras ediciones, dice: "De lo que mas le avino á Don Quijote con el vizcaino, y del peligro en que se vió con una turba de yangüeses."

Imprenta lito. callejon de S. Clara N.° 3 H. Y[illegible]

do escudero, el cual en llegando, le dijo:—Paréceme, señor, que seria acertado irnos á retraer á alguna iglesia: que segun quedó mal trecho aquel con quien os combatistes, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad, y nos prendan; y á fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo.—Calla, dijo Don Quijote: ¿y dónde has visto tú ó leido jamas, que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por mas homicidios que hubiese cometido?—Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno: solo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto.—Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quijote, que yo te sacaré de las manos de los Caldeos, cuánto mas de la Hermandad. Pero dime por tu vida: ¿has tú visto mas valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leido en historias otro que tenga ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar?—La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leido ninguna historia jamas, porque ni sé leer ni escribir; mas lo que osaré apostar es, que mas atrevido amo que vuestra merced, yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego á vuestra merced es, que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas.—Todo eso fuera bien escusado, respondió Don Quijote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabras, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.—¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? dijo Sancho Panza.—Es un bálsamo, respondió Don Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna: y así, cuando yo le haga y te le dé, no tienes mas que hacer, sino que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caido en el suelo y con mucha sotileza, antes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajallo igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar mas sano que una manzana.—Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, si-

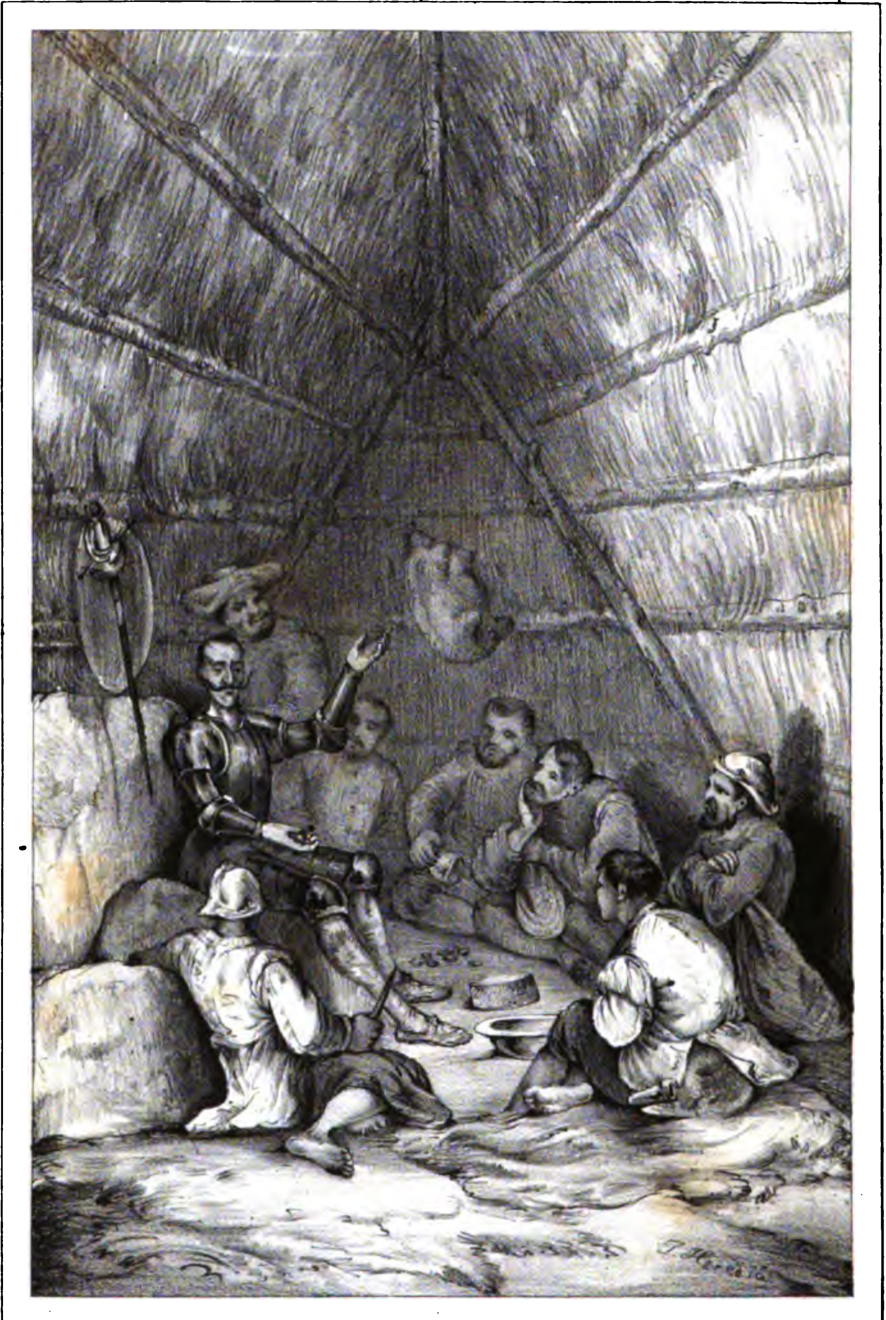
no que vuestra merced me dé la receta de ese estremado licor, que para mí tengo, que valdrá la onza á donde quiera mas de á dos reales, y no he menester yo mas para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora, si tiene mucha costa el hacelle.—Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió Don Quijote.—¡Pecador de mí! replicó Sancho: ¿pues á qué aguarda vuestra merced á hacerle y á enseñármele.—Calla amigo, respondió Don Quijote, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hacerte: y por ahora curémonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. = Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento; mas cuando Don Quijote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio; y puesta la mano en la espada, y alzando los ojos al cielo, dijo: Yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y á los santos cuatro evangelios, donde mas largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande marques de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos: que fué de no comer pan á manteles, ni con su muger folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo, las doy aquí por espresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo. Oyendo esto Sancho, le dijo:—Advierta vuestra merced, señor Don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debia, y no merece otra pena, si no comete nuevo delito.—Has hablado y apuntado muy bien, respondió Don Quijote: y así anulo el juramento, en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza; pero hágole y confírmole de nuevo, de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algun caballero: y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas hago esto: que bien tengo á quien imitar en ello, que esto mesmo pasó al pié de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante.—Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia: si no dígame ahora: si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada, ¿qué hemos de hacer? ¿hase de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades, como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del marques de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien, que por todos estos cami-

nos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no solo no traen celadas, pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida.—Engáñaste en eso, dijo Don Quijote, porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos mas armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la Bella.—Alto pues, sea así, dijo Sancho, y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego.—Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca, ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar.

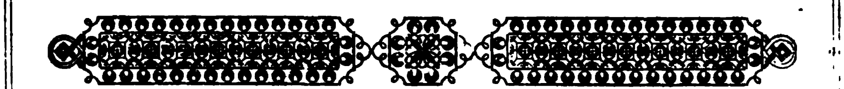
Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo, donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja.—Aquí trayo una cebolla y un poco de queso, y no sé cuantos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced.—Qué mal lo entiendes, respondió Don Quijote. Hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas á mano: y esto se te hiciera cierto, si hubieras leido tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demas dias se los pasaban en flores; y aunque se deja entender que no podian pasar sin comer, y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien, que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas y despoblados, y sin cocinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces. Así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios.—Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho, que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé ni he caido en las reglas de la profesion caballeresca: y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de mas sustancia.—No digo yo, Sancho, replicó Don Quijote, que sea forzoso

á los caballeros andantes no comer otra cosa sino las frutas que dices; sino que su mas ordinario sustento debia de ser dellas, y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco.—Virtud es, respondió Sancho, conocer ésas yerbas, que, segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento. Y sacando en esto lo que dijo que traia, comieron los dos en buena paz y compañía. Pero deseosos de buscar adonde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida. Subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado antes de que anocheciese; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla allí: que cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia, era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.





lito. callejon de S. Clara N.º 8



CAPÍTULO XI.

De lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros.

FUÉ recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra, que hirviendo al fuego en un caldero estaban: y aunque él quisiera en aquel mesmo punto ver si estaban en sazon de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis dellos, que eran los que en la majada habia, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á Don Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del reves le pusieron. Sentóse Don Quijote, y quedábase Sancho en pié para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pié su amo, le dijo:—Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuan á pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado, y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una mesma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere: porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice, que todas las cosas iguala.—¡Gran merced! dijo Sancho; pero sé decir á vuestra merced, que como yo tuviese bien de comer, tambien y mejor me lo comeria en pié y á mis solas, como sentado á par de un emperador; y aun, si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas, donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras

que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho: que estas, aunque las doy poi bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo.—Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla, Dios le ensalza; y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él se sentase. No entendian los cabreros aquella geringonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar, y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo, ya lleno, ya vacio como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Despues que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones:

¡Dichosa edad, y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en en ella vivian, ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mio!* Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo, que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interes alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia. Aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre: que ella sin ser forzada, ofrecia por todas las partes de su fér-



til y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseian. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen; sino de algunas hojas, de verdes lampazos y yedra entretegidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mesmo modo y manera que ella los concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño ni la malicia, mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que le osasen turbar ni ofender los del favor y los del interes, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje[1] aun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no habia que juzgar, ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera solas y señeras[2], sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdicion nacia de su gusto y propia voluntad: y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios ó por el aire con el zelo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste: para cuya seguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyó la órden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. Desta órden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogisteis y regalastes, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra.

1 La sentencia del juez voluntaria y caprichosa desentendiéndose de las leyes.

2 En las primeras ediciones y en las demas se decia *señoras* en lugar de *señeras:* errata de imprenta conocida. *Señero* ó *señera* quiere decir, *solo* ó *sola:* son voces anticuadas, que vienen del adjetivo latino *singuli:* y de aquí *sendos*, *senos*, *sennos*, *señeros y señeras*. *Solo señero* se decia por lo comun antiguamente.

Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien escusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron, le trujeron á la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimesmo callaba, y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenian colgado de un alcornoque. Mas tardó en hablar Don Quijote que en acabarse la cena. Al fin de la cual uno de los cabreros dijo:—Para que con mas veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro, que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escrebir, y es músico de un rabel, que no hay mas que desear.= Apenas habia el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oidos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si habia cenado, y respondió que sí. El que habia hecho los ofrecimientos le dijo:—De esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música: hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres, y nos saques verdaderos; y así te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien.—Qué me place, respondió el mozo; y sin hacerse mas de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar, diciendo de esta manera.

ANTONIO.

YO sé, Olalla, que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho
Ni aun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amoríos.
  Porque sé que eres sabida,
En que me quieres me afirmo:
Que nunca fué desdichado
Amor que fué conocido.

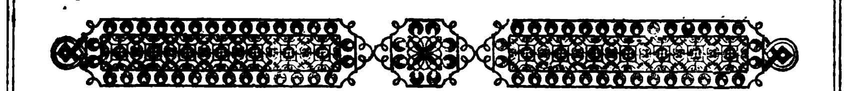
Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
Que tienes de bronce el alma,
Y el blanco pecho de risco.
Mas allá entre tus reproches
Y honestísimos desvíos,
Tal vez la esperanza muestra
La orilla de su vestido.
Abalánzase al señuelo
Mi fe, que nunca ha podido
Ni menguar, por no llamado,
Ni crecer, por escogido.
Si el amor es cortesía,
De la que tienes colijo,
Que el fin de mis esperanzas
Ha de ser cual imagino.
Y si son servicios parte
De hacer un pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalecen mi partido.
Porque, si has mirado en ello,
Mas de una vez habrás visto
Que me he vestido en los lúnes
Lo que me honraba el domingo.
Como el amor y la gala
Andan un mesmo camino,
En todo tiempo á tus ojos
Quise mostrarme polido.
Dejo el bailar por tu causa,
Ni las músicas te pinto
Que has escuchado á deshoras
Y al canto del gallo primo[1].
No cuento las alabanzas
Que de tu belleza he dicho,
Que aunque verdaderas, hacen
Ser yo de algunas malquisto.
Teresa del Berrocal,
Yo alabándote me dijo:
Tal piensa que adora un ángel,
Y viene á adorar á un ximio:

1 A media noche: *primo*, contraccion de *primero*.

Merced á los muchos diges,
Y á los cabellos postizos,
Y á hipócritas hermosuras
Que engañan al amor mismo.
Desmentíla, y enojóse:
Volvió por ella su primo:
Desafióme, y ya sabes
Lo que yo hice y él hizo.
No te quiero yo á monton,
Ni te pretendo y te sirvo
Por lo de barraganía,
Que mas bueno es mi designio.
Coyundas tiene la iglesia
Que son lazadas de sirgo[1]:
Pon tu cuello en la gamella,
Verás como pongo el mio.
Donde no, desde aquí juro
Por el santo mas bendito,
De no salir destas sierras
Sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque Don Quijote le rogó que algo mas cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba mas para dormir que para oir canciones; y así dijo á su amo:—Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de pasar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que pasen las noches cantando.—Ya te entiendo, Sancho, le respondió Don Quijote: que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño que de música.—A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho.—No lo niego, replicó Don Quijote; pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo. Pero con todo esto seria bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester.=Hizo Sancho lo que se le mandaba: y viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena, que él pondria remedio con que fácilmente se sanase: y tomando algunas hojas de romero de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no habia menester otra medicina, y así fué la verdad.

1 Seda: de *sericum*.



CAPÍTULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quijote.

ESTANDO en esto, llegó otro mozo de los que les traian del aldea el bastimento, y dijo:—¿Sabeis lo que pasa en el lugar, compañeros?—Cómo lo podemos saber, respondió uno de ellos.—Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales.—Por Marcela dirás, dijo uno. —Por esa digo, respondió el cabrero: y es lo bueno, que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo como si fuera moro, y que sea al pié de la peñadon de está la fuente del alcornoque, porque segun es fama (y él dicen que lo dijo), aquel lugar es adonde él la vió la vez primera; y tambien mandó otras cosas tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles: á todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo sin faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado: mas á lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa á donde tengo dicho: y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver, á lo menos yo no dejaré de ir á verla, si supiese no volver mañana al lugar.—Todos harémos lo mesmo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes á quien ha de quedar á guardar las cabras de todos.—Bien dices, Pedro, dijo uno de ellos, aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos; y no lo atribuyas á virtud y á poca curiosidad mia, sino á que no me deja andar el garrancho que el otro dia me pasó este pié.—Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedro.—Y Don

Quijote rogó á Pedro le dijese qué muerto era aquel, y qué pastora aquella.—A lo cual Pedro respondió, que lo que sabia era, que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales habia vuelto á su lugar con opinion de muy sabio y muy leido: principalmente decian que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decia el cris del sol y de la luna.—Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dijo Don Quijote.=Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento, diciendo: Asimesmo adevinaba cuando habia de ser el año abundante ó estil.—Estéril quereis decir, amigo, dijo Don Quijote.—Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá: y digo que con esto que decia, se hicieron su padre y sus amigos que le daban crédito, muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba, diciéndoles: Sembrad este año cebada, no trigo: en este podeis sembrar garbanzos, y no cebada: el que viene será de guilla[1] de aceite: los tres siguientes no se cogerá gota.—Esa ciencia se llama *Astrología*, Dijo Don Quijote.—No sé yo como se llama, replicó Pedro; mas sé que todo esto sabia, y aun mas. Finalmente, no pasaron muchos meses despues que vino de Salamanca, cuando un dia remaneció vestido de pastor con su ganado[2] y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traia, y juntamente se vistió con el de pastor otro su grande amigo llamado Ambrosio, que habia sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo el difunto fué grande hombre de componer coplas, tanto que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decian que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adivinar la causa que les habia movido á hacer aquella tan estraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, ansi en muebles como en raices, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo cual quedó el mozo señor de-

1 Voz árabe, que significa propiamente *abundancia de frutos y verduras.*

2 La edicion de Lóndres corrigió *cayado* por ser este pieza del trage de pastor mas propia que el *ganado*.

soluto; y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero, y caritativo, y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion: despues se vino á entender que el haberse mudado de trage no habia sido por otra cosa, que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela, que nuestro zagal nombró denantes, de la cual se habia enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora (porque es bien que lo sepais) quién es esta rapaza, quizá y aun sin quizá no habréis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivais mas años que Sarna.—Decid Sarra, replicó Don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero.—Harto vive la sarna, respondió Pedro; y si es, señor, que me habeis de andar zahiriendo á cada paso los vocablos, no acabarémos en un año.—Perdonad, amigo, dijo Don Quijote, que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra, os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive mas sarna que Sarra: y proseguid vuestra historia, que no os replicaré mas en nada.—Digo, pues, señor mio de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador, aun mas rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fué la mas honrada muger que hubo en todos estos contornos: no parece sino que ahora la veo con aquella cara, que del un cabo tenia el sol, y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de hora, gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger, murió su marido Guillermo, dejando á su hija Marcela muchacha y rica en poder de un tio suyo sacerdote y beneficiado en nuestro lugar: creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgaba que le habia de pasar la de la hija: y así fué, que cuando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la miraba, que no bendecia á Dios que tan hermosa la habia criado, y los mas quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato y con mucho encerramiento; pero con todo esto la fama de su mucha hermosura se estendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tio se la diese por muger; mas él, que á las derechas es buen cristiano, aunque quisiera casarla luego así como la via de edad, no

quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y grangería que le ofrecia el tener la hacienda de la moza dilatando su casamiento; y á fe que se dijo esto en mas de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen sacerdote: que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata, y de todo se murmura; y tened para vos como yo tengo para mí, que debia de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas.—Así es la verdad, dijo Don Quijote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contais con buena gracia.—La del Señor no me falte, que es la que hace al caso: y en lo demas sabreis, que aunque el tio proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por muger la pedian, rogándole que se casase y escogiese á su gusto, jamas ella respondió otra casa, sino que por entonces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio: con estas que daba al parecer justas escusas, dejaba el tio de importunarla, y esperaba á que entrase algo mas en edad, y ella supiese escoger compañía á su gusto; porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora; y sin ser parte su tio ni todos los del pueblo que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demas zagalas del lugar, y dió en guardar su mesmo ganado: y así como ella salió en público y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuantos ricos mancebos, hidalgos y labradores han tomado el trage de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos, uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decian que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta, y de tan poco ó de ningun recogimiento, que por eso ha dado indicio, ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato; antes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo: que puesto que no huye ni se esquiva de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortes y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un tra-

buco: y con esta manera de condicion hace mas daño en esta tierra, que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan, á servirla y amarla; pero su desden y desengaño los conduce á términos de desesperarse: y así no saben qué decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aquí estuviésedes, señor, algun dia, veriades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen: no está muy lejos de aquí un sitio, donde hay casi dos docenas de altas hayas; y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mesmo árbol, como si mas claramente dijera su amante, que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana: aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas: cual hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pié de alguna encina ó peñasco, y allí sin plegar los llorosos ojos, embebecido y trasportado en sus pensamientos, le halló el sol á la mañana: y cual hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envia sus quejas al piadoso cielo: y deste y de aquel, y de aquellos y destos libre y desenfrenadamente triunfa la hermosa Marcela: y todos los que la conocemos, estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de una hermosura tan estremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender que tambien lo es la que nuestro zagal dijo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo: y así os aconsejo, señor, que no dejeis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar á aquel donde manda enterrarse media legua.—En cuidado me lo tengo, dijo Don Quijote, y agradézcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento.—¡Oh! replicó el cabrero, aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podria ser que mañana topásemos en el camino algun pastor que nos los dijese: y por ahora bien será que os vais á dormir debajo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente.=Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto ha-

blar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hízolo así, y todo lo mas de la noche se la pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coces.





Lito. callejon de S. Clara N.º 8.



CAPÍTULO XIII.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.

MAS apenas comenzó á descubrirse el dia por los balcones del Oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron, y fueron á despertar á Don Quijote, y á decille si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. Don Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó, y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino: y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando al cruzar de una senda, vieron venir ácia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de cipres y de amarga adelfa: traia cada uno un grueso baston de acebo en la mano: venian con ellos asimesmo dos gentiles hombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pié que los acompañaban. En llegándose á juntar, se saludaron cortesmente; y preguntándose los unos á los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo, hablando con su compañero, le dijo:—Paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado estrañezas, así del muerto pastor, como de la pastora homicida.—Así me lo parece á mí, respondió Vivaldo, y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciera á trueco de verle.—Preguntóles Don Quijote, qué era lo que habian oido de Marcela y de Grisóstomo.—El caminante dijo, que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste trage, les habian preguntado la ocasion por qué iban de aquella manera: que uno dellos se lo con-

tó, contando la estrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la requestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo á cuyo entierro iban: finalmente, él contó todo lo que Pedro á Don Quijote habia contado.

Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á Don Quijote:—¿Qué era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica?= A lo cual respondió Don Quijote:—La profesion de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen paso, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas, solo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos.= Apenas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco, y por averiguarlo mas y ver que género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo, que ¿qué queria decir caballeros andantes?—¿No han vuestras mercedes leido, respondió Don Quijote, los anales é historias de Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que continuamente[1] en nuestro romance castellano llamamos el rey Artus, de quien es tradicion antigua y comun en todo aquel reino de la Gran Bretaña, que este rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver á reinar, y á cobrar su reino y cetro: á cuya causa no se probará que desde aquel tiempo á este haya ningun ingles muerto cuervo alguno? Pues en tiempo de este buen rey fué instituida aquella famosa órden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron sin faltar un punto los amores que allí se cuentan de Don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España de:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote,
Cuando de Bretaña vino,

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entonces de mano en mano fué aquella ór-

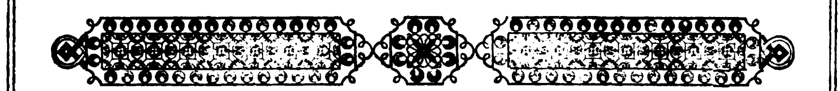
1 Así en las ediciones primeras; pero Cervantes acaso escribiria *comunmente*, no solo por ser espresion mas comun, sino mas verdadera, pues al rey Artus no estamos llamando Arturo *continuamente* en castellano.

den de caballería estendiéndose y dilatándose por muchas y diversas parte del mundo: y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadis de Gaula con todos sus hijos y nietos, hasta la quinta generacion, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco; y casi que en nuestros dias vimos y comunicamos y oimos al invencible y valeroso caballero Don Belianis de Grecia. Esto, pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la órden de su caballería, en la cual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador he hecho profesion, y lo mismo que profesaron los caballeros referidos, profeso yo: y así me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la mas peligrosa que la suerte me depare, en ayuda de los flacos y menesterosos.= Por estas razones que dijo, acabaron de enterarse los caminantes que era Don Quijote falto de juicio, y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la mesma admiracion que recebian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba á llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase mas adelante con sus disparates; y así le dijo:—Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las mas estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí, que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha.—Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro Don Quijote; pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponerlo en duda, porque si va á decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecucion lo que su capitan le manda, que el mismo capitan que se lo ordena: quiero decir, que los religiosos con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en verano, y de los erizados yelos del invierno; así que, somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia: y como las cosas de la guerra, y las á ellas tocantes y concernientes, no se pueden poner en ejecucion sino sudando, afanando y trabajando escesivamente, síguese que aquellos que la profesan, tienen sin duda mayor trabajo, que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando

á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso y mas aporreado, y mas hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso; porque no hay duda, sino que los caballeros andantes pasados, pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida: y si algunos subieron á ser emperadores por el valor de su brazo, á fe que les costó buen porque de su sangre y de su valor: y que si á los que á tal grado subieron, les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos, y bien engañados de sus esperanzas.—De ese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es, que cuando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devocion, como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo á gentilidad.—Señor, respondió Don Quijote, eso no puede ser menos en ninguna manera, y caeria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese: que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca, que el caballero andante que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y aun si nadie le oye, está obligado á decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazon se le encomiende, y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias: y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra.—Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es que muchas veces he leido que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo, y luego sin mas ni mas á todo el correr dellos se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas, y lo que suele suceder del encuentro es, que el uno cae por las ancas del caballo pasado con la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene tambien que á no tenerse á las crines del suyo, no pudiera de-

jar de venir al suelo: y no sé yo como el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso desta tan acelerada obra: mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama, las gastara en lo que debia y estaba obligado como cristiano: cuánto mas que yo tengo para mí, que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados.—Eso no puede ser, respondió Don Quijote: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas, y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores, y por el mesmo caso que estuviese sin ellos, no seria tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladron.—Con todo eso, dijo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leido que Don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiese encomendarse, y con todo esto no fué tenido en menos, y fué un muy valiente y famoso caballero.—A lo cual respondió nuestro Don Quijote: Señor, una golondrina sola no hace verano: cuánto mas, que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer á todas bien, cuantas bien le parecian, era condicion natural á quien no podia ir á la mano; pero en resolucion, averiguado está muy bien que él tenia una sola, á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero.—Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesion; y es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como Don Galaor, con las veras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama: que ella se tendria por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece.=Aquí dió un gran suspiro Don Quijote, y dijo:—Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; solo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha, su calidad por lo menos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mia, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á ha-

me hubiera mandado que los entregara al fuego, en habiendo entregado su cuerpo á la tierra.—De mayor rigor y crueldad usareis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mesmo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso: y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiera que se pusiera en ejecucion lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado: así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no querais dar sus escritos al olvido: que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplais como indiscreto; ántes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos: que ya sé yo y los que aquí venimos, la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra, y la ocasion de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida: de la cual lamentable historia se puede sacar cuánta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone: anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y así de curiosidad y de lástima dejamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oillo: y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla, si pudiéramos, te rogamos, ó discreto Ambrosio, á lo menos yo te lo suplico de mi parte, que dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos: y sin aguardar á que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que mas cerca estaban.= Viendo lo cual Ambrosio, dijo:—Por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habeis tomado; pero pensar que dejaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellos, y vió que tenia por título: *Cancion desesperada.* Oyólo Ambrosio, y dijo:—Ese es el último papel que escribió el desdichado; y porque veais, señor, en el término que le tenian sus desventuras, leelde de modo que seais oido, que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura.—Eso haré yo de muy buena gana, dijo Vivaldo: y como todos los circustantes tenian el mesmo deseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que así decia.



CAPÍTULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

Cancion de Grisóstomo.

YA que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua, y de una en otra gente,
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
  Haré que el mesmo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza.
  Y al par de mi deseo, que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las míseras entrañas.
  Escucha pues, y presta atento oido,
No al concertado son, sino al ruido,
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvarío,
Por gusto mio sale y tu despecho.
  El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
  Baladro de algun monstruo, el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable:
  Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sentible arrullar, el triste canto
Del enviudado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,

Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla,
Para contalla pide nuevos modos.
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Bétis las olivas:
Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas:
O ya en escuros valles, ó en esquivas
Playas desnudas de contrato humano,
O adonde el sol jamas mostró su lumbre,
O entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el libre llano:
Que puesto, que en los páramos desiertos
Los ecos roncos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Serán llevados por el ancho mundo.
Mata un desden, atierra la paciencia
O verdadera ó falsa una sospecha:
Matan los zelos con rigor mas fuerte:
Desconcierta la vida larga ausencia:
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte.
En todo hay cierta inevitable muerte;
Mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
Zeloso, ausente, desdeñado, y cierto
De las sospechas, que me tienen muerto:
Y en el olvido en quien mi fuego avivo,
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza:
No yo desesperado la procuro;
Antes por estremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
¿Puédese por ventura en un instante
Esperar y temer, ó es bien hacello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
¿Tengo, si el duro zelo está delante,
De cerrar estos ojos, si he de vello

Por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
A la desconfianza, cuando mira
Descubierto el desden, y las sospechas,
¡O amarga conversion! verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira?
¡O en el reino de amor fieros, tiranos
Zelos! ponedme un hierro en estas manos:
Dáme, desden, una torcida soga.
¡Mas ay de mí! que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
Yo muero en fin, y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasía.
Diré, que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
A la de amor antigua tiranía:
Diré, que la enemiga siempre mia,
Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace,
Y que, en fe de los males que nos hace,
Amor su imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinion y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo
A que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
Sin lauro ó palma de futuros bienes.
Tú que con tantas sinrazones muestras
La razon, que me fuerza, á que la haga
A la cansada vida que aborrezco:
Pues ya ves, que te da notorias muestras
Esta del corazon profunda llaga,
De como alegre á tu rigor me ofrezco:
Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas:
Que no quiero que en nada satisfagas,
Al darte de mi alma los despojos.
Antes con risa en la ocasion funesta
Descubre, que el fin mio fué tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte desto,
Pues sé, que está tu gloria conocida

En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed, Sísifo venga
Con el peso terrible de su canto,
Ticio traiga su buitre, y ansimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.
Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baja
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas
Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras y mil monstruos
Lleven el doloroso contrapunto:
Que otra pompa mejor no me parece,
Que la merece un amador difunto.
Cancion desesperada, no te quejes,
Cuando mi triste compañía dejes;
Antes, pues que la causa do naciste,
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Aun en la sepultura no estés triste.

Bien les pareció á los que escuchado habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dijo, que no le parecia que conformaba con la relacion que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de zelos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela. A lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo:—Para que, señor, os satisfagais desa duda, es bien que sepais, que cuando este desdichado escribió esta cancion, estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros: y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban á Grisóstomo los zelos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela: la cual, fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la mesma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna.—Así es la verdad, respondió Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del

fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fué, que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura, pareció la pastora Marcela, tan hermosa, que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habian visto, la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la habian visto. Mas apénas la hubo visto Ambrosio, cuando con muestras de ánimo indignado le dijo:— ¿Vienes á ver por ventura, ó fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable, á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion, ó á ver desde esa altura, como otro despiadado Nero el incendio de su abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino[1]? Dinos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que mas gustas, que, por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamas dejaron de obedecerte én vida, haré que aun él muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos.—No vengo, ó Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender, cuán fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan: y así ruego á todos los que aquí estais, me esteis atentos, que no será menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos.

Hízome el cielo, segun vosotros decis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostrais, decis y aun quereis que esté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razon de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama: y mas, que podria acontecer, que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir, quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos: que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rin-

1 Debe decir: *Servio Tulio*, que fué padre de Tulia, y no *Tarquino*, que fué marido. (*Tit. Liv.* lib. I cap. 46.) Este mas parece descuido del autor, que yerro de la imprenta, ocasionado acaso de la falta de libros que tendria en la cárcel.

diesen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas sin saber en cuál habian de parar, porque siendo infinitos los sugetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos: y segun yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decis que me quereis bien? Si no, decidme, ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros, porque no me amábades? Cuánto mas, que habeis de considerar, que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es, el cielo me la dió de gracia sin yo pedilla ni escogella: y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema, ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma mas adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre, escogí la soledad de los campos. Los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destos arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con palabras. Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno, el fin de ninguno dellos, bien se puede decir, que antes le mató su porfía que mi crueldad. Y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo, que cuando en ese mesmo lugar, donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dije yo, que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura. Y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza, y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado, de-

sesperó sin ser aborrecido: mirad ahora, si será razon que de su pena se me dé á mí la culpa. Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por eleccion, es escusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan de su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante, que si alguno por mí muere, no muere de zeloso ni desdichado, porque quien á nadie quiere, á ninguno debe dar zelos: que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala: el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá, ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las agenas: tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero ni aborrezco á nadie: no engaño á este, ni solicito aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas, y el cuidado de mis cabras me entretiene: tienen mis deseos por término estas montañas; y si de aquí salen, es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera. = Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas, y se entró por lo mas cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados tanto de su discrecion como de su hermosura á todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido. Lo cual visto por Don Quijote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballería socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas é intelegibles voces dijo:—Ninguna persona, de cualquiera estado y condicion que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras y su-

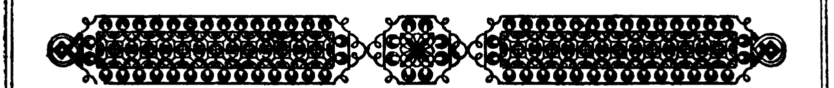
ficientes razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán agena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes: á cuya causa es justo, que en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. =O ya que fuese por las amenazas de Don Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña en tanto que se acababa una losa que, segun Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio, que habia de decir desta manera:

Yace aquí de un amador
El mísero cuerpo helado,
Que fué pastor de ganado,
Perdido por desamor.
Murió á manos del rigor
De una esquiva hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tiranía de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mesmo hicieron Vivaldo y su compañero, y Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornándose á despedir de nuevo, le dejaron, y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de que tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de Don Quijote, el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.







CAPÍTULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.

CUENTA el sabio Cide Hamete Benengeli, que así como Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mesmo bosque donde vieron que que se habia entrado la pastora Marcela, y habiendo andado mas de dos horas por él buscándola por todas partes, sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corria un arroyo apacible y fresco, tanto que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse Don Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz y compañía amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó hallarse Don Quijote era muy á propósito de los yangüeses. Sucedió pues que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotillo algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que á lo que pareció, debian de tener mas gana de pacer que de al, recibiéronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera que

á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota. Pero lo que él debió mas de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el suelo. Ya en esto Don Quijote y Sancho que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban hijadeando, y dijo Don Quijote á Sancho:—A lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baja raléa. Dígolo, porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante.—¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quizá nosotros sino uno y medio?—Yo valgo por ciento, replicó Don Quijote,=Y sin hacer mas discursos echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mesmo hizo Sancho Panza incitado y movido del ejemplo de su amo: y á las primeras dió Don Quijote una cuchillada á uno, que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido con gran parte de la espalda. Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia. Verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mesmo le avino á Don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura, que viniese á caer á los piés de Rocinante, que aun no se habia levantado: donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo pues los yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron, cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo:—Señor Don Quijote, ¡ah señor Don Quijote!—¿Qué quieres, Sancho hermano? respondió Don Quijote con el mesmo tono afeminado y doliente que Sancho.—Querria, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano, quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las feridas.—Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿que nos faltaba? respondió Don Quijote: mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que antes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal

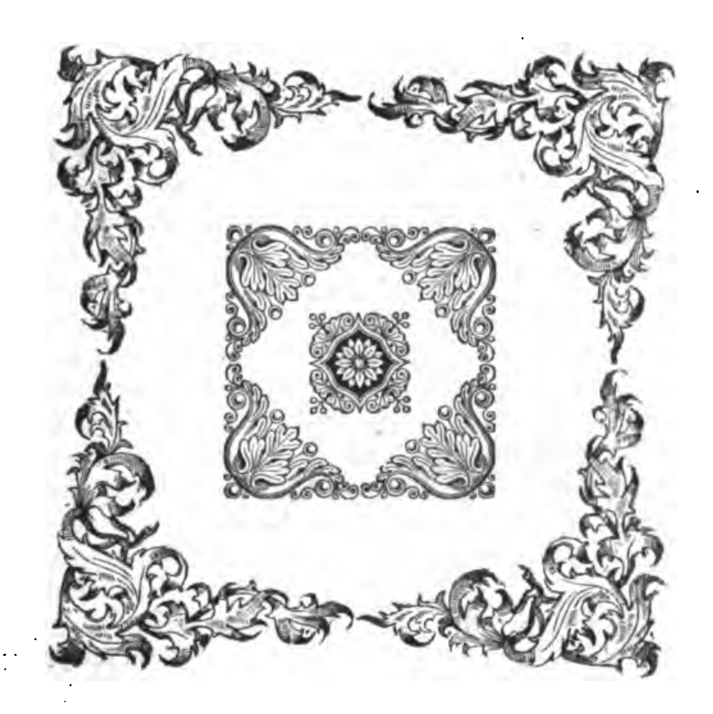
me han de andar las manos.—¿Pues en cuántos le parece á vuestra merced que podremos mover los piés? replicó Sancho Panza. —De mí sé decir, dijo el molido caballero Don Quijote, que no sabré poner término á esos dias; mas yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo, y así creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballería, ha permitido el Dios de las batallas que se me diese este castigo: por lo cual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos: y es, que cuando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y esperiencias, hasta adonde se estiende el valor de este mi fuerte brazo: tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaino. Mas no le parecia tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo:—Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria: porque tengo muger y hijos que sustentar y criar; así que, séale á vuestra merced tambien aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada, ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho, ó haga, ó haya de hacer persona alta ó baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin eceptar estado ni condicion alguna. Lo cual oido por su amo, le respondió:—Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida, ¿qué seria de tí, si ganándola yo te hiciese señor della? Pues lo vendrás á imposibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias, y defender tu señorío: porque has de saber, que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han

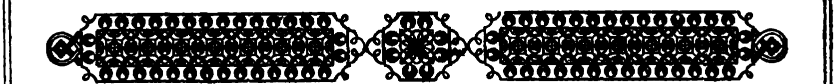
de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura: y así es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento.—En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice: mas yo le juro, á fe de pobre hombre, que mas estoy para vizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudarémos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento. Jamas tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen, que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado andante, habia de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas?—Aun las tuyas, Sancho, replicó Don Quijote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias, criadas entre sinabafas y olandas, claro está, que sentirán mas el dolor desta desgracia; y si no fuese porque imagino, qué digo imagino, sé muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anecsas al ejercicio de las armas, aquí me dejaria morir de puro enojo. A esto replicó el escudero:—Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre.—Sábete, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni mas ni menos está en potencia propincua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la esperiencia en muchos y diversos caballeros de cuyas historias yo tengo entera noticia: y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que solo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mesmos se vieron antes y despues en diversas calamidades y miserias. Porque el valeroso Amadis de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió, teniéndole preso, mas de doscientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una coluna de un patio, y aun hay un autor secreto y de no poco crédito que dice, que

habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debajo de los piés en un cierto castillo, y al caer se halló en una honda sima debajo de tierra atado de piés y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo, y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero. Así que, bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos pasaron que no las que ahora nosotros pasamos: porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito por palabras espresas: que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto, porque no pienses que puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traian con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenia estoque, espada ni puñal.—No me dieron á mí lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona, cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los piés, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.—Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó Don Quijote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma.—¿Pues qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, que aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de vizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera.—Déjate de eso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió Don Quijóte, que así haré yo, y veamos como está Rocinante, que á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia.—No hay de que maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él tambien caballero andante. De lo que yo me maravillo es, de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas.—Siempre deja la ventura una puerta abierta

en las desdichas para dar remedio á ellas, dijo Don Quijote: dígolo, porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algun castillo, donde sea curado de mis feridas. Y mas, que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leido, que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre Dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas, iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno.—Verdad será, que él debia de ir caballero, como vuestra merced dice, respondió Sancho; pero hay grande diferencia del ir caballero, al ir atravesado como costal de basura. A lo cual respondió Don Quijote:—Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan: así que, Panza amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agrade encima de tu jumento, y vamos de aquí antes que la noche venga, y nos saltée en este despoblado.—Pues yo he oido decir á vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballaros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo mas del año, y que lo tienen á mucha ventura.—Eso es, dijo Don Quijote, cuando no puedan mas, ó cuando están enamorados: y es tan verdad esto, que ha habido caballero, que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra, y á las inclemencias del cielo dos años sin que lo supiese su señora, y uno destos fué Amadis, cuando llamándose Beltenebros se alojó en la peña Pobre, ni sé si ocho años, ó ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé que sinsabor, que le hizo la señora Oriana. Pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante.—Aun ahí seria el diablo, dijo Sancho; y despidiendo treinta ayes y sesenta sospiros, y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien allí le habia traido, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse: y con todo este trabajo aparejó su asno, que tambien habia andado algo destraido con la demasiada libertad de aquel dia. Levantó luego á Rocinante, el cual si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion, Sancho acomodó á Don Quijote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco mas ó menos ácia donde le pareció que podia estar el camino real: y la suerte que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino,

en el cual descubrió una venta, que á pesar suyo y gusto de Don Quijote habia de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo; y tanto duró la porfia, que tuvieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la cual Sancho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.





CAPÍTULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

EL ventero, que vió á Don Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traia. Sancho le respondió que no era nada, sino que habia dado una caida de una peña abajo, y que venia algo abrumadas las costillas. Tenia el ventero por mugér á una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus prójimos: y así acudió luego á curar á Don Quijote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped. Servia en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, llena de cogote[1], de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplia las demas faltas; no tenia siete palmos de los piés á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á Don Quijote en un camaranchon, que en otros tiempos daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años, en el cual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro Don Quijote, y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja á la de Don Quijote, que solo contenia cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon, que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó Don Quijote; y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Mari-

1 Descogotada, como lo suelen ser algunos paisanos de Maritornes.

Lito. callejon de S. Clara N° 8

tornes, que así se llamaba la asturiana. Y como al vizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quijote, dijo que àquello mas parecian golpes que caida.—No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal, y tambien le dijo: Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mí un poco los lomos. —Desa manera, respondió la ventera, ¿tambien debistes vos de caer? —No caí, dijo Saneho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.—Bien podrá ser eso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caido.—Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor Don Quijote.—¿Cómo se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes.—Don Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.—¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza.—¿Tan nueva sois en el mundo, que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza. Pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos paletas[1] se ve apaleado y emperador. Hoy está la mas desdichada criatura del mundo y la mas menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero.—¿Pues cómo vos, siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no teneis, á lo que parece, siquiera algun condado?—Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra. Verdad es, que si mi señor Don Quijote sana de esta herida ó caida, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanzas con el mejor título de España. = Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento Don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo:—Creedme, fermosa señora, que os podeis lla-

1 En las primeras ediciones y en todas las demas se decia: *en dos palabras;* lo que se ha considerado como yerro de imprenta. *En dos paletas* (dice el Diccionario de la lengua) *brevemente, sin trabajo.*

mar venturosa, por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona; que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quien soy. Solo os digo, que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho para agradecéroslo mientras la vida me durare, y pluguiera á los altos cielos, que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata, que digo entre mis dientes, que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. = Confusas estaban la ventera y su hija, y la buena de Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendian como si hablara en griego: aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimiento y requiebros: y como no usadas á semejante lenguaje, mirábanle, y admirábanse, y pareciales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo habia menester que su amo. Habia el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarian juntos, y ella le habia dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iria á buscar, y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza, que jamas dió semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta: porque, decia ella, que desgracias y malos sucesos la habian traido á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de Don Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado[1] establo: y luego junto á él hizo el suyo Sancho, que solo contenia una estera de enea, y una manta que antes mostraba ser de angeo tundido que de lana. Sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia, aunque eran doce, lucios, muy gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo: fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio:

1 Destechado y descubierto, desde el cual se veian las estrellas.

de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan á los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia ó ignorancia, lo mas sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de *Tablante*, de *Ricamonte*, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas* ¡y con qué puntualidad lo describen todo! Digo pues, que despues de haber visitado el arriero á su recua, y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas, y se dió á esperar á su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho vizmado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas: y Don Quijote con el dolor de las suyas tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara, que colgada en medio del portal ardia. Esta maravillosa quietud y los pensamientos que siempre nuestro caballero traia de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros, autores de su desgracia, le trujo á la imaginacion una de las estrañas locuras que buenamente imaginarse pueden: y fué que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que como se ha dicho, castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual vencida de su gentileza se habia enamorado dél, y prometido que aquella noche á furto de sus padres vendria á yacer con él una buena pieza: y teniendo toda esta quimera que él se habia fabricado, por firme y valedera, se comenzó á acuitar, y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la mesma reina Ginebra con su dama Quintañona[1] se le pusiesen delante. Pensando pues en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustan, con tácitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero. Pero apenas llegó á la puerta, cuando Don Quijote la sintió, y sentándose en la cama á pesar de sus vizmas, y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recebir á su fermosa doncella la asturiana, que toda recogida y ca-

1 Esta es una errata de imprenta manifiesta: *dueña Quintañona* debe decir, no solo porque el mismo Cervantes la llama *dueña* en otros lugares (como se puede ver en los *capítulos XIII y XLIX, de esta parte I*), sino porque para *dueña* de la reina Ginebra, y no para *dama*, la inventó el autor del libro de Lanzarote del Lago.

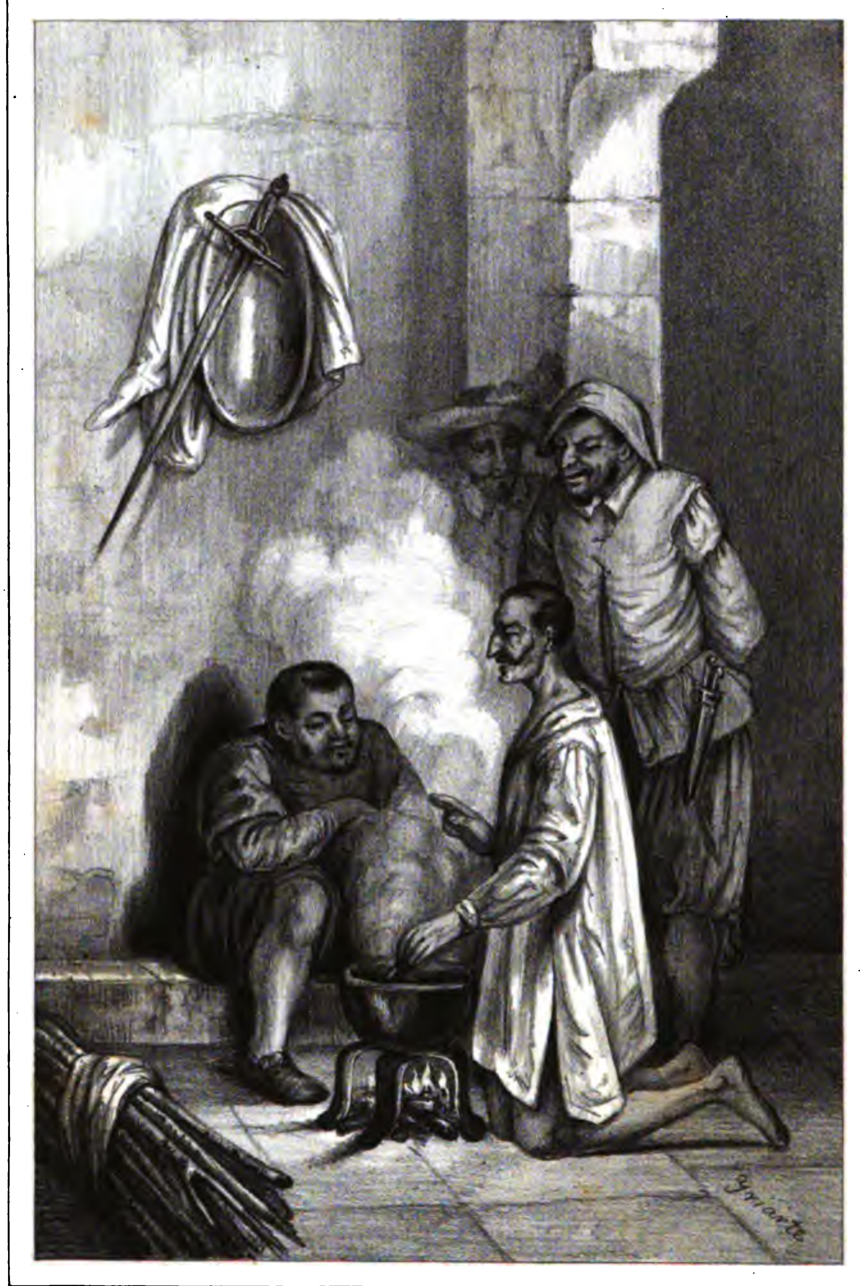
llando iba con las manos delante buscando á su querido. Topó con los brazos de Don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola ácia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traia en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mesmo sol escurecia, y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático: y finalmente, él la pintó en su imaginacion de la misma traza y modo que lo que habia leido en sus libros de la otra princesa que vino á ver al mal ferido caballero, vencido de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos: y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traia en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; antes le parecia que tenia entre sus brazos á la diosa de la hermosura: y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó á decir: "Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habédes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible: y mas que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis mas escondidos pensamientos: que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dejara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto." Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de Don Quijote, y sin entender, ni estar atenta á las razones que le decia, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coyma[1] por la puerta, la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quijote decia, y zeloso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando mas al lecho de Don Quijote, y

1 Muger mundana. (*Vocabulario de la Germania* de Juan Hidalgo.)

estúvose quedo, hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podia entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y Don Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los piés mas que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Marítornes, porque habiéndola llamado á voces, no respondia. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil, se fué ácia donde habia sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y allí se acorrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: ¿Adónde estas, puta? á buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuántas á Maritornes, la cual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño: el cuál viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues el arriero á la lumbre del candil del ventero, cuál andaba su dama, dejando á Don Quijote, acudió á dalle el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda, que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y así como suele decirse, el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo: y fué lo bueno, que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron ascuras, dábanse tan sin compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano, no dejaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el cual oyendo asimesmo el estraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró ascuras en el

aposento, diciendo: "Ténganse á la justicia, ténganse á la Santa Hermandad," y el primero con quien topó fué con el apuñeado de Don Quijote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á las barbas, no cesaba de decir: Favor á la justicia. Pero viendo, que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz, diciendo: "Ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre." Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados Don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de Don Quijote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero de industria habia muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.





Lito. callejon de S. Clara N.º 8.



CAPÍTULO XVII.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos, que el bravo Don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

HABIA ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quijote, y con el mesmo tono de voz con que el dia antes habia llamado á su escudero, cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar, diciendo:—¿Sancho amigo, duermes? ¿duermes, amigo Sancho?—¿Qué tengo de dormir, pesia á mí? respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche.—Puédeslo creer así sin duda, respondió Don Quijote, porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado: porque has de saber.... Mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta despues de mi muerte.—Sí juro, respondió Sancho.—Dígolo, respondió Don Quijote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie.—Dígo, que sí juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana.—¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondió Don Quijote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad?—No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas.—Sea por lo que fuere, dijo Don Quijote, que mas fio de tu amor y de tu cortesía: y así has de saber, que esta noche me ha sucedido una de las mas estrañas aventuras que yo sabré encarecer, y por contártela en breve, sabrás, que poco ha que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡Qué te podria decir del adorno de su persona! ¡Qué de su gallardo entendimiento! ¡Qué de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio! Solo te quiero decir que envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho es en-

cantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese, ni supiese por donde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y asentóme una puñada en las quijadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los arrieros que por demasias de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo, que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algun encantado moro, y no debe de ser para mí. —Ni para mí tampoco, respondió Sancho, porque mas de cuatrocientos moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. Pero dígame, señor, ¿cómo llama á esta buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo ¿qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? Desdichado de mí, y de la madre que me parió, que no soy caballero andante ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte.—¿Luego tambien estás tú aporreado? respondió Don Quijote.—¿No le he dicho que sí? pese á mi linage! dijo Sancho.—No tengas pena, amigo, dijo Don Quijote, que yo haré ahora el bálsamo precioso con que sanarémos en un abrir y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto, y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: —Señor, ¿si será este á dicha el moro encantado que nos vuelve á castigar, si se dejó [illegible] en el tintero?—No puede ser el moro, respondió Don Quijote, porque los encantados no se dejan ver de nadie.—Si no se dejan ver, déjanse sentir, dijo Sancho: si no díganlo mis espaldas.—Tambien lo podrian decir las mias, respondió Don Quijote; pero no es bastante indicio ese para creer que este que se ve sea el encantado moro. Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion, quedó suspenso. Bien es verdad que aun Don Quijote se estaba boca arriba, sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero, y díjole:—Pues ¿cómo va, buen hombre?—Hablara yo mas bien criado, respondió Don Quijote, si fuera que vos. ¿Úsase en esta tierra hablar de esa suerte á los caballeros andantes, majadero? El cuadrillero, que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal pa-

recer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite dió á Don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado, y como todo quedó á escuras, salióse luego, y Sancho Panza dijo:—Sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos.—Así es, respondió Don Quijote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para que tomar cólera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantásticas, no hallarémos de quien vengarnos aunque mas lo procuremos. Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide de esta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero, para hacer el salutífero bálsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué ascuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo: Señor, quien quiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en esta venta. Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso: y porque ya comenzaba á amanecer abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero le dijo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á Don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza quejándose del dodor del candilazo, que no le habia hecho mas mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre, no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolucion, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion: y luego dijo sobre la alcuza mas de ochenta Pater nostres y otras tantas Ave Marias, salves y credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendicion: á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mesmo hacer luego la esperiencia

de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y así se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza, y quedaba en la olla donde se habia cocido casi media azumbre, y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó á vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y agitacion del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido mas de tres horas, al cabo de las cuales despertó, y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que habia acertado con el bálsamo de Fierabras, y que con aquel remedio podia acometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera riñas, batallas y pendencias por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo Don Quijote, y él tomándola á dos manos, con buena fe y mejor talante se la echó á pechos, y envasó bien poco menos que su amo. Es pues el caso, que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo, y así primero que vomitase, le dieron tantas ansias y bascas con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecia el bálsamo y al ladron que se lo habia dado. Viéndole así Don Quijote, le dijo:—Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí, que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son.—Si eso sabia vuestra merced, replicó Sancho, mal haya yo y toda mi parentela, ¿para qué consintió que lo gustase? En esto hizo su operacion el brebage, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se habia vuelto á echar, ni la manta de angeo con que se cubria, fueron mas de provecho. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podia tener; pero Don Quijote que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba, era quitársele al mundo, y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo; y así forzado de este deseo él



Lit. Vallejo calle de S. Clara N.º 8.

mismo ensilló á Rocinante, y enalbardó al jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno: púsose luego á caballo, y llegándose á un rincon de la venta asió de un lanzon que allí estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos cuantos habia en la venta, que pasaban de mas de veinte personas, mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro, que parecia que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban, que debia de ser del dolor que sentia en las costillas, á lo menos pensábanlo aquellos que la noche antes le habian visto vizmar. Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo:—Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadísimo á agradecéroslas todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed, que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y si hallais alguna cosa de este jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la órden de caballero que recibí, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad.—El ventero le respondió con el mesmo sosiego: Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, cuando se me hacen: solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas.—¿Luego venta es esta? replicó Don Quijote.—Y muy honrada, respondió el ventero.—Engañado he vivido hasta aquí, respondió Don Quijote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que no es castillo, sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es, que perdoneis por la paga, que yo no puedo contravenir á la órden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leido cosa en contrario) que jamas pagaron posada, ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de dia, en invierno y en verano, á pié y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo, y á todos los incómodos de la tierra.—Poco tengo yo que ver

en eso, respondió el ventero: págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.—Vos sois un sandio y mal hostalero, respondió Don Quijote; y poniendo piernas á Rocinante, y terciando su lanzon, se salió de la venta sin que nadie le detuviese: y él sin mirar si le seguia su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero que le vió ir, y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo, que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante como era, la mesma regla y razon corria por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle, que si no le pagaba, que lo cobraria de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió, que por la ley de caballería que su amo habia recebido, no pagaria un solo cornado, aunque le costase la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailes de Segovia, tres agujeros del potro de Córdoba, y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales casi como instigados y movidos de un mismo espíritu se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella, alzaron los ojos, y vieron que el techo era algo mas bajo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por límite el cielo, y allí puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él, como con perro por carnestolendas. Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron á los oidos de su amo, el cual deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero, y volviéndo las riendas con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada la rodeó, por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral (que no eran muy altas) cuando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas; pero estaba tan molido y que-

brantado, que aun apearse no pudo, y así desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escribillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas mezcladas, ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó, hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno, y subiéndole encima, le arroparon con su gaban, y la compasiva de Maritórnes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así se le trujo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba, diciendo:—Hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará: ves aquí tengo el santísimo bálsamo, (y enseñábale la alcuza del brebage) que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. A estas voces volvió Sancho los ojos como de traves, y dijo con otras mayores: —¿Por dicha háseles olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme á mí: y el acabar de decir esto y el comenzar á beber, todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritórnes que se le trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mesmo dinero, porque en efecto se dice della, que aunque estaba en aquel trato tenia unas sombras y lejos de cristiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada, y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia; mas Sancho no las echó menos, segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta, así como le vió fuera; mas no lo consintieron los manteadores, que era gente, que aunque Don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.



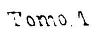


CAPÍTULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

LLEGÓ Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podia arrear á su jumento. Cuando así le vió Don Quijote, le dijo:—Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo ¿qué podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto, por haber visto, que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado: que te juro por la fe de quien soy, que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado, de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no lo fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad.—Tambien me vengara yo si pudiera[1], fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude: aunque tengo para mí, que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas, ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros, y todos segun los oí nombrar cuando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo, en al estuvo que en encantamentos, y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscan-

1 Dijo Sancho.



Lito. Callejon de Sta. Clara N°8.

do al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos cual es nuestro pié derecho; y lo que seria mejor y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra, como dicen.—Qué poco sabes, Sancho, respondió Don Quijote, de achaque de caballería: calla y ten paciencia, que dia vendrá donde veas por vista de ojos, cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio: si no dime, ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? Ninguno sin duda alguna.—Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé: solo sé que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es, (que yo no hay para que me cuente en tan honroso número) jamas hemos vencido batalla alguna, si no fué la del vizcaino, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada menos: que despues acá todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.—Esa es la pena que yo tengo, y la que tú debes tener, Sancho, respondió Don Quijote; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamentos, y aun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadis, cuando se llamaba *El caballero de la Ardiente Espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante.—Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese, y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo, y á los escuderos, que se los papen duelos.—No temas eso, Sancho, dijo Don Quijote, que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios iban Don Quijote y su escudero, cuando vió Don Quijote que por el camino que iban, venia ácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola se volvió á Sancho, y le dijo:—Este es el dia, ó Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el

que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se le levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando.—A esa cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo Don Quijote, y vió que así era la verdad; y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafios, que en los libros de caballerías se cuentan: y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia, era encaminado á cosas semejantes, y la polvareda que habia visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mesmo camino de dos diferentes partes venian, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca, y con tanto ahinco afirmaba Don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle:—Señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros?—¿Qué? dijo Don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos: y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduce y guia el grande emperador Alifanfarron, señor de la grande isla Trapobana: este otro que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.—¿Pues por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho.—Quiérense mal, respondió Don Quijote, porque este Alifanfarron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa y ademas agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve á la suya.—Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere.—En eso harás lo que debes, Sancho, Dijo Don Quijote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.—Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; ¿pero dónde pondrémos á este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega, porque el entrar en ella en semejante caballería, no creo que está en uso hasta ahora?—Así es verdad, dijo Don Quijote: lo que puedes hacer dél, es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tan-

tos los caballos que tendrémos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estame atento, y mira que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos ejércitos vienen, y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos. Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verian bien las dos manadas que á Don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir:—Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado rendido á los piés de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia: el otro de los miembros giganteos que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta que, segun es fama, es una de las del templo que derribó Sanson cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice, es la sin par Miulina, hija del duque de Alfeñiquen del Algarve: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo es blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion frances, llamado Piérres Papin, señor de las Baronías de Utrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte*. Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió di-

ciendo: A este escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones. Aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto, los Montuosos que pisan los Masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo, los Numidas dudosos en sus promesas, los Persas en arcos y flechas famosos, los Partos, los Medos, que pelean huyendo, los Árabes de mudables casas, los Citas tan crueles como blancos, los Etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Bétis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los Elíseos Jerezanos prados, los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre Goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las estendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del silboso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvia la cabeza á ver si veia los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubria á ninguno, le dijo:—Señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto, á lo menos yo no los veo, quizá todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de anoche.—¿Cómo dices eso? respondió Don Quijote: ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?—No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros: y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.—El miedo que tienes, dijo Don Quijote, te hace, Sancho, que ni veás ni oyas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son: y si es que tanto temes, re-



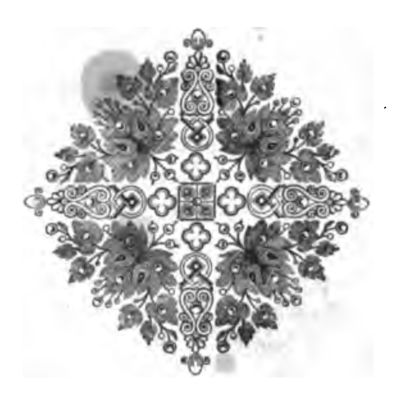
...la. callejon S. Clara N.º 8.-

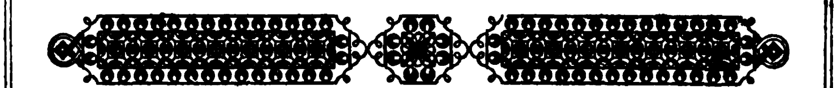
tírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda: y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho, diciéndole: Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote, que voto á Dios, que son carneros y ovejas las que va á embestir: vuélvase, ¡desdichado del padre que me engendró! ¿qué locura es esta? mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules, ni endiablados: ¿qué es lo que hace? pecador soy yo á Dios! Ni por esas volvió Don Quijote, antes en altas voces iba diciendo: Ea caballeros, los que seguis y militais debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, vereis cuán facilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarron de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del escuadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto corage y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas, y comenzaron á saludalle los oidos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras, antes discurriendo á todas partes, decia: Adonde estás, soberbio Alifanfarron, vente á mí, que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago: mas ántes que acabase de embasar lo que á él le parecia que era bastante, llegó otra almendra y dióle en la mano y en la alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero, y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto, y así con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacia, y arrancábase las barbas maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á co-

nocer. Viéndole, pues, caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole:—¿No le decia yo, señor Don Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos sino manadas de carneros?—Como eso puede desparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo: sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales, hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas: si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás como en alejándose de aquí algun poco, se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero. Pero no vayas ahora, que he menester tu ayuda y favor: llégate á mí, y mira cuantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de Don Quijote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí mas recio que una escopeta cuanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡Santa María! dijo Sancho: ¿y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando un poco mas en ello, echó de ver en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber, y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno, para sacar de las alforjas con que limpiarse y con que curar á su amo, y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio: maldíjose de nuevo, y propuso en su corazon de dejar á su amo, y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula. Levantóse en esto Don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuese á donde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo ademas, y viéndole Don Quijote de aquella manera con muestras de

tanta tristeza, le dijo:—Sábete, Sancho, que no es un hombre mas que otro, si no hace mas que otro: todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables: y de aquí se sigue, que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: así que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte de ellas. —¿Cómo no? respondió Sancho: ¿por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿Y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas son de otro que del mesmo?—¿Qué, te faltan las alforjas, Sancho? dijo Don Quijote.—Sí que me faltan, respondió Sancho.—Dese modo no tenemos que comer hoy, replicó Don Quijote.—Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes como vuestra merced es.—Con todo eso, respondió Don Quijote, tomara yo ahora mas aina un cuartal de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna. Mas con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andando tan en su servicio como andamos; pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua; y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos.—Mas bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador que para caballero andante.—De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo Don Quijote, porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba á hacer un sermon ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la Universidad de Paris: de donde se infiere, que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.—Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados: que si los hay, daré al diablo el hato y el garabato.—Pídeselo tú á Dios, hijo, dijo Don Quijote, y guia tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu eleccion el alojarnos. Pero dame acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien cuantos dientes y muelas me faltan deste la-

do derecho de la quijada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dijo:—¿Cuántas muelas solia vuestra merced tener en esta parte?—Cuatro, respondió Don Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.—Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho.—Digo cuatro si no eran cinco, respondió Don Quijote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon, ni de reuma alguna.—Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media, y en la de arriba ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano.—¡Sin ventura yo! dijo Don Quijote oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha órden de la caballería: sube, amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hízolo así Sancho, y encaminose ácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real que por allí iba muy seguido. Yéndose pues poco á poco, porque el dolor de las quijadas de Don Quijote no le dejaba sosegar, ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenelle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.





CAPÍTULO XIX.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

PARÉCEME, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced, contra la órden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue, y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino[1] ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien.—Tienes mucha razon, Sancho, dijo Don Quijote; mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria, y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la órden de la caballería para todo.—¿Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho.—No importa que no hayas jurado, dijo Don Quijote: basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio.—Pues si ello es así, dijo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento, quizá les volverá la gana á las fantasmas de zolazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen, y lo que no habia de bueno en ello era, que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotage, y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura, que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fué que la noche cerró con alguna escuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho, que pues aquel camino era real, á una ó

1 Yelmo de Mambrino.

dos leguas de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mesmo camino que iban venian ácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras mas se llegaban, mayores parecian, á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quijote, el cual animándose un poco, dijo:—Esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.—¡Desdichado de mí! respondió Sancho: si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran?—Por mas fantasmas que sean, dijo Don Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa, que si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mi espada.—Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no?—Con todo eso, replicó Don Quijote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la esperiencia te dará á entender el que yo tengo.—Sí tendré, si á Dios place, respondió Sancho; y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser, y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente como quien tiene frio de cuartana, y creció mas el batir y dentellar, cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detras de los cuales venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo enlutados hasta los piés de las mulas: que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban: iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta estraña vision á tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de su amo, y así fuera en cuanto á Don Quijote, que ya Sancho habia dado al traves con todo su

esfuerzo: lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo, que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso, enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de pasar, y cuando los vió cerca, alzó la voz y dijo: —Deteneos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quien sois; de dónde venis, á dónde vais, qué es lo que en aquellas andas llevais, que segun las muestras, ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron.—Vamos de prisa, respondió uno de los encamisados, y está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedis; y picando la mula, pasó delante. Sintióse desta respuesta grandemente Don Quijote, y trabando del freno, dijo: Deteneos, y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, si no, conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera, que alzándose en los piés, dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pié, viendo caer el encamisado, comenzó á denostar á Don Quijote, el cual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con él en tierra, y revolviéndose por los demas, era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante, segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y así con facilidad, en un momento dejaron la refriega, y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras, que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimesmo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas, no se podian mover, así que muy á su salvo Don Quijote los apaleó á todos y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le

pudo ver Don Quijote, y llegándose á él, le puso la punta del lanzon en el rostro, diciéndole que se rindiese, si no que le mataria, á lo cual respondió el caido:—Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes. —¿Pues quién diablos os ha traido aquí, dijo Don Quijote, siendo hombre de iglesia?—¿Quién, señor? replicó el caido: mi desventura.—Pues otra mayor os amenaza, dijo Don Quijote, si no me satisfaceis á todo cuanto primero os pregunté.—Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el licenciado: y así sabrá vuestra merced, que aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller[1], y llámome Alonso Lopez: soy natural de Alcovendas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas: vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura que está en Segovia, de donde es natural.—¿Y quién le mató? preguntó Don Quijote.—Dios por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller.—Desa suerte, dijo Don Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto: pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mesmo hiciera, si á mí mesmo me matara; y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.—No sé como pueda ser

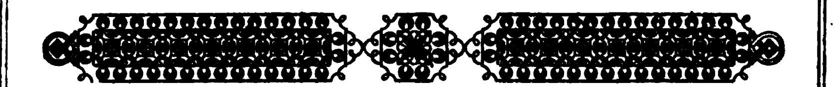
1 No solo tenian entonces algunos la vanidad de llamarse licenciados, no siendo mas que bachilleres, y la de intitularse doctores, no siendo mas que maestros en artes; sino que otros se firmaban licenciados no teniendo grado alguno. Dícelo el mismo Cervantes por boca del soldado, que hablando con su perro Gabilan, le dice: *Ea Gabilan, salta por la pompa y aparato de Doña Pimpinela de Plafagonia, que fué compañera de la moza gallega que servia en Valdcastillas*................ *salta por el bachiller Pasillas, que se firma licenciado sin tener grado alguno.* (Coloquio de los perros.) Y lo confirma en la Novela de *El licenciado Vidriera.* Otros se gloriaban falsamente de haber recibido grados de condes palatinos, como lo hizo uno de los interlocutores, que introduce el P. Pineda en los diálogos de la agricultura cristiana. "Yo cursé, *dice Philotimo*, primero bien en Teología, y oponiéndome á beneficios, nunca me dieron alguno y moria de hambre, y por remediarme cursé otros tres años en medicina hasta graduarme de bachiller, y por no tener caudal para la costa del licenciamiento, quiso Dios que topé con un conde palatino, tan hambriento como yo, en la venta de la Palomera, y convidéle á un lomo costil y á una bota de vino de Robledo de Chavela, y allí me graduó de licenciade delante de los venteros, y de dos recueros, y tocaron la campana que tienen en la chimenea, para llamar con ella á los descarriados en tiempo de nieve." (Diálogo I, f. 2. b.) Alguno de estos abusos no se ha remediado todavia.

eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mí de derecho me habeis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida, y el agravio que en mí habeis deshecho, ha sido dejarme agraviado de manera, que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras.—No todas las cosas, respondió Don Quijote, suceden de un mesmo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera, aunque verdaderamente supiera que érades los mesmos Satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre.—Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo de esta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.—Hablara yo para mañana, dijo Don Quijote: ¿y hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afan? Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y cogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima de ella, le dió la hacha, y Don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dejar de haberle hecho. Díjole tambien Sancho: Si acaso quisieren saber esos señores, quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced, que es el famoso Don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama *El caballero de la Triste Figura.* Con esto se fué el bachiller, y Don Quijote preguntó á Sancho, que ¿qué le habia movido á llamarle *El caballero de la Triste Figura,* mas entonces que nunca?—Yo se lo diré, respondió Sancho: porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco acá que jamas he visto: y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. —No es eso, respondió Don Quijote, sino que el sabio á cuyo car-

go debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba *El de la Ardiente Espada*, cuál *El del Unicornio*, aquel *De las Doncellas*, aqueste *El del ave Fénix*, el otro *El caballero del Grifo*, estotro *El de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra: y así digo, que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamases *El caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura.—No hay para que gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho, sino lo que se ha de hacer es, que vuestra merced descubra la suya y dé rostro á los que le miraren, que sin mas ni mas, y sin otra imágen ni escudo, le llamarán *El de la Triste Figura:* y creame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que como ya tengo dicho, se podrá muy bien escusar la triste pintura. Rióse Don Quijote del donaire de Sancho; pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como habia imaginado, y díjole:—Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud: Si quis suadente diabolo &c.* aunque sé bien, que no puse las manos, sino este lanzon, cuánto mas, que yo no pensé que ofendia á sacerdotes ni á cosas de la iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo, y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que pasó al Cid Rui Diaz cuando quebró la silla del Embajador de aquel rey delante de su Santidad el Papa, por lo cual lo descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero. En oyendo esto el bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera Don Quijote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no; pero no lo consintió Sancho, diciéndole:—Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto. Esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen en que entender. El jumento está como conviene, la mon-

taña cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compas de piés, y como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza: y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el cual pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguió: y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mesmo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan malpasar) en la acémila de su repuesto traian; mas sucediòles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué, que no tenian vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca, y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.





CAPÍTULO XX.

De la jamas vista ni oida aventura que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quijote de la Mancha.

NO es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y así será bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á Don Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna. Mas no hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar ácia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes á compas, con un cierto crugir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquier otro corazon que no fuera el de Don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento, hacian un temeroso y manso ruido: de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido de la agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban; pero Don Quijote, acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzon, y dijo:—Sancho amigo, has de



Callejon de S. Clara Nº 8.

saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia y los Nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, estrañezas y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oidos: las cuales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mesmo Marte, cuánto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa que se muestra: así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no mas, en los cuales, si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo, y á decirle:—Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes; cuánto mas que yo he oido muchas veces predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que, *quien busca el peligro, perece en él:* así que no es bien tentar á Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro: y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difun-

to; y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla: yo salí de mi tierra, y dejé hijos y muger por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas y no menos; pero como la cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano: por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo menos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo [1].—¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo Don Quijote, ver donde hace esa línea, ni dónde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan escura que no parece en todo el cielo estrella alguna?—Así es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuánto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al dia.—Falte lo que faltare, respondió Don Quijote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningun tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero: y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios, que me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto, ó vivo ó muerto. = Viendo pues Sancho la última resolucion de su amo, y cuán poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria y hacerle esperar hasta el dia si pudiese; y así cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido, ató con el cabestro de su asno ambos piés á Rocinante, de manera que cuando Don Quijote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo: —Ea, señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha

1 La constelacion llamada por los astrónomos *Ursa minor*, y por los pastores *Bocina* ó *Carro menor*, consta de ocho estrellas, inclusa la del norte ó polar.



Impª. litº. callejon de S. Clara Nº. 8.

ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vos quereis porfiar y espolear, y dalle, será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto Don Quijote, y por mas que ponia las piernas al caballo, menos le podia mover; y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse, y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho; y así le dijo:—Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ria el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir.—No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba, á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado cuando llegue el dia y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera.—¿A qué llamas apear, ó á qué dormir? dijo Don Quijote: ¿soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension.—No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dije por tanto; y llegándose á él, puso la una mano en el arzon delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes que todavía alternativamente sonaban.—Díjole Don Quijote que contase algun cuento para entretenerle, como se lo habia prometido.—A lo cual dijo Sancho que sí hiciera, si le dejara el temor de lo que oia; pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia que, si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias, y estéme vuestra merced atento, que ya comienzo.

Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar. Y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así como quiera, que fué una sentencia de Caton Zonzorino, romano, que dice: *Y el mal para quien le fuere á buscar*, que viene aquí como anillo al dedo para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan.—Sigue tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, y del camino que hemos de seguir, déjame á mí

el cuidado.—Digo pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Estremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lopé Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba, la cual pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico....—Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada.—De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.—Dí como quisieres, respondió Don Quijote, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.—Así que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo.—¿Luego conocístela tú? dijo Don Quijote.—No la conocí yo, respondió Sancho; pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podia bien, cuando lo contase á otro, afirmar y jurar que lo habia visto todo. Así que yendo dias y viniendo dias, el diablo que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en omecillo y mala voluntad; y la causa fué, segun malas lenguas, una cierta cantidad de zelillos que ella le dió, tales, que pasaban de la raya y llegaban á lo vedado; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesen jamas. La Torralba, que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido.—Esa es condicion natural de mugeres, dijo Don Quijote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece: pasa adelante.—Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras, se encaminó por los campos de Estremadura para pasarse á los reinos de Portugal. La Torralba que lo supo se fué tras él, y seguiale á pié y descalza desde lejos con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama, un pedazo de espejo, y otro de un peine y no sé qué botecillo de mudas[1]

1 Colores postizos con que las mugeres se pintan las caras, cuyo vicio era todavia mas comun en el siglo pasado que ahora

para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averigualllo, solo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazon iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralba venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona y una cabra; y con todo esto le habló y concertó con él que le pasase á él y á trecientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco, y pasó una cabra; volvió, y pasó otra; tornó á volver, y tornó á pasar otra. Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento y no será posible contar mas palabra dél. Sigo pues, y digo, que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvió por otra cabra, y otra, y otra.—Haz cuenta que las pasó todas, dijo Don Quijote, no andes yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año.—¿Cuántas han pasado hasta ahora? dijo Sancho.—Yo qué diablos sé, respondió Don Quijote.—He ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta; pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante.—¿Cómo puede ser eso? respondió Don Quijote: ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por estenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia?—No señor, en ninguna manera, respondió Sancho; porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuántas cabras habian pasado, y me respondió que no sabia, en aquel mesmo instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento.—¿De modo, dijo Don Quijote, que ya la historia es acabada?—Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho.—Dígote de verdad, respondió Don Quijote, que tú has contado una de las mas nuevas consejas, cuento ó historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamas se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cesan te deben de tener turbado el entendimiento.—Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay mas

que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasage de las cabras.—Acabe norabuena donde quisiere, dijo Don Quijote, y veamos si se puede mover Rocinante. =Tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado. En esto parece ser, ó que el frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer), á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo; pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era posible; y así lo que hizo por bien de paz fué soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la cual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna; y en quitándosela, dieron luego abajo, y se le quedaron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto (que él pensó que era lo mas que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia), le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podia; pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponia tanto miedo. Oyólo Don Quijote, y dijo:—¿Qué rumor es ese, Sancho?—No sé, señor, respondió él: alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco. =Tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado; mas como Don Quijote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subian los vapores ácia arriba, no se pudo escusar de que algunos no llegasen á sus narices; y apenas hubieron llegado, cuando él fué al socorro apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo:—Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo.—Sí tengo, respondió Sancho; ¿mas en qué lo echa de ver vuestra merced ahora mas que nunca?—En que ahora mas que nunca hueles, y no á ambar, respondió Don Quijote.—Bien podrá ser, dijo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados

pasos.—Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo Don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices), y desde aquí adelante ten mas cuenta con tu persona, y con la que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.—Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba.—Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió Don Quijote. = En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia hacer. Viendo pues Don Quijote que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba y de parecer distintamente las cosas, y vió Don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy escura: sintió tambien que el golpear no cesaba; pero no vió quien lo podia causar, y así sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias. Tornóle á referir el recado y embajada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dejado hecho su testamento ántes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y se determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza, saca el autor desta historia, que debia de ser bien nacido, y por lo menos cristiano viejo: cuyo sentimiento enterneció algo á su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, antes disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar ácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguíale Sancho á pié llevando, como tenia de

costumbre, del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas: y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pié de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua: al pié de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quijote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazon á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron, cuando al doblar de una punta, pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido, y eran (si no lo has, ó lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuando Don Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien Don Quijote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse: y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo Don Quijote, y mas cuando le oyó decir, como por modo de fisga:—Has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos, y por aquí fué repitiendo todas ó las mas razones que Don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues Don Quijote que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó

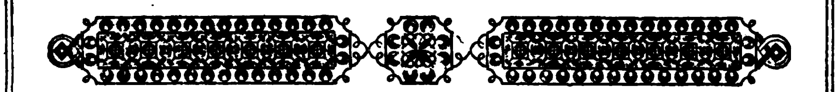
dos palos, tales, que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo:—Sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo.—Pues porque os burlais, no me burlo yo, respondió Don Quijote. Venid acá, señor alegre, ¿paréceos á vos, que si como estos fueron mazos de batan, fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber cuáles son de batan ó no? y mas que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habreis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes.—No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía; pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, así Dios lo saque de todas las aventuras que le sucedieren, tan sano y salvo como le ha sacado desta: ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? á lo menos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto.—No niego yo, respondió Don Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas.—A lo menos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas: gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya, que todo saldrá en la colada, que yo he oido decir: Ese te quiere bien que te hace llorar; y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas ó reinos en tierra firme.—Tal podria correr el dado, dijo Don Quijote, que todo lo que dices viniese á ser verdad: y perdona lo pasado, pues eres discreto, y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre; y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en cuantos libros de caballerías he leido, que

son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor, como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dejo estimar en mas: sí que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, conde fué de la ínsula firme, y se lee dél, que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo *more turquesco.* ¿Pues qué diremos de Gasabal, escudero de Don Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la escelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho, has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado y de caballero á escudero: así que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro: las mercedes y beneficios que yo os he prometido, llegarán á su tiempo; y si no llegaren, el salario á lo menos no se ha de perder, como ya os he dicho.—Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho; pero querria yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios) cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por dias, como peones de albañir.—No creo yo, respondió Don Quijote, que jamas los tales escuderos estuvieron á salario, sino á merced; y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podria suceder, que aun no sé como prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no queria que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo: porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los aventureros.—Así es verdad, dijo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batan pudo alborotar y desasosegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro, que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural.—Desa manera, replicó Don Quijote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.





Impronta lito. de los editores



CAPÍTULO XXI.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

EN esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entrasen en el molino de los batanes; mas habíales cobrado tal aborrecimiento Don Quijote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y así torciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habian llevado el dia de antes. De allí á poco descrubrió Don Quijote un hombre á caballo, que traia en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y aun él apenas le hubo visto, cuando se volvió á Sancho, y le dijo:—Paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma esperiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: Donde una puerta se cierra, otra se abre. Dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y mas cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes, ni á la escuridad de la noche. Digo esto, porque si no me engaño, ácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino[1] sobre que yo hice el juramento que sabes.—Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido.—Válate el diablo por hombre, replicó Don Quijote, ¿qué va de yelmo á batanes?—No sé nada, respondió Sancho; mas á fe, que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera

1 Yelmo encantado, que hizo invulnerable al rey moro Mambrino que le usaba: y así Gradaso, rey tambien de moros, sarracenos ó paganos, tampoco pudo matar á Reinaldos que le llevaba puesto, y se le habia quitado á Mambrino, como dice Mateo Boyardo [*Orlando Enamorado* lib. I. cant. 4], segun la traduccion de Francisco Garrido de Villena.

que se engañaba en lo que dice.—¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dijo Don Quijote: dime, ¿no ves aquel caballero que ácia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?—Lo que yo veo y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.—Pues ese es el yelmo de Mambrino, dijo Don Quijote: apártate á una parte y déjame con él á solas, verás cuan sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado.—Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea y no batanes.—Ya os he dicho, hermano, que no me menteis ni por pienso mas eso de los batanes, dijo Don Quijote, que voto....y no digo mas, que os batanée el alma.—Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto que le habia echado, redondo como una bola. Es, pues, el caso, que el yelmo y el caballo, y caballero que Don Quijote veia, era esto, que en aquel contorno habia dos lugares, el uno tan pequeño, que ni tenia botica ni barbero, y el otro, que estaba junto á él sí, y así el barbero del mayor servia al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venia el barbero, y traia una bacía de azófar, y quiso la suerte que al tiempo que venia, comenzó á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba: venia sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fué la ocasion que á Don Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y el yelmo de oro: que todas las cosas que veia, con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y mal andantes pensamientos: y cuando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon bajo, llevando intencion de pasarle de parte á parte; mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo:—Defiéndete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe.—El barbero que tan sin pensarlo ni temerlo, vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo, cuando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó Don Quijote,

y dijo que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al castor, el cual viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido. Mandó á Sancho que alzase el yelmo, el cual tomándole en las manos, dijo:—Por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí, y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra buscándole el encaje, y como no se le hallaba, dijo:—Sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandísima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad. Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada, no pudo tener la risa; mas vínosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della.—¿De qué te ries, Sancho? dijo Don Quijote.—Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano dueño de este almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada.—¿Sabes qué imagino, Sancho? que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algun estraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacia, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices; pero sea como fuere, que para mí que la conozco, no hace al caso su transmutacion, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue la que hizo y forjó el Dios de las herrerías para el Dios de las batallas: y en este entre tanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada, cuánto mas que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.—Eso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza donde venia aquel benditísimo brebage que me hizo vomitar las asaduras.—No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dijo Don Quijote, que yo tengo la receta en la memoria.—Tambien la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare mas en mi vida, aquí sea mi hora: cuánto mas que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie. De lo de ser otra vez manteado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir; y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dejarse ir por don-

de la suerte y la manta nos llevare.—Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto Don Quijote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábete, que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerias. ¿Qué pié sacaste cojo? ¿Que costilla quebrada? ¿Qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? Que bien apurada la cosa, burla fué y pasatiempo, que á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza mas daño que el que hicieron los Griegos por la robada Helena: la cual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene: y aquí dió un suspiro, y le puso en las nubes, y dijo Sancho:—Pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas. Pero dejando esto aparte, dígame vuestra merced, qué haremos de este caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que segun él puso los pies en polvorosa y cogió las [1] de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamas, y para mis barbas si no es bueno el rucio.—Nunca yo acostumbro, dijo Don Quijote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pié; si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita: así que, Sancho, deja ese caballo, ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí, volverá por él.—Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo menos trocalle con este mio que no me parece tan bueno. Verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se estienden á dejar trocar un asno por otro, y querria saber, si podria trocar los aparejos siquiera.—En eso no estoy muy cierto, respondió Don Quijote, y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad estrema.—Tan estrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi mesma persona, no los hubiera menester mas: y luego habilitado con aquella licencia, hizo *mutatio caparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron [2], bebieron del agua del arroyo

1 Esto es: *las calzas.*
2 Metáfora tomada de los soldados, que despojan el real ó campo de los enemigos, donde suelen hallar abundancia de provisiones.

de los batanes, sin volver la cara á mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en que les habian puesto, y cortada la cólera y aun la melancolía, subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto), se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaba en buen amor y compañía: con todo esto, volvieron al camino real, y siguieron por él á la ventura sin otro designio alguno. Yendo, pues, así caminando, dijo Sancho á su amo:—Señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua, no querria que se malograse.—Díla, dijo Don Quijote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo.—Digo, pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado cuán poco se gana y grangea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las mas peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuicio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen: y así me parece que seria mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algun emperador, ó á otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento: que visto esto del señor á quien servirémos, por fuerza nos ha de remunerar á cada cual segun sus méritos: y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria: de las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones.—No dices mal, Sancho, respondió Don Quijote; mas antes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras, para que acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere á la corte de algun gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodéen dando voces, diciendo: Este es el caballero del Sol, ó de

la Serpiente, ó de otra insignia alguna, debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas. Este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran Mameluco de Persia, del largo encantamento en que habia estado casi novecientos años: así que de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos y de la demas gente, se parará á las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino: y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: Ea, sus[1], salgan mis caballeros cuantos en mi corte están á recebir á la flor de la caballería que allí viene: á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas y acabadas doncellas, que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede hallar. Sucederá tras esto luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca á otro cosa mas divina que humana: y sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intrincable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones, por no saber como se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán sin duda á algun cuarto del palacio ricamente aderezado, donde habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manton de escarlata con que se cubra: y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto[2]: venida la noche, cenará con el rey, reina é infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes, y ella hará lo mesmo con la mesma sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una fermosa dueña, que entre dos gigantes detras del enano viene con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo: mandará luego el rey que todos lo que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por

1 Interjeccion ya desusada, que viene del adverbio *sursum:* arriba.
2 Voz italiana: *jubon* en castellano.

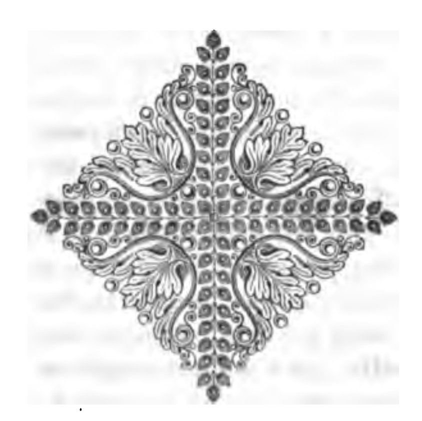
contenta y pagada ademas, por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte: y lo bueno es, que este rey ó príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha: daráse la el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le face: y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardin que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la habia fablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fia. Suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos por la honra de su señora: finalmente, la infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas. Quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarále la princesa que se detenga lo menos que pudiere: prometérselo ha él con muchos juramentos: tórnale á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida: vase desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida: madruga muy de mañana, vase á despedir del rey y de la reina, y de la infanta: dícenle (habiéndose despedido de los dos), que la señora infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita: piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena: está la doncella medianera delante, halo de notar todo, váselo á decir á su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene, es no saber quien sea su caballero, y si es de linage de reyes ó no: asegúrala la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sugeto real y grave: consuélase con esto la cuitada, y procura consolarse por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el caballero: pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas: vuelve á la corte, ve á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por muger en pago de sus servicios: no se la quiere dar el rey, porque no sabe quien es; pero con todo esto, ó robada, ó de otra cualquier suerte que sea, la infanta viene á ser su esposa, y su pa-

dre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa: muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero en dos palabras[1]. Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado: casa á su escudero con una doncella de la infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal.—Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho, á eso me atengo, porque todo al pié de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose el Caballero de la Triste Figura.—No lo dudes, Sancho, replicó Don Quijote, porque del mesmo modo y por los mesmos pasos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores. Solo falta ahora mirar qué rey de los cristianos ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes que se acuda á la corte. Tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increible por todo el universo, no sé yo como se podia hallar que yo sea de linage de reyes, ó por lo menos primo segundo de emperador; porque no me querrá el rey dar á su hija por muger, si no está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos; así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido: bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podria ser que el sabio que escribiese mi historia, deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto ó sesto nieto de rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linages en el mundo: unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha desechado, y han acabado en punta como pirámides: otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores: de manera que está la diferencia en que unos fueron, que ya no son, y otros son, que ya no fueron, y podia ser yo destos que, despues de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debia de contentar

1 Este es, segun Clemencin, uno de los trozos en que mas resplandecen la inventiva de Cervantes y la originalidad y mérito del Quijote.

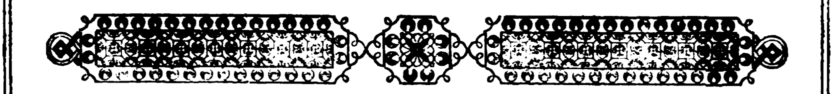
el rey, mi suegro que hubiere de ser: y cuando no, la infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo; y si no, aquí entra el roballa, y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres.—Ahí entra bien tambien, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: No pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza; aunque mejor cuadra decir: Mas vale salto de mata que ruego de hombres buenos: dígolo porque si el señor rey suegro de vuestra merced no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la infanta, no hay sino como vuestra merced dice, roballa y trasponella; pero está el daño, que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes: si ya no es que la doncella tercera que ha de ser su muger, se sale con la infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa.—Eso no hay quien lo quite, dijo Don Quijote.—Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare.—Hágalo Dios, respondió Don Quijote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene.—Sea por Dios, dijo Sancho, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta.—Y aun te sobra, dijo Don Quijote; y cuando no lo fueras, no hacia nada al caso, porque siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza sin que la compres ni me sirvas con nada, porque en haciéndote conde, cátate ahí caballero, y digan lo que dijeren, que á buena fe que te han de llamar señoría mal que les pese.—Y montas, que no sabria yo autorizar el litado, dijo Sancho.—Dictado has de decir, que no litado, dijo su amo.—Sea así, respondió Sancho Panza: digo que le sabria bien acomodar, porque por vida mia que un tiempo fuí muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía: ¿pues qué será cuando me ponga un ropon ducal á cuestas, ó me vista de oro y de perlas á uso de conde estrangero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas.—Bien parecerás, dijo Don Quijote; pero será menester que te rapes las barbas á menudo, que segun las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias por lo menos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres.—Que

hay mas, dijo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle asalariado en casa, y aun si fuere menester le haré que ande tras mí como caballerizo de grande.—¿Pues cómo sabes tú, preguntó Don Quijote, que los grandes llevan detras de sí á sus caballerizos?—Yo se lo diré, respondió Sancho: los años pasados estuve un mes en la corte, y allí ví que paseándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguia á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecia sino que era su rabo: pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro sino que siempre andaba tras dél. Respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales. Desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado.—Digo que tienes razon, dijo Don Quijote, y que así puedes tú llevar á tu barbero, que los usos no vinieron todos juntos, ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero: y aun es de mas confianza el hacer la barba que ensillar un caballo.—Quédese eso del barbero á mi cargo, dijo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser rey, y el hacerme conde.—Así será, respondió Don Quijote; y alzando los ojos, vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.



Tomo I. DON QUIJOTE. Cap XXII.

Imprenta lito de los editores



CAPÍTULO XXII.

De la libertad que dió Don Quijote á muchos desdichados, que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

CUENTA Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que despues que entre el famoso Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, que Don Quijote alzó los ojos y vió, que por el camino que llevaba, venian hasta doce hombres á pié, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Venian así mesmo con ellos dos hombres de á caballo, y dos de á pié: los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pié con dardos y espadas, y que así como Sancho Panza los vió, dijo: —Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va á las galeras.—¿Cómo gente forzada? preguntó Don Quijote: ¿es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente? No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al rey en las galeras.—En resolucion, replicó Don Quijote, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza y no de voluntad.—Así es, dijo Sancho.—Pues de esa manera, dijo su amo, aquí encaja la ejecucion de mi oficio, desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables.—Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mesmo rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quijote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda, fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas porque llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su magestad, que iba á galeras, y que no habia mas que decir, ni él tenia

mas que saber. Con todo eso, replicó Don Quijote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia. Añadió á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo: Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo este de detenerles á sacarlas, ni á leellas; vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mesmos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías. Con esta licencia, que Don Quijote se tomara aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó, que por qué pecados iba de tan mala guisa.—Él le respondió que por enamorado iba de aquella manera.—¿Por eso no mas? replicó Don Quijote. Pues si por enamorados echan á galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas.—No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el galeote, que los mios fueron, que quise tanto á una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad: fué enfragante, no hubo necesidad de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de guarapas, y acabóse la obra.—¿Qué son guarapas? preguntó Don Quijote.—Guarapas son galeras, respondió el galeote, el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mesmo preguntó Don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico; mas respondió por él el primero, y dijo: Este, señor, va por canario, digo que por músico y cantor.—¿Pues cómo? repitió Don Quijote, ¿por músicos y cantores van tambien á galeras?—Sí señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia.—Antes he oido decir, dijo Don Quijote, que quien canta sus males espanta.—Acá es al revez, dijo el galeote, que quien canta una vez llora toda su vida.—No lo entiendo, dijo Don Quijote; mas una de las guardas le dijo: Señor caballero, cantar en el ansia, se dice entre esta gente non santa, confesar en el tormento: á este pecador le dieron tormento y confesó: su delito era ser cuatrero, que es ser ladron de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años á galeras, amen de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste, porque los demas ladrones que allá quedan y aquí van, le maltratan y aniquilan, y escarnecen y tienen en poco

porque confesó, y no tuvo ánimo de decir nones; porque dicen ellos, que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas: y para mí tengo que no van muy fuera de camino.—Y yo lo entiendo así, respondió Don Quijote, el cual pasando al tercero preguntó lo que á los otros, el cual de presto y con mucho desenfado respondió y dijo:—Yo voy por cinco años á las señoras guarapas, por faltarme diez ducados.—Yo daré veinte de muy buena gana, dijo Don Quijote, por libraros desa pesadumbre.—Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo y se está muriendo de hambre sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígolo, porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador de manera, que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande; paciencia, y basta. Pasó Don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual oyéndose preguntar la causa porque allí venia, comenzó á llorar, y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo:—Este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo.—Eso es, dijo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza.—Así es, replicó el galeote: y la culpa porque le dieron esta pena, es por haber sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efecto quiero decir, que este caballero va por alcahuete, y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero.—A no haberle añadido esas puntas y collar, dijo Don Quijote, por solamente el alcahuete limpio no merecia el ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas, porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debia ejercer sino gente muy bien nacida: y aun habia de haber veedor y ecsaminador de los tales, como le hay de los demas oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja: y desta manera se escusarian muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mugercillas de poco mas á menos, pagecillos y truhanes de pocos años y de poca esperiencia, que á la mas necesaria ocasion, y cuando es me-

nester dar una traza que importe, se les yelan las migas entre la boca y la mano, y no saben cual es su mano derecha. Quisiera pasar adelante, y dar las razones porque convenia hacer eleccion de los que en la república habian de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar: solo digo que la pena que me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce: lo que suelen hacer algunas mugercillas simples y algunos embusteros bellacos, es algunas misturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo como digo, cosa imposible forzar la voluntad.—Así es, dijo el buen viejo, y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo puedo negar; pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intencion era, que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir á donde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato: y aquí tornó á su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á cuatro del seno y se lo dió de limosna. Pasó adelante Don Quijote, y preguntó á otro su delito, el cual respondió con no menos, sino con mucha mas gallardía que el pasado:—Yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas que no lo eran mias: finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intrincadamente, que no hay sumista que la declare: probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, víme á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años: consentí, castigo es de mi culpa; mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas, que era muy grande hablador y muy gentil latino. Tras todos es-

Imprenta lito. de los editores

tos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro: un poco venia diferentemente atado que los demas, porque traia una cadena al pié tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo, ó pié de amigo, de la cual descendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asian dos esposas, donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podia llegar á la boca, ni podia bajar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó Don Quijote, que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros. Respondióle la guarda: porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temian que se les habia de huir.—¿Qué delitos puede tener, dijo Don Quijote, si no han merecido mas pena que echarle á las galeras?—Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil: no se quiera saber mas, sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.—Señor comisario, dijo entonces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Gines me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voace dice, y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco.—Hable con menos tono, replicó el comisario, señor ladron de mas de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le pese.—Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no.—¿Pues no te llaman así, embustero? dijo la guarda.—Sí llaman, respondió Gines; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas agenas: y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.—Dice verdad, dijo el comisario, que él mesmo ha escrito su historia, que no hay mas que desear, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales.—Y le pienso quitar[1], dijo Gines, si quedara en doscientos ducados.—¿Tan bueno es? dijo Don Quijote.—Es tan bueno, respondió Gines, que mal

1 Desempeñar.

año para Lazarillo de Tórmes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito, ó escribieren: lo que le sé decir á voace, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen.—¿Y cómo se intitula el libro? preguntó Don Quijote.—La vida de Gines de Pasamonte, respondió él mesmo.—¿Y está acabado? preguntó Don Quijote.—¿Cómo puede estar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.—¿Luego otra vez habeis estado en ellas? dijo Don Quijote.—Para servir á Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á que sabe el bizcocho y el corbacho[1], respondió Gines, y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay mas sosiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro.—Hábil pareces, dijo Don Quijote.—Y desdichado, respondió Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.—Persiguen á los bellacos, dijo el comisario.—Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco, que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su magestad manda: si no por vida de.... Basta, que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas; mas Don Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos, tuviese algun tanto suelta la lengua; y volviéndose á todos los de la cadena, dijo:—De todo cuanto me habeis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podria ser, que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente, el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades: todo lo

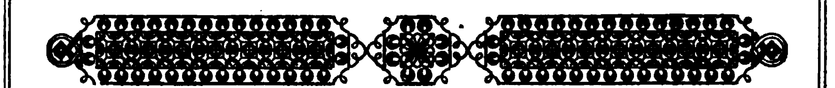
1 El Rebenque ó látigo.

cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando, que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la órden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores; pero porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario, sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres: cuánto mas, señores guardas, añadió Don Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, allá se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo, harán que lo hagais por fuerza.—Donosa majadería, respondió el comisario: bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato: los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandármoslo: váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacin que trae en la cabeza, y no ande buscando tres piés al gato.—Vos sois el gato, y el rato, y el bellaco, respondió Don Quijote: y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo mal herido de una lanzada, y avínole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pié á sus dardos, y arremetieron á Don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba: y sin duda lo pasara mal, si los galeotes viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á Don Quijote que los acometia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña libre y desembarazado, y arremetiendo al

comisario caido, le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristecióse mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la cual á campana herida saldria á buscar los delincuentes, y así se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen y se emboscasen en la sierra que estaba cerca.—Bien está eso, dijo Don Quijote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga; y llamando á todos los galeotes que andaban alborotados, y habian despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo:—De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas á Dios ofende, es la ingratitud: dígolo, porque ya habeis visto, señores, con manifiesta esperiencia, el que de mí habeis recebido, en pago del cual querria, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino, y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presenteis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais que su caballero el de la Triste Figura se le envia á encomendar, y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura, hasta poneros en la deseada libertad; y hecho esto, os podreis ir donde quisiéredes á la buena ventura.—Respondió por todos Gines de Pasamonte, y dijo:—Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso, en alguna cantidad de Ave Marías y Credos, que nosotros dirémos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo, á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo.—Pues voto á tal, dijo Don Quijote; (ya puesto en cólera) don hijo de la puta, don

Ginesillo de Paropillo, ó como os llamais, que habeis de ir vos solo rabo entre piernas con toda la cadena á cuestas. Pasamonte, que no era nada bien sufrido, (estando ya enterado que Don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido como el de querer darles libertad), viéndose tratar mal y de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose aparte, comenzaron á llover tantas y tantas piedras sobre Don Quijote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacia mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovia. No se pudo escudar tan bien Don Quijote, que no le acertasen no sé cuantos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo: y apenas hubo caido, cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza; y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos: quitáronle una ropilla que traia sobre las armas, y las medias calzas le querian quitar, si las grevas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gaban, y dejándole en pelota, repartiendo entre sí los demas despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con mas cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quijote, el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aun no habia cesado la borrasca de las piedras que le perseguian los oidos: Rocinante tendido junto á su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada: Sancho en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad: Don Quijote mohinísimo de verse tan mal parado por los mesmos á quien tanto bien habia hecho.



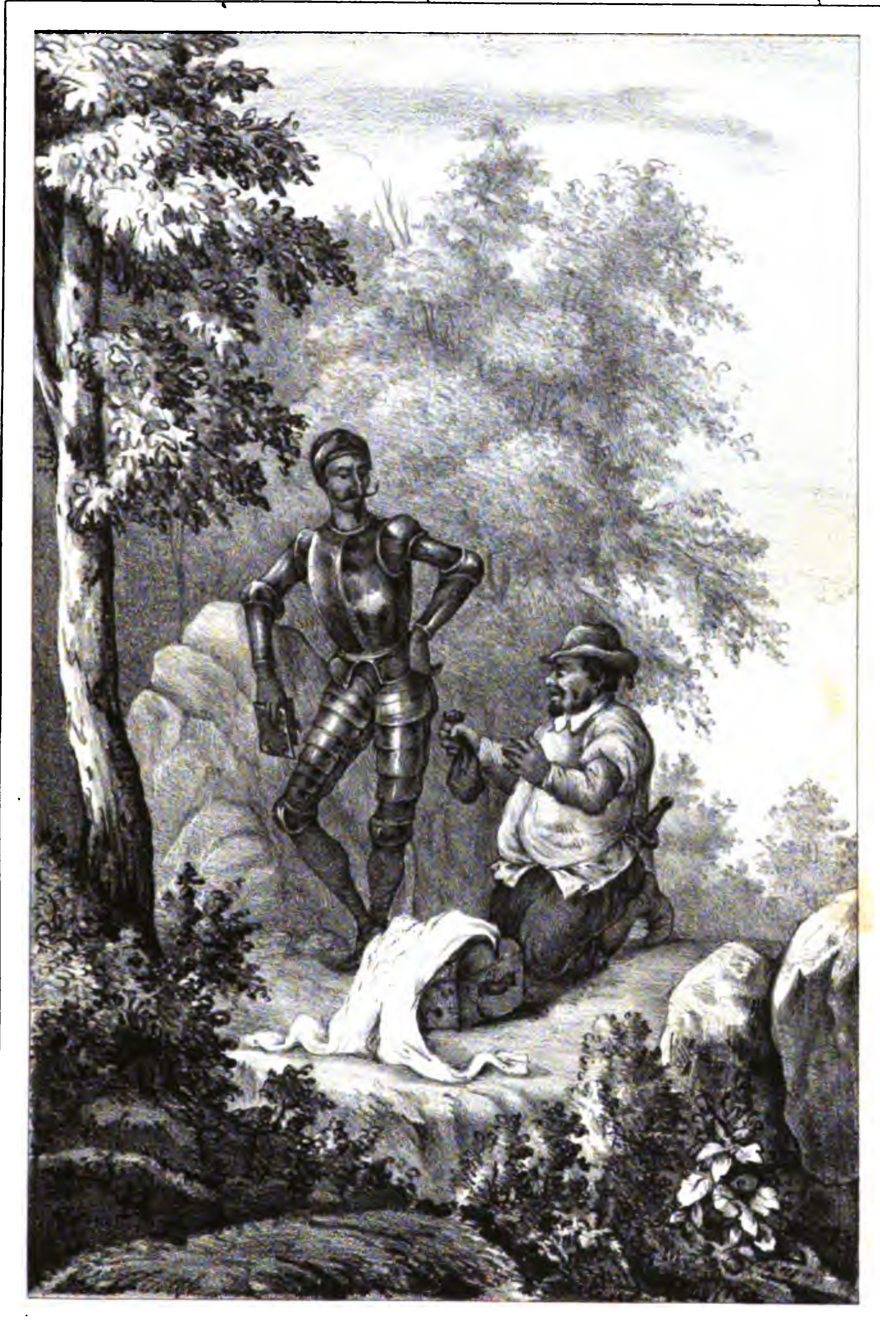


CAPÍTULO XXIII.

De lo que le aconteció al famoso Don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

VIÉNDOSE tan mal parado Don Quijote, dijo á su escudero: Siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en el mar: si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera escusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante.—Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hubiera creido se hubiera escusado este daño, creame ahora, y se escusará otro mayor, porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay, dos maravedis: y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oidos.—Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo Don Quijote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos; que si otra cosa dijeres, mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora te desmiento, y digo que mientes, y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres; y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme, y para aguardar aquí solo no solamente á la Santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de las doce tribus de Israel, y á los siete Mancebos [1], y á

1 Así se lee en las primeras ediciones; pero acaso en el original del autor se leeria *Macabeos*, palabra fácil de equivocarse en la imprenta con la de *mancebos*. En la historia eclesiástica se habla de siete hermanos mártires; pero no consta que fuesen mancebos, y la hermandad mas famosa y conocida es la de los siete Macabeos.



Lit. callejon de S. Clara N.º 8

Cástor y á Pólux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.—Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja á la esperanza; y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia; y sepa que, aunque safio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: así que, no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, ó si no yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora mas los piés que las manos. Subió Don Quijote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodovar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas por no ser hallados, si la Hermandad los buscase: animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro, segun fué lo que llevaron y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche, y aun otros algunos dias, á lo menos todos aquellos que durase el matalotage que llevaba; y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que segun la opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y ladron que de la cadena por virtud y locura de Don Quijote se habia escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la mesma parte donde habia llevado á Don Quijote y á Sancho Panza á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que se debe [1], y el remedio presente venza á lo porvenir, Gines, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, y antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló menos su rucio, el cual vién-

1 Así en todas las ediciones. Acaso en el original del autor se dirá *á lo que no se debe*.

dose sin él, comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que Don Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: ¡O hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedis que ganabas cada dia, mediaba yo mi despensa! Don Quijote que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa de cinco que habia dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos y agradeció á Don Quijote la merced que le hacia. El cuál como entró por aquellas montañas, se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reduciánsele á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes: iba pensando en estas cosas tan embebecido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado (despues que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y así iba tras su amo, cargado con todo aquello que habia de llevar el rucio[1], sacando de un costal y embaulando en su panza: y no se le diera por hallar otra aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé qué bulto que estaba caido en el suelo, por lo cual se dió priesa á llegar á ayudarle si fuese menester; y cuando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un cojin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaba tanto, que fué necesario que Sancho se apease á tomarlos, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venia. Hízolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella habia, que eran cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo, no menos curiosas que limpias; y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y así como los vió dijo: ¡Bendito sea todo el cielo que nos ha

1 En la edicion de 1605 se decia en este lugar: *sentado á mugeriegas sobre su jumento*, y esta es la primera vez que el autor corrigió en la de 1608, el descuido de introducir á Sancho sobre su asno, hurtado ya por Pasamonte: y aunque lo enmendó tambien en otras ocasiones, pero no en todas.



Imprenta lito de los editores

deparado una aventura que sea de provecho! y buscando mas, halló un librillo de memoria ricamente guarnecido: este le pidió Don Quijote, y mandóle que guardase el dinero y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por Don Quijote, dijo:—Paréceme, Sancho, (y no es posible que sea otra cosa) que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salteándole malandrines, le debieron de matar, y le trujeron á enterrar en esta tan escondida parte.—No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones, no se dejaran aquí este dinero.—Verdad dices, dijo Don Quijote, y así no adivino, ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abrióle, y lo primero que halló en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera:

O le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasion que me condena
Al género mas duro de tormento.

Pero si amor es Dios, es argumento
Que nada ignora, y es razon muy buena
Que un Dios no sea cruel. ¿Pues quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento?

Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruina.

Presto habré de morir, que es lo mas cierto,
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

Por esa trova, dijo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo.—¿Qué hilo está aquí? dijo Don Quijote.—Paréceme, dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahí hilo.—No dije sino Fili, respondió Don Quijote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto, y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé

poco del arte.—¿Luego tambien, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas?—Y mas de lo que tú piensas, respondió Don Quijote, y veráslo cuando lleves una carta escrita en verso de arriba abajo á mi señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los mas caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos, que estas dos habilidades, ó gracias, por mejor decir, son anecsas á los enamorados andantes: verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen mas de espíritu que de primor.—Lea mas vuestra merced, dijo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja Don Quijote, y dijo:—Esto es prosa, y parece carta.—¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho.—En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quijote.—Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores.—Qué me place, dijo Don Quijote; y leyéndola alto, como Sancho se lo habia rogado, vió que decia de esta manera.

"Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan á parte donde antes volverán á tus oidos las nuevas de mi muerte, que las razones de mis quejas. Desechásteme ¡ó ingrata! por quien tiene mas, no por quien vale mas que yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas agenas, ni llorara desdichas propias: lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres muger. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no quedes arrepentida de lo que heciste, y yo no tome venganza de lo que no deseo."

Acabando de leer la carta, dijo Don Quijote: Menos por esta que por los versos se puede sacar mas de que quien la escribió es algun desdeñado amante: y hojeando casi todo el librillo, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer y otros no; pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solenizados los unos y llorados los otros. En tanto que Don Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincon en toda ella ni en el cojin que no buscase, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento, y aunque no halló mas de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar

del brebage, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba mas que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido á algun desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna estraña aventura. Yendo pues con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con estraña ligereza: figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los piés descalzos y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian unos calzones, al parecer de terciopelo leonado; mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes: traia la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó Don Quijote que aquel era el dueño del cojin y de la maleta, y propuso en sí de buscalle, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle: y así mandó á Sancho que se apease del asno y atajase por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les habia quitado de delante.—No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones: y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia.—Así será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo: vente ahora tras mí poco á poco, ó como pudieres, y haz

de los ojos lanternas, rodearemos esta serrezuela, quizá toparemos aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió:—Harto mejor seria no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra via menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacia franco.—Engáñaste en eso, Sancho, respondió Don Quijote, que ya que hemos caido en sospecha de quien es el dueño, casi delante [1], estamos obligados á buscarle y volvérselos: y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa, como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle, por la que á mí se me quitará si le hallo: y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho con su acostumbrado jumento: y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo caida, muerta y medio comida de perros, y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada, todo lo cual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huia era el dueño de la mula y del cojin. Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. Él respondió á gritos, que quién les habia traido por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado, sino de piés de cabras ó de lobos, y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde Don Quijote estaba, dijo:—Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada, pues á buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar: díganme ¿han topado por ahí su dueño?—No hemos topado á nadie, respondió Don Quijote, sino á un cojin y á una maletilla, que no lejos deste lugar hallamos.—Tambien la hallé yo, respondió el cabrero; mas nunca la quise alzar, ni llegar á ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sotil, y debajo de los piés se levanta allombre cosa donde tropiece y caya, sin saber cómo ni cómo no.—Eso mes-

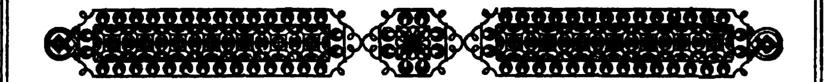
1 Este lugar, defectuoso en las dos ediciones primeras, haria sentido añadiendo estas palabras: *de aquí adelante*; o estas otras, *á quien tenemos ó tuvimos casi delante.*

mo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro.—Decidme, buen hombre, dijo Don Quijote, ¿sabeis vos quién sea el dueño destas prendas?—Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es, que habrá al pié de seis meses poco mas á menos, que llegó á una majada de pastores que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo cojin y maleta que decis que hallastes y no tocastes: preguntónos que cuál parte de esta sierra era la mas áspera y escondida: dijímosle que era esta donde ahora estamos, y es así la verdad, porque si entrais media legua mas adentro, quizá no acertareis á salir, y estoy maravillado de cómo habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas y encaminó ácia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le viamos caminar y volverse ácia la sierra: y desde entonces nunca mas le vimos, hasta que desde allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á él y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato y le quitó cuanto pan y queso en ella traia, y con estraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que de ellos teniamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo, que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era, mas nunca lo pudimos acabar con él: pedímosle tambien que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podia pasar, nos dijese dónde le hallariamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevariamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo menos saliese á pedirlo, y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los

asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dijo que no tenia otra, que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche: y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habiamos, si en él no le acompañáramos, considerándole como le habiamos visto la vez primera, y cual le veiamos entonces; porque como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona, que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la mesma rusticidad: y estando en lo mejor de su plática, paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento con no poca lástima de verlo, porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido: mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia diciendo: ¡Ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me heciste, estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño: y á estas añadia otras razones que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámossele, pues, con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturamos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando, le debia de haber hecho alguna mala obra tan pesada, cuanto lo mostraba el término á que le habia conducido: todo lo cual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza, porque, cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas, y cuando está en su se-

so lo pide por amor de Dios cortes y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas: y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos mios, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la Villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quien es, cuando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado, y entended que el dueño de las prendas que hallastes, es el mesmo que vistes pasar con tanta ligereza como desnudez: (que ya le habia dicho Don Quijote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la Sierra) el cual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mesmo que ya tenia pensado, de buscalle por toda la montaña, sin dejar rincon ni cueva en ella que no mirase, hasta hallarle; pero hízolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mesmo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estaban el mancebo que buscaba, el cual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, cuanto mas de lejos. Su trage era cual se ha pintado, solo que llegando cerca, vió Don Quijote que un coleto hecho pedazos que sobre sí traia era de ámbar, por donde acabó de entender, que persona que tales hábitos traia, no debia de ser de ínfima calidad. En llegando el mancebo á ellos, los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donaire, le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á Don Quijote el de la *Triste*, despues de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de Don Quijote, le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quijote, que Don Quijote lo estaba de verle á él: en resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento, fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.





CAPÍTULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.

DICE la historia que era grandísima la atencion con que Don Quijote escuchaba al astroso caballero de la Sierra, el cual prosiguiendo su plática, dijo:—Por cierto, señor, quien quiera que seais, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado, y quisiera yo hallarme en términos, que con mas que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas.—Los que yo tengo, respondió D. Quijote, son de serviros, tanto que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos, si al dolor que en la estrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun género de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible; y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela de ellas; y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habeis amado ó amais, que me digais quién sois y la causa que os ha traido á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues morais entre ellos tan ageno de vos mismo, cual lo muestra vuestro trage y persona; y juro, añadió Don Quijote, por la órden de caballería que recebí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, que si en esto, señor, me complaceis, de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla, como ós lo he prometido.



El caballero del Bosque, que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacia sino mirarle y remirarle, y tornarle á mirar de arriba abajo, y despues que le hubo bien mirado, le dijo:— Si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurron con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron, como persona atontada, tan apriesa que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullia que tragaba, y en tanto que comia, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo que á la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando á él, se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demas hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dijo: Si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa, no interromperéis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto trujeron á la memoria á Don Quijote el cuento que le habia contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente; pero volviendo al Roto, prosiguió diciendo: Esta prevencion que hago, es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa, que añadir otras de nuevo, y mientras menos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decillas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del todo á vuestro deseo. Don Quijote se lo prometió en nombre de los demas, y él con este seguro comenzó desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andalucía, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivia en esta mesma tierra un cielo donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo; pero de mas ventura y de menos firmeza

de la que á mis honrados pensamientos se debia: á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veian que cuando pasaran adelante, no podian tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linage y riquezas: creció la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció, que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas, y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo, porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado, que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡Ay cielos, y cuántos billetes la escribí! ¡cuán regaladas y honestas respuestas tuve! ¡cuántas canciones compuse, y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias y recreaba su voluntad! En efeto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice: á lo que él me respondió, que me agradecia la voluntad que mostraba de honrarle y de querer honrarme con prendas suyas; pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda muger para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello como yo se lo dijese, y con este intento luego en aquel mismo instante fui á decirle á mi padre lo que deseaba, y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual antes que yo le dijese palabra, me la dió, y me dijo: Por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor de esta Andalucía. Tomé y leí la carta, la cual venia tan encarecida, que á mi mesmo me pareció

mal, si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era, que me enviase luego donde él estaba, que queria que fuese compañero, no criado de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y mas cuando oí que mi padre me decia: De aquí á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del duque, y da gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces: añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mesmo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me queria: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el duque Ricardo estaba, fuí dél tan bien recebido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el duque daba de hacerme merced, habian de ser en perjuicio suyo; pero el que mas se holgó con mi ida fué un hijo segundo del duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos, y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al estremo con que Don Fernando me queria y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenia con Don Fernando dejaba de serlo por ser amistad; todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desasosiego. Queria bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en cuál destas cosas tuviese mas escelencia, ni mas se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron á tal término los deseos de Don Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo su padre; mas Don Fernando como astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en vez de buen criado,

á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el duque venia, y así por divertirme y engañarme, me dijo, que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses, y que queria que el ausencia fuese, que los dos nos viniésemos en casa de mi padre con ocasion que darian al duque, que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto, cuando movido de mi aficion, aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por ver cuán buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efecto la ausencia hacia su oficio, á pesar de los mas firmes pensamientos; y cuando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradora con título de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el duque su padre haria cuando supiese su disparate. Sucedió, pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atras aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor: quiero decir, que así como Don Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahincos; y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecucion. Dióle el duque licencia, y mandóme que le acompañase: venimos á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era, ví yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales dí cuenta por mi mal á Don Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debia encubrir nada: alabéle la hermosura, donaire y discrecion de Luscinda, de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada: cumplíselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela, por una ventana por donde los dos soliamos hablarnos: vióla en sayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas, las puso en olvido: enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, cual

lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura; y para encenderle mas el deseo (que á mí me celaba, y al cielo á solas descubria), quiso la fortuna que hallase un dia un billete suyo, pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo, me dijo, que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demas mugeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que quiero confesar ahora, que puesto que yo veia con cuán justas causas Don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oir aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer y á recelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movia la plática, aunque la trujese por los cabellos, cosa que despertaba en mí un no sé qué de zelos, no porque yo temiese reves alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso me hacia temer mi suerte lo mesmo que ella me aseguraba. Procuraba siempre Don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba y los que ella me respondia, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula.... No hubo bien oido Don Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo: Conque me dijera vuestra merced al principio de su historia, que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra ecsageracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: así que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta muger del mundo, y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al bueno de Don Rugel de Grecia, que yo sé que gustará la señora Luscinda mucho de Daraydа y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura. Pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta, y no dura mas en hacerse la enmienda, de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que

ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores: y perdóneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos, de no interromper su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna: así que, perdon y proseguir, que es lo que ahora hace mas al caso. = En tanto que Don Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo, y puesto que dos veces le dijo Don Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza, ni respondia palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó y dijo: No se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y seria un majadero el que otra cosa entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madasima.—Eso no, voto á tal, respondió con mucha cólera Don Quijote (y arrojóle, como tenia de costumbre), y esa es una muy gran malicia ó bellaquería por mejor decir: la reina Madasima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se habia de amancebar con un sacapotras, y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco: y yo se lo daré á entender á pié ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de dia, ó como mas gusto le diere. Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco Don Quijote se la oyera, segun le habia disgustado lo que de Madasima le habia oido. ¡Estraño caso! que así volvió por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo, pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á Don Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus piés, y luego se subió sobre él y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero que le quiso defender corrió el mesmo peligro; y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse apor-

reando tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar.—Respondió el cabrero, que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa.—Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las replicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si Don Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decia Sancho, asido con el cabrero: Déjeme vuestra merced, señor caballero de la Triste Figura, que en este que es villano como yo, y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano, como hombre honrado.—Así es, dijo Don Quijote; pero yo sé, que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y Don Quijote volvió á preguntar al cabrero, si seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaria de hallarle, ó cuerdo ó loco.

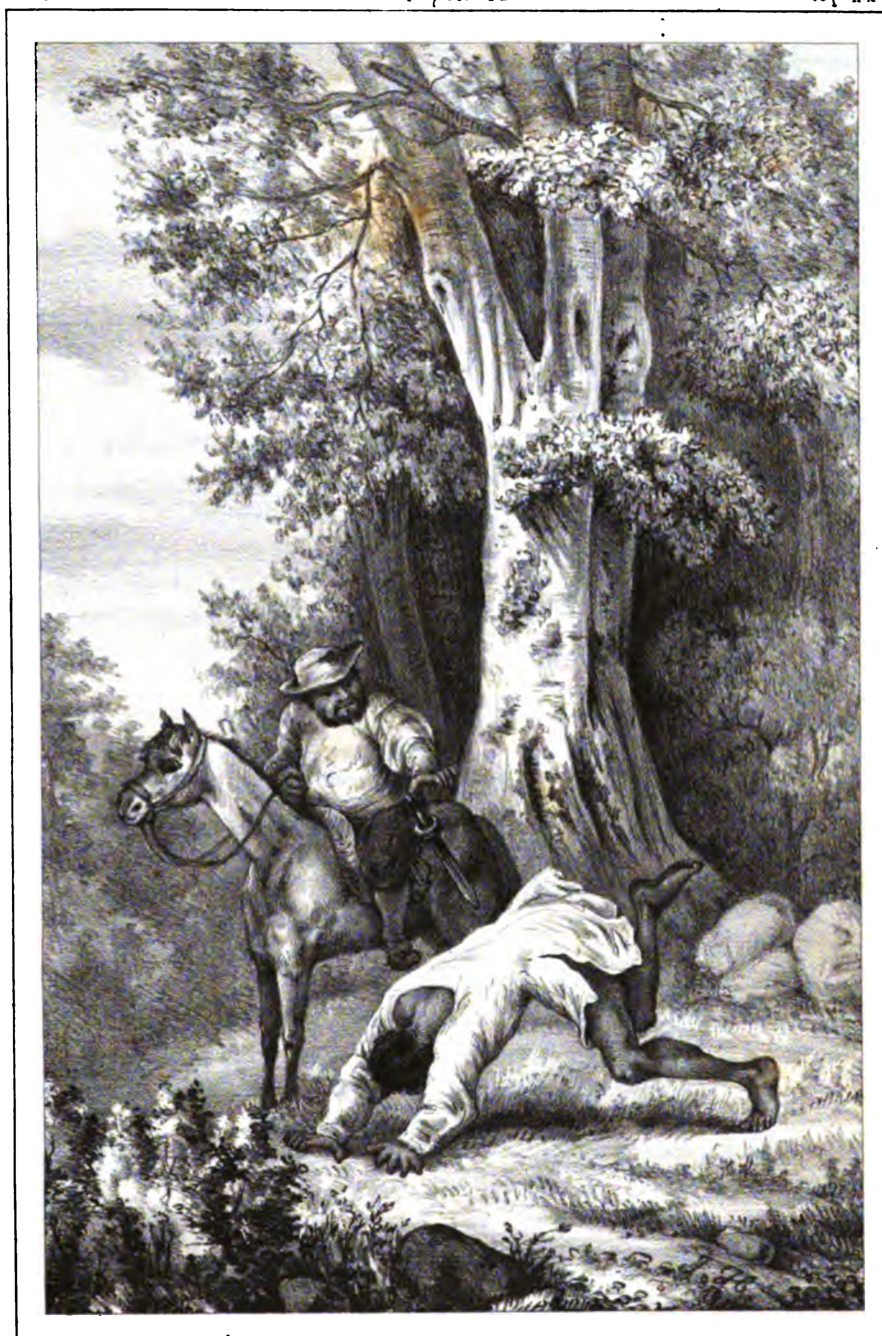




CAPÍTULO XXV.

Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenébros.

DESPIDIÓSE del cabrero Don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Ibanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo:—Señor Don Quijote, vuestra merced me eche su bendicion y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi muger y á mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere, porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida: si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana; y con esto pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo.—Ya te entiendo, Sancho, respondió Don Quijote, tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado y di lo que quisieres, con condicion, que no ha de durar este alzamiento mas de en cuanto anduviéremos por estas sierras.—Sea así, dijo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será; y comenzando á gozar de ese salvo conducto, digo ¿que qué le iba á vuestra merced en volver tanto por quella reina Magimasa, ó como se llama? ¿Ó qué hacia al caso que aquel Abad fuese su amigo ó no? que si



vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun mas de seis torniscones. —A fe, Sancho, respondió Don Quijote, que si tú supieras como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madasima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la reina; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio.—Eso digo yo, dijo Sancho, que no habia para que hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza, como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda[1]; pues montas, que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mugeres, cualesquiera que sean, cuánto mas por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madasima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes, porque fuera de haber sido fermosa ademas, fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fué y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia, y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas todos los que tal pensaren y dijeren.—Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondió Sancho, allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados ó no, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas agenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente: cuánto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: mas que lo fuesen, ¿qué me va á mí? y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas; ¿mas quién puede poner puertas al campo? cuánto mas que de Dios dijeron.—Válame

1 Pudra.

Dios, dijo Don Quijote, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando. ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa: y entiende con todos tus cinco sentidos, que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo.—Señor, respondió Sancho, ¿y es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando á un loco, el cual despues de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto?—Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo Don Quijote, porque te hago saber, que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellos una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero.—¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza.—No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia acorrer el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro: pero todo ha de estar en tu diligencia. ¿En mi diligencia? dijo Sancho.—Sí, dijo Don Quijote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los mas perfectos caballeros andantes. No he dicho bien, fué uno, fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para Don Belianis, y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan juro cierto. Digo asimesmo, que cuando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe, y esta mesma regla corre por todos los mas oficios ó ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas: y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulíses, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Enéas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y enten-

dido capitan, no pintándolos, ni descubriéndolos[1] como ellos fueron, sino como habian de ser, para dejar ejemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta mesma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto así como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare, estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballería: y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenébros, nombre por cierto significativo y propio para la vida, que él de su voluntad habia escogido: así que me es á mí mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamentos: y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para que se deje pasar la ocasion que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas.—En efecto, dijo Sancho, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar?—¿Ya no te he dicho, respondió Don Quijote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente Don Roldan, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura? Y puesto que yo no pienso imitar á Roldan, ó Orlando, ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia), parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser mas esenciales, y podrá ser que viniese á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas.—Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal ficieron, fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado? ¿Ó qué señales ha

1 Con mas propiedad se diria *describiéndolos*, y acaso se diria así en el original del autor.

hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano?—Ahí está el punto, respondió Don Quijote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama que si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado? Cuánto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oiste decir á aquel pastor de marras Ambrosio, quien está ausente, todos los males tiene y teme: así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitacion: loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea: y si fuere tal cual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siéndolo, no sentiré nada: así que, de cualquiera manera que responda, saldré del conflito y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres, por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya ví que le alzaste del suelo cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. A lo cual respondió Sancho:—Vive Dios, señor caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar que todo cuanto me dice de caballerias, y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, ó patraña, ó como lo llamáremos, porque quien oyere decir á vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de cuatro dias, ¿qué ha de pensar, sino que quien tal dice y afirma debe de tener güero el juicio? La bacia yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algun dia me vea con mi muger y hijos.—Mira, Sancho, por el mesmo que denántes juraste te juro, dijo Don Quijote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: ¿qué es posible, que en cuanto ha que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas

hechas al reves? y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y así eso que á tí te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa: y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiria por quitármele; pero como ven que no es mas de un bacin de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle, que á fe que si le conociera, que nunca él le dejara. Guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan que á Amadis. Llegaron en estas pláticas al pié de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban: corria por su falda un manso arroyuelo, y haciáse por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban: habia por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacian el lugar apacible. Este sitio escogió el caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: Este es el lugar, ¡oh cielos! que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mesmos me habeis puesto: este es el sitio, donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continos y profundos suspiros moverán á la contina las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. ¡Oh vosotros, quien quiera que seais, rústicos Dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada, oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados zelos, han traido á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura! ¡Oh vosotras, Napeas y Driadas, que teneis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes (así los ligeros y lascivos Sátiros, de quien sois aunque en vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego) que me ayudeis á lamentar mi desventura, ó á lo menos no os canseis de oilla! ¡Oh Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis

caminos, estrella de mi ventura, (así el cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle) que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fe se le debe! ¡Oh solicitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia! ¡Oh tú, escudero mio, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello! y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas, le dijo: Libertad te da el que sin ella queda, ¡oh caballo tan estremado por tus obras, cuan desdichado por tu suerte! vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el Hipógrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho, dijo:—Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio, que á fe que no faltarán palmadicas que dalle ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para qué, que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo que era yo, cuando Dios queria; y en verdad, señor caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pié, no sé cuando llegaré, ni cuando volveré, porque en resolucion, soy mal caminante.—Digo, Sancho, respondió Don Quijote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas.—¿Pues qué mas tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto?—Bien estás en el cuento, respondió Don Quijote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar.—Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced como se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia: y seria yo de parecer, que ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahe-

cha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodon, y déjeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora, que vuestra merced se las daba en una punta de peña mas dura que la de un diamante.—Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió Don Quijote; mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera seria contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra, lo mesmo es que mentir: así que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada de sofístico, ni del fantástico: y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos.—Mas fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en él las hilas y todo, y ruégole á vuestra merced que no se acuerde mas de aquel maldito brebage, que en solo oirle mentar, se me revuelve el alma, no que el estómago: y mas le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora, y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dejo.—¿Purgatorio le llamas, Sancho? dijo Don Quijote; mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea.—Quien ha infierno, respondió Sancho, *nulla es retentio*, segun he oido decir.—No entiendo que quiere decir *retentio*, dijo Don Quijote.—*Retentio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno, nunca sale dél, ni puede, lo cual será al reves en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los piés, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante: y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa.—Así es la verdad, dijo el de la Triste Figura: ¿pero qué harémos para escribir la carta?—Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho.—Todo irá

inserto, dijo Don Quijote; y seria bueno ya que no hay papel, que la escribiésemos como hacian los antiguos, en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria, donde será bien y aun mas que bien escribilla, que, es en el librillo de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, cualquiera sacristan te la trasladará: y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen ·letra procesada que no la entenderá Satanas.—Pues qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho.—Nunca las cartas de Amadis se firman, respondió Don Quijote.—Está bien, respondió Sancho; pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos.—La libranza irá en el mesmo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina, no pondrá dificultad en cumplilla, y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte, el caballero de la Triste Figura.* Y hará poco al caso que vaya de mano agena, porque á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida no ha visto letra mia, ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin estenderse á mas que á un honesto mirar, y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero mas que á la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado.—Ta, ta, dijo Sancho, ¿qué la hija de Lorenzo Corhuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?—Esa es, dijo Don Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo.—Bien la conozco, dijo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra como el mas forzudo zagal de todo el pueblo: vive el dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante, ó por andar que la tuviere por señora. ¡Oh hi de puta, qué rejo que tiene, y qué voz! Sé decir que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de media legua, así la oyeron como si estuvie-



Impª. Litº. callejon de S. Clara N. 6

ran al pié de la torre, y lo mejor qué tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: y querria ya verme en camino solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo, al sol y al aire: y confieso á vuestra merced una verdad, señor Don Quijote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del Vizcaino como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las victorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero. Pero bien considerado, ¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envia y ha de enviar? porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino, ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente.—Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dijo Don Quijote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas cuan necio eres tú, y cuan discreto soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor, y un dia dijo á la buena viuda, por via de fraternal reprension: Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados, y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir este quiero, aqueste no quiero; mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: Vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le pare-

ce, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofia sabe y mas que Aristóteles: así que, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta princesa de la tierra: sí que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos á su albedrio les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amaríles, las Fíles, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que las mas se las fingen por dar subjeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo, y así bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linage importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la mas alta princesa del mundo; porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginacion como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Helena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades pretéritas, griega, bárbara ó latina: y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos.—Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de meter la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta, y adios, que me mudo. Sacó el libro de memoria Don Quijote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola, llamó á Sancho y le dijo, que se la queria leer porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo cual respondió Sancho: Escríbala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado: porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida como me llamo; pero con todo eso dígamela

vuestra merced, que me holgaré mucho de oilla, que debe de ir como de molde.—Escucha, que así dice, dijo Don Quijote.

CARTA DE DON QUIJOTE A DULCINEA DEL TOBOSO.

Soberana y alta señora.

"EL ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del co-"razon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envia la salud que él "no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi "pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, magüer que yo sea "asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que ademas "de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te da-"rá entera relacion, ó bella ingrata, amada enemiga mia, del modo "que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si "no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida, habré "satisfecho á tu crueldad y á mi deseo."

Tuyo hasta la muerte,

El Caballero de la Triste Figura.

Por vida de mi padre, dijo Sancho en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oido: ¡pesía á mí, y como que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma: *El Caballero de la Triste Figura!* Digo de verdad, que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa.—Todo es menester, respondió Don Quijote, para el oficio que yo traigo.—Ea, pues, dijo Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad porque la conozcan en viéndola.—Qué me place, dijo Don Quijote; y habiéndola escrito, se la leyó que decia así:

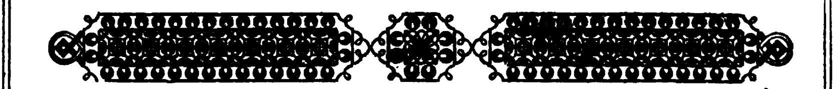
"Mandará vuestra merced por esta primera de pollinos, señora "sobrina, dar á Sancho Panza mi escudero tres de los cinco que "dejé en casa, y están á cargo de vuestra merced: los cuales tres po-"llinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recibidos "de contado, que con esta y con su carta de pago serán bien dados. "Fecha en las entrañas de Sierra Morena, á veinte y dos de Agos-"to deste presente año."

Buena está, dijo Sancho, fírmela vuestra merced.—No es menester firmarla, dijo Don Quijote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mesmo que firma, y para tres asnos, y aun para trescientos fuera bastante.—Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho: déjeme, iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese vuestra merced á echarme su bendicion: que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le ví hacer tantas, que no quiera mas.—Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una ó dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir, y asegúrote que no dirás tú tantas, cuantas yo pienso hacer.—Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo encueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren mas á cuento, cuánto mas, que para mí no era menester nada deso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece: y si no, aparéjese la señora Dulcinea, que si no responde como es razon, voto hago solemne á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces y á bofetones; porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco, sin qué, ni para qué, por una....No me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce aunque nunca se venda: bonico soy yo para eso, mal me conoce, pues á fe que si me conociese, que me ayunase.—A fe, Sancho, dijo Don Quijote, que á lo que parece, que no estás tú mas cuerdo que yo.—No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colérico. Pero dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino como Cardenio á quitárselo á los pastores?—No te dé pena ese cuidado, respondió Don Quijote, porque aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas.—A esto dijo Sancho: ¿sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo, segun está escondido.—Toma bien las señas, que yo procuraré no

apartarme de estos contornos, dijo Don Quijote, y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas, cuanto mas, que lo mas acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Perseo [1].—Así lo haré, respondió Sancho Panza; y cortando algunas, pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió dél: y subiendo sobre Rocinante, á quien Don Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama como su amo se lo habia aconsejado: y así se fué, aunque todavia le importunaba Don Quijote, que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo: Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced.—¿No te lo decia yo? dijo Don Quijote. Espérate, Sancho, que en un credo las haré: y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza abajo y los piés en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco: y así le dejarémos ir su camino hasta la vuelta que fué breve.



1 Segun la fábula fué *Teseo* y no *Perseo*, quien salió del laberinto con el hilo; así que, este se debe considerar como un yerro de imprenta: el mismo Cervantes dijo en el cap. XLVIII: *ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél, aunque tuvieses la soga de Teseo.*



CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quijote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo, dice la historia, que así como Don Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas de medio abajo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamas resuelto en ello; y era que cuál seria mejor, y le estaria mas á cuento, imitar á Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadis en las melancólicas; y hablando entre sí mesmo decia: Si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, ¿qué maravilla? pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie si no era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta del pié, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero dejando en él lo de la valentia á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fuente, y por las nuevas que le dió el pastor, de que Angélica habia dormido mas de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados, y page de Agramante: y si él entendió que esto era verdad y que su dama le habia cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo, ¿cómo puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas? porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida moro alguno, así como él es en su mismo trage, y que se está hoy como la madre que la parió: y haríale agravio manifiesto, si imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel género de locura de Rol-

dan el furioso. Por otra parte veo que Amadis de Gaula sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas, porque lo que hizo, segun su historia, no fué mas de que por verse desdeñado de su señora Oriana (que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad) *de que* se retiró á la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad: y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno; ni tengo para qué enturbiar el agua clara destos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de Don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere; del cual se dirá lo que del otro se dijo: que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas[1]; y si yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bástame como ya he dicho, estar ausente della. Ea, pues, manos á la obra: venid á mi memoria, cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo mas que él hizo fué rezar, y así lo haré yo. Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque que ensartó, de que hizo un diez; y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse; y así se entretenia paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que á él allí le hallaron, no fueron mas que estos que aquí se siguen:

Árboles, yerbas y plantas,
   Que en aqueste sitio estais,
   Tan altos, verdes y tantas,
   Si de mi mal no os holgais,
   Escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote,
   Aunque mas terrible sea,
   Pues por pagaros escote
   Aquí lloró Don Quijote

1 Alusion á Faetonte, que rigiendo los caballos del Sol su padre, se precipitó. (*Ovid. Metamorph.* lib. 11.)

Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

Es aquí el lugar adonde
El amador mas leal
De su señora se esconde,
Y ha venido á tanto mal
Sin saber cómo ó por donde.
Tráele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea:
Y así hasta henchir un pipote
Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,
Maldiciendo entrañas duras,
Que entre riscos y entre breñas
Halla el triste desventuras.
Hirióle amor con su azote,
No con su blanda correa:
Y en tocándole el cogote,
Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar Don Quijote que si en nombrando á Dulcinea, no decia tambien *el Toboso*, no se podria entender la copla: y así fué la verdad, como él despues confesó. Otros muchos escribió; pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros mas de estas tres coplas. En esto y en suspirar, y en llamar á los Faunos y Silvanos de aquellos bosques, á las Ninfas de los rios, á la dolorosa y húmida Eco que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvia: que si como tardó tres dias, tardara tres semanas, el caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que no le conociera la madre que lo parió.

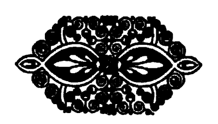
Y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería: y fué que,

en saliendo al camino real, se puso en busca del Toboso, y otro dia llegó á la venta donde le habia sucedido la desgracia de la manta; y no la hubo bien visto cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que habia grandes dias que todo era fiambre: esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraria ó no. Y estando en esto, salieron de la venta dos personas que luego le conocieron, y dijo el uno al otro:—Dígame, señor licenciado, ¿aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dijo el amo de nuestro aventurero que habia salido con su señor por escudero?—Sí es, dijo el licenciado, y aquel es el caballo de nuestro Don Quijote: y conociéronle tan bien, como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y acto general de los libros: los cuales así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quijote, se fueron á él, y el cura le llamó por su nombre, diciéndole: Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar, y la suerte donde, y como su amo quedaba: y así les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte, y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia.—No, no, dijo el barbero, Sancho Panza, si vos no decis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venis encima de su caballo: en verdad, que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso morena.—No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie, á cada uno mate su ventura, ó Dios que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy á su sabor: y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba, y aunque ya sabian la locura de Don Quijote y el género della, siempre que la oian se admiraban de nuevo: pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. El dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era órden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase. A lo cual dijo el cura que se la mostra-

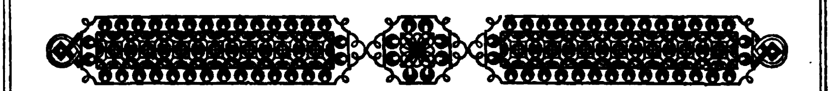
se, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza buscando el librillo; pero no le halló, ni le podia hallar si se le buscara hasta ahora, porque se habia quedado Don Quijote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedírsele. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas se echó entrambos puños á las barbas y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero, le dijeron que ¿qué le habia sucedido que tan mal se paraba?—Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un estante tres pollinos, que cada uno era como un castillo.—Cómo es eso, replicó el barbero.—He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos de cuatro ó cinco que estaban en casa, y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolóle el cura, y díjole que en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria jamas se aceptaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la cual se podria trasladar donde y cuando quisiesen.—Decilda, Sancho, pues, dijo el barbero, que despues la trasladarémos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponia sobre un pié, y ya sobre otro, unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roido la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato: Por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora.*—No dirá, dijo el barbero, sobajada, sino sobrehumana, ó soberana señora.—Así es, dijo Sancho: luego, si mal no me acuerdo, proseguia....si mal no me acuerdo....*el llagado y falto de sueño, y el ferido besa á vuesa merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa:* y no sé que decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte, el caballero de la Triste Figura.* No

poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos ansimesmo la tomasen de memoria, y para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates. Tras esto contó asimesmo las cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar. Dijo tambien como su señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar como ser emperador, ó por lo menos monarca, que así lo tenian concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo, segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siéndolo, le habia de casar á él, porque ya seria viudo, que no podia ser menos, y le habia de dar por muger una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de Tierrafirme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente habia sido la locura de Don Quijote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que, pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les seria de mas gusto oir sus necedades: y así le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible, era venir con el discurso del tiempo á ser emperador, como él decia, ó por lo menos arzobispo, ó otra dignidad equivalente. A lo cual respondió Sancho:—Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera, que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querria yo saber ahora qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos.—Suélenles dar, respondió el cura, algun beneficio simple, ó curado, ó alguna sacristanía que les vale mucho de renta rentada, amen del pié de altar, que se suele estimar en otro tanto.—Para eso será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado y que sepa ayudar á misa por lo menos; y si esto es así, desdichado de yo, que soy casado y no sé la primera letra del A. B. C. ¿Qué será de mí si á mi amo le da antojo de ser arzobispo y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes?—No tengais pena, Sancho amigo, dijo el barbero, que aquí rogarémos á vuestro amo, y se lo aconsejarémos, y aun se lo

pondrémos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será mas fácil, á causa de que él es mas valiente que estudiante.—Así me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es, rogarle á nuestro Señor que le eche aquellas partes donde él mas se sirva, y á donde á mí mas mercedes me haga. —Vos lo decis como discreto, dijo el cura, y lo haréis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer, es dar órden como sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decis que queda haciendo: y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaria allí fuera, y que despues les diria la causa porque no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco el barbero le sacó de comer. Despues habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quijote, y para lo que ellos querian; y fué que dijo el barbero, que lo que habia pensado era, que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese, como escudero, y que así irian adonde Don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pediria un don, el cual él no podria dejársele de otorgar como valeroso caballero andante, y que el don que le pensaba pedir era, que se viniese con ella donde ella le llevase á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que le suplicaba ansimesmo que no le mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su facienda, fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda que Don Quijote vendria en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarian de allí y le llevarian á su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su estraña locura.







CAPÍTULO XXVII.

De como salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

NO le pareció mal al barbero la invencion del cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey, donde el ventero tenia colgado el peine. Preguntóles la ventera, que para qué le pedian aquellas cosas. El cura le contó en breves razones la locura de Don Quijote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazon estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al cura de modo que no habia mas que ver: púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro, de un palmo de ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le tocasen, sino pusóse en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande, que le podia servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo, subió en su mula á mugeriegas, y el barbero en la suya, con su barba que le llegaba á la cintura, entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio como era el que habian emprendido; mas apenas hubo salido de la venta, cuando le

vino al cura un pensamiento, que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello: y diciéndoselo al barbero, le rogó que trocasen trages, pues era mas justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria al escudero, y que así se profanaba menos su dignidad; y que si no lo queria hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á Don Quijote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel trage, no pudo tener la risa. En efeto, el barbero vino en todo aquello que el cura quiso, y trocando la invencion, el cura le fué informando el modo que habia de tener y las palabras que habia de decir á Don Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese y dejase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El barbero respondió, que sin que se le diese licion, él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces hasta que estuviesen junto de donde Don Quijote estaba, y así dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba y siguieron su camino, guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venia, que magüer que tonto, era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde habia dejado á su señor, y en reconociéndole, les dijo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor, porque ellos le habian dicho antes, que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho, que no dijese á su amo quien ellos eran, ni que los conocia; y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que por no saber leer, le habia respondido de palabra, diciéndole, que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho, porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle, tenian por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir á ser emperador ó monarca, que en lo de ser arzobispo no habia de que temer. Todo lo escuchó Sancho y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar á su señor fuese emperador y no arzobispo, porque él tenia para sí, que para hacer mercedes á sus

escuderos, mas podian los emperadores que los arzobispos andantes: tambien les dijo que seria bien que él fuese delante á buscarle y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y así determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando á los dos en una por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor, y el dia que allí llegaron, era de los del mes de agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo cual hacia al sitio mas agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando pues los dos allí sosegados y á la sombra, llegó á sus oidos una voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase, porque aunque suele decirse, que por las selvas y campos se hallan pastores de voces estremadas, mas son encarecimientos de poetas que verdades, y mas cuando advirtieron que lo que oian cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron estos:

¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.
¿Y quién aumenta mis duelos?
Los zelòs.
¿Y quién prueba mi paciencia?
Ausencia.
De ese modo en mi dolencia
Ningun remedio se alcanza,
Pues me matan la esperanza,
Desdenes, zelos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?
Amor.
¿Y quién mi gloria repuna?
Fortuna.
¿Y quién consiente mi duelo?
El cielo.

De ese modo yo recelo
Morir deste mal estraño,
Pues se aunan en mi daño
Amor, fortuna y el cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?
La muerte.
Y el bien de amor ¿quién le alcanza?
Mudanza.
Y sus males ¿quién los cura?
Locura.
De ese modo no es cordura
Querer curar la pasion,
Cuando los remedios son
Muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiracion y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos esperando si otra alguna cosa oian; pero viendo que duraba algun tanto el silencio, determinaron de salir á buscar el músico que con tan buena voz cantaba, y queriéndolo poner en efeto, hizo la mesma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oidos, cantando este

SONETO.

Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo
Subiste alegre á las impireas salas.

Desde allá, cuando quieres, nos señalas
La justa paz cubierta con un velo,
Por quien á veces se trasluce el celo
De buenas obras, que á la fin son malas.

Deja el cielo, ó amistad, ó no permitas,
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye á la intencion sincera:

Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.



El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atencion volvieron á esperar si mas se cantaba; pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quien era el triste, tan estremado en la voz como doloroso en los gemidos, y no anduvieron mucho, cuando al volver de una punta de una peña, vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado, cuando les contó el cuento de Cardenio, el cual hombre, cuando los vió, sin sobresaltarse estuvo quedo, con la cabeza inclinada sobre el pecho á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos mas de la vez primera, cuando de improviso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señales le habia conocido) se llegó á él, y con breves, aunque muy discretas razones, le rogó y persuadió que aquella tan miserable vida dejase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan á menudo le sacaba de sí mismo, y así viendo á los dos en trage tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algun tanto, y mas cuando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida: porque las razones que el cura le dijo, así lo dieron á entender, y así respondió desta manera: Bien veo yo, señores, quien quiera que seais, que el cielo que tiene cuidado de socorrer á los buenos y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envia en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes algunas personas, que poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones, cuán sin ella ando en hacer la vida que hago, ha procurado sacarme desta á mejor parte; pero como no saben que sé yo, que en saliendo deste daño, he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun lo que peor seria, por de ningun juicio, y no seria maravilla que así fuese, porque á mí se me trasluce, que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento, y vengo á caer en la cuenta desta verdad, cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé mas que dolerme en vano y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras, el decir la causa dellas á cuantos oirla quieren, porque viendo los

cuerdos cuál es la causa, no se maravillarán de los efetos, y si no me dieren remedio, á lo menos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias: y si es que vosotros, señores, venis con la mesma intencion que otros han venido, antes que paseis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quizá despues de entendido, ahorrareis del trabajo que tomareis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su mesma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo: y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mesmas palabras y pasos que la habia contado á Don Quijote y al cabrero pocos dias atras, cuando por ocasion del maestro Elisabad y puntualidad de Don Quijote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfeto, como la historia lo deja contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarlo hasta el fin: así llegando al paso del billete que habia hallado Don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dijo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

LUSCINDA Á CARDENIO.

"Cada dia descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á "que en mas os estime, y así, si quisiéredes sacarme desta deuda "sin ejecutarme en la honra, lo podreis muy bien hacer: padre ten-"go que os conoce, y que me quiere bien, el cual sin forzar mi vo-"luntad, cumplirá la que será justo que vos tengais, si es que me "estimais como decis y como yo creo."

Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fué por quien quedó Luscinda en la opinion de Don Fernando por una de las mas discretas y avisadas mugeres de su tiempo, y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme antes que el mio se efetuase. Díjele yo á Don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linage de España; sino porque yo enten-

dia dél, que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. En resolucion le dije, que no me aventuraba á decírselo á mi padre, así por aqûel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuales eran, sino que me parecia que lo que yo desease jamas habia de tener efeto. A todo esto me respondió Don Fernando, que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda. ¡Ó Mario ambicioso! ¡ó Catilina cruel! ¡ó Sila facineroso! ¡ó Galalon embustero! ¡ó Vellido traidor! ¡ó Julian vengativo! ¡ó Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿qué deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazon? ¿Qué ofensa te hice? ¿qué palabras te dije, ó qué consejos te dí, que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de qué me quejo, desventurado de mí, pues es cosa cierta, que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abajo, despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda? ¡Quién pudiera imaginar que Don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese, donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja que aun no poseia! Pero quédense estas consideraciones aparte, como inûtiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciéndole á Don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor, con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y solo para este efeto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mesmo dia que se ofreció hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traicion? ¿pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto, antes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dije lo que con Don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efeto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan segura como yo de la traicion de Don Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé qué se fué, que en aca-

bando de decirme esto, se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta allí jamas en ella visto, porque siempre nos hablábamos las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedia con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, zelos, sospechas ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora: ecsageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento, volviame ella el recambio alabando en mí lo que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se estendia mi desenvoltura, era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrecheza de una baja reja que nos dividia; pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué y me dejó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros indicios que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado: dí las cartas al hermano de Don Fernando: fuí bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia que le enviase cierto dinero sin su sabiduría: y todo fué invencion del falso Don Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Órden y mandato fué este, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinda, y mas habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto obedecí como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud; pero á los cuatro dias que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que la habia movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas ve-

ces lo hacia. Preguntéle al hombre, antes de leerla, quién se la habia dado y el tiempo que habia tardado en el camino: díjome, que acaso pasando por una calle de la ciudad, á la hora de medio dia, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo: Hermano, si sois cristiano, como pareceis, por amor de Dios os ruego que encamineis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareis un gran servicio á nuestro Señor: y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo: y diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo donde venian atados cien reales, y esta sortija de oro que aquí traigo, con esa carta que os he dado: y luego sin aguardar respuesta mia, se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije, que haria lo que me mandaba: y así viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérosla, y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimesmo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mesmo á dárosla, y en diez y seis horas que ha que se me dió, he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas de manera que apenas podia sostenerme. En efeto, abrí la carta, y ví que contenia estas razones:

"La palabra que Don Fernando os dió de hablar á vuestro pa-
"dre para que hablase al mio, la ha cumplido mas en su gusto que
"en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por es-
"posa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que Don
"Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas veras,
"que de aquí á dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto
"y tan á solas, que solo han de ser testigos los cielos y alguna gen-
"te de casa. Cual yo quedo, imaginaldo: si os cumple venir, vel-
"do: y si os quiero bien ó no, el suceso deste negocio os lo dará á
"entender. A Dios plega que esta llegue á vuestras manos, antes
"que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan
"mal sabe guardar la fe que promete."

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner luego en camino, sin esperar otra respues-

ta ni otros dineros: que bien claro conocí entonces, que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, habia movido á Don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra Don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenia grangeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo, otro dia me puse en mi lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venia en casa del buen hombre que me habia llevado la carta, y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocíla yo; mas no como debia ella conocerme y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar, que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable de una muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que así como Luscinda me vió, me dijo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me están aguardando en la sala Don Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el cual, si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar mas determinadas fuerzas, dando fin á mi vida y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oir todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, pusóseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa ni podia moverme á parte alguna; pero considerando cuánto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo mas que pude, y entré en su casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la mesma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre los cuales podia yo ver, sin ser visto, todo lo que en la sala se hacia. ¡Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon mientras allí estuve! ¡los pensa-

mientos que me ocurrieron! ¡las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepais, que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mesmos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traia vestido, solo pude advertir á las colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡O memoria, enemiga mortal de mi descanso, de qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia! ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, á lo menos perder la vida? No os canseis, señores, de oir estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso. A esto le respondió el cura, que no solo no se cansaban en oirle, sino que les daba mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que merecian no pasarse en silencio, y la mesma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entró el cura de la parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¿Quereis, señora Luscinda, al señor Don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oidos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte ó la confirmacion de mi vida. ¡O quién se atreviera á salir entonces, diciendo á voces: ¡Ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia y que no puedes ser de otro. Advierte que el de-

cir tú *sí*, y el acabárseme la vida, ha de ser todo á un punto! ¡Ah traidor Don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Qué quieres? ¿qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! Ahora que estoy ausente y lejos del peligro, digo que habia de hacer lo que no hice: ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuviera corazon para ello, como le tengo para quejarme: en fin, pues fuí entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla; y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: *Sí quiero:* y lo mesmo dijo Don Fernando, y dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir, cual quedé yo, viendo en el *sí* que habia oido, burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido: quedé falto de consejo, desamparado, á mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentó de manera que todo ardia de rabia y de zelos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que Don Fernando tomó luego y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de leerle, se sentó en una silla y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviese. Yo viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinacion, que si me viesen, de hacer un desatino, tal que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso Don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que despues acá me ha faltado: y así sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan



sin pensamiento mio [1], fuera fácil tomarlá) quise tomarla de mi mano y ejecutar en mí la pena que ellos merecian: y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usara, si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena; mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula: hice que me la ensillase, sin despedirme dél subí en ella y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla: y cuando me ví en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de Don Fernando, como si con ellas satisfaciera el agravio que me habian hecho. Díle títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida, pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la desculpaba, diciendo, que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condecender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recebirle, se podia pensar, ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo, que puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion que no la disculparan, pues antes de ofrecérseles Don Fernando, no pudieran ellos mesmos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija, y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le habia dado la mia, que yo viniera y concediera con todo cuanto ella acertara á fingir en este caso. En fin, me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion y deseos de grandezas, hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y dí al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales cami-

1 O, tan agenos de pensar en mí.

né otros tres dias sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos, que ácia donde era lo mas áspero destas sierras. Dijéronme que ácia esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aquí la vida, y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo mas creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pié, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé que tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habian hallado, y como estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces, que procurar acabar la vida voceando, y cuando en mi vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme: mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas, por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo, y así aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos, cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y estrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda y del agravio de Don Fernando, que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle, que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrecheza en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, ó señores, la amarga historia de mi desgra-

cia: ¿decidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos que los que en mí habeis visto? y no os canseis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recebir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda, y pues ella gusta de ser agena, siendo, ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha: ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion, yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y será ejemplo á los porvenir, de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y es mas causa [1] de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática y tan desdichada como amorosa historia, y al tiempo que el cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyeron que decia lo que se dirá en la cuarta parte desta narracion: que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.



1 *Y en mí es causa*, parece que deberia decir, y no: *y es mas causa;* que no hace sentido ninguno, y que sin duda es un yerro de imprenta cometido en las primeras ediciones.



CAPÍTULO XXVIII.

Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la mesma Sierra.

FELICÍSIMOS y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero Don Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinacion, como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta órden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son menos agradables y artificiosos y verdaderos, que la misma historia[1]. La cual prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que así como el cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llgó á sus oidos, que con tristes acentos decia de esta manera: ¡Ay Dios! ¿si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente: ¡ay desdichada! ¡y cuán mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas ni remedio en los males! Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decian, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos, cuando detras de un peñasco vieron sentado al pié de un fresno á un mozo vestido como labrador,

1 Sin haber concluido nuestro autor un episodio, introduce otro, y con la salva y apología que hace aquí á favor de ellos, parece quiso prevenir la crítica que le hicieron despues por boca del bachiller Sanson Carrasco, sobre que en esta Primera Parte se habia valido de novelas y cuentos agenos de la historia, y que *se debió de atener al refran de* paja ó heno &c. [*P. II. cap. III.*]



al cual, por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los piés en el arroyo que por allí corria, no se le pudieron ver por entonces: y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los piés, que eran tales que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido: suspendióles la blancura y belleza de los piés, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño; y así, viendo que no habian sido sentidos, el cura que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detras de unos pedazos de peña que allí habia: así lo hicieron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacia. El cual traia puesto un capotillo pardo de dos aldas muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca: traia ansimesmo unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenia las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia: acabóse de lavar los hermosos piés, y luego con un paño de tocar que sacó debajo de la montera, se los limpió, y al querer quitársele alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban, de ver una hermosura incomparable tal, que Cardenio dijo al cura con voz baja: Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia. Con esto conocieron que el que parecia labrador era muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habian visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda, que despues afirmó que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos, que si no eran los piés, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvió de peine unas manos, que, si los piés en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo cual en mas admiracion, y en mas deseo de saber quien era ponia á los tres que la miraban: por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento que hicieron de ponerse en pié, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian; y apenas los hubo visto, cuando se levantó en

pié, y sin aguardar á calzarse ni á recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto como de ropa que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida, llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, cuando, no pudiendo sufrir los delicados piés la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo: lo cual visto por los tres, salieron á ella, y el cura fué el primero que le dijo: Deteneos, señora, quien quiera que seais, que los que aquí veis solo tienen intencion de serviros: no hay para que os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros piés lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atónita y confusa. Llegaron pues á ella, y asiéndola por la mano el cura prosiguió diciendo: Lo que vuestro trage, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren, señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es esta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, á lo menos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto ni llegar tan al estremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intencion se le da al que lo padece: así que, señora mia, ó señor mio, ó lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte, que en nosotros juntos, ó en cada uno, hallareis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamas vistas; mas volviendo el cura á decirle otras razones al mesmo efeto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dijo: Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en valde seria fingir yo de nuevo ahora lo que, si se me creyese, seria mas por cortesía que por otra razon alguna: presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habeis hecho, el cual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido, puesto que temo que la relacion que os hiciere de mis desdichas, os ha de causar al par de la compasion la pesadumbre, porque no habeis de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas; pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intencio-

nes, habiéndome ya conocido por muger, y viéndome moza, sola y en este trage, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar, si pudiera. Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa muger parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discrecion que su hermosura: y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliese, ella, sin hacerse mas de rogar, calzándose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un duque, que le hace uno de los que llaman grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado, y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor, no sé yo de qué sea heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galalon: deste señor son vasallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres: bien es verdad que no son tan bajos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que á mí me quiten la imaginacion que tengo de que de su humildad viene mi desgracia: ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse, cristianos viejos ranciosos, pero tan rancios, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban, era de tenerme á mí por hija: y así por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas que padres jamas regalaron: era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sugeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, ansí lo era de su hacienda: por mí se recebian y despedian los criados: la razon y cuenta de lo que se sembraba y cogia pasaba por mi mano: los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor

y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mia y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo. Los ratos que del dia me quedaban despues de haber dado lo que convenia á los mayorales ó capataces, y á otros jornaleros, los entretenia en ejercicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces, y si alguna por recrear el ánimo estos ejercicios dejaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una harpa, porque la esperiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta pues era la vida que yo tenia en casa de mis padres, la cual, si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta cuan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho, al infelice en que ahora me hallo. Es pues el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista á mi parecer de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que iba á misa era tan de mañana y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apenas vian mis ojos mas tierra de aquella donde ponia los piés; con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarse, me vieron, puestos en la solicitud de Don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del duque que os he contado. No hubo bien nombrado á Don Fernando la que el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el cura y el barbero que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura que habian oido decir que de cuando en cuando le venia: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quien ella era. La cual sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia diciendo: Y no me hubieron bien visto, cuando, segun él dijo despues, quedó tan preso de mis amores, cuanto lo dieron bien á entender sus demostraciones: mas por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que Don Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa: dió y ofreció dádivas y merce-

des á mis parientes: los dias eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle: las noches no dejaban dormir á nadie las músicas: los billetes, que sin saber cómo, á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con menos letras que promesas y juramentos: todo lo cual no solo no me ablandaba, pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efeto contrario: no porque á mí me pareciese mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuviese á demasía sus solicitudes, porque me daba un no se qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas, que en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oir que nos llaman hermosas; pero á todo esto se oponia mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de Don Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decíanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que habia entre mí y Don Fernando, y que por aquí echaria de ver que sus pensamientos, aunque él dijese otra cosa, mas se encaminaban á su gusto que á mi provecho; y que si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dejase de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustase, así de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunvecinos, pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamas quise responder á Don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy lejos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos mios, que él debia de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba, la cual, si ella fuera como debia, no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decírosla. Finalmente, Don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó á lo menos porque yo tuviese mas guardas para guardarme, y esta nueva ó sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oireis.

Y fué, que una noche estando yo en mi apposento con sola la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas

las puertas, por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destos recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos, y me enmudeció la lengua; y así no fuí poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dejara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme segun estaba turbada), comenzó á decirme tales razones, que no sé como es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas: hacia el traidor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrecilla, sola entre los mios, mal ejercitada en casos semejantes, comencé no sé en qué modo á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte, que me moviesen á compasion menos que buena sus lágrimas y suspiros: y así, pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con mas ánimo del que pensé que pudiera tener, le dije: Si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme dellos se me asegurara con que hiciera ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella ó decilla, como es posible dejar de haber sido lo que fué: así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás, si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos: tu vasalla soy, pero no tu esclava: ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mia, y en tanto me estimo yo villana y labradora, como tú señor y caballero: conmigo no han de ser de ningun efeto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme: si alguna de todas estas cosas que he dicho, viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera: de modo, que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara, lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras: todo esto he dicho, porque no es pensar que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo.—Si no reparas mas que en eso, bellísima Dorotea, que este es el nombre desta desdichada, dijo el desleal caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa

se esconde, y esta imágen de nuestra Señora que aquí tienes. Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion; pero no quiso interromper el cuento, por ver en qué venia á parar lo que él ya casi sabia, solo dijo: ¿Qué Dorotea es tu nombre, señora? Otra he oido yo decir del mesmo, que quizá corre parejas con tus desdichas: pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mesmo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio, y en su estraño y desastrado trage, y rogóle que si alguna cosa de su hacienda[1] sabia, se la dijese luego, porque si algo le habia dejado bueno la fortuna, era el ánimo que tenia para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que á su parecer ninguno podia llegar que el que tenia acrecentase un punto. No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á tí te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa, fué que tomando Don Fernando una imágen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio: con palabras eficacísimas y juramentos estraordinarios me dió la palabra de ser mi marido, puesto que antes que acabase de decirlas, le dije que mirase bien lo que hacia, y que considerase el enojo que su padre habia de recebir de verle casado con una villana vasalla suya, que no le cegase mi hermosura, tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que, si algun bien me queria hacer por el amor que me tenia, fuese dejar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad podia, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que él dejase de seguir su intento, bien ansí como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata no repara en inconvenientes. Yo á esta sazon hice un breve discurso conmigo, y me dije á mí mesma: sí, que no seré yo la primera que por via de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será Don Fernando el primero á quien hermosura, ó ciega aficion, que es lo mas cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza: pues si no hago, ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que

1 De sus sucesos.

la suerte me ofrece, puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra, de cuanto dure el cumplimiento de su deseo, que en fin para con Dios seré su esposa, y si quiero con desdenes despedille, en término le veo, que no usando el que debe, usará el de la fuerza y vendré á quedar deshonrada, y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere cuan sin ella he venido á este punto: porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros, que este caballero entró á mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginacion, y sobre todo me comenzaron á hacer fuerza y á inclinarme á lo que fué, sin yo pensarlo, mi perdicion, los juramentos de Don Fernando, los testigos que ponia, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazon como el mio. Llamé á mi criada para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo: tornó Don Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos santos por testigos, echóse mil futuras maldiciones, si no cumpliese lo que me prometia, volvió á humedecer sus ojos y acrecentar sus suspiros, apretóme mas entre sus brazos, de los cuales jamas me habia dejado, y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido. El dia que sucedió á la noche de mi desgracia, se venia aun no tan apriesa como yo pienso que Don Fernando deseaba, porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir, es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto, porque Don Fernando dió priesa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le habia traido, antes que amaneciese se vió en la calle, y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahinco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos, y para mas confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto, él se fué y yo quedé ni sé si triste ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo, ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traicion cometida de encerrar á Don Fernando en mi mismo aposento, porque aun no me determinaba si era bien ó mal el que me habia sucedido. Díjele al partir á Don Fernando, que por el mesmo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era

suya, hasta que cuando él quisiese aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna, sino fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la iglesia en mas de un mes, que en vano me cansé en solicitallo, puesto que supe que estaba en la villa, y que los mas dias iba á caza, ejercicio de que él era muy aficionado: estos dias y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciagos y menguadas, y bien sé que comencé á dudar en ellos y aun á descreer de la fe de Don Fernando: y sé tambien que mi doncella oyó entonces las palabras, que en reprension de su atrevimiento antes no habia oido: y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles; pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron respetos y se acabaron los honrados discursos, y á donde se perdió la paciencia y salieron á plaza mis secretos pensamientos; y esto fué, porque de allí á pocos dias se dijo en el lugar, como en una ciudad allí cerca se habia casado Don Fernando con una doncella hermosísima en todo estremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento: díjose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas y dejar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas. Mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento, diciendo: Llegó esta triste nueva á mis oidos, y en lugar de helárseme el corazon en oilla, fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traicion que se me habia hecho; mas templóse esta furia por entonces con pensar de poner aquella mesma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad, donde entendí que mi enemigo estaba. El, despues que hubo reprendido mi atrevimiento y afeado mi determinacion, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo: luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de muger y algunas joyas y dineros, por lo que podia suceder, y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta á mi traidora don-

cella, salí de mi casa acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad á pié, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenia por hecho, á lo menos á decir á Don Fernando me dijese con qué alma lo habia hecho.

Llegué en dos dias y medio donde queria, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero á quien hice la pregunta, me respondió mas de lo que yo quisiera oir. Díjome la casa y todo lo que habia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella: díjome que la noche que Don Fernando se desposó con Luscinda, despues de haber ella dado el *sí* de ser su esposa, le habia tomado un recio desmayo, y que, llegando su esposo á desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decia y declaraba que ella no podia ser esposa de Don Fernando, porque lo era de Cardenio, que á lo que el hombre me dijo era un caballero muy principal de la misma ciudad; y que si habia dado el *sí* á Don Fernando, fué por no salir de la obediencia de sus padres: en resolucion, tales razones dijo que contenia el papel, que daba á entender que ella habia tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones porque se habia quitado la vida: todo lo cual dicen, que confirmó una daga que le hallaron no sé en que parte de sus vestidos. Todo lo cual visto por Don Fernando, pareciéndole que Luscinda le habia burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió á ella antes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera, si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Dijeron mas, que luego se ausentó Don Fernando, y que Luscinda no habia vuelto de su parasismo hasta otro dia, que contó á sus padres, como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun decian, se halló presente á los desposorios, y que en viéndola desposada, lo cual él jamas pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero escrita una carta donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho, y de como él se iba á donde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello, y mas hablaron cuando supieron que Luscinda habia faltado de casa de sus padres y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juicio sus padres y no sa-

bian qué medio se tomar para hallarla. Esto que supe, puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á Don Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podria ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle á conocer lo que al primero debia, y á caer en la cuenta de que era cristiano, y que estaba mas obligado á su alma que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvia en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas, para entretener la vida que ya aborrezco. Estando pues en la ciudad, sin saber qué hacerme, pues á Don Fernando no hallaba, llegó á mis oidos un público pregon, donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de la edad y del mesmo trage que traia, y oí decir, que se decia, que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver cuan de caida andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sino añadir el con quien, siendo subjeto tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon, me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados; pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió á mí, porque mi buen criado, hasta entonces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su mesma bellaquería antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion que á su parecer estos yermos le ofrecian, y con poca vergüenza y menos temor de Dios ni respeto mio, me requirió de amores; y viendo que yo con feas y justas palabras respondia á las desvergüenzas de sus propósitos, dejó aparte los ruegos de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza; pero el justo cielo, que pocas ó ningunas veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mias de manera, que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo dí con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto ó si vivo; y luego, con mas ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando: con este deseo ha no sé cuantos meses que entré en ellas,

donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un lugar que está en las entrañas desta Sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria y toda mi solicitud fué y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mesmo mal pensamiento que en mi criado; y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco de donde despeñar y despenar al amo, como le hallé para el criado; y así tuve por menor inconveniente dejalle, y asconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas ó mis disculpas: digo, pues, que me torné á emboscar y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las agenas tierras.







CAPÍTULO XXIX.

Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto.

ESTA es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oistes, y las lágrimas que de mis ojos salian, tenian ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia: y considerada la calidad de mi desgracia, veréis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego (lo que con facilidad podréis y debeis hacer) que me aconsejeis donde podré pasar la vida, sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo, de ser hallada de los que me buscan, que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen, me asegura que seré dellos bien recebida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo el pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro con pensamiento que ellos miran el mio ageno de la honestidad que de mí se debian de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habian tanta lástima como admiracion de su desgracia, y aunque luego quisiera el cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo: En fin, señora, ¿qué tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo? Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y así le dijo: ¿Y quién sois vos, hermano, que así sabeis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado.—Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, señora, habeis dicho,

Luscinda dijo que era su esposo: yo soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel que á vos os ha puesto en el que estais, me ha traido á que me veais cual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio; pues no le tengo sino cuando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á las sinrazones de Don Fernando, y el que aguardó á oir el *sí*, que de ser su esposo pronunció Luscinda: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en que paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas; y así dejé la casa y la paciencia, y una carta que dejé á un huésped mio, á quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese, y víneme á estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia; mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, aun podria ser que á entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos: porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con Don Fernando por ser mia, ni Don Fernando con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser y no se ha enagenado ni deshecho: y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplicoos, señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodándoos á esperar mejor fortuna: que yo os juro por la fé de caballero y de cristiano, de no desampararos hasta veros en poder de Don Fernando; y que cuando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo, por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea, y por no saber qué gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los piés para besárselos, mas no lo consintió Cardenio, y el licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió que se fue-

sen con él á su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daria órden como buscar á Don Fernando, ó como llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no menos voluntad que el cura á todo aquello que fuese bueno para servirles: contó asimesmo con brevedad la causa que allí los habia traido, con la estrañeza de la locura de Don Quijote, y como aguardaban á su escudero que habia ido á buscalle. Vínosele á la memoria á Cardenio, como por sueños, la pendencia que con Don Quijote habia tenido, y contóla á los demas, mas no supo decir por qué causa fué su cuestion. En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba á voces: saliéronle al encuentro, y preguntándole por Don Quijote, les dijo como le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea: y que puesto que le habia dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso donde le quedaba esperando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que hobiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia, y que si aquello pasaba adelante, corria peligro no venir á ser emperador como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo menos que podia ser: por eso, que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El licenciado le respondió que no tuviese pena, que ellos le sacarian de allí mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenian pensado para remedio de Don Quijote, á lo menos para llevarle á su casa: á lo cual dijo Dorotea que ella haria la doncella menesterosa mejor que el barbero, y mas que tenia allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella habia leido muchos libros de caballerías, y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas, cuando pedian sus dones á los andantes caballeros. Pues no es menester mas, dijo el cura, sino que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor mio, pues tan sin pensarlo, á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habiamos menester. Sacó Dorotea luego de su almohada una saya en-

tera de cierta telilla rica y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera, que una rica y gran señora parecia. Todo aquello y mas dijo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entonces no se le habia ofrecido ocasion de habello menester. A todos contentó en estremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron á Don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba; pero el que mas se admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura: y así preguntó al cura con grande ahinco, le dijese quién era aquella tan fermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales. —Esta hermosa señora, respondió el cura, Sancho hermano, es como quien no dice nada, es la heredera por línea recta de varon del gran reino de Micomicon, la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el cual es, que le desfaga un tuerto ó agravio que un mal gigante le tiene fecho, y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido á buscarle esta princesa.—Dichosa buscada y dichoso hallazgo, dijo á esta sazon Sancho Panza, y mas si mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando á ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice, que sí matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor licenciado, y es, que porque á mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y así quedará imposibilitado de recebir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la iglesia, pues soy casado, y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la iglesia, teniendo como tengo muger y hijos, seria nunca acabar: así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así no la llamo por su nombre.—Llámase, respondió el cura, la princesa Micomicona, porque llamándose su reino Micomicon, claro está que ella se ha de llamar así.—No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda y Diego de



Valladolid, y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea, tomar las reinas los nombres de sus reinos.—Así debe de ser, dijo el cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos. Con lo que quedó tan contento Sancho, cuanto el cura admirado de su simplicidad, y de ver cuan encajados tenia en la fantasía los mesmos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender que habia de venir á ser emperador. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del cura, y el barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron á Sancho que los guiase adonde Don Quijote estaba, al cual advirtieron que no dijese que conocia al licenciado ni al barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser emperador su amo; puesto que ni el cura ni Cardenio quisieron ir con ellos, porque no se le acordase á Don Quijote la pendencia que con Cardenio habia tenido, y el cura porque no era menester por entonces su presencia, y así los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pié poco á poco. No dejó de avisar el cura lo que habia de hacer Dorotea: á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haria sin faltar punto como lo pedian y pintaban los libros de caballerías. Tres cuartos de legua habrian andado, cuando descubrieron á Don Quijote entre unas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado: y así como Dorotea le vió y fué informado de Sancho que aquel era Don Quijote, dió del azote á su palafren, siguiéndole el bien barbado barbero: y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula, y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual, apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de Don Quijote, y aunque él pugnaba pór levantarla, ella sin levantarse le fabló en esta guisa: De aquí no me levantaré, ó valeroso y esforzado caballero, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto; y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas.—No os responderé palabra, fermosa señora, respondió Don Quijote, ni oiré mas cosa de vuestra facienda, fasta que os levanteis de tierra.—No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido.—Yo vos le otorgo y concedo, respondió Don Quijote, como no se haya de cumplir en

daño ó mengua de mi rey, de mi patria y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave.—No será en daño ni en mengua de los que decis, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella. Y estando en esto, se llegó Sancho Panza al oido de su señor, y muy pasito le dijo:—Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada, solo es matar á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicon de Etiopa.—Sea quien fuere, respondió Don Quijote, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia, conforme á lo que profesado tengo: y volviéndose á la doncella, dijo: La vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere.—Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna, hasta darme venganza de un traidor, que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi reino.—Digo que así lo otorgo, respondió Don Quijote, y así podeis, señora, desde hoy mas desechar la melancolía que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que con el ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os vereis presto restituida en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren: y manos á la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro. La menesterosa doncella pugnó con mucha porfia por besarle las manos, mas Don Quijote, que en todo era comedido y cortes caballero, jamas lo consintió; antes la hizo levantar y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requíriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas, que como trofeo de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual viéndose armado, dijo: Vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer esta gran señora. Estábase el barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa y de que no se le cayese la barba, con cuya caida quizá quedaran todos sin conseguir su buena intencion; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que[1] Don Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subió Don Quijo-

1 Y la diligencia con que.

te sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pié, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio con la falta que entonces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador, porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella princesa, y ser por lo menos rey de Micomicon: solo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen, habian de ser todos negros: á lo cual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y díjose á sí mismo: ¿Qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¿habrá mas que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun título ó algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormios, y no tengais ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta, ó diez mal vasallos en dácame esas pajas: par Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los he de volver blancos ó amarillos: llegaos, que me mamo el dedo. Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pié. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabian que hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban, y fué que con unas tijeras que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traia, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon, y quedó tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que él mesmo no se conociera, aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedian que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pié: en efeto ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y así como salió della Don Quijote y sus camaradas, el cura se le puso á mirar muy despacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fué á él abiertos los brazos, y diciendo á voces: Para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota Don Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes: y di-

ciendo esto tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quijote. El cual, espantado de lo que veia y oia decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atencion, y al fin le conoció y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza para apearse; mas el cura no lo consintió, por lo cual Don Quijote decia: Déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pié.—Eso no consentiré yo en ningun modo, dijo el cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto, que á mí, aunque indigno sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destos señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la zebra ó alfana [1], en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caia yo en tanto, mi señor licenciado, respondió Don Quijote, y yo sé que mi señora la princesa será servida por mi amor, de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre.—Sí sufre, á lo que yo creo, respondió la princesa, y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortes y tan cortesano, que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pié, pudiendo ir á caballo.—Así es, respondió el barbero, y apeándose en un punto, convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho del rogar: y fué el mal, que al subir á las ancas el barbero, la mula, que en efeto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los cuartos traseros y dió dos coces en el aire, que á darlas en el pecho de maese Nicolas ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por Don Quijote: con todo eso le sobresaltaron de manera, que cayó en el suelo con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron en el suelo, y como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio, sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habian derribado las muelas. Don Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sangre lejos del rostro del escudero caido, di-

1 La alfana es una yegua de estraordinaria grandeza, de que usaban los gigantes y otros personages caballerescos. La zebra, que tiene la ligereza del ciervo, es una especie de caballo, y el animal de mas hermosa estampa y vistosa piel que acaso se encuentra entre los cuadrúpedos: tiene la piel pintada con varias rayas, cintas ó fajas, alternando los colores de negro y blanco, y distribuidas con maravillosa simetría.

jo: Vive Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran aposta. El cura, que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuese con ellas donde yacia maese Nicolas dando aun voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian, y cuando se las tuvo puestas, se apartó y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró Don Quijote sobremanera, y rogó al cura que cuando tuviese lugar le enseñase aquel ensalmo, que él entendia que su virtud á mas que pegar barbas se debia de estender, pues estaba claro que de donde las barbas se quitasen habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba.—Así es, dijo el cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse que por entonces subiese el cura, y á trechos se fuesen los tres mudando, hasta que llegasen á la venta que estaria dos leguas de allí.

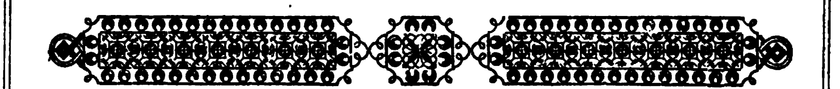
Puestos los tres á caballo, es á saber, Don Quijote, la princesa y el cura, y los tres á pié, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, Don Quijote dijo á la doncella: Vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere. Y antes que ella respondiese, dijo el licenciado: ¿Ácia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿es por ventura ácia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé poco de reinos. Ella que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y así dijo: Sí, señor, ácia ese reino es mi camino. —Si así es, dijo el cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo Meótides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del reino de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mio, dijo ella, porque no ha dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es el señor Don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oidos así como puse los piés en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo.—No mas, cesen mis alabanzas, dijo á esta sazon Don Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulacion, y

aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas: lo que yo sé decir, señora mia, que ahora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y así dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga qué es la causa que le ha traido por estas partes tan solo, tan sin criados y tan á la ligera, que me pone espanto.—A eso yo responderé con brevedad, respondió el cura: porque sabrá vuestra merced, señor Don Quijote, que yo y maese Nicolas, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar cierto dinero que un pariente mio, que ha muchos años que pasó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos, que no pasan de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal, y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro cuatro salteadores y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo: y es lo bueno, que es pública fama por todos estos contornos, que los que nos saltearon son de unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mesmo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del comisario y de las guardas los soltó á todos: y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar á las galeras sus piés, poner en alboroto la Santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba: quiso finalmente hacer un hecho, por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo. Habíales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacia ó decia Don Quijote: al cual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente.—Estos, pues, dijo el cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.





Imp.ª lito de Masse y Decaen callejon S Clara Nº 8. Heredia lito.



CAPÍTULO XXX.

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.

NO hubo bien acabado el cura, cuando Sancho dijo: Pues, mia fe, señor licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo, y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos.—Majadero, dijo á esta sazon Don Quijote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos, van de aquella manera, ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias; solo les toca ayudarles como menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías: yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas allá se avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de cababallería, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada, donde mas largamente se contiene: y esto dijo, afirmándose en los estribos y calándose el morrion, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabia el menguado humor de Don Quijote, y que todos hacian burla dél, sino Sancho Panza, no quiso ser para menos, y viéndole tan enojado, le dijo: Señor caballero, miémbresele á vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua, antes que haber dicho palabra que en despe-

cho de vuestra merced redundara.—Eso juro yo bien, dijo el cura, y aun me hubiera quitado un bigote.—Yo callaré, señora mia, dijo Don Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se habia levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digais, si no se os hace de mal, ¿cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza?—Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oir lástimas y desgracias.—No enfadará, señora mia, respondió Don Quijote.—A lo que respondió Dorotea, pues así es, esténme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver como fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo: y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y preveníndose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir desta manera.

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores mios, que á mí me llaman.... y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: No es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera que aun de sus mesmos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicon: y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere.—Así es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia: la cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el Arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Xaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la

Fosca Vista (porque es cosa averiguada que, aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al reves como si fuese vizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira): digo que supo que este gigante, en sabiendo mi orfandad, habia de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo habia de quitar todo sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podia escusar toda esta ruina y desgracia, si yo me quisiese casar con él; mas á lo que él entendia, jamas pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento: y dijo en esto la pura verdad, porque jamas me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuese. Dijo tambien mi padre, que despues que él fuese muerto y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino, si queria escusar la muerte y total destruicion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego con algunos de los mios me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se estenderia por todo este reino, el cual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, Don Azote, ó Don Gigote. —Don Quijote diria, señora, dijo á esta sazon Sancho Panza, ó por otro nombre el caballero de la Triste Figura.—Así es la verdad, dijo Dorotea. Dijo mas, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debajo del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas.—En oyendo esto Don Quijote, dijo á su escudero: Ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejó profetizado.—¿Pues para qué quiere vuestra merced desnudarse? dijo Dorotea.—Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo, respondió Don Quijote.—No hay para qué desnudarse, dijo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar de esas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte.—Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro ó que esté en el espinazo, importa poco, basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una mesma carne: y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las

señales del rostro vienen con las de la buena fama, que este caballero tiene no solo en España, pero en toda la Mancha. Pues apenas me hube desembarcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mesmo que venia á buscar.—Pues ¿cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntó Don Quijote, si no es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiese, tomó el cura la mano, y dijo: Debe de querer decir la señora princesa, que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna.—Eso quise decir, dijo Dorotea.—Y esto lleva camino, dijo el cura, y prosiga vuestra magestad adelante.—No hay que proseguir, respondió Dorotea; sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte, que á ponerle delante de Pandafilando de la Fosca Vista, para que le mate y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor mi buen padre: el cual tambien dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, despues de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diese la posesion de mi reino junto con la de mi persona.—¿Qué te parece, Sancho amigo? dijo á este punto Don Quijote: ¿no oyes lo que pasa? ¿no te lo dije yo? mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar.—Eso juro yo, dijo Sancho, para el puto que no se casare en abriendo el gasnatico al señor Pandahilado. ¡Pues monta que es mala la reina! así se me vuelvan las pulgas de la cama: y diciendo esto dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandísimo contento: y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas en señal que la recibia por su reina y señora. ¿Quién no habia de reir de los circunstantes, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efeto Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino, cuando el cielo le hiciese tanto bien, que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos.—Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia; solo resta por de-

citos, que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino, no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, porque tódos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto: y él y yo salimos en tablas á tierra como por milagro, y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habeis notado; y si en alguna cosa he andado demasiada, ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y estraordinarios quitan la memoria al que los padece.—Esa no me quitará á mí, ó alta y valerosa señora, dijo Don Quijote, cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean: y así de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso con el ayuda de Dios y de mi brazo tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena, espada, merced á Gines de Pasamonte que me llevó la mia. Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo: y despues de habérsela tajado y puéstoos en pacífica posesion de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere, porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria, y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella.... y no digo mas, no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave Fénix. Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo, alzando la voz, dijo: Voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor Don Quijote, cabal juicio: ¿pues cómo? ¿es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? ¿piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura, como la que ahora se le ofrece? ¿es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante: así noramala alcanzaré yo el condado que espero, si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo: cásese, cásese luego, encomiéndole yo á Satanas, y tome ese reino que se le viene á las manos de vobis vobis, y en siendo rey, hágame marques, ó adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo. Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzon, sin hablalle palabra á Sancho y sin decirle esta boca es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra, y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera mas,

sin duda le quitara allí la vida.—¿Pensais, le dijo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos, y perdonaros yo? pues no lo penseis bellaco, descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea: ¿y no sabeis vos, gañan, faquin[1], belitre[2], que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? decid, socarron de lengua viperina, ¿y quién pensais que ha ganado este reino, y cortado la cabeza á este gigante, y héchoos á vos marques (que todo esto doy ya por hecho, y por cosa pasada en cosa juzgada) sino es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser: ¡ó hideputa bellaco, y como sois desagradecido que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondeis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No estaba tan mal trecho Sancho, que no oyese todo cuanto su amo le decia, y levantándose con un poco de presteza, se fué á poner detras del palafren de Dorotea, y desde allí dijo á su amo: Dígame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo, y no siéndolo, ¿qué mercedes me puede hacer? esto es de lo que yo me quejo: cásese vuestra merced una por una con esta reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea, que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados: en lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va á decirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea.—¿Cómo no la has visto, traidor, blasfemo? dijo Don Quijote; ¿pues no acabas de traerme ahora un recado de su parte? Digo que no la he visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero así á bulto me parece bien.—Ahora te disculpo, dijo Don Quijote, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres.—Ya yo lo veo, respondió Sancho, y así en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua.—Con todo eso, dijo Don Quijote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el cantari-

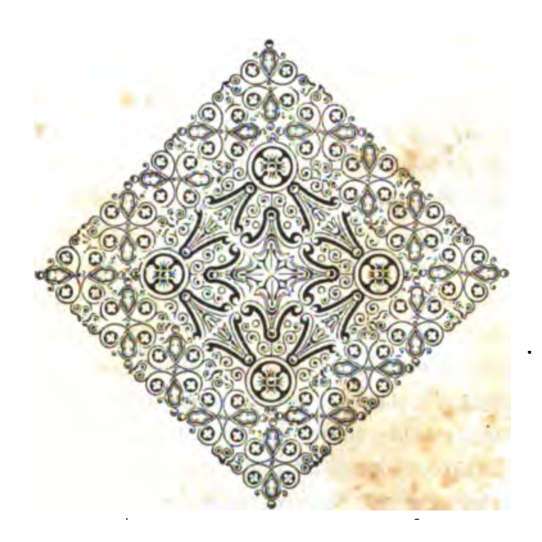
1 Voz italiana: ganapan, mozo de cordel que se emplea en llevar fardos á cuestas.
2 Voz francesa: pícaro, ruin, de viles procederes.

llo á la fuente.... y no te digo mas.—Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas, y será juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo. —No haya mas, dijo Dorotea, corred Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdon, y de aquí adelante andad mas atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digais mal de aquella señora Tobosa, á quien yo no conozco si no es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde vivais como un príncipe. Fué Sancho cabizbajo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente, y despues que se la hubo besado, le echó la bendicion; y dijo á Sancho que se adelantasen un poco, que tenia que preguntalle, y que departir con él cosas de mucha importancia. Hízolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díjole Don Quijote: Despues que veniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste y de la respuesta que trujiste, y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas.—Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida, como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo.—¿Por qué lo dices, Sancho? dijo Don Quijote.—Dígolo, respondió, porque estos palos de agora mas fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, solo por ser cosa de vuestra merced.—No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo Don Quijote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entonces, y bien sabes tú que suele decirse: A pecado nuevo penitencia nueva.

Mientras esto pasaba, vieron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento, y cuandó llegó cerca les pareció que era gitano; pero Sancho Panza, que do quiera que via asnos, se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre, cuando conoció que era Gines de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venia: el cual por no ser conocido y por vender el asno, se habia puesto en trage de gitano, cuya lengua y otras muchas sabia muy bien hablar como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho y conocióle, y apenas le hubo visto y conocido, cuando á grandes voces le dijo: Ah ladron, Ginesillo, deja mi

prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye, puto, auséntate, ladron, y desampara lo que no es tuyo. No fueron menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Gines, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole le dijo: ¿Cómo has estado, bien mio, rucio de mis ojos, compañero mio? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona. El asno callaba, y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente Don Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas, dijo el cura á Dorotea, que habia andado muy discreta, así en el cuento, como en la brevedad dél, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que muchos ratos se habia entretenido en leellos; pero que no sabia ella donde eran las provincias ni puertos de mar, y que así habia dicho á tiento que se habia desembarcado en Osuna.—Yo lo entendí así, dijo el cura, y por eso acudí luego á decir lo que dije, con que se acomodó todo; ¿pero no es cosa estraña ver con cuanta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros?—Sí es, dijo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella.—Pues otra cosa hay en ello, dijo el cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo, de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversacion, prosiguió Don Quijote con la suya, y dijo á Sancho. Echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno: ¿dónde, cómo y cuándo hallaste á Dulcinea? ¿qué hacia? ¿qué le dijiste? ¿qué te respondió? ¿qué rostro hizo cuando leia mi carta? ¿quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitármele.—Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé

carta alguna.—Así es como tú dices, dijo Don Quijote, porque el librillo de memoria, donde yo la escribí, le hallé en mi poder á cabo de dos dias de tu partida, lo cual me causó grandísima pena, por no saber lo que habias tú de hacer cuando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras menos.—Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria, cuando vuestra merced me la leyó, de manera, que se la dije á un sacristan, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los dias de su vida, aunque habia leido muchas cartas de descomunion, no habia visto ni leido tan linda carta como aquella.—¿Y tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo Don Quijote.—No señor, respondió Sancho, porque despues que la dí, como ví que no habia de ser de mas provecho, dí en olvidalla: y si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada*, digo del *Soberana Señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte el caballero de la Triste Figura:* y en medio destas dos cosas le puse mas de trecientas almas, y vidas, y ojos mios.





CAPÍTULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos.

TODO eso no me descontenta: prosigue adelante, dijo Don Quijote. Llegaste: ¿y qué hacia aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo[1] para este su cautivo caballero.—No la hallé, respondió Sancho, sino aechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.—Pues haz cuenta, dijo Don Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos: y si miraste, amigo, el trigo era candeal, ó trechel?—No era sino rubion, respondió Sancho.—Pues yo te aseguro, dijo Don Quijote, que aechando por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna; pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besóla? ¿Púsosela sobre la cabeza? ¿Hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ¿Ó qué hizo?—Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y díjome: Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está.—Discreta señora, dijo Don Quijote, eso debió de ser por leerla despacio y recrearse con ella: adelante Sancho: y en tanto que estaba en su menester, ¿qué coloquios pasó contigo? ¿Qué te preguntó de mí? ¿Y tú que le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima.—Ella no me preguntó nada, dijo Sancho; mas yo le dije de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvage, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, ni sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna.—En decir que maldecia mi fortuna dijiste mal, dijo Don Qui-

1 Oro hilado.



jote, porque antes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso.—Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fé que me lleva á mí mas de un coto.—¿Pues cómo, Sancho, dijo Don Quijote, haste medido tú con ella?—Medíme en esta manera, respondió Sancho, que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba mas de un gran palmo.—Pues es verdad, replicó Don Quijote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma; pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto á ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé que de bueno, que yo no acierto á dalle nombre, digo un tuho, ó tufo, como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero?—Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debia de ser que ella con el mucho ejercicio estaba sudada y algo correosa.—No seria eso, respondió Don Quijote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo, porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ambar desleido.—Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor, que entonces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de que maravillarse, que un diablo parece á otro.—Y bien, prosiguió Don Quijote, he aquí que acabó de limpiar su trigo y de envialle al molino, ¿qué hizo cuando leyó la carta?—La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabia leer ni escribir, antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia estraordinaria que por su causa quedaba haciendo: y finalmente, me dijo que dijese á vuestra merced, que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas deseo de verle que de escribirle: y que así le suplicaba y mandaba, que vista la presente saliese de aquellos matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced. Rióse mucho cuando le dije como se llamaba vuestra merced, *El caballero de la Triste Figura.* Preguntéle si habia ido allá el vizcaino de marras: díjome que sí, y que era un hombre muy de bien. Tambien le pregunté por los galeotes; mas díjome que no habia

visto hasta entonces alguno.—Todo va bien hasta agora, dijo Don Quijote; pero dime, ¿qué joya fué la que te dió al despedirte por las nuevas que de mí llevaste? porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas, ó enanos que les llevan nuevas, de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado.—Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debia de ser en los tiempos pasados, que ahora solo se debe de acostumbar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral, cuando de ella me despedí: y aun por mas señas era el queso ovejuno.—Es liberal en estremo, dijo Don Quijote; y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendria allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas despues de pascua: yo la veré y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado Sancho? de que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco mas de tres dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá mas de treinta leguas: por lo cual me doy á entender que aquel sabio nigromante, que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber so pena que yo no seria buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sabio destos, que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber como, ó en qué manera amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheció: y si no fuese por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso: que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun endriago, ó con algun fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya á punto de muerte, y cuando no os me cato, asoma por acullá encima de una nube, ó sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo que poco antes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas: y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantandores, que tienen cuidado destos valerosos caballeros: así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso; pues como tengo dicho, algun sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses.—Así seria, dijo Sancho, porque á bue-

na fe que andaba Rocinante, como si fuera asno de gitano con azogue en los oidos.—Y cómo si llevaba azogue, dijo Don Quijote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja; pero dejando esto aparte, ¿qué té parece á tí que debo yo de hacer ahora acerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? que aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del don que he prometido á la princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería á cumplir mi palabra antes que mi gusto: por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora, por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer será caminar apriesa y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz que mis sentidos alumbra: á la cual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama; pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me dá y de ser yo suyo.—¡Ay, dijo Sancho, y cómo está vuestra merced lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor: ¿piensa vuestra merced caminar este camino en valde, y dejar pisar[1] y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reino, que á buena verdad que he oido decir que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya cura; y si no ahí está nuestro licenciado, que lo hará de perlas: y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde: que mas vale pájaro en mano, que buitre volando, porque quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja, no se venga.—Mira, Sancho, respondió Don Quijote, si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo

1 Así en las primeras ediciones y en las demas: en el original del autor se leería acaso *pasar*.

muy fácilmente, porque yo sacaré de adahala[2], antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino para que la pueda dar á quien yo quisiere, y en dándomela ¿á quién quieres tú que la dé sino á tí?—Eso está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja ácia la marina, porque si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que ya he dicho: y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho.—Dígote, Sancho, dijo Don Quijote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en cuanto el ir antes con la princesa, que á ver á Dulcinea: y avísote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo ni otro por mí los descubra.—¿Pues si eso es así, dijo Sancho, cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre que la quiere bien, y que es su enamorado? Y siendo forzoso que los que fuesen se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos?—¡Ó qué necio y qué simple que eres! dijo Don Quijote, tú no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber, que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se estiendan mas sus pensamientos que á servilla por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros.—Con esa manera de amor, dijo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria, ó temor de pena, aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese.—¡Válate el diablo por villano! dijo Don Quijote, y qué de discreciones dices á las veces! No parece sino que has estudiado.—Pues á fe mia que no sé leer, respondió Sancho.

En esto les dió voces maese Nicolas que esperasen un poco, que

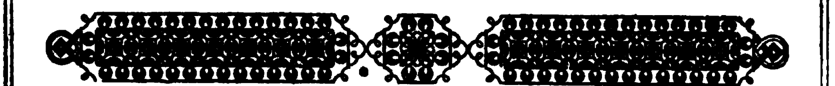
2 Así se decia antiguamente: ahora *adehala:* viene del árabe *ade halel*, que significa *lícita estipulacion.*

querian detenerse á beber en una fuentecilla que allí estaba. Detúvose Don Quijote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temía no le cogiese su amo á palabras; porque puesto que él sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traia cuando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el cura se acomodó en la venta satisfacieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traian. Estando en esto acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el cual poniéndose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á Don Quijote, y abrazándole por las piernas comenzó á llorar muy de propósito, diciendo: ¡Ay señor mio! ¿No me conoce vuestra merced? Pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andres, que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconocióle Don Quijote, y asiéndole por la mano se volvió á los que allí estaban, y dijo: Porque vean vuestras mercedes cuan de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes, que los dias pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa: acudí luego, llevado de mi obligacion, ácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho, que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada: digo que estaba atado á la encina, desnudo de medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo, y así como yo le ví, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia nacian mas de ladron que de simple: á lo cual este niño dijo: Señor, no me azota sino porque le pido mi salario: el amo replicó no sé que arengas y disculpas, las cuales aunque de mí fueron oidas, no fueron admitidas: en resolucion, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y aun zahumados: ¿no es verdad todo esto, hijo Andres? ¿No notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse, y notifiqué y quise? Respon-

de, no te turbes, ni dudes en nada, dí lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos.—Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al reves de lo que vuestra merced se imagina. —¿Cómo al reves? replicó Don Quijote, ¿luego no te pagó el villano?—No solo no me pagó, respondió el muchacho; pero así como vuestra merced traspuso del bosque, y quedamos solos, me volvió á atar á la mesma encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartolomé desollado: y á cada azote que me daba, me decia un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia. En efecto él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal, que el mal villano entonces me hizo: de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante, y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debia; mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo descargó sobre mí el nublado de modo, que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida.—El daño estuvo, dijo Don Quijote, en irme yo de allí, que no me habia de ir hasta dejarte pagado, porque bien debia yo de saber por luengas esperiencias, que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla;pero ya te acuerdas, Andres, que yo juré que si no te pagaba, que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar, aunque se escondiese en el vientre de la ballena.—Así es la verdad, dijo Andres; pero no aprovechó nada.—Ahora verás si aprovecha, dijo Don Quijote; y diciendo esto se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea ¿qué era lo que hacer queria? Él le respondió que queria ir á buscar al villano, y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andres hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió, que advirtiese que no podia, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya, y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino.—Así es verdad, respondió Don Quijote, y es

forzoso que Andres tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora decis, que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado.—No me creo desos juramentos, dijo Andres; mas quisiera tener agora con que llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: déme, si tiene ahí, algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo, como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dijo: Toma, hermano Andres, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. —¿Pues qué parte os alcanza á vos? preguntó Andres.—Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre, y á la mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen.—Andres asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza y tomó el camino en las manos, como suele decirse; bien es verdad que al partirse dijo á Don Quijote: Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga, y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo. =Ibase á levantar Don Quijote para castigalle; mas él se puso á correr de modo, que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo Don Quijote del cuento de Andres, y fué menester que los demas tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acaballe de correr del todo.





CAPÍTULO XXXII.

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quijote.

ACABÓSE la buena comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza; y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritórnes, que vieron venir á Don Quijote y á Sancho, les salieron á recebir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada. A lo cual le respondió la huéspeda, que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se la daria de príncipes. Don Quijote dijo que sí haria: y así le aderezaron uno razonable, en el mismo camaranchon de marras, y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de juicio. No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero, y asiéndole de la barba, dijo: Para mi santiguada, que no se ha aun de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos que es vergüenza, digo el peine que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á Don Quijote, que cuando le despojaron los ladrones galeotes, se habia venido á aquella venta huyendo; y que si preguntase por el escudero de la princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reino, como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de Don Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les adereza-



sen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormia Don Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entonces el dormir que el comer: trataron sobre comida, estando delante el ventero, su muger, su hija, Maritórnes y todos los pasageros, de la estraña locura de Don Quijote, y del modo que le habian hallado: la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho: como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron: y como el cura dijese que los libros de caballerías que Don Quijote habia leido le habian vuelto el juicio, dijo el ventero: No sé yo como puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sino á otros muchos, porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél mas de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas: á lo menos de mí sé decir, que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias.—Y yo ni mas ni menos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado, que no os acordais de reñir por entonces.—Así es la verdad, dijo Maritórnes, y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas; y mas cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles.—Y á vos ¿qué os parece, señora doncella? dijo el cura, hablando con la hija del ventero.—No sé, señor, en mi ánima, respondió ella: tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oillo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo.—¿Luego bien las remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran?—No sé lo que me hiciera, respondió la moza; solo sé que hay algunas seño-

ras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones, y otras mil inmundicias: y ¡Jesus! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado le dejan que se muera, ó que se vuelva loco: yo no sé para que es tanto melindre; si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa.—Calla, niña, dijo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto.—Como me lo pregunta este señor, respondió ella, no pude dejar de respondelle.—Ahora bien, dijo el cura, traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver.—Qué me place, respondió él, y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola halló en ella tres libros grandes, y unos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abrió, vió que era: *Don Cirongilio de Tracia*, y el otro de *Félix Marte de Hircania*, y el otro la *Historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdova*, con la *Vida de Diego Garcia de Paredes.* Así como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero, y dijo: Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina.—No hacen, respondió el barbero, que tambien sé yo llevarlos al corral, ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella.—¿Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dijo el ventero.—No mas, dijo el cura, que estos dos, el de Don Cirongilio, y el de Félix Marte.—¿Pues por ventura, dijo el ventero, mis libros son hereges, ó flemáticos, que los quiere quemar?—Cismáticos quereis decir, amigo, dijo el barbero, que no flemáticos.—Así es, replicó el ventero; mas si alguno quiere quemar, sea ese del gran Capitan, y dese Diego Garcia; que antes dejaré quemar un hijo, que dejar quemar ninguno desotros.—Hermano mio, dijo el cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates y devaneos, y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdova, el cual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo *Gran Capitan*, renombre famoso y claro, y dél solo merecido: y este Diego Garcia de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo en Estremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta, y las escribe él

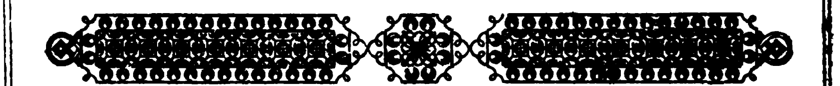
asimesmo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en su olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes.—Tomáos con mi padre, dijo el dicho ventero, mirad de qué se espanta, de detener una rueda de molino: por Dios, ahora habia vuestra merced de leer lo que leí yo de Félix Marte de Hircania, que de un reves solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas como los frailecicos que hacen los niños: y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó mas de un millon y seicientos mil soldados, todos armados desde el pié hasta la cabeza, y los desbarató á todos, como si fueran manadas de ovejas. Pues qué me dirán del bueno de Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso, como se verá en el libro, donde cuenta que navegando por un rio, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él así como la vió se arrojó sobre ella, y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas cosas, que no hay mas que oir. Calle, señor, que si oyese esto, se volviera loco de placer: dos higas para el Gran Capitan, y para ese Diego Garcia que dice.—Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio: Poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de Don Quijote [1].—Así me parece á mí, respondió Cardenio, porque segun da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan, pasó ni mas ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos.—Mirad, hermano, tornó á decir el cura, que no hubo en el mundo Félix Marte de Hircania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decis, de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores; porque realmente os juro, que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.—A otro perro con

1 Los oficios que hacian las personas de las comedias, se decian partes ó papeles; y quiere decir Dorotea que en esta comedia ó fábula caballeresca en que Don Quijote hace la primera parte ó el papel de primer galan, merecia el ventero hacer la segunda parte ó el papel de galan segundo.

ese hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese cuantas son cinco, y á donde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco: bueno es que quiera darme vuestra merced á entender, que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo real, como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamentos, que quitan el juicio. —Ya os he dicho, amigo, replicó el cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos para entretener á algunos, que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar; así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna destos libros: y si me fuera lícito agora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo; y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeeis del pié que cojea vuestro huésped Don Quijote.—Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco, que me haga caballero andante; que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros.= A la mitad de esta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oido decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras; y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viage de su amo, y que, si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle, y volverse con su muger y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero; mas el cura le dijo: Esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer, vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al prncipio tenian un título grande que decia: *Novela del curioso impertinente.* Leyó el cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo: Cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me vie-

ne voluntad de leella toda. A lo que respondió el ventero: Pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que á algunos huéspedes que aquí la han leido, les ha contentad omucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela á quien aquí dejó esta maleta olvidada, con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo; y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver, que aunque ventero, todavía soy cristiano.—Vos teneis mucha razon, amigo, dijo el cura; mas con todo eso, si la novela me contenta, me la habeis de dejar trasladar.—De muy buena gana, respondió el ventero.= Mientras los dos esto decian, habia tomado Cardenio la novela, y comenzando á leer en ella, y pareciéndole lo mesmo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. Sí leyera, dijo el cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer.—Harto reposo será para mí, dijo Dororea, entretener el tiempo en oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera razon.—Pues desa manera, dijo el cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguna de gusto. Acudió maese Nicolas á rogarle lo mismo, y Sancho tambien: lo cual visto del cura, y entendiendo que á todos daria gusto y él le recebiria, dijo: Pues así es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera.





CAPÍTULO XXXIII.

Donde se cuenta la novela del Curioso Impertinente.

EN Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que por escelencia y antonomasia, de todos los que los conocian, *los dos amigos* eran llamados: eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres, todo lo cual era bastante causa á que los dos con recíproca amistad se correspondiesen: bien es verdad que el Anselmo era algo mas inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza; pero cuando se ofrecia, dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan á una sus voluntades, que no habia concertado relox que así lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó (con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacia) de pedilla por esposa á sus padres, y así lo puso en ejecucion, y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda, suelen ser alegres, continúo Lotario, como solia, la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fué posible; pero acabadas las bodas, y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de vi-



sitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros; porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto es tan delicada la honra del casado, que parece se puede ofender aun de los mesmos hermanos, cuanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo hubiera hecho; y que si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras él fué soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el ser llamados *los dos amigos*, que no permitiese, por querer hacer del circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que así le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de antes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto ni otra voluntad, que la que él queria que tuviese, y que por haber sabido ella con cuantas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquiveza. A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario para persuadille volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana y las fiestas fuese Lotario á comer con él: y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viese que mas convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito estimaba en mas que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado á quien el cielo habia concedido muger hermosa, tanto cuidado habia de tener qué amigos llevaba á su casa, como en mirar con qué amigas su muger conversaba, porque lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mugeres), se concierta y facilita en casa de la amiga, ó la parienta de quien mas satisfaccion se tiene: tambien decia Lotario, que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo, que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciese, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido á la muger tiene, ó no le advierte, ó no le dice por no enojalla, que haga ó deje de hacer algunas cosas, que el hacellas ó no le seria de honra ó de vituperio: de lo cual, siendo del amigo advertido, fácilmente pondria remedio en todo. Pero

¿dónde se hallará amigo tan discreto, y tan leal y verdadero, como aquí Lotario le pide? No lo sé yo por cierto; solo Lotario era este, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar y acortar los dias del concierto de ir á su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso, y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentil hombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una muger tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavía no queria poner en duda su crédito, ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas, que él daba á entender ser inescusables: así que en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del dia.

Sucedió, pues, que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo á Lotario las semejantes razones: ¿Pensabas[1], amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres, como fueron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recebido, y sobre todo, al que me hizo en darme á tí por amigo, y á Camila por muger propia, dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo? Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo: porque no sé de que dias á esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan estraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mesmo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis propios pensamientos; y así me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria procurara decillo á todo el mundo: y pues que en efeto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás como mi amigo verdadero en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenian á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en qué habia de parar tan larga prevencion,

1 Acaso: *pensarás.*

ó preámbulo; y aunque iba revolviendo en su imaginacion que deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy lejos del blanco de la verdad, y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension, le dijo: que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podria prometer dél ó ya consejos para entretenellos, ó ya remedio para cumplillos. —Así es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila mi esposa es tan buena y tan perfeta como yo pienso; y no puedo enterarme en esta verdad, si no es probándola de manera, que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí, ó amigo, que no es una muger mas buena de cuanto es ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte, que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas, y á las continuas importunidades de los solícitos amantes: porque ¿qué hay que agradecer, decia él, que una muger sea buena, si nadie le dice que sea mala? ¿Qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido, que en cogiéndola en la primera desenvoltura la ha de quitar la vida? Ansí que la que es buena por temor, ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida, que salió con la corona del vencimiento: de modo que por estas razones y por otras muchas, que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos: y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma de esta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura: podré yo decir que está colmo el vacío de mis deseos: diré que me cupo en suerte la muger fuerte, de quien el sabio dice que ¿quién la hallará? Y cuando esto suceda al reves de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion, llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa esperiencia: y prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi deseo, ha de ser de algun provecho para dejar de ponerle por obra; quiero, ó amigo Lotario, que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una muger honesta, honrada, recogida y desintere-

sada: y muéveme entre otras cosas á fiar de tí esta árdua empresa, el ver que si de tí es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á solo tener por hecho lo que se ha de hacer por buen respeto, y así no quedaré yo ofendido mas de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocare ha de ser eterno como el de la muerte: así que, si quieres que yo tenga vida, que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fueron las razones que Anselmo dijo á Lotario, á todas las cuales estuvo tan atento, que, si no fueron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado: y viendo que no decia mas, despues que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas hubiera visto, que le causara admiracion y espanto, le dijo: No me puedo persuadir, ó amigo Anselmo, á que no sean burlas las cosas que me has dicho, que á pensar que de veras las decias, no consintiera que tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga. Sin duda imagino ó que no me conoces, ó que yo no te conozco; pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario: el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces; porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos, como dijo un poeta, *usque ad aras*, que quiso decir, que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? Y cuando el amigo tirase tanto la barra, que pusiese aparte los respetos del cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo, ¿cuál de estas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure á complacerte, y á hacer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto: antes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente; porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hom-

bre sin honra peor es que un muerto; y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, ¿no vengo á quedar deshonrado, y por el mesmo consiguiente sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche. —Que me place, dijo Anselmo, dí lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo: Paréceme, ó Anselmo, que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los cuales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, inteligibles, demonstrativos, indubitables, con demonstraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen: "Si de dos partes iguales "quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales:" y cuando esto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos y ponérselo delante de los ojos, y aun con todo esto no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de mi sacra religion; y este mesmo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en tí ha nacido, va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado el que ocupare en darte á entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dejarte en tu desatino en pena de tu mal deseo; mas no me deja usar deste rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte: y porque claro lo veas, dime, Anselmo, ¿tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada? ¿Persuadir á una honesta? ¿Ofrecer á una desinteresada? ¿Servir á una prudente? Sí que me lo has dicho: pues si tú sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteresada y prudente, ¿qué buscas? Y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, ¿qué mejores títulos piensas darle despues, que los que ahora tiene? ¿Ó qué será mas despues de lo que es ahora? Ó es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides: si no la tienes por la que dices, ¿para qué quieres probarla, sino como á mala hacer della lo que mas te viniere en gusto? Mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer esperiencia de la mesma verdad, pues despues de hecha se

ha de quedar con la estimacion que primero tenia: así que es razon concluyente que el intentar las cosas, de las cuales antes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y mas cuando quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y que de muy lejos traen descubierto, que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ó por el mundo, ó por entrambos á dos: las que se acometen por Dios, son las que acometieron los santos, acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo, son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta estrañeza de gentes por adquirir estos que llaman bienes de fortuna: y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en el contrario muro abierto tanto espacio cuanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas de el deseo de volver por su fe, por su nacion y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de fortuna, ni fama con los hombres; porque puesto que salgas con ella, como deseas, no has de quedar ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estás ahora; y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda; porque no te ha de aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para afligirte y deshacerte que la sepas tú mesmo: y para confirmacion desta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Luis Tansilo, en el fin de su primera parte de *Las lágrimas de San Pedro*, que dice así:

Crece el dolor y crece la vergüenza
En Pedro, cuando el dia se ha mostrado,
Y aunque allí no ve á nadie, se avergüenza
De sí mismo, por ver que habia pecado:
Que á un magnánimo pecho á haber vergüenza,
No solo ha de moverle el ser mirado,



Que de sí se avergüenza cuando yerra,
Si bien otro no ve que cielo y tierra[1].

Así que no escusarás con el secreto tu dolor, antes tendrás que llorar contino, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple doctor que nuestro poeta nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se escusó de hacerla el prudente Reinaldos: que puesto que aquello sea ficcion poética, tiene en sí encerrados secretos morales dignos de ser advertidos, y entendidos é imitados[2]: cuanto mas, que con lo que ahora pienso decirte acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime, Anselmo, si el cielo, ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo posesor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos lapidarios le viesen, y que todos á una voz y de comun parecer dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á cuanto se podia estender la naturaleza de tal piedra, y tú mesmo lo creyeses así, sin saber otra cosa en contrario, ¿seria justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí á pura fuerza de golpes y brazos probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y mas[3] si lo pusieses por obra, que puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añadiria mas valor ni mas fama, ¿y si se rompiese, cosa que podria ser, no se perderia todo? Sí por cierto, dejando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimacion como en la agena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir á mas valor del que ahora

1 Escribió Luis Tansilo, natural de Nola en el reino de Nápoles, este poema de: *Las lágrimas de San Pedro*, para reparar el mal ejemplo que ocasionó con otro, licencioso y obsceno, que consta de 160 octavas, intitulado el *Vendemmiatore*. Anduvo al principio no tan completo, como le tradujo despues en octavas castellanas Fr. Damian Alvarez, y dividido en XIII cantos le publicó en Nápoles año de 1613.

2 Alúdese aquí á la ficcion que refiere el Ariosto (poeta italiano, y por eso llamado *nuestro* por Lotario, en el cant. 41 y 42 de su *Orlando*). Pudiera presumirse que de esta ficcion del Ariosto tomó acaso Cervantes el argumento de la novela de *El Curioso Impertinente*, tan apreciable por su artificio, estilo, pintura de los afectos del amor, de los zelos, de la fragilidad, de las astucias de algunas amas y criadas, y ejemplar no solo por el castigo que recibe Camila, sino porque enseña que *solo se vence la pasion amorosa con huirla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque son menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas*, como se dice arriba.

3 Este lugar, que parece algo obscuro, quedaria mas claro, espresando la elipsis que se sobreentiende, así: *¿Y seria mas justo, si lo pusieses por obra?*

tiene; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora cual quedarias sin ella, y con cuanta razon te podrias quejar de tí mesmo, por haber sido causa de su perdicion y la tuya: mira que no hay joya en el mundo que tanto valga, como la muger casta y honrada, y que todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene: y pues la de tu esposa es tal, que llega al estremo de bondad que sabes, ¿para qué quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la muger es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que, cuando quieren cazarle los cazadores, usan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y despues ojeándole le encaminan hácia aquel lugar, y así como el arminio llega al lodo, se está quedo, y se deja prender y cautivar á trueco de no pasar por el cieno, y perder y ensuciar su blancura, que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta muger es arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisieré que no la pierda, antes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural, que pueda por sí mesma atropellar y pasar por aquellos embarazos, y es necesario quitárselos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimesmo la buena muger como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y escurecerse con cualquiera aliento que le toque: hase de usar con la honesta muger el estilo que con las reliquias, adorarlas, y no tocarlas: hase de guardar y estimar la muger buena, como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasée ni manosée, basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura. Finalmente, quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parecen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase, y entre otras razones le dijo estas:

Es de vidrio la muger;
Pero no se ha de probar,
Si se puede, ó no, quebrar,
Porque todo podria ser.
Y es mas fácil el quebrarse,
Y no es cordura ponerse
A peligro de romperse
Lo que no puede soldarse:
Y en esta opinion estén
Todos, y en razon la fundo:
Que si hay Dánaes en el mundo,
Hay pluvias de oro tambien.

Cuanto hasta aquí te he dicho, ó Anselmo, ha sido por lo que á tí te toca, y ahora es bien que se oiga algo de lo que á mí me conviene; y si fuere largo, perdóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á tí. Que me la quieres quitar á mí está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á tí no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad, que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo, y teniéndose por deshonrada, te toca á tí como á cosa suya su mesma deshonra: y de aquí nace lo que comunmente se platica, que el marido de la muger adúltera, puesto que él no lo sepa ni haya dado ocasion para que su muger no sea la que debe, ni haya sido en su mano ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y bajo: y en cierta manera le miran los que la maldad de su muger saben con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quiérote decir la causa, porque con justa razon es deshonrado el marido de la muger mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea: y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho. Cuando Dios crió á nuestro primero padre en el paraiso

terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó á nuestra madre Eva, y así como Adan despertó y la miró, dijo: *Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos.* Y Dios dijo: *Por esta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma:* y entonces fué instituido el divino sacramento del matrimonio, con tales lazos, que solo la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una mesma carne: y aun hace mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de una voluntad: y de aquí viene, que como la carne de la esposa sea una mesma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procuran, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño; porque así como el dolor del pié, ó de cualquier miembro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo por ser todo de una carne mesma, y la cabeza siente el daño del tobillo sin que ella se le haya causado; así el marido es participante de la deshonra de la muger, por ser una mesma cosa con ella: y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la muger mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonrado sin que él lo sepa. Mira pues, ó Anselmo, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive: mira por cuan vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora están sosegados en el pecho de tu casta esposa: advierte que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto [1], porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta á moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura, que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin, le dijo: Con la atencion que has visto he escuchado, Lotario amigo, cuanto has querido decirme, y en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes, y el estremo de la verdadera amistad que al-

1 Así las primeras ediciones y las demas: si dijesen *en este punto*, parece estaria el sentido mas claro.



canzas: y ansimesmo veo y confieso, que si no sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto, has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mugeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, cuanto mas para comerse; así que es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hacer con facilidad, solo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, á solicitar á Camila, la cual no ha de ser tan tierna, que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra, y con solo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra: y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo, como estoy, determinado de poner en plática esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tú procuras que no pierda: y cuando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco ó nada; pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al ser primero: y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dejes de hacer, aunque mas inconvenientes se te pongan delante; pues como ya he dicho, con solo que comiences daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué mas ejemplos traerle, ni qué mas razones mostrarle, para que no la siguiese: y viendo que le amenazaba que daria á otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal determinó de contentarle y hacer lo que le pedia, con propósito é intencion de guiar aquel negocio de modo, que sin alterar los pensamientos de Camila quedase Anselmo satisfecho: y así le respondió, que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la cual comenzaria cuando á él le diese mas gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrcimiento, como si alguna grande merced le hubiera hecho; y quedaron de acuerdo entre los dos, que desde otro dia siguiente se comenzase la obra, que él le daria lugar y tiempo como á sus solas pudiese hablar á Camila, y asimesmo le daria dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que cuando él no quisiese to-

mar trabajo de hacerlos, él mesmo los haria. A todo se ofreció Lotario, bien con diferente intencion que Anselmo pensaba: y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ansia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel dia tarbaba en venir mas de lo acostumbrado.

Fuése Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento, como Lotario fué pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar á Anselmo sin ofender á Camila, y otro dia vino á comer con su amigo, y fué bien recebido de Camila, la cual le recebia y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dijo á Lotario que se quedase allí con Camila en tanto que él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora y media volveria. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á hacerle compañía; mas nada aprovechó con Anselmo, antes importunó á Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha importancia: dijo tambien á Camila que no dejase solo á Lotario en tanto que él volviese. En efecto, él supo tambien fingir la necesidad, ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuése Anselmo, y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demas gente de casa toda se habia ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un escuadron de caballeros armados: mirad si era razon que temiera Lotario; pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla, y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dijo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió, que mejor reposaria en el estrado que en la silla, y así le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo. El cual, como halló á Camila en su aposento, y á Lotario durmiendo, creyó que como se habia tardado tanto, ya habrian tenido los dos lugar para hablar, y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera, y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de la casa, y así le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario, que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo; y así no habia hecho otra cosa que ala-

bar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiéndola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa, cuando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se transforma en angel de luz, siéndolo él de tinieblas; y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quien es, y sale con su intencion, si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dijo que cada dia daria el mesmo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió, pues, que se pasaron muchos dias, que sin decir Lotario palabra á Camila, respondia á Anselmo que la hablaba, y jamas podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza; antes decia que le amenazaba, que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo. Bien está, dijo Anselmo: hasta aquí ha resistido Camila á las palabras, es menester ver como resiste á las obras: yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcais, y aun se los deis, y otros tantos para que compreis joyas con que cebarla: que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas: y si ella resiste á esa tentacion, yo quedaré satisfecho, y no os daré mas pesadumbre. Lotario respondió, que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabia qué decirse para mentir de nuevo; pero en efeto, determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas como á las palabras, y que no habia para qué cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que habiendo dejado Anselmo solos á Lotario y á Camila, como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en mas de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo: y cayó en la cuenta de que cuanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion y mentira; y para ver si esto era ansí,

salió del aposento, y llamando á Lotario aparte, le preguntó qué nuevas habia, y de qué temple estaba Camlia.—Lotario le respondió, que no pensaba mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan áspera y desabridamente, que no tendria ánimo para volver a decirle cosa alguna.—¡Ah, dijo Anselmo: Lotario, Lotario, y cuán mal correspondes á lo que me debes, y á lo mucho que de tí confio! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada de esta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender, que aun las primeras le tienes por decir; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas, ó por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podria hallar para conseguir mi deseo? No dijo mas Anselmo; pero bastó lo que habia dicho para dejar corrido y confuso á Lotario, el cual casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, cual lo veria, si con curiosidad lo espiaba: cuanto mas, que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para dalle comodidad mas segura y menos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose á la de un amigo suyo, que estaba en una aldea no lejos de la ciudad, con el cual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas veras, para tener ocasion con Camila de su partida. ¡Desdichado y mal advertido de tí, Anselmo! ¿Qué es lo que haces? ¿Qué es lo que trazas? ¿Que es lo que ordenas? Mira que haces contra tí mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion: buena es tu esposa Camila, quieta y sosegadamente la posees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo: pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene, y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que toda venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta, diciendo:

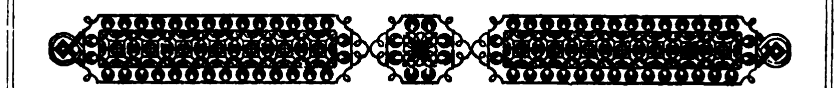
Busco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traidor lealtad:
Pero mi suerte, de quien
Jamas espero algun bien,
Con el cielo ha estatuido,
Que, pues lo imposible pido,
Lo posible aun no me den.

Fuese otro dia Anselmo á la aldea, dejando dicho á Camila, que el tiempo que él estuviese ausente, vendria Lotario á mirar por su casa, y á comer con ella, que tuviese cuidado de tratalle como á su mesma persona. Afligióse Camila, como muger discreta y honrada, de la órden que su marido le dejaba, y díjole que advirtiese, que no estaba bien, que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por esperiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó, que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que ansí lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fué recebido de Camila con amoroso y honesto acogimiento; la cual jamas se puso en parte donde Lotario la viese á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo la trujo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera cuando se levantaban los manteles, y la gente se iba á comer con mucha priesa, porque así se lo tenía mandado Camila; y aun tenia órden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamas se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su señora, antes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado; mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponia freno á la lengua de Lotario; pero el pro-

vecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos porque si la lengua callaba, el pensamiento discurria, y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los estremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estátua de mármol, no que un corazon de carne: mirábala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada, y esta consideracion comenzó poco á poco á dar asalto á los respetos que á Anselmo tenia, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamas Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila; mas ya le hacia impedimento y detenia el gusto que hallaba en mirarla: hacíase fuerza y peleaba consigo mismo, por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila: culpábase á solas de su desatino: llamábase mal amigo y aun mal cristiano: hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir, que mas habia sido la locura y confianza de Anselmo, que su poca fidelidad; y que si así tuviera disculpa para con Dios, como para con los hombres, de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra: y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbacion y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba, y entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna: mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor; antes tuvo en mas á Camila, la cual, habiendo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabia que hacerse; y pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasion y lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones.







CAPÍTULO XXXIV.

Donde se prosigue la novela del Curioso Impertinente.

Así como suele decirse, que parece mal el ejército sin su "general, y el castillo sin su castellano, digo yo que pa- "rece muy peor la muger casada y moza sin su marido, "cuando justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal "sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que "si presto no venis me habré de ir á entretener en casa de mis pa- "dres, aunque deje sin guarda la vuestra, porque la que me dejas- "tes, si es que quedó con tal título, creo que mira mas por su gus- "to, que por lo que á vos os toca: y pues sois discreto, no tengo "mas que deciros, ni aun es bien que mas os diga."

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba: y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra, que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa, ni menos irse á la de sus padres; porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo: en fin, se resolvió en lo que le estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia; pero fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar mas cuenta á su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo: y aun andaba buscando manera como disculpar á Lotario con Anselmo, cuando le preguntase la ocasion que le habia movido á escribirle

aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lotario, el cual cargó la mano de manera, que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos para que no diesen muestras de alguna amorosa compasion, que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente, á él le pareció, que era menester en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco á aquella fortaleza, y así acometió á su presuncion con las alabanzas de su hermosura; porque no hay cosa que mas presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la mesma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto, él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que, aunque Camila fuera toda de bronce, viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dió al traves con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que menos se pensaba y mas deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió: ¿pero qué mucho, si la amistad de Lotario no quedó en pié? Ejemplo claro que nos muestra, que solo se vence la pasion amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo, ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en menos su amor, y pensase que así acaso y sin pensar, y no de propósito, la habia solicitado.

Volvió de allí á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en menos tenia y mas estimaba: fuese luego á ver á Lotario, y hallóle en su casa: abrazáronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida ó de su muerte. Las nuevas que te podré dar, ó amigo Anselmo, dijo Lotario, son de que tienes una muger que dignamente puede ser ejemplo y corona de todas las mugeres buenas: las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mias se ha hecho burla notable: en resolucion, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loa-

ble y bien afortunada á una honrada muger: vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas, como son dádivas ni promesas: conténtate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas; y pues á pié enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas, que de las mugeres suelen y pueden tenerse, no quieras de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer esperiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el cielo te dió en suerte para que en él pasases la mar de este mundo; sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y déjate estar hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguía humana que de pagarla se escuse. Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo; pero con todo eso le rogó que no dejase la empresa, aunque no fuese mas de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entonces; y que solo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza debajo del nombre de Clori, porque él le daria á entender á Camila, que andaba enamorado de una dama, á quien le habia puesto aquel nombre, por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia: y que cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria. No será menester eso, dijo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas, que algunos ratos del año no me visiten: dile tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré, si no tan buenos como el subjeto merece, serán por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo; y vuelto Anselmo á su casa, preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fué le dijese la ocasion por qué le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le habia parecido que Lotario la miraba un poco mas desenvueltamente que cuando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada, y creia que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huia de vella y de estar con ella á solas. Díjole Anselmo que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debajo del nombre de Clori, y que, aunque no lo estuviera, no habia que temer de la verdad de Lotario y

de la mucha amistad de entrambos: y á no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos; mas por estar ya advertida pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogó Anselmo á Lotario dijese alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque cuando algun amante loa á su dama de hermosa y la nota de cruel, ningun oprobrio hace á su buen crédito; pero sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice ansí:

SONETO.

En el silencio de la noche, cuando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo y á mi Clori dando:
Y al tiempo cuando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando:
Y cuando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envía,
El llanto crece y doblo los gemidos:
Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfia
Al cielo sordo, á Clori sin oidos[1].

Bien le pareció el soneto á Camila, pero mejor á Anselmo, pues le alabó, y dijo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia.—A lo que dijo Camila: ¿Luego todo aquello que los poetas enamorados dicen, es verdad?—En cuanto poetas no la dicen, respondió Lotario; mas en cuanto enamorados siempre quedan tan cortos como verdaderos.—No hay duda deso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario; y así con el gusto que de

1 Este soneto le repitió Cervantes en la comedia de *La Casa de los Zelos*, al principio de la jornada segunda.

sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto ó otros versos sabia, los dijese.—Sí sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir, menos malo, y podréislo bien juzgar, pues es este:

SONETO.

Yo sé que muero, y si no soy creido,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto
Verme á tus piés, ó bella ingrata, muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podré yo verme en la region de olvido,
De vida, y gloria, y de favor desierto,
Y allí verse podrá en mi pecho abierto
Como tu rostro hermoso está esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance, que me amenaza mi porfía,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
¡Ay de aquel que navega, el cielo escuro,
Por mar no usado, y peligrosa via,
Adonde norte ó puerto no se ofrece!

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo, como habia hecho el primero, y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra, pues cuando mas Lotario le deshonraba, entonces le decia que estaba mas honrado: y con esto todos los escalones que Camila bajaba ácia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido ácia la cumbre de la virtud y de su buena fama.

Sucedió en esto que hallándose una vez entre otras sola Camila con su doncella, le dijo: Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en cuan poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le dí tan presto de mi voluntad: temo que ha de desestimar mi presteza ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. —No te dé pena eso, señora mia, respondió Leonela, que no está la monta, ni es causa para menguar la estimacion, darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno, y ello por sí digno de estimarse: y aun suele decirse, que el que luego da, da dos veces. —Tambien se suele decir, dijo Camila, que lo que cuesta poco se estima en menos.—No corre por tí esa razon, respondió Leonela,

porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela y otras anda: con este corre, y con aquel va despacio: á unos entibia y á otros abrasa: á unos hiere, y á otros mata: en un mesmo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mesmo punto la acaba y concluye: por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista: y siendo así, ¿de qué te espantas, ó de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi señor? y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta la obra; porque el amor no tiene otro mejor ministro para ejecutar lo que desea, que es la ocasion, de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios: todo esto sé yo muy bien mas de esperiencia que de oidas; y algun dia te lo diré, señora, que yo tambien soy de carne y de sangre moza: cuanto mas, señora Camila, que no te entregaste ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones, y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuán digno era Lotario de ser amado; pues si esto es ansí, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfaccion, de que ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima; y que no solo tiene las cuatro *SS*[1] que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A B C entero: si no, escúchame, y verás como te lo digo de coro. Él es, segun yo veo y á mí me parece, *agradecido*, *bueno*, *caballero*, *dadivoso*, *enamorado*, *firme*, *gallardo*, *honrado*, *ilustre*, *leal*, *mozo*, *noble*, *onesto*, *principal*, *quantioso*, *rico*, y las *ss* que dicen; y luego *tácito*, *verdadero:* la *x* no le cuadra, porque es letra áspera: la *y* ya está dicha: la *z* *zelador* de tu honra. Rióse Camila del A B C de su doncella, y túvola por mas plática en las cosas de amor, que ella decia; y así lo confesó ella, descubriendo á Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido de la mesma ciudad: de lo cual se turbó Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla si pasaban sus pláticas á mas que serlo. Ella con poca vergüenza y mucha

1 Son estas:

Sabio, solo, solícito y secreto.

Redújolas á este verso Luis de Baraona, que las esplica en el cant. IV de las *Lágrimas de Angélica.*

desenvoltura le respondió que sí pasaban: porque es cosa ya cierta, que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las cuales, cuando ven á las amas echar traspiés, no se les da nada á ellas de cojear ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila, sino rogar á Leonela no dijese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, porque no viniesen á noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haria; mas cumpliólo de manera, que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella habia de perder su crédito; porque la deshonesta y atrevida Leonela, despues que vió que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que, aunque su señora le viese, no habia de osar descubrille: que este daño acarrean entre otros los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de sus mesmas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila, que, aunque vió una y muchas veces que su Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos para que no fuese visto de su marido; pero no los pudo quitar, que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba: el cual sin conocer quien era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma; mas cuando le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediara. Pensó Lotario que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo, no habia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo: solo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido fácil y ligera con él, lo era para otro: que estas añadiduras trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el crédito de su honra con el mesmo á quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á cualquiera sospecha que desto le venga: y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues sin hacer ninguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin mas ni mas, antes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la zelosa rabia que las entrañas le roia, muriendo por vengarse de Camila que en ninguna cosa le habia ofendido, se fué á Anselmo, y le dijo: Sábete, Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mesmo, haciéndome fuerza á no

decirte lo que ya no es posible ni justo que mas te encubra: sábete que la fortaleza de Camila está ya rendída y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della, y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores, que con tu licencia con ella he comenzado: creí ansimesmo que ella, si fuera la que debia y la que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que cuando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que allí le solia hablar Camila) y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun cometido el pecado sino con pensamiento, y podria ser que deste hasta el tiempo de ponerle por obra se mudase el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento: y así ya que en todo, ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te daré, para que sin engaño y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ó tres dias, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay, y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos, y yo por los mios, lo que Camila quiere; y si fuere la maldad, que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discrecion podrás ser el verdugo de tu agravio. Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oir, porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo: Tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad, en todo he seguido tu consejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario, y en apartándose dél, se arrepintió totalmente de cuanto le habia dicho, viendo cuán neciamente habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonrado: maldecia su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabia que medio tomarse para deshacer lo hecho, ó para dalle alguna razonable salida: al fin acordó de dar cuenta de todo á Camila, y como no faltaba lugar para

poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola. Y ella, así como vió que le podia hablar, le dijo: Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte, que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace; pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi crédito, cuanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa: y lo que me fatiga es que no la puedo castigar ni reñir, que el ser ella secretario de nuestros tratos, me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decia, creyó Lotario que era artificio para desmentille que el hombre que habia visto salir era de Leonela, y no suyo; pero viéndola llorar, y afligirse y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y en creyéndola, acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero con todo esto respondió á Camila que no tuviese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela: díjole asimismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos habia dicho á Anselmo, y como estaba concertado de esconderse en la recámara para ver desde allí á la clara la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto, como su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enojo y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento, y la simple y mala determinacion que habia tenido; pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien y para el mal, mas que el varon, puesto que le va faltando cuando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio; y dijo á Lotario que procurase que otro dia se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno; y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado que en estando Anselmo escondido, él viniese cuando Leonela le llamase, y que á cuanto ella le dijese le respondiese como respondiera, aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intencion, porque con mas seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario.—Digo, dijo Camila, que no hay mas que guardar, si no fuere responderme como yo os pregun-

tare; no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiese ó buscase otros que no podrian ser tan buenos.

Con esto se fué Lotario; y Anselmo otro dia con la escusa de ir á aquella aldea de su amigo, se partió y volvió á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo, con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendria el que esperaba ver por sus ojos hacer notomía de las entrañas de su honra, íbase á pique de perder el sumo bien, que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela, que Anselmo estaba escondido, entraron en la recámara, y apenas hubo puesto los piés en ella Camila, cuando dando un grande suspiro, dijo: ¡Ay Leonela amiga! ¿no seria mejor que antes que llegase á poner en ejecucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido, y pasases con ella este infame pecho mio? pero no hagas tal, que no será razon que yo lleve la pena de la agena culpa: primero quiero saber que es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto, en desprecio de su amigo y en deshonra mia: ponte, Leonela, á esa ventana, y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle esperando poner en efeto su mala intencion; pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mia.—¡Ay, señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela, ¿y qué es lo que quieres hacer con esta daga? ¿quieres por ventura quitarte la vida, ó quitársela á Lotario? que cualquiera destas cosas que quieras, ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama: mejor es que disimules tu agravio y no des lugar que este mal hombre entre ahora en esta casa y nos halle solas: mira, señora, que somos flacas mugeres, y él es hombre y determinado, y como viene con aquel mal propósito, ciego y apasionado, quizá antes que tú pongas en ejecucion el tuyo, hará él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida: mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar á este desuellacaras en su casa: y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿qué hemos de hacer dél despues de muerto?—¿Qué, amiga? respondió Camila, dejarémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descargo el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia: llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la de-

bida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia, se le mudaban los pensamientos; mas cuando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiciese; pero detúvole el deseo de ver en qué paraba tanta gallardía y honesta resolucion, con propósito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que allí estaba, comenzó Leonela á llorar muy amargamente y á decir: ¡Ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el ejemplo de la castidad! con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuviera por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí dijo: ¿Por qué no vas, Leonela, á llamar al mas desleal amigo de amigo que vió el sol, ó cubrió la noche? acaba, corre, aguija, camina, no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero.—Ya voy á llamarle, señora mia, dijo Leonela; mas hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa, en tanto que falto, que dejes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren.—Ve segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa de su desgracia: yo moriré, si muero; pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entre tanto que volvia, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: ¡Válame Dios! ¿no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? mejor fuera sin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el

mundo, si acaso llegare á saberlo, de que Camila no solo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle; mas con-todo creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo, pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño, que allí le señalé, debió de ser que de puro bueno y confiado no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese: ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamas, si su insolencia no llegara á tanto, que las manifiestas dádivas, y las largas promesas y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. ¿Mas para qué hago yo ahora estos discursos? ¿Tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? no por cierto. Afuera pues traidores: aquí venganzas [1]: entre el falso, venga, llegue, muera, acabe y suceda lo que sucediere: limpia entré en poder del que el cielo me dió por mio, y limpia he de salir dél: y cuando mucho, saldré bañada en mi casta sangre y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo. Y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio, y que no era muger delicada sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo, cubierto detras de unos tapices donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido era bastante satisfaccion para mayores sospechas, y ya quisiera que faltara la prueba de venir Lotario, temeroso de algun mal repentino suceso: y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo, porque vió que Leonela volvia con Lotario de la mano. Y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dijo: Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha te atrevieres á pasar desta raya que ves, ni aun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo; y antes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradare. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas si conoces á Anselmo mi marido, y en qué opinion le tienes: y lo segundo, quiero saber tambien si me conoces á mí: respóndeme á esto y no te turbes, ni pienses mucho lo que has

1 Así las primeras ediciones y las demas; pero en el original se diria acaso: *venid aquí, venganzas.*

de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y así correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por mas que cierta verdad. Y así respondió á Camila desta manera: No pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo: si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde mas lejos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado, cuanto la esperanza está mas cerca de poseello; pero, porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero decir lo que tú tambien sabes de nuestra amistad por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga: poderosa disculpa de mayores yerros. A tí te conozco y tengo en la misma posesion que él te tiene, que á no ser así, por menos prendas que las tuyas no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo, como el amor, por mí rompidas y violadas. —Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar para que vieras con cuan poca ocasion le agravias? pero ya caigo, ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á tí mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no, dime, ¿cuándo, ó traidor, respondí á tus ruegos con alguna palabra ó señal que pudiese despertar en tí alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿cuándo tus amorosas palabras no fueron deshechas y reprendidas de las mias con rigor y con aspereza? ¿cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fueron de mí creidas ni admitidas? pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia; pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y asi quiero castigarme y darme la pena que tu culpa

merece: y porque vieses que, siendo conmigo tan inhumana, no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio, que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco recato que he tenido del huir la ocasion, si alguna te dí, para favorecer y canonizar tus malas intenciones: torno á decir que la sospecha que tengo que algun descuido mio engendró en tí tan desvariados pensamientos, es la que mas me fatiga y la que yo mas deseo castigar con mis propias manos, porque castigándome otro verdugo quizá seria mas pública mi culpa; pero antes que esto haga quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá, donde quiera que fuera, la pena que da la justicia desinteresada y que no se dobla, al que en términos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con una increible fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda si aquellas demostraciones eran falsas ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su industria y de su fuerza para estorbar que Camila no le diese. La cual tan vivamente fingia aquel estraño embuste y falsedad[1], que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre; porque viendo que no podia herir á Lotario, ó fingiendo que no podia, dijo: Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, á lo menos no será tan poderosa, que en parte me quite que no le satisfaga. Y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacó y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por mas arriba de la islilla del lado izquierdo junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza despavorido y sin aliento á sacar la daga, y en ver la pequeña herida salió del temor que hasta entonces tenia, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila; y por acudir con lo que á él le tocaba, comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no

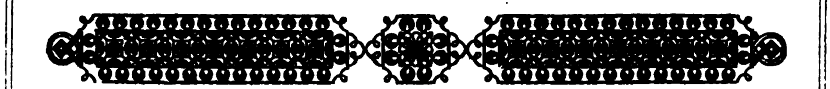
1 En las ediciones originales se decia por yerro de imprenta *fealdad*.


J. Heredia

solo á él, sino al que habia sido causa de habelle puesto en aquel término; y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas, que el que le oyera le tuviera mucha mas lástima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase: pedíale asimesmo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese antes que estuviese sana. Él respondió que dijesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese; solo le dijo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adonde gentes no le viesen: y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y cuando se vió solo y en parte donde nadie le veia, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela: consideraba cuan enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por muger á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad mas disimulada que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre á su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera mas necesario tenerle para quitarse la vida que tan aborrecida tenia: pedia consejo á su doncella, si diria ó no todo aquel suceso á su querido esposo. La cual le dijo que no se lo dijese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo cual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena muger estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese, sino á quitalle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria; pero que en todo caso convenia buscar qué decir á Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podia dejar de ver. A lo que Leonela respondia que ella, ni aun burlando, no sabia mentir.—Pues yo, hermana, replicó Camila, ¿qué tengo de saber? que no me atreveré á forjar ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida; y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta.—No tengas pena, señora, de aquí á

mañana, respondió Leonela, yo pensaré qué le digamos, y quizá que por ser la herida donde es, se podrá encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos: sosiégate, señora mia, y procura sosegar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobresaltada; y lo demas déjalo á mi cargo y al de Dios, que siempre acude á los buenos deseos. Atentísimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra, la cual con tan estraños y eficaces afectos la representaron los personages de ella, que pareció que se habian transformado en la misma verdad de lo que fingian: deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese. Y él sin perdella salió, y luego fué á buscar á Lotario, el cual hallado no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas que dió á Camila: todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria, cuán engañado estaba su amigo y cuán injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veia que Lotario no se alegraba, creia ya ser la causa por haber dejado á Camila herida y haber él sido la causa; y así entre otras razones le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrírsela á él, y que segun esto no habia de que temer, sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veia levantado á la mas alta felicidad que acertara desearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos, que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dijo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recibíale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad, con tanto artificio hasta allí cubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.





CAPÍTULO XXXV.

Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del Curioso Impertinente.

POCO mas quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchon donde reposaba Don Quijote, salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen como si fuera un nabo.—¿Qué dices, hermano? dijo el cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba: ¿estais en vos, Sancho? ¿cómo diablos puede ser eso que decis, estando el gigante dos mil leguas de aquí? En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quijote decia á voces: Tente ladron, malandrin, follon, que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes.—Y dijo Sancho: No tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea, ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo ví correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caida á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.—Que me maten, dijo á esta sazon el ventero, si Don Quijote, ó Don Diablo, no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre. Y con esto entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron á Don Quijote en el mas estraño trage del mundo: estaba en camisa, la cual no era tan cumplida, que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos menos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias: tenia en la cabeza un bonetillo colora-

do grasiento, que era del ventero: en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el por qué; y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes diciendo palabras, como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante; y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante: que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya habia llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. Lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante; y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fria del pozo y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote, mas no con tanto acuerdo, que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuan corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador, y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dijo: Ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez en este mesmo lugar, donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quien me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que ví cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente.—¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero: ¿no ves, ladron, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento? que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó.—No sé nada, respondió Sancho, solo sé que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza se me ha de deshacer mi condado, como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maléfico del señor, y juraba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar

las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el cura de las manos á Don Quijote, el cual creyendo que ya habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura, diciendo: 'Bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir de hoy mas segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo tambien de hoy mas soy quito de la palabra que os dí, pues con ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.—¿No lo dije yo? dijo oyendo esto Sancho: sí, que no estaba yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante, ciertos son los toros, mi condado está de molde. ¿Quién no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reian, si no el ventero que se daba á Satanas; pero en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron con Don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dejáronle dormir, y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque mas tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros; y la ventera decia en voz y en grito: En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta: la vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero (que mala aventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo), y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca: y ahora por su respeto vino estotro señor y me llevó mi cola, y hámela vuelto con mas de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo, romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritórnes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreia. El cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta ha-

cian. Dorotea consoló á Sancho Panza, diciéndole que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la princesa que tuviese por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dijo que así lo creía, y que no tuviese pena, que todo se haria bien y sucedería á pedir de boca. Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demas le rogaron la acabase: él, que á todos quiso dar gusto, y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento, que así decia:

Sucedió pues, que por la satisfacion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al reves de la voluntad que le tenia, y para mas confirmacion de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recebia; mas el engañado Anselmo le dijo: que en ninguna manera tal hiciese, y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el gozo que tenia Leonela de verse calificada en sus amores, llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco recelo pudiese ponerle en ejecucion. En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quien los daba, sintió que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo, que la abrió y entró adentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle: y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciéndole: Sosiégate, señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dijese la verdad, si no, que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se decia, le dijo: No me mates, señor, que yo te diré cosas de mas importancia de las que

puedes imaginar.—Dílas luego, dijo Anselmo, si no muerta eres.—Por ahora será imposible, dijo Leonela, segun estoy de turbada, déjame hasta mañana, que entonces sabrás de mí lo que te ha de admirar: está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedia, porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y así se salió del aposento y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldria hasta que le dijese lo que tenia que decirle. Fué luego á ver á Camila, y á decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila ó no, no hay para que decirlo, porque fué tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa ó no; y aquella mesma noche, cuando le pareció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salió de casa y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario, fué tal, que no le sabia responder palabra, ni menos sabia resolverse en lo que haria. En fin, acordó de llevar á Camila á un monasterio, en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y él ansimesmo se ausentó luego de la ciudad, sin dar parte á nadie de su ausencia. Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó y fué adonde la habia dejado encerrada: abrió y entró en el aposento; pero no halló en él á Leonela, solo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por allí se habia descolgado é ido: volvió luego muy triste á decírselo á Camila, y no hallándola en la cama, ni en toda la casa, quedó asombrado: preguntó á los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que pedia: acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió[1] sus cofres abiertos y que dellos faltaban las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no

1 A ver.

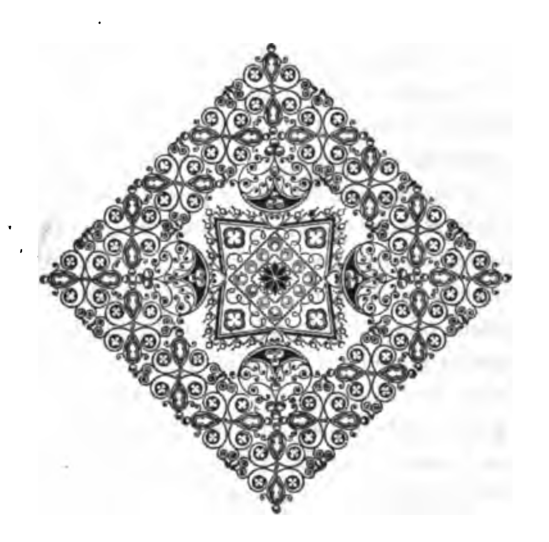
era Leonela la causa de su desventura: y ansi como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas cuando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche habia faltado de casa y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio: y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenia, sino la casa desierta y sola: no sabia qué pensar, qué decir ni qué hacer, y poco á poco se iba volviendo el juicio: contemplábase y mirábase en un instante sin muger, sin amigo y sin criados, desamparado á su parecer del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion: resolvióse en fin á cabo de una gran pieza de irse á la aldea de su amigo, donde habia estado cuando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura; cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino: y apenas hubo andado la mitad, cuando acosado de sus pensamientos le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta que casi anochecia; y á aquella hora vió que venia un hombre á caballo de la ciudad, y despues de haberle saludado, le preguntó qué nuevas habia en Florencia.—El ciudadano respondió: Las mas estrañas que muchos dias ha se han oido en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila, muger de Anselmo, el cual tampoco parece: todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo: en efeto, no sé puntualmente como pasó el negocio, solo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban: *los dos amigos*.—Sábese por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila?—Ni por pienso, dijo el ciudadano, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos.—A Dios vais, señor, dijo Anselmo.—Con él quedeis, respondió el ciudadano, y fuése.

Con tan desdichadas nuevas, casi casi llegó á términos Anselmo no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que

le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir: hízose así, y dejáronle acostado y solo, porque él así lo quiso, y aunque le cerrasen las puertas. Viéndose pues solo, comenzó á cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció, por las premisas mortales que en sí sentia, que se le iba acabando la vida, y así ordenó de dejar noticia de la causa de su estraña muerte: y comenzando á escribir, antes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él, habiéndole llamado primero, y trabándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto: admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia que á Anselmo sucedia; y finalmente, leyó el papel, que conoció que de su mesma mano estaba escrito, el cual contenia estas razones: "Un necio é impertinente deseo me quitó la vida: si las nuevas de mi muerte llegaren á los oidos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiciese: y pues yo fuí el fabricador de mi deshonra, no hay para que...." Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de ver que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabian su desgracia y el monasterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viage, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese que aunque se vió viuda, no quiso salir del monasterio, ni menos hacer profesion de monja, hasta que (no de allí á muchos dias) le vinieron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla, que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdova en el reino de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo cual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dijo el cura, me parece esta novela; pero no me puedo per-

suadir que esto sea verdad, y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa esperiencia como Anselmo: si este caso se pusiera entre un galan y una dama, pudiérase llevar, pero entre marido y muger, algo tiene de imposible: y en lo que toca al modo de contarle no me descontenta.







CAPÍTULO XXXVI.

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

ESTANDO en esto, el ventero que estaba á la puerta de la venta, dijo: Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí, gaudeamus tenemos.—¿Qué gente es? dijo Cardenio.—Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la gineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una muger vestida de blanco en un sillon, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pié.—¿Vienen muy cerca? preguntó el cura.—Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quijote; y casi no habian tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho; y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á apear la muger que en el sillon venia; y tomándola uno dellos en sus brazos la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo, ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna; solo que al sentarse la muger en la silla dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada. Los mozos de á pié llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el cura, deseoso de saber qué gente era aquella, que con tal trage y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno dellos le preguntó lo que ya deseaba; el cual le respondió: Pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta, solo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto; y esto dígolo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena y manda.—Y la señora ¿quién es? preguntó el cura.—Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el ca-

mino no la he visto el rostro; suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos, que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha mas de dos dias que los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien.—¿Y habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el cura.—No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueve á lástima, y sin duda tenemos creido que ella va forzada donde quiera que va, y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja, ó va á serlo, que es lo mas cierto; y quizá, porque no le debe de nacer de voluntad el mongío, va triste como parece.—Todo podria ser, dijo el cura, y dejándolos, se volvió adonde estaba Dorotea: la cual, como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion se llegó á ella y le dijo: ¿Qué mal sentis, señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener uso y esperiencia de curarle, que de mi parte os ofrece una buena voluntad de serviros. A todo esto callaba la lastimada señora, y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavia se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado (que dijo el mozo que los demas obedecian) y dijo á Dorotea: No os canseis, señora, en ofrecer nada á esa muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, si no quereis oir alguna mentira de su boca. Jamas la dije, dijo á esta sazon la que hasta allí habia estado callando, antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas me veo en tanta desventura, y desto vos mesmo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de Don Quijote estaba en medio, y así como las oyó, dando una gran voz, dijo: ¡Válgame Dios! ¿qué es esto que oigo? ¿qué voz es esta que ha llegado á mis oidos? Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien los daba, se levantó en pié, y fuese á entrar en el aposento; lo cual visto por el caballero, la detuvo sin dejarla mover un paso. A ella con la turbacion y desasosiego se le cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable, y un rostro

milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, sin saber por qué las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teniála el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caia, como en efecto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada ansimesmo la tenia, era su esposo Don Fernando, y apenas le hubo conocido, cuando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ay, se dejó caer de espaldas desmayada: y á no hallarse allí junto el barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió, la conoció Don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual habia conocido en el suspiro á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó asimesmo Cardenio el ay que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vió fué á Don Fernando que tenia abrazada á Luscinda. Tambien Don Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos, y mirábanse todos, Dorotea á Don Fernando, Don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda y Luscinda á Cardenio; mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á Don Fernando desta manera: Dejadme, señor Don Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais, dejadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dádivas: notad como el cielo por desusados y á nosotros encubiertos caminos me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabeis por mil costosas esperiencias, que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: sean pues parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le man-

tuve hasta el último trance de la vida. Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quien ella era, y viendo que Don Fernando aun no la dejaba de sus brazos, ni respondia á sus razones, esforzándose lo mas que pudo, se levantó y se fué á hincar de rodillas á sus piés, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir: Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol, que en tus brazos eclipsados tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus piés está arrodillada es la sin ventura, hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea: yo soy aquella labradora humilde, á quien tú por tu bondad, ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya: soy la que encerrada en los límites de la honestidad vivió vida contenta, hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de tí tan mal agradecida, cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á tí de la manera que te veo. Pero con todo esto, no querria que cayese en tu imaginacion pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traido solos los del dolor y sentimiento de verme de tí olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera, que, aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mio: mira, señor mio, que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza, por quien me dejas, la incomparable voluntad que te tengo: tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y mas fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño: y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por lo que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quiéreme á lo menos y admíteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas con dejarme y desampararme que se hagan y junten corrillos en mi deshonra: no des tan mala vejez á mis padres, pues no

lo merecen los leales servicios, que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho; y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mugeres, no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: cuanto mas que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta á tí te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con mas ventajas de noble, que las que tú tienes: en fin, señor, lo que últimamente te digo es, que quieras ó no quieras, yo soy tu esposa, testigo son tus palabras, que no han, ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello porque me desprecias[1]: testigo será la firma que hiciste, y testigo el cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias: y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á Don Fernando, y cuantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchóla Don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dió fin á las suyas, y principio á tantos sollosos y suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion y hermosura; y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de Don Fernando que apretada la tenian, el cual, lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre á Luscinda, dijo: Venciste, hermosa Dorotea, venciste porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dejó Don Fernando, iba á caer en el suelo; mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de Don Fernando se habia puesto porque no le conociese, pospuesto todo temor, y aventurando á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos, le dijo: Si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro, que en estos brazos que ahora

1 La nobleza que podia echar menos en Dorotea.

te reciben, y otro tiempo te recibieron cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. A estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo: Vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra captiva, aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Estraño espectáculo fué este para Don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea que Don Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada; y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas, le decia: ¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? tú tienes á tus piés á tu esposa, y la que quieres que lo sea, está en los brazos de su marido: mira si te estará bien ó te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igual á tí mismo á la que, pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de Don Fernando, con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender como mejor pudiese á todos aquellos qne en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero á esta sazon acudieron los amigos de Don Fernando, y el cura y el barbero, que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á Don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que

no permitiese quedase defraudada en sus tan justas esperanzas: que considerase que no acaso como parecia, sino con particular providencia del cielo, se habian todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba: y que advirtiese, dijo el cura, que sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos irremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les habia concedido: que pusiese los ojos ansimesmo en la beldad de Dorotea, y verla que pocas ó ninguna se podian igualar, cuanto mas hacerle ventaja: y que juntase á su hermosura su humildad y el estremo del amor que le tenia: y sobre todo advirtiese, que si se preciaba de caballero y de cristiano, que no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndosela, cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sugeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo: y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efeto, á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de Don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad, que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto, fué abajarse y abrazar á Dorotea, diciéndole: Levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis piés la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis: lo que os ruego es, que no me reprendais mi mál término, y mi mucho descuido, pues la misma ocasion y fuerza que me movió para acetaros por mia, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallareis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea. Y diciendo esto, la tornó á abrazar y juntar su rostro

con el suyo, con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecia sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era, como él pensaba, la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos: y luego Cardenio y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante Don Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que Don Fernando no sabia que responderles, y así los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea, le dijese cómo habia venido á aquel lugar tan lejos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que antes habia contado á Cardenio, de lo cual gustó tanto Don Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y así como hubo acabado, dijo Don Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya: dijo que la quiso matar, y lo hiciera, si de sus padres no fuera impedido, y que así se salió de su casa despechado y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad; y que otro dia supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir donde se habia ido; y que en resolucion al cabo de algunos meses vino á saber como estaba en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio, y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, á la cual no habia querido hablar, temeroso que en sabiendo que él estaba allí, habia de haber mas guarda en el monasterio: y así aguardando un dia á que la portería estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habian entrado en el monasterio buscando á Luscinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un lugar, donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella: todo lo cual habian podido hacer bien

á su salvo, por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo: dijo que así como Luscinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos, y que despues de vuelta en sí no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna; y que así acompañados de silencio y de lágrimas habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

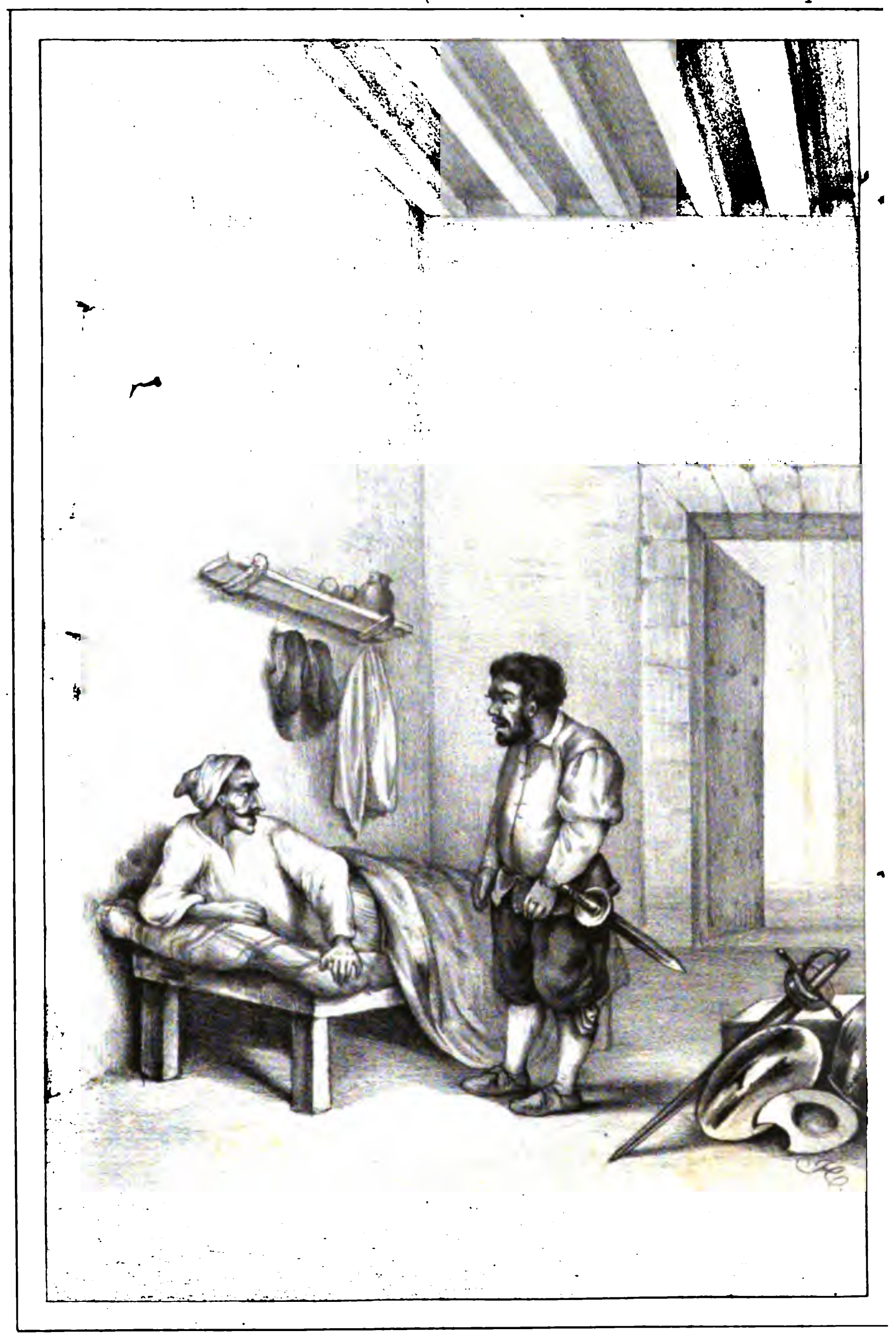




CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

TODO esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desparecian, é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en Don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseia; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recebida, y haberle sacado de aquel intrincado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma: y finalmente, cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el cura como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien mas jubilaba y se contentaba, era la ventera, por la promesa que Cardenio y el cura le habian hecho de pagalle todos los daños é intereses que por cuenta de Don Quijote le hubiesen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste, y así con melancólico semblante entró á su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo: Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere, sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la princesa su reino, que ya todo está hecho y concluido.—Eso creo yo bien, respondió Don Quijote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un reves, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua.—Como si fueran de vino tinto, pudiera



vuestra merced decir mejor, respondió Sancho: porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanas.—Y qué es lo que dices, loco, respondió Don Quijote, ¿estás en tu seso?—Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos le han de admirar. —No me maravillaria de nada deso, replicó Don Quijote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos, te dije yo, que todo cuanto aquí sucedia, eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuera lo mesmo.—Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez, mas no lo fué sino real y verdaderamente: y vi yo, que el ventero que aquí está hoy dia, tenia del un cabo de la manta y me empujaba hácia el cielo con mucho donaire y brio, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura.—Ahora bien, Dios lo remediará, dijo Don Quijote, dame de vestir, y déjame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia, contó el cura á Don Fernando y á los demas las locuras de Don Quijote y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimesmo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles lo que á todos parecia, ser el mas estraño género de locura que podia caber en pensamiento desparatado. Dijo mas el cura, que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria y representaría la persona de Dorotea. No, dijo Don Fernando, no ha de ser así, que yo quiero que Doretea prosiga su invencion, que como no sea muy lejos de aquí el lugar de este buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio.—No está mas de dos jornadas de aquí.—Pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto Don Quijote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abo-

yado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela, y arrimado á su tronco, ó lanzon. Suspendió á Don Fernando y á los demas la estraña presencia de Don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que él decia, el cual con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo: Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha desecho, porque de reina y gran señora que solíades ser, os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por órden del rey Nicromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo, ni sabe de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas, porque si él las hubiera leido y pasado tan atentamente, y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso, como otros caballeros de menor fama que la mia, habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me ví con él, y....Quiero callar porque no me digan que miento; pero el tiempo descubridor de todas las cosas lo dirá cuando menos lo pensemos. Vístesos vos con dos cueros, que no con un gigante, dijo á esta sazon el ventero, al cual mandó Don Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de Don Quijote en ninguna manera, y Don Quijote prosiguió diciendo: Digo en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamórfoseos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias. No dijo mas Don Quijote, y esperó á que la princesa le respondiese, la cual, como ya sabia la determinacion de Don Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió: Quien quiera que os dijo, valeroso caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fuí, me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que antes, y de tener los mesmos pensamientos de valerme del valor de vuestro



valeroso é invencible brazo, que siempre he tenido. Así que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamas acertara á tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos della los mas de estos señores que están presentes: lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero, lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esto dijo la discreta Dorotea, y en oyéndolo Don Quijote se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo, le dijo: Ahora te digo Sanchuelo, que eres el mayor beyacuelo que hay en España: dime, ladron vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora, que esta princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza, que entiendo que corté á un gigante, era la puta que te parió con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion, que jamás he estado en todos los dias de mi vida? Voto....(y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en tí, que ponga sal en la mollera á todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo. Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo menos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento: y si no, al freir de los huevos lo verá, quiero decir, que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demas, de que la señora reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte, como á cada hijo de vecino.—Ahora yo te digo, Sancho, dijo Don Quijote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta.—Basta dijo, Don Fernando, y no se hable mas en esto, y pues la señora princesa dice, que se camine mañana porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañarémos al señor Don Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas, que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva.—Yo soy el que tengo

de serviros y acompañaros, respondió Don Quijote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas, si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quijote y Don Fernando; pero á todo puso silencio un pasagero que en aquella sazon entró en la venta, el cual en su trage mostraba ser cristiano recien venido de tierra de moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello, los calzones eran asimesmo de lienzo azul, con bonete de la misma color: traia unos borceguíes datilados y un alfange morisco puesto en un tahalí, que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él, encima de un jumento una muger á la morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeza: traia un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa que desde los hombros á los piés le cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco mas de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura, que si estuviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió, entrando un aposento, y como le dijeron que en la venta no le habia, mostró recebir pesadumbre, y llegándose á la que en el trage parecia mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritórnes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto trage, rodearon á la mora, y Dorotea que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traia, se congojaban por la falta del aposento, le dijo: No os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aquí falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero con todo esto, si gustáredes de pasar con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso deste camino habréis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa, que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser mora, y que no sabia hablar cristiano. Llegó en esto el captivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á cuanto le decian callaba, dijo: Señoras mias, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna, sino conforme á

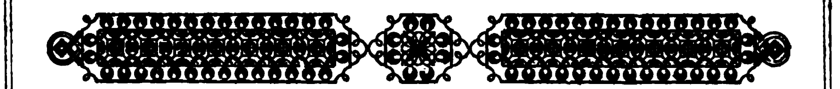
su tierra, y por esto no debe de haber respondido, ni responde á lo que se le ha preguntado.—No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía, y parte del lugar donde nos acomodarémos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga á servir á todos los estrangeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo muger á quien se sirve.—Por ella y por mí respondió el cautivo, os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande.—Decidme, señor, dijo Dorotea, ¿esta señora es cristiana ó mora? Porque el trage y el silencio nos hace pensar que es lo que no querriamos que fuese.—Mora es en el trage y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo.—¿Luego no es bautizada? replicó Luscinda.—No ha habido lugar para ello, respondió el cautivo, despues que salió de Argel, su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase á bautizalla, sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra Madre la Santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su hábito y el mio. Con estas razones puso gana en todos los que escuchándole estaban, de saber quien fuese la mora y el cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella sazon era mas para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decian y lo que ella haria. Él en lengua arábiga le dijo, que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese, y así se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por mas hermosa que á Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conocieron, que si alguno se podria igualar al de las dos, era el de la mora, y aun hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa mora. Preguntó Don Fernando al cautivo como se llamaba la mora, el cual respondió, que Lela Zorayda, y así como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al cristiano, y dijo con

mucha priesa llena de congoja y donaire: *No, no Zorayda: María, María*, dando á entender que se llamaba María y no Zorayda. Estas palabras y el grande afecto con que la mora las dijo, hicieron derramar mas de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mugeres que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole: Sí, sí, María, María: á lo cual respondió la mora: *Sí, sí, María: Zorayda, macange*, que quiere decir, *no*. Ya en esto llegaba la noche, y por órden de los que venian con Don Fernando, habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada pues la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda, ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que el lo rehusaba, á Don Quijote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentaron Luscinda y Zorayda, y frontero dellas Don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo, y los demas caballeros, y al lado de las señoras, el cura y el barbero: y así cenaron con mucho contento, y acrecentóseles mas, viendo que dejando de comer Don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir: Verdaderamente si bien se considera, señores mios, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Si no ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo, que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir, que esta señora que está á mi lado, es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora, no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio escede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima, cuanto á mas peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu esceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas, ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para eje-

cutallos mucho entendimiento: ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército, ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no véase, si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues ansí, que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cual de los dos espíritus, el del letrado, ó el del guerrero trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar) hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin, la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida: y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro dia, cuando cantaron en los aires: *Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad:* y la salutacion que el mejor maestro de la tierra y del cielo, enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles, que cuando entrasen en alguna casa dijesen: *Paz sea en esta casa:* y otras muchas veces les dijo: *Mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con vosotros:* bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tiera, ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mesmo es decir armas que guerra. Prosupuesta pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase cuales son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quijote, que obligó á que por entonces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviesen por loco; antes como todos los mas eran caballeros, á quien son anecsas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió

diciendo: Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el estremo que pueda ser: y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia que decir mas de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso, no es tanta que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante, esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ageno brasero, ó chimenea, que si no calienta, á lo menos entibie su frio, y en fin la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alzando á muchos, hemos visto, que habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scilas y Caríbdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atras en todo, como ahora diré.





CAPÍTULO XXXVIII.

Que trata [1] del curioso discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras.

PROSIGUIENDO Don Quijote, dijo: Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y veremos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga que viene, ó tarde, ó nunca, ó á lo que garveare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia: y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale del lugar vacio, tengo por averiguado que debe salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa, jamas pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los piés que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el dia y la hora de recebir el grado de su ejercicio, lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo, que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna: y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la mesma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, ¿cuán menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin du-

1 Y en que se prosigue.

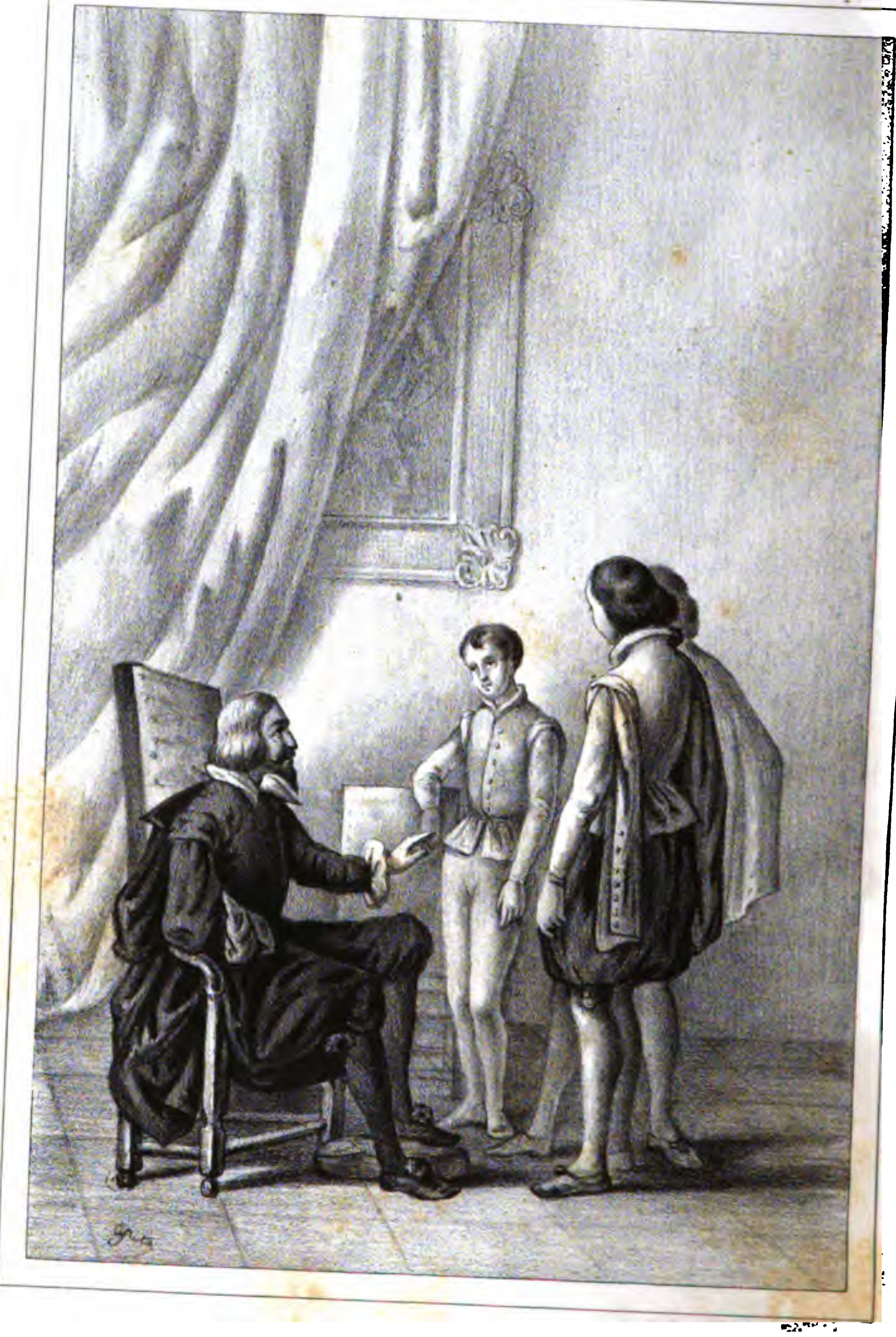
da habeis de responder, que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al reves en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse: así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder que es mas facil premiar á dos mil letrados, que á treinta mil soldados, porque aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden premiar, sino con la mesma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto á parte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega: y entre las que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes, y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, y se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios: y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas: y es razon averiguada, que aquello que mas cuesta, se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vágido de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estándo de posta, ó guarda en algun rebellin, ó caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer, es dar noticia á su capitan de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contrami-

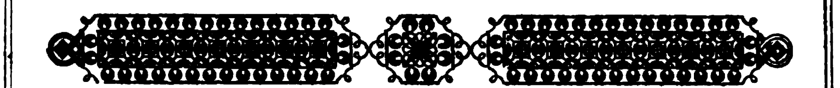
na, y él estarse quedo, temiendo y esperando, cuándo improvisamente ha de subir á las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si se le iguala, ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos piés de tabla del espolon, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los piés, iria á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario: y lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta al fin del mundo, cuando otro ocupa su mesmo lugar, y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentia y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber como, ó por donde, en la mitad del corage y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó, y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir, que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable, como es esta, en que ahora vivimos, porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone recelo, pensar, si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto, que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos. Todo este largo preámbulo, dijo Don Quijote, en tanto que los demas cenaban, olvidándose de llevar bo-

cado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza, que cenase, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian, sobrevino nueva lástima, de ver que hombre, que al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta[1] caballería. El cura le dijo, que tenia mucha razon en todo cuanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mesmo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritórnes aderezaban el camaranchon de Don Quijote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mugeres solas en él se recogiesen, Don Fernando rogó al cautivo, les contase el discurso de su vida, porque no podia ser, sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar, viniendo en compañía de Zorayda, á lo cual respondió el cautivo, que de muy buena gana haría lo que se le mandaba, y que solo temia, que el cuento no habia de ser tal, que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso, por no faltar en obedecelle, le contaria. El cura y todos los demas se lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron, y él viéndose rogar de tantos, dijo, que no eran menester ruegos, á donde el mandar tenia tanta fuerza: y así esten vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos, que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dijo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio, y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera.



1 Este adjetivo viene del sustantivo latino *pix picis*, y significa propiamente cosa negra y atezada como la pez: antiguamente se decia *pecemento pecementa*. En el sentido translaticio, en que se toma aquí, significa *cosa triste, funesta, fatal.*





CAPÍTULO XXXIX.

Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos.

EN un lugar de las montañas de Leon, tuvo principio mi linage, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrecheza de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud: que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues, mi padre, que segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho, y así llamándonos un dia á todos tres á solas en un aposento, nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré: Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir, que sois mis hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber, que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda; pues para que entendais desde aquí adelante, que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó á lo menos de elegir ejercicio, tal que cuando mayores os honre y aproveche, y lo que he pensado es, hacer de mi hacienda cuatro partes, las tres

os daré á vosotros á cada uno lo que le tocare, sin esceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo, para vivir y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida; pero querria, que despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de luenga y discreta esperiencia, y el que yo digo, dice: *Iglesia ó mar, ó casa real*, como si mas claramente dijera: quien quisiere valer y ser rico, siga, ó la iglesia, ó navegue ejercitando el arte de la mercancía, ó entre á servir á los reyes en sus casas, porque dicen: *mas vale migaja de rey, que merced de Señor*. Digo esto, porque querria y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servirle en su casa, que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite como lo veréis por la obra. Decidme ahora, si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto: y mandándome á mí por ser el mayor, que respondiese, despues de haberle dicho, que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi rey. El segundo hermano hizo los mesmos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor y, á lo que yo creo, el mas discreto, dijo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo, puso por obra cuanto nos habia prometido, y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa; en un mesmo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciéndome á mí ser inhumanidad, que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él, que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mi me bastaba el resto, para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos movidos de mi ejemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á

mi padre le quedaron cuatro mil en dineros, y mas tres mil, que á lo que parece, valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raices. Digo, en fin, que nos despedimos dél y de aquel nuestro tio, que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber todas las veces que hubiese comodidad para ello, de nuestros sucesos prósperos, ó adversos. Prometímoselo, y abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viage de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave ginovesa, que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél, ni de mis hermanos nueva alguna, y lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viage á Génova, fuí desde allí á Milán, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alejandría de la Palla, tuve nuevas que el gran duque de Alba pasaba á Flandes. Mudé propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los condes de Eguemon, y de Hórnos, alcancé á ser alférez de un famoso capitan de Guadalajara llamado Diego de Urbina, y acabo de algun tiempo que llegué á Flandes, se tuvo nuevas de la liga que la santidad del papa Pio Quinto de felice recordacion, habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el turco, el cual en aquel mesmo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto, que venia por general desta liga el Serenísimo Don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey Don Felipe: divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba, aunque tenia barruntos y casi promesas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese, seria promovido á capitan, lo quise dejar todo y venirme, como me vine á Italia: y quiso mi buena suerte que el señor Don Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho capitan de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, mas que mis merecimientos: y aquel dia, que

fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos, como allí hubo (porque mas ventura tuvieron los cristianos que allí murieron, que los que vivos y vencedores quedaron) yo solo fuí el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos alguna naval corona, me ví aquella noche que siguió á tan famoso dia, con cadenas á los piés y esposas á las manos, y fué desta suerte: que habiendo el Uchâli, rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la capitana de Juan Andrea á socorrella, en la cual yo iba con mi compañía, y haciendo lo que debia en ocasion semejante, salté en la galera contraria, la cual desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos: en fin, me rindieron lleno de heridas, y como ya habeis, señores, oido decir que el Uchâli se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres; porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el gran turco Selin hizo general de la mar á mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Ví y noté la ocasion que allí se perdió de no coger en el puerto toda el armada turquesca, porque todos los leventes [1] y genízaros que en ella venian, tuvieron por cierto que les habian de embestir dentro del mesmo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques, que son su zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada; pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa, ni descuido del general que á los nuestros regia, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios, que tengamos siempre verdugos que

1 El P. Haedo [*cap.* 21 *fol.* 16 *v.*] dice que se llaman comunmente *levantes ó leventes* los soldados de mar ó los soldados cosarios que van en las galeras de los moros.

nos castiguen. › En efecto, el Uchâli se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estûvose quedo, hasta que el señor Don Juan se volvió. En este viage se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era capitan un hijo de aquel famoso cosario Barba Rojà. Tomóla la capitana de Nápoles llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitan Don Alvaro de Bazan, marques de Santa Cruz: y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roja, y trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venian al remo vieron que la galera Loba les iba entrando, y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos, y asieron de su capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que á poco mas que pasó del árbol, ya habia pasado su ánima al infierno, tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian. Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella, como el señor Don Juan habia ganado á Tûnez, y quitado aquel reino á los turcos, y puesto en posesion dél á Muley Hamet cortando las esperanzas que de volver á reinar en él, tenia Muley Hamida, el moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo[1]. Sintió mucho esta pérdida el gran turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho mas que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió á la goleta y al fuerte que junto á Túnez habia dejado medio levantado el señor Don Juan[2]. En todos estos trances andaba yo al remo sin esperanza de libertad alguna: á lo menos no esperaba tenerla por rescate porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la Africa mas de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran nûmero de gente con tantas

1 Muley Hamida y Muley Hamet, ó Mahamet, fueron hijos de Muley Hacan, rey de Túnez: Hamida hizo cegar á su padre abacilándole los ojos con una bacía de azófar ardiendo, y le despojó del reino: Hamet, huyendo de la crueldad de su hermano, se retiró á Sicilia, y vivia en Palermo.

2 Mandó este general levantar este fuerte capaz de 8.000 soldados estramuros de la ciudad junto á la isla del Estaño, para tenerla sujeta, y poderle socorrer con barcas por el canal de dicho Estaño, y nombró por su general á Gabrio Cerbellon, insigne ingeniero que le construyó.

municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la goleta y el fuerte. Perdióse primero la goleta, tenida hasta entonces por inespugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la esperiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas, y así con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándoles á caballero ninguno podia parar, ni asistir á la defensa. Fué comun opinion, que no se habian de encerrar los nuestros en la goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero, y los que esto dicen hablan de lejos y con poca esperiencia de casos semejantes, porque si en la goleta y en el fuerte apenas habia siete mil soldados, ¿cómo podia tan poco número, aunque mas esforzados fuesen, salir á la campaña, y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? ¿Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y mas cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su mesma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España, en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia, ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicisíma del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el fuerte, pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian, pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse apartido un pequeño fuerte, ó torre que estaba en mitad del Estaño á cargo de Don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado[1]. Cautivaron á Don Pedro Puertocarrero, general de la goleta, el cual hizo cuanto fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el

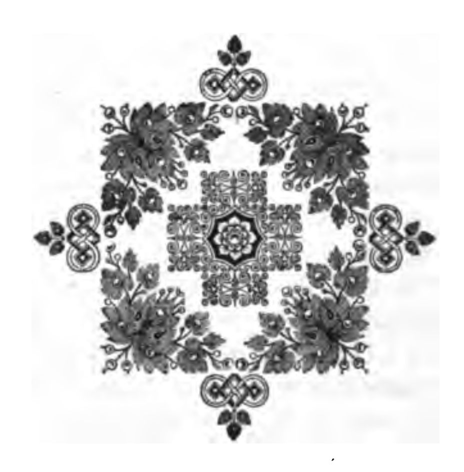
1 El Estaño no solo era una isla, sino que fué el antiguo puerto de Cartago.

camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimesmo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cerbellon, caballero milanes, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condicion generoso, como lo mostró su suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria, y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fué haber muerto á manos de unos alárabes, de quien se fió, viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo, ó casa, que en aquellas riberas tienen los ginoveses, que se ejercitan en la pesquería del coral, los cuales alárabes le cortaron la cabeza, y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece: y así se dice, que mandó el general ahorcar á los que le trujeron el presente, porque no se le habian traido vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron, fué uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural no sé de que lugar de Andalucía, el cual habia sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento, especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo, porque su suerte le trujo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mesmo patron: y antes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la goleta y el otro al fuerte: y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que antes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el cautivo nombró á Don Pedro de Aguilar, Don Fernando miró á sus camaradas y todos tres se sonrieron, y cuando llegó á decir de los sonetos, dijo el uno: Antes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga, qué se hizo ese Don Pedro de Aguilar que ha dicho.—Lo que sé es, respondió el cautivo, que alcabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en trage de arnaute [1] con un griego espía [2], y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un año ví yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viage.—Pues no fué, respondió

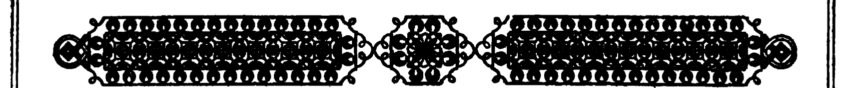
1 El natural de Albania.

1 Pudo ser *espía* este griego, como se leia en todas las ediciones; pero parece mas cierto que fuese *espay*. Eran los *espays* un género de soldados, al modo de nuestros milicianos, que estando en su casa gozaban de paga muerta, ocupábanse en defender la ciudad, y solo salian á campaña en ciertas ocasiones. (*Haedo:* Topografía de Argel, f. 11).

el caballero, porque ese Don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar bueno y rico, casado y con tres hijos.—Gracias sean dadas á Dios, dijo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida.—Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo.—Dígalos pues, por vuesa merced dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo.—Que me place, respondió el caballero, y el de la goleta decia así.







CAPÍTULO XL.

Donde se prosigue la historia del cautivo.

SONETO.

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y esentas por el bien que obrastes,
Desde la baja tierra os levantastes
A lo mas alto y lo mejor del cielo.
Y ardiendo en ira y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza ejercitastes,
Que en propia y sangre agena colorastes
El mar vecino, y arenoso suelo.
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos, llevan la vitoria:
Y esta vuestra mortal, triste caida,
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama, que el mundo os da, y el cielo gloria.

De esa mesma manera le sé yo, dijo el cautivo. Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice así:

SONETO.

De entre esta tierra estéril derribada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas á mejor morada.
Siendo primero en vano ejercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.
Y este es el suelo, que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes:

Mas no mas justas, de su duro seno,
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron, y prosiguiendo su cuento, dijo: Rendidos pues la goleta y el fuerte, los turcos dieron órden en desmantelar la goleta, porque el fuerte quedó tal, que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con mas brevedad y menos trabajo, la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas, y todo aquello que habia quedado en pié de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchali, al cual llamaban *Uchali Fartax*, que quiere decir en lengua turquesca, *el renegado tiñoso*, porque lo era, y es costumbre entre los turcos, ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya: y esto es, porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linages, que descienden de la Casa Otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo: y este tiñoso bogó al remo siendo esclavo del gran señor, catorce años, y á mas de los treinta y cuatro de su edad, renegó de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofeton, y por poderse vengar dejó su fe: y fué tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del gran turco suben, vino á ser rey de Argel, y despues á ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabres de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales despues de su muerte se repartieron como él lo dejó en su testamento entre el gran señor (que tambien es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los mas hijos que deja el difunto) y entre sus renegados: y yo ocupé á un renegado veneciano, que siendo grumete de una nave, le cautivó el Uchali[1], y le quiso tanto, que fué uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que jamas se ha visto. Llamábase Azanága, y llegó á ser muy rico, y á ser rey de

1 Uchali, u Ochali, es corrupcion de Aluch Ali, que quiere decir, el nuevo moro, ó el renegado Ali. (*Haedo:* Historia de Argel: *f.* 89, *v.*)

Argel, con el cual yo vine de Constantinopla algo contento, por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura: y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad, y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponia por obra, no correspondia el suceso á la intencion, luego sin abandonarme, fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en una prision, ó casa, que los turcos llaman baño [1], donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey como de algunos particulares, y los que llaman del Almacen, que es como decir, cautivos del consejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun, y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros, hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma, sino es cuando se tarda su rescate, que entonces por hacerles que escriban por él con mas ahinco, les hacen trabajar, y ir por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo. Yo, pues, era uno de los de rescate, que como se supo que era capitan, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, mas por señal de rescate, que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate: y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto, como oir y ver á cada paso las jamas vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba al uno, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos

1 Los baños de los cautivos cristianos son unos como corrales grandes con algunos aposentillos y chozas al derredor, y en estos baños encierran de noche los moros á los cautivos que andan sueltos; que los presos están en las mazmorras, atormentados en diferentes géneros de prisiones. (*Biblioteca Real:* est. II, cod. 89 p. 375 v.)

conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano[1]. Solo libró bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo, temiamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez: y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia.[2]. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció pues, que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demas cristianos habian salido á trabajar) alcé acaso los ojos y ví, que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban, fué á ponerse debajo de la caña, por ver si la soltaban, ó lo que hacian; pero así como llegó alzaron la caña y la movieron á los dos lados como si dijeran *no* con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mesmos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros y sucedióle lo mesmo que al primero. Finalmente fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte, y así como llegué á ponerme debajo de la caña, la dejaron caer,

1 Este amo del cautivo era veneciano, y se llamaba Andreta: fué cautivado siendo tagarote ó pendolista del escribano de una nave Ragusea, y hecho turco se llamó Asan Agá, ó Asan Bajá. *Haedo:* (Historia de Argel: fól. 89 v.)

2 El Saavedra, aquí mencionado, es el mismo Miguel de Cervantes, que solo en este lugar habla de sí espresamente, pues el héroe de esta novela del cautivo es el capitan Biedma, como se declara mas adelante, bien que los dos padecieron juntos el cautiverio bajo la tirania de Asan Agá. Y en confirmacion de las trazas y atentados que intentó Cervantes en Argel para conseguir su libertad, dice el P. Haedo: "De las cosas que en aquella cueva sucedieron en el discurso de los siete meses, que estos cristianos estuvieron en ella, y del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes, se pudiera hacer una particular historia." (Topografía de Argel: fol. 184) y á esta puede ser que aludiese aquí nuestro autor.

y dió á mis piés dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual ví un nudo, y dentro dél venian diez cianiis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no hay para que decirlo, pues fué tanto el contento como la admiracion de pensar, de donde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana y ví, que por ella salia una muy blanca mano, que la abrian y cerraban muy apriesa. Con eso entendimos ó imaginamos, que alguna muger que en aquella casa vivia, nos debia de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradeciamos, hecimos zalemas á uso de moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la mesma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debia de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mugeres sus mesmos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso, y así todo nuestro entretenimiento desde allí adelante, era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia parecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos ni la mano tampoco, ni otra señal alguna: y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quien en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada, jamas hubo quien nos dijese otra cosa, sino que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agimorato, alcaide que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas cuando mas descuidados estábamos, de que por allí habian de llover mas cianiis vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo mas crecido: y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez pasada solo y sin gente. Hecimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo, de los mismos tres que estábamos; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí, porque en llegando yo, la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles, y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito he-

cha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hecimos todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido, y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teniamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligaban á guardar el secreto que le encargase, porque suelen algunos renegados, cuando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fé, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion, otros se sirven dellas acaso y de industria, que viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden, ó los cautivan, sacan sus firmas y dicen, que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venian en corso con los demas turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño, y cuando ven la suya, se vuelven á Berbería, á ser lo que antes eran. Otros hay que usan destos papeles, y los procuran con buen intento y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho erá este amigo, el cual tenia firmas de todos nuestros camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible: y si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero antes que del todo me declarase con él, le dije que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole, murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia: díjome que muy bien, y que si queria que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando dijo: Todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir, que adonde dice: *Lela Márien*, quiere decir: *nuestra Señora la Vírgen María.* Leimos el papel, y decia así:

"Cuando yo era niña, tenia mi padre una esclava[1], la cual en mi "lengua me mostró la Zala cristianesca, y me dijo muchas cosas "de Lela Márien. La cristiana murió, y yo sé que no fué al fuego, "sino con Alá, porque despues la ví dos veces, y me dijo que me "fuese á tierra de cristianos á ver á Lela Márien, que me queria "mucho. No sé yo como vaya: muchos cristianos he visto por es- "ta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy "muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar "conmigo: mira tú, si puedes hacer, como nos vamos, y serás allá "mi marido, si quisieres, y si no quisieres, no se me dará nada, que "Lela Márien me dará con quien me case. Yo escribí esto, mira "á quien lo das á leer, no te fies de ningun moro, porque son to- "dos marfuces[2]. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te "descubrieras á nadie, porque si mi padre lo sabe, me echará lue- "go en un pozo y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un "hilo, ata allí la respuesta, y si no tienes quien te escriba arábigo, "dímelo por señas, que Lela[3] Márien hará que te entienda. Ella "y Alá te guarde, y esa cruz que yo beso muchas veces, que así "me lo mandó la cautiva."

Mirad, señores, si era razon, que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen: y así lo uno y lo otro fué de manera, que el renegado entendió, que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se habia escrito: y así nos rogó, que si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél y se lo dijésemos, que él aventuraria su vida por nuestra libertad: y diciendo esto, sacó del pecho un Crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiesemos descubrirle, porque le parecia, y casi adivinaba, que por medio de aquella que aquel papel habia escrito, habia él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la Santa Iglesia su Madre, de quien como miembro podrido estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas y

1 Llamábase Juana de Rentería. Dícelo el mismo Cervantes en la comedia dé *Los Baños de Árgel*, en que se repite este mismo caso de la mora Zorayda.

2 Astutos, arteros, engañadores.

3 Fr. Pedro de Alcalá [*Arte para saber la lengua arábiga:* en los nombres que empiezan por *do*] dice que *Lel-la* es un pronombre, que en castellano equivale á *Doña*. Doña viene de *domina:* de *domina* se dice *domna*, y de aquí *doña:* con que *Lel-la Márien*, quiere decir: *María señora*, ó la *señora María*.

con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado, que todos de un mesmo parecer consentimos y venimos en declararle la verdad del caso, y así le dimos cuenta de todo sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quien en ella vivia. Acordamos ansimesmo que seria bien responder al billete de la mora, y como teniamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fuí notando, que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efeto, lo que á la mora se le respondió fué esto:

"El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella bendita Márien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en corazon, que te vayas á tierra de cristianos, porque te quiere bien. Ruégale tú, que se sirva de darte á entender, como podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que sí hará. De mi parte, y de la de todos estos cristianos que están conmigo, te ofrezco de hacer por tí todo lo que pudiéremos hasta morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé siempre: que el grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Así que, sin tener miedo, nos puedes avisar de todo lo que quisieres. A lo que dices, que si fueres á tierra de cristianos, que has de ser mi muger, yo te lo prometo como buen cristiano, y sabe que los cristianos cumplen lo que prometen, mejor que los moros. Alá y Márien su Madre sean en tu guarda, señora mia."

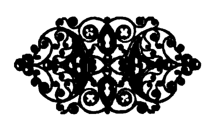
Escrito y cerrado este papel, aguardé dos dias á que estuviese el baño solo como solia, y luego salí al paso acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Así como la ví, aunque no podia ver quien la ponia, mostré el papel como dando á entender, que pusiesen el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejáronla caer, y alcéla yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata y de oro mas de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces mas doblaron nuestro contento y confirmaron la esperan-

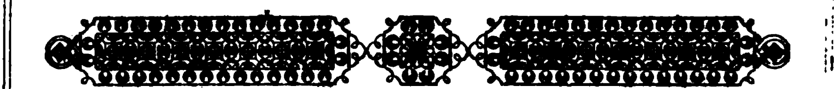
za de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dijo, que habia sabido que en aquella casa vivia el mesmo moro que á nosotros nos habia dicho, que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo estremo, el cual tenia una sola hija heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad, ser la mas hermosa muger de la Berbería, y que muchos de los vireyes que allí venian la habian pedido por muger, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado, en qué órden se tendria para sacar á la mora y venirnos todos á tierra de cristianos, y en fin se acordó por entonces, que esperásemos al aviso segundo de Zorayda, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María; porque bien vimos que ella y no otra alguna era la que habia de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dijo el renegado, que no tuviésemos pena, que él perderia la vida, ó nos pondria en libertad. Cuatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que cuatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los cuales en la acostumbrada soledad del baño pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia. Inclinóse á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro sin otra moneda alguna. Estaba allí el renegado, dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que así decia:

"Yo no sé, mi señor, como dar órden que nos vamos á España, "ni Lela Márien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: "lo que se podrá hacer es, que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro, rescataos vos con ellos y vuestros amigos, y "vaya uno en tierra de cristianos, y compre allá una barca, y vuelva por los demas, y á mí me hallará en el jardin de mi padre, que "está á la puerta de Babazon junto á la marina, donde tengo de "estar todo este verano con mi padre y con mis criados: de allí de "noche me podreis sacar sin miedo y llevarme á la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque si no, yo pediré á Márien "que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tú, y ve, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres "caballero y cristiano. Procura saber el jardin, y cuando te pasées por ahí, sabré que está solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mio."

Esto decia y contenia el segundo papel, lo cual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo cual se opuso el renegado, diciendo, que en ninguna manera consentiria, que ninguno saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la esperiencia le habia mostrado, cuan mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia ó Mallorca con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto, porque la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso que casi en aquella mesma sazon habia acaecido á unos caballeros cristianos, el mas estraño que jamas sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto él vino á decir, que lo que se podia y debia hacer, era que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarlos del baño y embarcarlos á todos. Cuanto mas, que si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor, era que los moros no consienten que renegado alguno compre, ni tenga barca, si no es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente, con hacer que un moro tagarino fuese á la parte con él en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demas. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osamos contradecirle, temerosos que si no haciamos lo que él decia, nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zorayda, por cuya vida diéramos todos las nuestras: y así determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado: y en aquel mesmo punto se le respondió á Zorayda, diciéndole que

hariamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien, como si Lela Márien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio, ó ponello luego por obra. Ofrecíme-le de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia, que el primer Juma, que es el viérnes, se iba al jardin de su padre, y que antes que se fuese, nos daria mas dinero, y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daria cuanto le pidiésemos, que su padre tenia tanto, que no lo echaria menos, cuanto mas, que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano, que á la sazon se hallaba en Argel, el cual me rescató del rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaria mi rescate, porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al rey, que habia muchos dias que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus grangerías lo habia callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El juéves antes del viérnes que la hermosa Zorayda se habia de ir al jardin, nos dió otros mil escudos y nos avisó de su partida, rogándome, que si me rescatase supiese luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras que así lo haria, y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Márien, con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto, dieron órden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mí rescatado y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo, que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zorayda: que puesto que el ser ellos quien eran, me podia asegurar de este temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura, y así los hice rescatar por la misma órden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza: al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto por el peligro que habia.





CAPÍTULO XLI.

Donde todavia prosigue el cautivo su suceso.

NO se pasaron quince dias, cuando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca capaz de mas de treinta personas: y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viage á un lugar que se llamaba Sargel[1], que está treinta leguas de Argel ácia la parte de Oran, en el cual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viage en compañía del tagarino que habia dicho. *Tagarinos* llaman en Berbería á los moros de Aragon, y á los de Granada *mudéjares*[2]: y en el reino de Fez llaman á los mudéjares, *elches*, los cuales son la gente de quien aquel rey mas se sirve en la guerra. Digo pues, que cada vez que pasaba con su barca daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperaba, y allí muy de propósito se ponia el renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayarse de burlas, á lo que pensaba hacer de veras, y así se iba al jardin de Zorayda y le pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle: y aunque él quisiera hablar á Zorayda, como él despues me dijo, y decille, que él era el que por órden mia la habia de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, si no es que su marido, ó su padre se lo manden: de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar, aun mas de aquello que seria razonable: y á mí me hubiera pesado que él la hubiera habla-

1 *En otro tiempo fué ciudad muy principal* (dice el P. Haedo), *y estando los años pasados despoblada casi del todo, los moriscos que de Granada, Valencia y Aragon se han pasado á Berbería, viendo su fertilidad y hermosura de campo, lo han poblado de manera, que habia como mil casas de ellos.* (Historia de Argel: fol. 156.)

2 *Llamábanse tambien mudéjares ó mudéjares aun en España los del reino de Murcia, y especialmente los del valle de Ricote, que por estar muy emparentados y unidos con los cristianos viejos, fueron exceptuados en los primeros bandos de la expulsion; pero fueron comprendidos finalmente en el de 19 de Octubre de 1613.*

Yriarte dib.

do, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados; pero Dios que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro renegado tenia, el cual viendo cuan seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo cuando y como, y adonde queria, y que el tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuales queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viérnes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso, y se habian llevado toda la gente de remo, y estos no se hallaran, si no fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero: á los cuales no les dije otra cosa, sino que el primer viérnes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente y se fuesen á la vuelta del jardin de Agimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. A cada uno dí este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesen otros cristianos, no les dijesen, sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra que era la que mas me convenia, y era la de avisar á Zorayda en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercibida y sobre aviso, que no se sobresaltase, si de improviso la asaltásemos antes del tiempo que ella podia imaginar, que la barca de cristianos podia volver: y así determiné de ir al jardin y ver si podia hablarla, y con ocasion de coger algunas yerbas, un dia antes de mi partida fuí allá, y la primera persona con quien encontré fué con su padre, el cual me dijo en lengua que en toda la Berbería y aun en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos. Digo pues, que en esta manera de lenguage me preguntó que qué buscaba en aquel su jardin, y de quien era. Respondíle, que era esclavo de Arnaute Mamí [1], y esto porque sabia yo por muy cierto, que era un grandísimo amigo suyo, y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Pre-

1 Este cosario fué el que cautivó á Cervantes, y era (dice el P. Haedo), *tan cruel bestia, que tenia su casa y bajeles llenos de orejas y narices cortadas á pobres cautivos cristianos por ligerísimas causas.* (Topografía, ó Historia de Argel: fol. 122.)

guntóme por el consiguiente, si era hombre de rescate ó no, y que cuánto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardin la bella Zorayda, la cual ya habia mucho que me habia visto, y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; antes luego cuando su padre vió que venia y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostró á mis ojos: solo diré, que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de sus piés, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcajes (que así se llaman las manillas ó ajorcas de los piés en morisco), de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo despues, que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarria de las moras es, adornarse de ricas perlas y aljófar: y así hay mas perlas y aljófar entre moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimesmo mas de docientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa, ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, se podrá conjeturar, cual debia de ser en las prosperidades, porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para diminuirse ó acrecentarse: y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten ó bajen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo en fin, que entonces llegó en todo estremo aderezada y en todo estremo hermosa, ó á lo menos á mí me pareció serlo la mas que hasta entonces habia visto: y con esto viendo las obligaciones en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Así como ella llegó, le dijo su padre en su lengua, como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó ¿si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba?—Yo le respondí, que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me

estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos zoltamis: á lo cual ella respondió: En verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera, que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros cristianos, siempre mentis en cuanto decis, y os haceis pobres por engañar á los moros.—Bien podria ser eso, señora le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la trataré con cuantas personas hay en el mundo.—¿Y cuándo te vas? dijo Zorayda.—Mañana, creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él.—¿No es mejor, replicó Zorayda, esperar á que vengan bajeles de España, y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos?—No, respondí yo, aunque si como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavia yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto que no me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea.—¿Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zorayda, y por eso deseas ir á verte con tu muger.—No soy, respondí yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando állá.—¿Y es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zorayda.—Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecella y decirte la verdad, se parece á tí mucho. Desto se rió muy de veras su padre, y dijo: Guala [1], cristiano, que debe ser muy hermosa, si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reino: si no mírala bien, y verás como te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas destas palabras y razones el padre de Zorayda como mas ladino [2], que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho, allí se usa, mas declaraba su intencion por señas, que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces, que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mesmo hizo Zorayda, porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo pues,

1 Palabra morisca, que consta de la partícula *gue*, en castellano *y*, y del nombre *Alá*, Dios, que junta con ella es una fórmula de juramento, que entre los moros equivale al de *Por Dios* entre los cristianos.

2 Esto es, que hablaba castellano.

que dijo su padre á Zorayda: Hija, retírate á la casa y enciérrate, en tanto que yo voy á hablar á estos canes, y tú, cristiano, busca tus yerbas, y vete en buena hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos, dejándome solo con Zorayda, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre la habia mandado: pero apenas él se encubrió con los árboles del jardin, cuando ella volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: *¿Amexí*, cristiano, *amexí?* que quiere decir: ¿vaste, cristiano, vaste?—Yo la respondí: Señora, sí, pero no en ninguna manera sin tí: el primero Juma[1] me aguarda, y no te sobraltes cuando nos veas, que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos. Yo le dije esto de manera, que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasamos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar ácia la casa, y quiso la suerte que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre que ya volvia de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zorayda advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó mas á mí y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimesmo dí á entender, que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo á donde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenia; pero como ella no le respondiese, dijo su padre: Sin duda alguna, que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha desmayado, y quitándola del mio, la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro, y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir, *amexí*, cristiano, *amexí*[2]: vete, cristiano, vete. A lo que su padre respondió: No importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has

1 El dia viérnes, como ya dijo el autor.

2 Dos veces se dice tambien arriba *amexí* en todas las ediciones, y en ambas da á entender nuestro autor que esta voz es una misma, pues dice que Zorayda la *volvió á decir;* pero es distinta: y así la primera vez debe escribirse *tamexí*, que es segunda persona del presente de indicativo, que significa *tú te vas, ó vaste?* y la segunda, ó en este lugar, debe escribirse *amexí*, que significa *vete*, por ser segunda persona de imperativo. (Así lo dice Fr. Pedro de Alcalá en su *Vocabulista*, ó Arte para saber la lengua arábiga: art. 1.)

dicho, dije yo á su padre; mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia volveré si fuere menester por yerbas á este jardin, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él. Todas las que quisieres, podrás volver, respondió Agimorato, que mi hija no dice esto, porque tú, ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora de que buscases tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrambos, y ella arrancándosele el alma, al parecer, se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto me vine, y dí cuenta de cuanto habia pasado al renegado y á mis compañeros, y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En fin, el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado, y siguiendo todos el órden y parecer, que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habiamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el viérnes que se siguió al dia que yo con Zorayda hablé en el jardin, el renegado al anochecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zorayda estaba. Ya los cristianos que habian de bogar al remo, estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian, porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron se vinieron llegando á nosotros. Esto ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos, dudamos si seria mejor, ir primero por Zorayda, ó rendir primero á los moros tagarinos, que bogaban el remo en la barca: y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado, diciéndonos que en qué nos deteniamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los mas de ellos durmiendo. Digímosle en lo que reparábamos, y él dijo, que lo que mas importaba era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin

peligro alguno, y que luego podiamos ir por Zorayda. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así sin deternos mas, haciendo él la guia, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero, metió mano al alfange, y dijo en morisco: Ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arraez, quedáronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ningunas tenian, se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros, que si alzaban por alguna via, ó manera la voz, que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guarda dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos así mismo el renegado la guia, fuimos al jardin de Agimorato, y quiso la buena suerte, que llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y así con gran quietud y silencio, llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zorayda aguardándonos á una ventana, á así como sintió gente, preguntó con voz baja, si éramos *Nizarani*, como si dijera ó preguntara, si éramos cristianos. Yo le respondí que sí, y que bajase. Cuando ella me conoció no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la ví, le tomé una mano, y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mesmo y mis dos camaradas, y los demas que el caso no sabian, hicieron lo que vieron que nosotros haciamos, que no parecia sino que le dábamos las gracias, y la reconociamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca ¿si estaba su padre en el jardin?—Ella respondió que sí, y que dormia.—Pues será menester despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin.—No, dijo ella, á mi padre no se le ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedeis ricos y contentos, y esperaos un poco y lo vereis. Y diciendo esto se volvió á entrar, diciendo que muy presto volveria, que nos estuviésemos quedos sin hacer ningun ruido. Preguntéle al renegado lo que con ella habia pasado, el cual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zo-

rayda quisiese: la cual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos que apenas los podia sustentar. Quiso la mala suerte, que su padre despertase en el ínterin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin, y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo: Cristianos, cristianos, ladrones, ladrones, por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusion; pero el renegado viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á la Zorayda, que como desmayada se habia dejado caer en mis brazos. En resolucion, los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agimorato, trayéndole atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole, que el hablarla le habia de costar la vida. Cuando su hija le vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuán de su voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entonces siendo mas necesarios los piés, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habian quedado nos esperaban, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apenas serian dos horas pasadas de la noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zorayda la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornole á decir el renegado que no hablase palabra, que le quitarian la vida. El como vió allí á su hija comenzó á suspirar ternísimamente, y mas cuando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, quejarse, ni esquivarse, se estaba queda, pero con todo esto callaba, porque no pusiesen en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose pues Zorayda ya en la barca, y que queriamos dar los remos á la agua, y viendo allí á su padre y á los demas moros que atados estaban, le dijo al renegado, que me dijese le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y dar libertad á su padre, porque antes se arrojaria en la mar, que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto le habia querido. El renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento, pero él respondió, que no convenia, á causa que si allí los dejaban, apellidarian luego la tierra, y alborotarian la ciudad, y serian causa de que saliesen á buscallos con al-

gunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos, que lo que se podria hacer, era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos y Zorayda, á quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo, y luego con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos mas cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuénos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta millas de Argel, y asimismo temiamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancía de Tetuan, aunque cada uno por sí, y por todos juntos presumiamos, de que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no solo no nos perderiamos [1], mas que tomariamos bajel, donde con mas seguridad pudiesemos acabar nuestro viage. Iba Zorayda en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver á su padre y sentia yo que iba llamando á Lela Márien que nos ayudase. Bien habriamos navegado treinta millas, cuando nos amaneció, como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta, y sin nadie que nos descubriese, pero con todo eso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas, dióse órden que se bogase á cuarteles en tanto que comiamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban, dijeron, que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose ansí, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela, y á dejar el remo y enderezar á Oran, por no ser posible poder hacer otro viage. Todo se hizo con mucha presteza, y así á la vela navegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno, sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros tagarinos, y el renegado les consoló, diciéndoles como no

1 Esto es, seriamos cautivados.

iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zorayda, el cual respondió: Cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ó cristianos, mas el darme libertad, no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo, y el interese que se os puede seguir de dármela, el cual interese, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mia, ó si no por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zorayda que le mirase, la cual viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis piés y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos le acompañamos en él. Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua: ¿Qué es esto hija, que ayer al anocher, antes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te ví con tus ordinarios y caseros vestidos, y agora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solemnizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte, cuando nos fué la ventura mas favorable? Respóndeme á esto que me tiene mas suspenso y admirado, que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decia á su hija, nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el cual sabia él bien que le habia dejado en Argel, y no traídole al jardin, quedó mas confuso y preguntóle, que cómo aquel cofre habia venido á nuestras manos, y qué era lo que venia dentro. A lo cual el renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiese, le respondió: No te canses, señor, en preguntar á Zorayda tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda, te satisfaré á todas, y así quiero que sepas, que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. ¿Es verdad lo que este dice, hija? dijo el moro.—Así es, respondió Zorayda.—¿Qué en efecto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que

te reciben, y otro tiempo te recibieron cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. A estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo: Vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra captiva, aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Estraño espectáculo fué este para Don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea que Don Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada; y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas, le decia: ¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? tú tienes á tus piés á tu esposa, y la que quieres que lo sea, está en los brazos de su marido: mira si te estará bien ó te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igual á tí mismo á la que, pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de Don Fernando, con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender como mejor pudiese á todos aquellos qne en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero á esta sazon acudieron los amigos de Don Fernando, y el cura y el barbero, que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á Don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que

no permitiese quedase defraudada en sus tan justas esperanzas: que considerase que no acaso como parecia, sino con particular providencia del cielo, se habian todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba: y que advirtiese, dijo el cura, que sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos irremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les habia concedido: que pusiese los ojos ansimesmo en la beldad de Dorotea, y verla que pocas ó ninguna se podian igualar, cuanto mas hacerle ventaja: y que juntase á su hermosura su humildad y el estremo del amor que le tenia: y sobre todo advirtiese, que si se preciaba de caballero y de cristiano, que no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndosela, cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sugeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo: y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efeto, á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de Don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad, que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto, fué abajarse y abrazar á Dorotea, diciéndole: Levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis piés la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis: lo que os ruego es, que no me reprendais mi mál término, y mi mucho descuido, pues la misma ocasion y fuerza que me movió para acetaros por mia, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallareis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea. Y diciendo esto, la tornó á abrazar y juntar su rostro

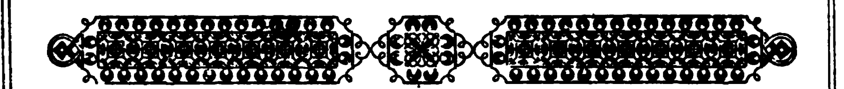
zá las maldiciones que el moro á su hija habia echado, que siempre se han de temer de cualquier padre que sean, quiso digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un bajel redondo que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fué forzoso amainar por no embestirle, y ellos asimesmo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habiánse puesto á bordo del bajel á preguntarnos quien éramos, y adonde navegábamos, y de donde veniamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa, dijo nuestro renegado: Ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y á lo que parecia, ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por el medio, y dieron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiésen porque nos anegábamos. Amainaron entonces, y echando el esquife, ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro, y viendo cuán pocos éramos, y como el bajel se hundia, nos recogieron, diciendo que por haber usado la descortesía de no respondelles, nos habia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zorayda, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion, todos pasamos con los franceses, los cuales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos nos despojaron de todo cuanto teniamos, y á Zorayda le quitaron hasta los carcajes que traia en los piés; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zorayda daban, como me la daba el temor que tenia, de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosas joyas, al quitar de la joya que mas valia y ella mas estimaba; pero los deseos de aquella gente no se estienden á mas que al dinero, y desto

jamas se vé harta su codicia, la cual entonces llegó á tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran, si de algun provecho les fueran: y hubo parecer entre ellos, de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran bretones, y si nos llevaban vivos serian castigados, siendo descubierto su hurto; mas el capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zorayda, dijo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, y irse á la Rochela, de donde habia salido, y así tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navío, y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España, con la cual vista todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser, cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho, y el capitan movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zorayda, le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mesmos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel, dímosle las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo siguiendo la derrota del estrecho, nosotros sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar antes que fuera muy de noche, pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el parage en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y lejos de poblado, porque así aseguraríamos el temor que de razon se debia tener, que por allí anduviesen bajeles de cosarios de Tetuan, los cuales anochecen en Berbería y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó fué, que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediése, desembarcásemos donde pudiésemos. Hízose así, y poco antes de la media noche seria, cuando llegamos al pié de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar, que no conce-

diese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos á tierra, y besamos el suelo, y con lágrimas de muy alegrísimo contento, dimos todos gracias á Dios Señor nuestro, por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viage: sacamos de la barca los bastimentos que tenia, y tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la montaña, porque aun allí estábamos, y aun no podiamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer, que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde, á mi parecer, de lo que quisiéramos: acabamos de subir toda la montaña por ver si desde allí algun poblado se descubria, ó algunas cabañas de pastores; pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto, determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser menos, sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della, pero lo que á mí mas me fatigaba, era el ver ir á pié á Zorayda por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas le cansaba á ella mi cansancio, que la reposaba su reposo, y así nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomase: y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco menos de un cuarto de legua debiamos de haber andado, cuando llegó á nuestros oidos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado, y mirando todos con atencion, si alguno se parecia, vimos al pié de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pié, y á lo que despues supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fueron el renegado y Zorayda, y como él los vió en habito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con estraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: Moros, moros hay en la tierra: moros, moros, arma, arma. Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabiamos que hacernos, pero considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudase las ropas de turco, y se vistiese un gilecuelco ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa, y así encomendándonos á Dios, fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuando habia de dar sobre nosotros la caba-

llería de la costa: y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrian pasado dos horas, cuando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros, que con gran ligereza corriendo á media rienda á nosotros se venian: y así como los vimos nos estuvimos quedos aguardándolos, pero como ellos llegaron y vieron en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno dellos nos preguntó, si eramos nosotros acaso la ocasion porque un pastor habia apellidado al arma. Sí, dije yo, y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de donde veniamos, y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venian, conoció al ginete que nos habia hecho la pregunta, y dijo, sin dejarme á mí decir mas palabra: Gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quien somos, sois Pedro de Bustamante tio mio. Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el ginete se arrojo del caballo y vino á abrazar al mozo diciéndole: Sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo y mi hermana tu madre, y todos los tuyos que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte: ya sabiamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía comprendo, que habeis tenido milagrosa libertad.—Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habiamos dejado, otros nos subieron á las ancas, y Zorayda fué en las del caballo del tio del cristiano. Saliónos á recebir todo el pueblo, que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros, pero admirábanse de la hermosura de Zorayda, la cual en aquel instante y sazon estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino, como con la alegria de verse ya en tierra de cristianos sin sobresalto de perderse, y esto le habia sacado al rostro tales colores, que si no es que la aficion entonces me engaña-

ba, osara decir, que mas hermosa criatura no habia en el mundo, á lo menos que yo la hubiese visto. Fuimos derechos á la iglesia á dar gracias á Dios por la merced recebida, y así como en ella entró Zorayda, dijo que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Márien. Dijímosle que eran imágenes suyas, y como mejor se pudo le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase, como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lela Márien, que la habia hablado. Ella que tiene buen entendimiento, y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, Zorayda y á mí, nos llevó el cristiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Vélez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su informacion de cuanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la santa inquisicion al gremio santísimo de la Iglesia: los demas cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció: solos quedamos Zorayda y yo, con solo los escudos que la cortesía del frances le dió á Zorayda, de los cuales compré este animal en que ella viene, y sirviéndola yo hasta agora de padre y escudero, y no de esposo; vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mia, puesto que por haberme hecho el cielo compañero de Zorayda, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal que me admira, y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace, no saber, si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia, la cual si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí sé decir, que quisiera habérosla contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros, mas de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.



CAPÍTULO XLII.

Que trata de lo que mas sucedió en la venta y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CALLÓ en diciendo esto el cautivo, á quien Don Fernando dijo: Por cierto, señor capitan, el modo con que habeis contado este estraño suceso, ha sido tal, que iguala á la novedad y estrañeza del mesmo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye, y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mesmo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara: y en diciendo esto, Cardenio y todos los demas se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades: especialmente le ofreció Don Fernando, que si queria volverse con él, que él haria que el marques su hermano fuese padrino del bautismo de Zorayda, y que él por su parte le acomodaria de manera que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaba ya la noche, y al cerrar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidieron posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado.—Pues aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor oidor que aquí viene.—A este nombre se turbó la huéspeda, y dijo: Señor, lo que en ello hay, es que no tengo camas, si es que su merced del señor oidor la trae, que sí debe de traer, entre en buena hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento, por acomodar á su merced.—Sea en buena hora, dijo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre, que en el trage mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga con las mangas arrocadas que vestia, mostraron ser oidor como su cria-

do habia dicho. Traia de la mano á una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista: de suerte, que á no haber visto á Dorotea, y á Luscinda y Zorayda, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella, dificilmente pudiera hallarse. Hallóse Don Quijote al entrar del oidor y de la doncella, y así como le vió, dijo: Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza, ni incomodidad en el mundo, que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, á quien deben no solo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abajarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraiso, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo: aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su estremo. Admirado quedó el oidor del razonamiento de Don Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras, y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó á admirar de nuevo, cuando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea y á Zorayda, que á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recebirla; pero Don Fernando, Cardenio y el Cura, le hicieron mas llanos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor oidor entró confuso, así de lo que veia, como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bien llegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visage y la postura de Don Quijote le desatinaba: y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado, que todas las mugeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda: y así fué contento el oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana: y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el oidor traia, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, que desde el punto que vió al oidor, le dió saltos el corazon y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los cria-

dos que con él venian, cómo se llamaba, y si sabia de que tierra era.—El criado le respondió, que se llamaba el licenciado Juan Perez de Viedma, y que habia oido decir, que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion y con lo que él habia visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre: y alborotado y contento, llamando aparte á Don Fernando, á Cardenio y al Cura, les contó lo que pasaba, certificándoles, que aquel oidor era su hermano. Habiale dicho tambien el criado, como iba proveido por oidor á las Indias en la audiencia de México: supo tambien, como aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo, qué modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaba, ó le recebia con buenas entrañas.—Déjeseme á mí el hacer esa esperiencia, dijo el Cura, cuanto mas que no hay pensar sino que vos, señor capitan, sereis muy bien recebido, porque el valor y prudencia, que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto.—Con todo eso, dijo el capitan, yo querria no de improviso sino por rodeos, dármele á conocer.—Ya os digo, respondió el Cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, eceto el cautivo y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena dijo el Cura: Del mesmo nombre de vuestra merced, señor oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, la cual camarada, era uno de los valientes soldados y capitanes que habia en toda la infantería española; pero tanto cuanto tenia de esforzado y valeroso, tenia de desdichado.—¿Y cómo se llamaba ese capitan, señor mio? preguntó el oidor.—Llamábase, respondió el Cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon, el cual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego, porque me dijo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos mejores que los de Caton: y sé yo decir, que el que él escogió de venir á la guerra, le habia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerzo, sin otro brazo

que el de su mucha virtud, subió á ser capitan de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto maestre de campo; pero fuele la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes sucesos nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los mas estraños casos que en el mundo han sucedido. De aquí fué prosiguiendo el Cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zorayda á su hermano habia sucedido. A todo lo cual estaba tan atento el oidor, que ninguna vez habia sido tan oidor como entonces. Solo llegó el Cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habian quedado: de los cuales no habia sabido en qué habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádolos los franceses á Francia. Todo lo que el Cura decia, estaba escuchando algo de allí desviado el capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia: el cual viendo que ya el Cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro y llenándose los ojos de agua, dijo: ¡O señor, si supiésedes las nuevas que me habeis contado, y cómo me tocan tan en parte que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas, que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Ese capitan tan valeroso que decis, es mi mayor hermano, el cual como mas fuerte y de mas altos pensamientos que yo, ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dijo vuestra camarada, en la conseja que á vuestro parecer le oístes. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico, que con lo que ha enviado á mi padre y á mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural: y yo ansimesmo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre muriendo, con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones, no cierre la muerte sus ojos, hasta que él vea con vida á los de su hijo: del cual me maravillo, siendo tan discreto, como en tantos trabajos y aflicciones, ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á

su padre, que si él lo supiera, ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo agora me temo es de pensar, si aquellos franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será [1] que yo prosiga mi viage, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡O buen hermano mio, y quien supiera agora donde estabas, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los mios! ¡O quién llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mias! ¡O Zorayda hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! ¡quién pudiera hallarse al renacer de tu alma, y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el oidor, lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian, le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo pues el Cura, que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes, y así se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zorayda, la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del oidor. Estaba esperando el capitan á ver lo que el Cura queria hacer, que fué que tomándole á él asimesmo de la otra mano, con entrambos á dos se fué donde el oidor y los demas caballeros estaban, y dijo: Cesen, señor oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aquí veis es el capitan Viedma, y esta la hermosa mora que tanto bien le hizo: los franceses que os dije, los pusieron en la estrecheza que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el capitan á abrazar á su hermano, y él le puso ambas manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado; mas cuando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los mas de los que presentes estaban, le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, cuanto mas escribirse. Allí en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos, allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de

1 Acaso falta la palabra *causa*, *ocasion*, ú otra semejante.

dos hermanos, allí abrazó el oidor á Zorayda, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos. Allí Don Quijote estaba atento sin hablar palabra considerando estos tan estraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertaron, que el capitan y Zorayda se volviesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zorayda, por no le ser al oidor posible dejar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas, que de allí á un mes partia flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo, y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante ó otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al oidor cuenta del humor estraño de Don Quijote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en una estancia, y los demas acomodándose como menos mal pudieron, Don Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo como lo habia prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea que despierta estaba, á cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma, que ansí se llamaba la hija del oidor. Nadie podia imaginar quien era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras en la caballeriza: y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dijo: Quien no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta.—Ya lo oimos, señor, respondió Dorotea: y con esto se fué Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion posible, entendió que lo que se cantaba era esto.





CAPÍTULO XLIII.

Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros estraños acaecimientos en la venta sucedidos.

Marinero soy de amor,
Y en su piélago profundo
Navego sin esperanza
De llegar á puerto alguno.

Siguiendo voy á una estrella,
Que desde lejos descubro,
Mas bella y resplandeciente,
Que cuantas vió Palinuro.

Yo no sé adonde me guia,
Y así navego confuso,
El alma á mirarla atenta,
Cuidadosa y con descuido.

Recatos impertinentes,
Honestidad contra el uso
Son nubes que me la encubren,
Cuando mas verla procuro.

¡O clara y luciente estrella,
En cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
Será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea, que no seria bien que dejase Clara de oir una tan buena voz, y así moviéndola á una y otra parte la despertó diciéndole: Perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gustes de oir la mejor voz, que quizá habrás oido en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y volviéndoselo á preguntar ella, se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta Clara; pero apenas hubo oido dos versos, que el que

cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan estraño, como si de algun grave accidente de cuartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea, le dijo: ¡Ay, señora de mi alma y de mi vida! ¿para qué me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora, era tenerme cerrados los ojos y los oidos, para no ver ni oir á ese desdichado músico.—¿Qué es lo que dices, niña? mira que dicen, que el que canta es un mozo de mulas.—No es sino Señor de Lugares, respondió Clara, y el que él tiene en mi alma, con tanta seguridad le tiene, que si él no quiere dejalle, no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y así le dijo: Hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos, declaraos mas y decidme ¿qué es lo que decis de alma y de Lugares, y deste músico cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder, por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oir al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono, torna á su canto. —Sea en buena hora, respondió Clara, y por no oille, se tapó con las manos entrambos oidos, de lo que tambien se admiró Dorotea: la cual estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguian en esta manera:

Dulce esperanza mia,
Que rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la via,
Que tú mesma te finges y aderezas,
No te desmaye el verte
A cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo,
Pues no hay mas rica prenda,
Que la que se quilata por su gusto,
Y es cosa manifiesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfías
Tal vez alcanzan imposibles cosas,
Y ansí, aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por eso recelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aquí dió fin la voz, y principió á nuevos sollozos Clara. Todo lo cual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y así le volvió á preguntar, qué era lo que le queria decir denantes. Entonces Clara, temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea, puso su boca tan junto del oido de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida, y así le dijo: Este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero, natural del reino de Aragon, señor de dos Lugares, el cual vivia frontero de la casa de mi padre en la corte, y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué, ni lo que no, que este caballero que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia, ó en otra parte: finalmente él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa, con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia, era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo, y aunque yo me holgaria mucho de que ansí fuera, como sola y sin madre no sabia con quien comunicallo, y así lo dejé estar sin dalle otro favor, sino era cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo, ó la celosía, y dejarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre, y así el dia que nos partímos, nunca pude verle para despedirme dél, siquiera con los ojos; pero acabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada, en un lugar una jornada de aquí, le ví á la puerta del meson puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural, que si yo no le trujera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocíle, admiréme y alegréme: él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde, cuando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos: y como yo sé quien es, y considero que por amor de mí viene á pié

y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los piés, pongo yo los ojos. No sé con que intencion viene, ni como ha podido escaparse de su padre que le quiere estraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy gran estudiante y poeta: y hay mas, que cada vez que le veo, ó le oigo cantar, tiemblo toda y me sobresalto temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echareis bien de ver, que no es mozo de mulas como decis, sino señor de almas y lugares, como yo os he dicho.—No digais mas, señora Doña Clara, dijo á esta sazon Dorotea, y esto besándola mil veces: no digais mas, digo, y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen.—¡Ay señora! dijo Doña Clara, ¿qué fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá, que aun yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto mas esposa? Pues casarme yo á hurto de mi padre, no lo haré por cuanto hay en el mundo: no querria sino que este mozo se volviese y me dejase, quizá con no velle y con la gran distancia del camino que llevamos se me aliviaria la pena que ahora llevo, aunque sé decir que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco: no sé que diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el dia de San Miguel que vendrá, dice mi padre que los cumplo. No pudo dejar de reirse Dorotea, oyendo cuan como niña hablaba Doña Clara, á quien dijo: Reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios, y medrarémos, ó mal me andarán las manos. Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio: solamente no dormian la hija de la ventera y Maritórnes su criada, las cuales, como ya sabian el humor de que pecaba Don Quijote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo, haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo menos de pasar un poco el tiempo, oyéndole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar por donde echaban la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que Don Quijote estaba á caballo, recostado sobre su lanzon, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma: y asimesmo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: ¡O mi señora Dulcinea del Toboso! estremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y ultimadamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo, ¿y qué fará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por solo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, ó luminaria de las tres caras[1], quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando, que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcon, está considerando, como, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece, que gloria ha de dar á mis penas, que sosiego á mi cuidado, y finalmente, que vida á muerte y que premio á mis servicios. Y tú, sol, que ya debes estar apriesa ensillando tus caballos, por madrugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplícote que de mi parte la saludes; pero guárdate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro, que tendré mas zelos de tí, que tú los tuvistes de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por donde corriste entonces, zeloso y enamorado[2]. A este punto llegaba entonces Don Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: Señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido. A cuyas señas y voz volvió Don Quijote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas como conviene que las tengan tan ricos castillos, como él se imaginaba que era aquella venta: y luego en el instante se le repre-

1 La luna, ó la diosa Diana, como dijo Virgilio:

Tria virginis ora Dianæ.

(Æneid. *lib.* 4, *v.* 511.)

2 Esta ingrata fué Dafne, que huia de Apolo, que es el sol, por las riberas del Peneo. el mejor rio de Tesalia, como dice Plinio. [*Hist.* lib. 4, cap. 8.]

sentó en su loca imaginacion, que otra vez como la pasada, la doncella fermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor tornaba á solicitarle, y con este pensamiento, por no mostrarse descortes y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas, dijo: Lástima os tengo, fermosa señora, de que háyades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que aquella que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querais con significarme mas vuestros deseos, que yo me muestre mas desagradecido: y si del amor que me teneis, hallais en mí otra cosa con que satisfaceros, que el mesmo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia, de dárosla en continente, si bien me pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mesmos rayos del sol encerrados en una redoma.—No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritórnes.—¿Pues qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió Don Quijote.— Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritórnes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traido tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja.—Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quijote, pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija.— Parecióle á Maritórnes, que sin duda Don Quijote daria la mano que le habia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer, se bajó del agujero y se fué á la caballeriza donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero á tiempo que Don Quijote se habia puesto de piés sobre la silla de Rocinante, por alcanzar á la ventana enrejada donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano, dijo: Tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contestura de sus nervios, la trabazon de

sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacareis, qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.—Ahora lo verémos, dijo Maritórnes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quijote que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: Mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de Don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque así como Maritórnes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dejaron asido de manera, que fué imposible soltarse. Estaba pues como se ha dicho, de piés sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo, ó á otro, habia de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podia esperar, que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose Don Quijote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento como la vez pasada, cuando en aquel mesmo castillo le molió aquel moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso; pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes, que cuando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo, por ver si podia soltarse, mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese: y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podia sino estar en pié, ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno: allí fué el maldecir de su fortuna: allí fué el ecsagerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado, que sin duda alguna se habia creido que lo estaba: allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso: allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño

y tendido sobre la albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido: allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen: allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese: y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaria su cuita, porque la tenia por eterna, teniéndose por encantado: y haciale creer esto, ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte sin comer, ni beber, ni dormir, habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro mas sabio encantador le desencantase; pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer, cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes: lo cual visto por Don Quijote desde donde aun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta, dijo: Caballeros ó escuderos, ó quien quiera que seais, no teneis para qué llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está, que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas, hasta que el sol esté tendido por todo el suelo: desviaos afuera, y esperad que aclare el dia, y entonces verémos si será justo, ó no, que os abran.—¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es este, dijo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y pasar adelante, porque vamos de priesa.—¿Pareceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió Don Quijote.—No sé de qué teneis talle, respondió el otro, pero sé que decis disparates en llamar castillo á esta venta.—Castillo es, replicó Don Quijote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.—Mejor fuera al reves, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decis, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro.—Sabeis poco del mundo, replicó Don Quijote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante. Cansábanse los compañeros que con el preguntante venian, del

coloquio que con Don Quijote pasaba, y así tornaron á llamar con grande furia, y fué de modo que el ventero despertó, y aun todos cuantos en la venta estaban, y así se levantó á preguntar quien llamaba. Sucedió en este tiempo, que una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias: y así no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos piés de Don Quijote, y resbalando de la silla dieran con él en el suelo, á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los estremos de las puntas de los piés besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al suelo: bien así como los que están en el tormento de la garrucha[1] puestos á toca no toca, que ellos mesmos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa, que con poco mas que estiren, llegarán al suelo.



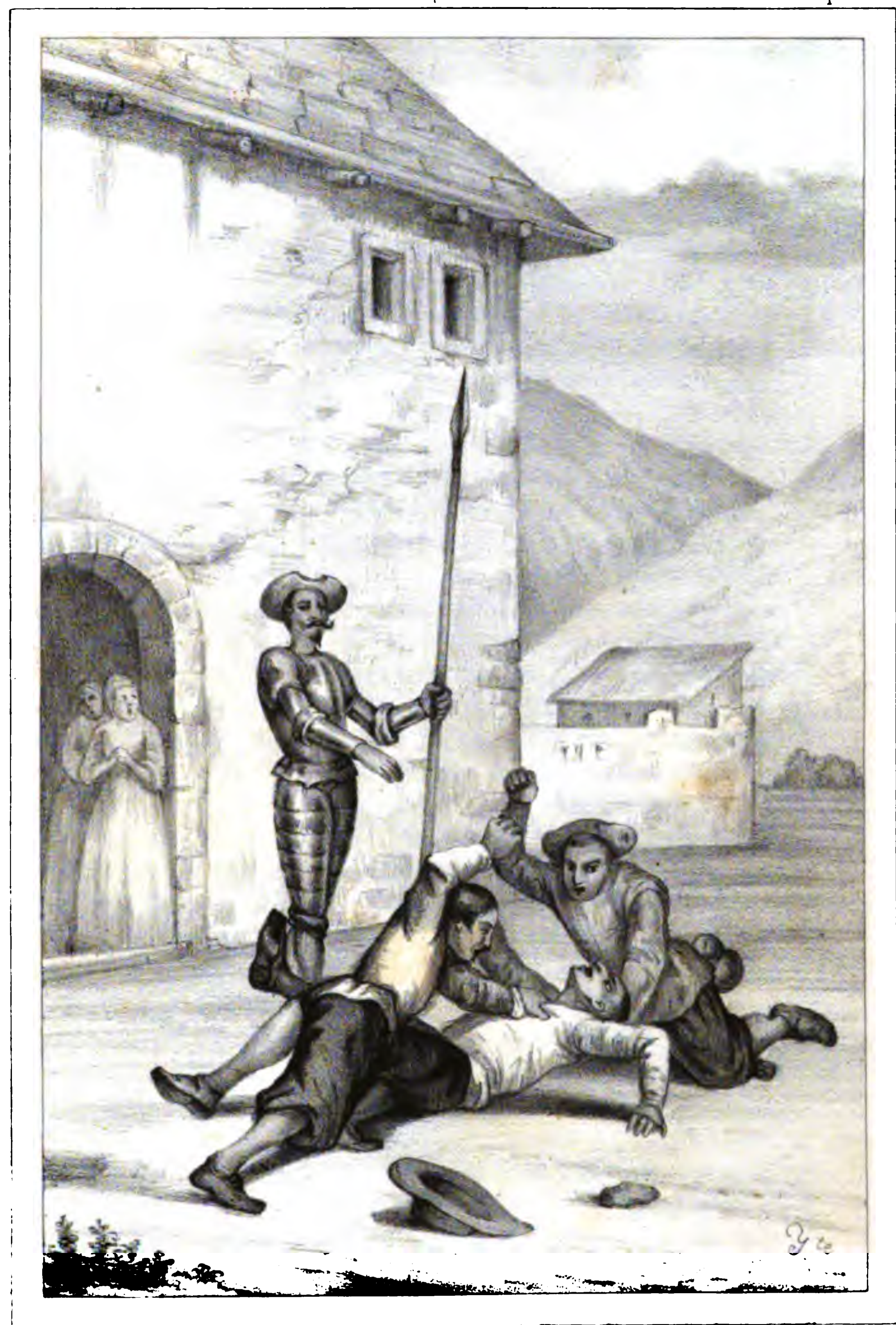
1 Uno de los tormentos inventados para obligar á confesar el crímen á los tratados como reos. En 1817 viendo Fernando VII en una visita de cárcel, el potro, otro de los tormentos, mandó quemarlos, para que no quede, dijo, en lo sucesivo ni aun idea de semejante infernal máquina.



CAPÍTULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

EN efeto, fueron tantas las voces que Don Quijote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero despavorido á ver quien tales gritos daba, y los que estaban fuera, hicieron lo mesmo. Maritórnes, que ya habia despertado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató sin que nadie lo viese el cabestro que á Don Quijote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegándose á él, le preguntaron qué tenia, que tales voces daba. Él sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pié, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo, volvió á medio galope, diciendo: Cualquiera que dijere, que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafio á singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admiracion, diciéndoles que era Don Quijote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero, si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mesmas que traia el amante de Doña Clara. El ventero respondió, que habia tanta gente en la venta, que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero habiendo visto uno dellos el coche donde habia venido el oidor, dijo: Aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren los demas á buscarle, y aun seria bien, que uno de nosotros rodease toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales. Así se hará, respondió uno dellos, y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta y el otro se fué á rodear la venta: todo lo cual veia el ventero, y no sabia atinar para qué se hacian aquellas dili-



gencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habian dado. Ya á esta sazon aclaraba el dia, y así por esto como por el ruido que Don Quijote habia hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente Doña Clara y Dorotea, que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacia caso de él, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña: y si él hallara en las ordenanzas de su caballería, que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna, hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado; pero por parecerle no convenirle, ni estarle bien comenzar nueva empresa, hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo, esperando á ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los cuales halló al mancebo que buscaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni menos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo, y le dijo: Por cierto, señor Don Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto, que no acertó ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio, y el criado prosiguió diciendo: Aquí no hay que hacer otra cosa, señor Don Luis, sino prestar paciencia y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia.—¿Pues cómo supo mi padre, dijo Don Luis, que yo venia este camino y en este trage?—Un estudiante, respondió el criado, á quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió, movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó menos; y así despachó á cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginar se puede, por el buen despacho con que tornarémos, llevandoos á los ojos que tanto os quieren.—Eso será como yo quisiere, ó como el cielo lo ordenare, respondió Don Luis.—¿Qué habeis de querer, ó qué ha de ordenar el cielo fuera de consentir en volveros? Porque no

ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos pasaban, oyó el mozo de mulas junto á quien Don Luis estaba, y levantándose de allí, fué á decir lo que pasaba á Don Fernando y á Cardenio, y los demas que ya vestido se habian, á los cuales dijo, como aquel hombre llamaba de *Don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y como le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria: y con esto y con lo que dél sabian de la buena voz que el cielo le habia dado, vinieron todos en gran deseo de saber mas particularmente quien era, y aun de ayudarle, si alguna fuerza le quisiesen hacer, y así se fueron ácia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salia en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada, y llamando Dorotea á Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del músico y Doña Clara, á quien él tambien dijo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dijo tan callando, que lo dejase de oir Doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dijo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los cuatro que venian á buscar á Don Luis dentro de la venta y rodeados dél, presuadiéndole que luego sin detenerse un punto, volviese á consolar á su padre. Él respondió que en ninguna manera lo podia hacer, hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretáronle entonces los criados, diciéndole que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian, quisiese ó no quisiese.—Esto no hareis vosotros, replicó Don Luis, si no es llevándome muerto, aunque de cualquiera manera que me lleveis, será llevarme sin vida. Ya á esta sazon habian acudido á la porfia todos los mas que en la venta estaban, especialmente Cardenio, Don Fernando, sus camaradas, el Oidor, el Cura, el barbero y Don Quijote, que ya le pareció que no habia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian ¿qué les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho?—Muévenos, respondió uno de los cuatro, dar la vida á su padre, que por la ausencia deste caballero queda á peligro de perderla. A esto dijo Don Luis: No hay para que se dé cuenta aquí de mis cosas, yo soy libre, y volveré si me diere gusto, y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza.—Harásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre, y cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con no-

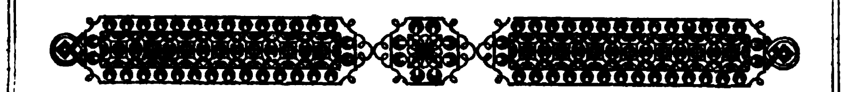
sotros para hacer á lo que venimos, y lo que somos obligados.—Sepamos que es esto de raiz, dijo á este tiempo el Oidor; pero el hombre que le conoció, como vecino de su casa, respondió: ¿No conoce vuestra merced, señor Oidor, á este caballero, que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre, en el hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver? Miróle entonces el Oidor mas atentamente y conocióle, y abrazándole, dijo: ¿Qué niñerías son estas, señor Don Luis, ó qué causas tan poderosas, que os hayan movido á venir desta manera, y en este trage que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al Oidor, el cual dijo á los cuatro, que se sosegasen, que todo se haria bien, y tomando por la mano á Don Luis le apartó á una parte, y le preguntó qué venida habia sido aquella. Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas, oyeron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habian intentado á irse sin pagar lo que debian; mas el ventero, que atendia mas á su negocio que á los agenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños: y así le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron otro mas desocupado para poder socorrerle, que á Don Quijote, á quien la hija de la ventera, dijo: Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como á cibera. A lo cual respondió Don Quijote muy de espacio y con mucha flema: Fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion,porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura, en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros, es lo que ahora diré: corred y decid á vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona, para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré de ella.—¡Pecadora de mí! dijo á esto Maritórnes, que estaba delante: primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, será ya mi señor en el otro mundo.—Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió Don Quijote, que como

yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo menos, os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedeis mas que medianamente satisfechas: y sin decir mas se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas, que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La princesa se la dió de buen talante, y él luego, embrazando su adarga, y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, adonde aun todavía traian los dos huéspedes á mal traer al ventero; pero así como llegó, embazó y se estuvo quedo, aunque Maritórnes y la ventera le decian, que en qué se detenia, que socorriese á su señor y marido. Deténgome, dijo Don Quijote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mogicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritórnes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de Don Quijote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre. Pero dejémosle aquí, que no faltará quien le socorra, ó si no sufra y calle el que se atreve á mas de á lo que sus fuerzas le prometen, y volvámonos atras cincuenta pasos á ver qué fué lo que Don Luis respondió al Oidor, que le dejamos aparte, preguntándole la causa de su venida á pié y de tan vil trage vestido: á lo cual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dijo: Señor mio, yo no sé deciros otra cosa, sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitó nuestra vecindad, que yo viese á mi señora Doña Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad: y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mesmo dia ha de ser mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este trage, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces, que desde lejos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo, que

si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, así de haber Oido el modo y la discrecion con que Don Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio: y así no respondió otra cosa, sino que se sosegase por entonces, y entretuviese á sus criados, que por aquel dia no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviese. Besóle las manos por fuerza Don Luis, y aun se las bañó con lágrimas, cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no solo el del Oidor, que como discreto ya habia conocido cuán bien le estaba á su hija aquel matrimonio: puesto que si fuera posible, lo quisiera efectuar con voluntad del padre de Don Luis, del cual sabia que pretendia hacer de título á su hijo. Ya á esta sazon estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasion y buena razones de Don Quijote, mas que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de Don Luis aguardaban el fin de la plática del Oidor, y la resolucion de su amo, cuando el demonio que no duerme, ordenó que en aquel mesmo punto entró en la venta el barbero á quien Don Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo: el cual barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza que estaba aderezando no sé que de la albarda, y así como la vió la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: A Don ladron, que aquí os tengo, venga mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos que me robastes. Sancho que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda y con la otra dió un mogicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, antes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia: Aquí del rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladron salteador de caminos.—Mentis, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor Don Quijote estos despojos. Ya estaba Don Quijote delante, con mucho contento de ver cuan bien se defendia y ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su cora-

zon de armarle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que seria en él bien empleada la órden de la caballería. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia, vino á decir: Señores, así esta albarda es mia, como la muerte que debo á Dios, y así la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo que no me dejará mentir, si no pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame: y hay mas, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitaron tambien una bacía de azófar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener Don Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos, y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo: Porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será yelmo de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legítima y lícita posesion: en lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir, es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razon, si no es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería: para confirmacion de lo cual corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía.—Par diez, señor, dijo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion, que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino, como el jaez de este buen hombre albarda.—Haz lo que te mando, replicó Don Quijote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué á do estaba la bacía, y la trujo, y así como Don Quijote la vió, la tomó en las manos, y dijo: Miren vuestras mercedes con qué cara podrá decir este escudero, que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la órden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él, ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dijo á esta sazon Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta agora, no ha hecho con él mas de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados, y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.





CAPÍTULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

QUÉ les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacía sino yelmo?—Y quien lo contrario dijere, dijo Don Quijote, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quijote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla, para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero: Señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas ha de veinte años carta de ecsámen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería sin que le falte uno, y ni mas ni menos fuí un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien que es yelmo, y que es morreon y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados, y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo, como está lejos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero.—No por cierto, dijo Don Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera.—Así es, dijo el Cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, Don Fernando y sus camaradas; y aun el Oidor si no estuviera tan pensativo con el negocio de Don Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las veras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco ó nada atendia á aquellos donaires. —¡Válame Dios! dijo á esta sazon el barbero burlado, ¿qué es posible que tanta gente honrada diga, que esta no es bacía, sino yel-

mo? Cosa parece esta, que puede poner en admiracion á toda una Universidad por discreta que sea. Basta, si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho.—A mí albarda me parece, dijo Don Quijote; pero ya he dicho que en eso no me entremeto.—De que sea albarda ó jaez, dijo el Cura, no está en mas decirlo el señor Don Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja.—Por Dios, señores mios, dijo Don Quijote, que son tantas y tan estrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino, que cuanto en él se trata va por via de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces, y anoche estuve colgado de este brazo casi dos horas, sin saber como, ni como no vine á caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo agora en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario: en lo que toca á lo que dicen, que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva, solo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes, quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo, como ellas son real y verdaderamente, y no como á mi me parecen.—No hay duda, respondió á esto Don Fernando, sino que el señor Don Quijote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la difinicion deste caso: y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de Don Quijote, era todo esto materia de grandísima risa: pero para los que la ignoraban, les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de Don Luis, y á Don Luis ni mas ni menos, y á otros tres pasageros, que acaso habian llegado á la venta, que tenian parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran; pero el que mas se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le habia de volver en jaez rico de caballo, y los unos y los otros se reian de ver como andaba Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablán-

dolos al oido para que en secreto declarasen si era albarda, ó jaez aquella joya, sobre quien tanto se habia peleado: y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quijote conocian, dijo en alta voz: El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir, que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y así habreis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno, este es jaez y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte.—No la tenga yo en el cielo, dijo el sobrebarbero[1], si todos vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece á mí albarda y no jaez: pero allá van leyes.... y no digo mas: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar nó. No menos causaban risa las necedades que decia el barbero, que los disparates de Don Quijote, el cual á esta sazon dijo: Aquí no hay mas que hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Uno de los cuatro dijo: Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir, que hombres de tan buen entendimiento como son, ó parecen todos lo que aquí están, se atrevan á decir y afirmar, que esta no es bacía, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma esperiencia; porque voto á tal (y arrojóle rodando) que no me den á mí á entender cuantos hoy viven en el mundo, al reves de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno.—Bien podria ser de borrica, dijo el Cura.—Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y cuestion, lleno de cólera y de enfado, dijo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho, ó dijere, debe de estar hecho uva.—Mentis como bellaco villano, respondió Don Quijote, y alzando el lanzon, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la

1 En las primeras ediciones, dice *el sobrebarbero;* pero se ha considerado ya comp una de las muchas erratas de imprenta que se hallan en la primera, procedida de haber leido la *p* del original por *s*, y de haber formado una palabra sola de dos. Lo cierto es, que la estraña é insignificante voz de *sobrebarbero*, como efecto de una combinacion inadvertida, ni se lee en libros, ni en ningun bocabulario castellano; y que por otra parte el estilo y costumbre de Cervantes, es aplicar el adjetivo *pobre* á las personas á quienes sucede algun contratiempo ó caso adverso.

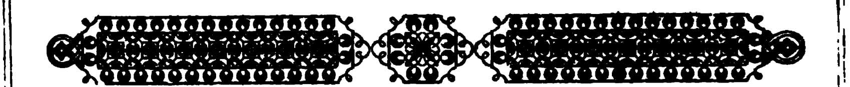
cabeza, que á no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demas cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de Don Luis rodearon á Don Luis, porque con el alboroto no se les fuese. El barbero, viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho. Don Quijote puso mano á su espada, y arremetió á los cuadrilleros, Don Luis daba voces á sus criados que le dejasen á él y acorriesen á Don Quijote, y á Cardenio, y á Don Fernando, que todos favorecian á Don Quijote. El Cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligia, Maritórnes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa, y Doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho, Sancho molia al barbero, Don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre, el Oidor le defendia. Don Fernando tenia debajo de sus piés á un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor. El ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mogicones, palos, coces y efusion de sangre: y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á Don Quijote, que se veia metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dijo con voz que atronaba la venta: Ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. Á cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna region de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo cual quiero que veáis por vuestros ojos, como se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues, vuestra merced, señor Oidor, y vuestra merced, señor Cura, y el uno sirva de rey Agramante, y el otro de rey Sobrino, y pónganos en paz, porque por Dios todopoderoso, que es gran bellaquería, que tanta gente principal como aquí estamos, se mate por causas tan livianas. Los cuadrilleros, que no entendian el frásis de Don Quijote, y se veian mal parados de Don

Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegarse: el barbero sí, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas, y el albarda: Sancho á la mas mínima voz de su amo obedeció como buen criado: los cuatro criados de Don Luis tambien se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba en no estarlo; solo el ventero porfiaba, que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta; finalmente, el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de Don Quijote. Puestos, pues, ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del Oidor y del Cura, volvieron los criados de Don Luis á porfiarle, que al momento se viniese con ellos; y en tanto que él con ellos se avenia, el Oidor comunicó con Don Fernando, Cardenio y el Cura qué debia hacer en aquel caso, contándoseles con las razones que Don Luis le habia dicho. En fin, fué acordado, que Don Fernando dijese á los criados de Don Luis quien él era, y como era su gusto que Don Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el marques seria estimado, como el valor de Don Luis merecia, porque desta manera se sabia de la intencion de Don Luis, que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre si le hiciesen pedazos. Entendida pues de los cuatro la calidad de Don Fernando y la intencion de Don Luis, determinaron entre ellos, que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á Don Luis, y á no dejalle hasta que ellos volviesen por él, ó viese lo que su padre les ordenaba. Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias, por la autoridad de Agramante, y prudencia del rey Sobrino; pero viéndose el enemigo de la concordia, y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia grangeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y desasosiegos. Es pues el caso, que los cuadrilleros se sosegaron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la pendencia, por parecerles que de cualquiera manera que sucediese habian de llevar lo peor de la batalla; pero uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por Don Fernando, le vino á la memoria, que entre algunos mandamientos que traia para prender á algunos delincuentes, traia uno contra Don Quijote, á quien la Santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho con mucha razon habia temido.

Imaginando, pues, esto, quiso certificarse si las señas que de Don Quijote traia venian bien, y sacando del seno un pergamino, topó con el que buscaba, y poniéndosele á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leia ponia los ojos en Don Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba, y apenas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió á Don Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia: Favor á la Santa Hermandad, y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el Cura, y vió como era verdad cuanto el cuadrillero decia, y como convenia con las señas con Don Quijote, el cual viéndose tratar mal de aquel villano malandrin, puesta la cólera en su punto, y crugiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo le asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros, allí dejara la vida antes que Don Quijote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritórnes y su hija, pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho dijo, viendo lo que pasaba: Vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. Don Fernando despartió al cuadrillero y á Don Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenian; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenia al servicio del rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor, para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oir decir estas razones Don Quijote, y con mucho sosiego dijo: Venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltear de caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia

en que estais en no reverenciar la sombra, cuanto mas la asistencia de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad, decidme: ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son esentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus premáticas su voluntad? ¿Quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni esenciones, como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la reina, moneda forera, portazgo, ni barca? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo, que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le asentó á su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga brios para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?





CAPÍTULO XLVI.

De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quijote.

EN tanto que Don Quijote esto decia, estaba persuadiendo el Cura á los cuadrilleros, como Don Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dejar por loco: á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de Don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas.— Con todo eso, dijo el Cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dejará llevarse, á lo que yo entiendo. En efeto tanto les supo el Cura decir, y tantas locuras supo Don Quijote hacer, que mas locos fueran que no él los cuadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quijote, y así tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian con gran rancor á su pendencia. Finalmente, ellos como miembros de justicia mediaron la causa, y fueron árbitros della, de tal modo que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, á lo menos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas: y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el Cura á socapa, y sin que Don Quijote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entonces, ni por siempre jamas amen. Sosegadas pues estas dos pendencias, que eran las mas principales y de mas tomo, restaba que los criados de Don Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde Don Fernando le queria llevar, y como ya la buena suerte y mejor fortuna habia comenzado á romper lanzas y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta, y


J. Heredia

de los valientes della, quiso llevarlo al cabo, y dar á todo felice suceso, porque los criados se contentaron de cuanto Don Luis queria, de que recibió tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella sazon la mirara al rostro, que no conociera el regocijo de su alma. Zorayda, aunque no entendia bien todos los sucesos que habia visto, se entristecia y alegraba á bulto, conforme veia y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenia siempre puestos los ojos, y traia colgada el alma. El ventero, á quien se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el Cura habia hecho al barbero, pidió el escote de Don Quijote con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el Cura, y lo pagó Don Fernando, puesto que el Oidor de muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quijote habia dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano: de todo lo cual fué comun opinion, que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha elocuencia del señor Cura, y á la incomparable liberalidad de Don Fernando. Viéndose, pues, Don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que seria bien seguir su comenzado viage, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido: y así con resoluta determinacion, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él por obedecella se puso en pié, y le dijo:—Es comun proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la esperiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa: todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece, que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño, que lo echásemos de ver algun dia: porque ¿quién sabe si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante, de que yo voy á destruille, y dándole lugar el tiempo, se fortificase en algun inespugnable castillo ó fortaleza, contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, se-

ñora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura, que no está mas de tenerla vuestra grandeza como desea, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Calló, y no dijo mas Don Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la fermosa infanta, la cual con ademan señoril y acomodado al estilo de Don Quijote, le respondió desta manera:—Yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anecso y concerniente el favorecer los huérfanos y menesterosos: y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla, para que veais que hay agradecidas mugeres en el mundo: y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra, disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare.—A la mano de Dios, dijo Don Quijote, pues así es, que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla y ponella en su heredado trono: la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino, porque suele decirse, que en la tardanza está el peligro: y pues no ha criado el cielo, ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafren de la reina, y despidámonos del castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto. Sancho, que á todo estaba presente, dijo meneando la cabeza á una parte y á otra:—Ay señor, señor, y como hay mas mal en el aldegüela que se suena, con perdon sea dicho de las tocas honradas.—¿Qué mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio, villano?—Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor.—Dí lo que quisieres, replicó Don Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo, que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy.—No es eso, pecador fuí yo á Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto, y por averiguado, que esta señora, que se dice ser rein[illegible] gran reino Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque [illegible] lo que ella dice, no se anduviera hocicando con alguno de los que están en la rueda á vuelta de cabeza y á cada traspuesta. Paróse colorada con las razones de Sancho Doro-

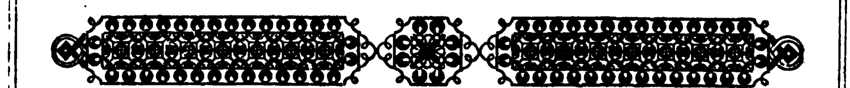
tea, porque era verdad que su esposo Don Fernando alguna vez á hurto de otros ojos, habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos, lo cual habia visto Sancho, y pareciéndole que aquella desenvoltura, mas era de dama cortesana que de reina de tan gran reino, y no pudo, ni quiso responder palabra á Sancho, sino dejóle proseguir en su plática, y él fué diciendo:—Esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias, ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para que darme priesa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento y aderece el palafren, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. ¡O válame Dios, y cuán grande que fué el enojo que recibió Don Quijote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo:—O bellaco villano, mal mirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente, ¿tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas, vete, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira: y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pié derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas: á cuyas palabras y furibundos ademanes, quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus piés la tierra y le tragara: y no supo que hacerse, sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de Don Quijote, dijo para templarle la ira:—No os despecheis, señor caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar, que levante testimonio á nadie: y así se ha de creer, sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decis, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica via, lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad.—Por el Om-

nipotente Dios juro, dijo á esta sazon Don Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie.—Así es, y así será, dijo Don Fernando, por lo cual debe vuestra merced, señor Don Quijote, perdonalle y reducille al gremio de su gracia *sicut erat in principio*, antes que las tales visiones le sacasen de juicio.—Don Quijote respondió, que él le perdonaba, y el Cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió, y despues de habérsela dejado besar, le echó la bendicion, diciendo: Agora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento.—Así lo creo yo, dijo Sancho, escepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria.—No lo creas, respondió Don Quijote, que si así fuera, yo te vengara entonces, y aun agora; pero ni entonces, ni agora pude, ni vi en quien tomar venganza de tu agravio. Desearon saber todos, qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no menos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento, puesto que jamas llegó la sandez de Sancho á tanto, que creyese no ser verdad pura y averiguada sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creia y lo afirmaba. Dos dias eran ya pasados los que habia que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta: y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron órden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y Don Fernando con Don Quijote á su aldea con la invencion de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el Cura y el Barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué, que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente Don Quijote, y luego Don Fernando y sus camaradas, con los criados de Don Luis y los cuadrilleros juntamente con el ventero, todos por órden y parecer del Cura se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de

otra, de modo que á Don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansado de las pasadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los piés de modo, que cuando él despertó con sobresalto, no pudo menearse, ni hacer otra cosa, mas que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan estraños visages: y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear ni defender: todo á punto como habia pensado que sucederia el Cura, trazador desta máquina. Solo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mesmo juicio y en su mesma figura: el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la mesma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quien eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca, hasta ver en qué paraba aquel asalto y prision de su amo, el cual tampoco hablaba palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué, que trayendo allí la jaula le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper á dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el Barbero, no el del albarda, sino el otro, que decia: "¡O caballero de la Triste Figura! "no te dé afincamiento la prision en que vas, porque así conviene, "para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso: la cual se acabará cuando el furibundo leon manchego, con la "blanca paloma tobosina, yoguieren en uno, ya despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco: de cuyo "inaudito consorcio saldrán á la luz del orbe los bravos cachorros "que imitarán las rapantes garras del valeroso padre: y esto será "antes que el seguidor de la fugitiva Ninfa faga dos vegadas la visita de las lucientes imágenes con su rápido y natural curso. Y "tú, ó el mas noble y obediente escudero, que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices, no te desmaye ni descontente ver llevar así delante de tus ojos mesmos á la flor de la "caballería andante: que presto, si al Plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor: y "asegúrote de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea

"pagado como le verás por la obra, y sigue las pisadas del valero-"so y encantado caballero, que conviene que vayas donde pareis "entrambos: y porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios que-"dad, que yo me vuelvo adonde yo me sé:" y al acabar de la profecía, alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oian. Quedó Don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha: y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y dando un gran suspiro, dijo: O tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador, que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision, donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho: que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso: y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza mi escudero, yo confio de su bondad y buen proceder, que no me dejará en buena ni en mala suerte, porque cuando no suceda por la suya, ó por mi corta ventura el poderle yo dar la ínsula ó otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones y la acomodaron en el carro de los bueyes.





CAPÍTULO XLVII.

Del estraño modo con que fué encantado Don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

CUANDO Don Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo: Muchas y muy graves historias he yo leido de caballeros andantes; pero jamas he leido, ni visto ni oido, que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales: porque siempre los suelen llevar por los aires con estraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube, ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipógrifo, ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mí agora sobre un carro de bueyes, vive Dios, que me pone en confusion; pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino, que siguieron los antiguos: y tambien podria ser, que como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos, y otros modos de llevar á los encantados.—¿Qué te parece desto, Sancho hijo?—No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes; pero con todo eso osaria afirmar y jurar, que estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas.—¡Católicas mi padre! respondió Don Quijote, ¿cómo han de ser católicas, si son todos demonios, que han tomado cuerpos fantásticos, para venir á hacer esto, y á ponerme en este estado? y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de aire, y como no consisten en mas de en la apariencia.—Por Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado, y este diablo que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios: porque segun se dice, todos huelen á piedra

azufre y á otros malos olores; pero esto huele á ámbar de media legua[1]. Decia esto Sancho por Don Fernando, que como tan señor, debia de oler á lo que Sancho decia.—No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió Don Quijote, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas: y la razon es, que como ellos donde quiera que están traen el infierno consigo, y no pueden recebir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena: y si á tí te parece que ese demonio que dices, huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado, y temiendo Don Fernando y Cardenio, que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillase á Rocinante y enalbardase al jumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el Cura se habia concertado con los cuadrilleros, que lo acompañasen hasta su lugar, dándoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante del un cabo la adarga, y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho, que subiese en su asno y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos cuadrilleros con sus escopetas; pero antes que se moviese el carro salió la ventera, su hija y Maritórnes á despedirse de Don Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, á quien Don Quijote dijo: No lloreis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anecsas á los que profesan lo que yo profeso, y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante, porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros, que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero con todo eso la virtud es tan poderosa, que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroástes,

1 Eran en efecto tan usados los olores en tiempo de Cervantes, que se gastaban hasta en las comidas. *El cocinero* (dice Don Miguel de Yelgo) *ha de tener unas cajetas, donde tener aguas de olores para dar olor á las tortas, pasteles y empanadas.* (Estilo de servir á Príncipes: *en Madrid* 1614, *p.* 155 *v.*)

saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo, como la da el sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algun desaguisado, por descuido mio os he fecho, que de voluntad y á sabiendas jamas le dí á nadie: y rogad á Dios me saque destas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si dellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho, para gratificarlas, servillas y recompensallas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto pasaban con Don Quijote, el Cura y el Barbero se despidieron de Don Fernando y sus camaradas, y del capitan y de su hermano y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron, y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo Don Fernando al Cura donde habia de escribirle para avisarle en lo que paraba Don Quijote, asegurándole, que no habria cosa que mas gusto le diese, que saberlo: y que él asimismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, así de su casamiento, como del bautismo de Zorayda, y suceso de Don Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El Cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al Cura, y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta donde se halló la novela del Curioso Impertinente, y que pues su dueño no habia vuelto mas por allí, que se los llevase todos, que pues él no sabia leer, no los queria. El Cura se lo agradeció, y abriéndolos luego, vió que al principio de lo escrito decia: *Novela de Rinconete y Cortadillo*, por donde entendió ser alguna novela, y coligió, que pues la del Curioso Impertinente habia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de un mismo autor; y así la guardó con prosupuesto de leerla cuando tuviese comodidad. Subió á caballo, y tambien su amigo el Barbero con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de Don Quijote, y pusiéronse á caminar tras el carro, y la órden que llevaban, era esta: iba primero el carro, guiándole su dueño, á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas: seguia luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de rienda á Rocinante: detras de todo esto iban el Cura y el Barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el paso tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas,

tendidos los piés y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia, como si no fuera hombre de carne, sino estátua de piedra: y así con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes: y comunicándolo con el Cura, fué de parecer el Barbero que caminasen un poco, porque él sabia que detras de un recuesto que cerca de allí se mostraba, habia un valle de mas yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del Barbero y así tornaron á proseguir su camino. En esto volvió el Cura el rostro y vió que á sus espaldas venian hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban, no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto á sestear á la venta, que menos de una legua de allí se parecia. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortesmente, y uno de los que venian, que en resolucion era Canónigo de Toledo y señor de los demas que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, Cura y Barbero, y mas á Don Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar, qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera: aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debia de ser algun facineroso salteador, ó otro delincuente, cuyo castigo tocase á la Santa Hermandad. Uno de los cuadrilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió así: Señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos. Oyó Don Quijote la plática, y dijo: Por dicha ¿vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias, y si no, no hay para que me canse en decirlas: y á este tiempo habian ya llegado el Cura y el Barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con Don Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio. El Canónigo, á lo que Don Quijote dijo, respondió: En verdad, hermano, que sé mas de libros de caballerías, que de las súmulas de Villalpando[1]: así que, si no está en mas que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisiéredes. A

1 Escritas con tan buen método, que mandó la Universidad de Alcalá se enseñase por ellas la dialéctica á los estudiantes.

la mano de Dios, replicó Don Quijote: pues así es, quiero, señor caballero, que sepádes, que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos: caballero andante soy, y no de aquellos, de cuyos nombres jamas la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que á despecho y pesar de la misma envidia, y de cuantos Magos crió Persia, Bracmanes la India, Ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas. Dice verdad el señor Don Quijote de la Mancha, dijo á esta sazon el Cura, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada y la valentía enoja. Este es, señor, *El caballero de la Triste Figura*, si ya le oistes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritas en bronces duros y en eternos mármoles, por mas que se canse la envidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Cuando el Canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido, y en la mesma admiracion cayeron todos los que con él venian. En esto Sancho Panza, que se habia acercado á oir la plática, para adobarlo todo, dijo: Ahora, señores, quiéranme bien, ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso dello es, que así va encantado mi señor Don Quijote, como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demas hombres, y como las hacia ayer antes que le enjaulasen. Siendo esto así, ¿cómo quieren hacerme á mí entender que va encantado? Pues yo he oido decir á muchas personas, que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo, si no le van á la mano, hablará mas que treinta procuradores. Y volviéndose á mirar al Cura, prosiguió diciendo: ¡Ah! señor Cura, señor Cura, ¿pensaba vuestra merced que no le conozco? ¿y pensará que yo no calo y adivino, adonde se encaminan estos nuevos encantamentos? Pues sepa que le conozco, por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por mas que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia, no puede vivir la virtud, ni adonde hay escaseza hay liberalidad. Mal haya el diablo, que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona,

y yo fuera Conde por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor *el de la Triste Figura*, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo, que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda mas lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos, hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi muger me pesa, pues cuando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho Gobernador ó Visorey de alguna ínsula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor Cura, no es mas de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor Don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso.—Adóbame esos candiles, dijo á este punto el Barbero: ¿tambien vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? Vive el Señor, que voy viendo, que le habeis de tener compañía en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él por lo que os toca de su humor y de su caballería. En mal punto os empreñastes [1] de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseais.—Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dejaria empreñar del rey que fuese, y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada á nadie, y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores, y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre, puedo venir á ser Papa, cuanto mas gobernador de una ínsula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien darlas. Vuestra merced mire como habla, señor Barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso: y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad, y quédese aquí, porque es peor menearlo. No quiso responder el Barbero á Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el Cura tanto procuraban encubrir: y por este mesmo temor habia el Cura dicho al Canónigo, que caminase un poco delante, que él le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo así el Canónigo, y adelantóse con sus criados y con él: estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de Don Quijote, contándole brevemente el princi-

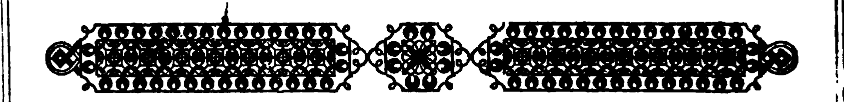
[1] Esta palabra carecia en tiempo de Cervantes de la disonancia con que ahora parece ofender á los oidos.

pio y causa de su desvarío, y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra, para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el Canónigo de oir la peregrina historia de Don Quijote, y en acabándola de oir, dijo: Verdaderamente, señor Cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías: y aunque he leido, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los mas que hay impresos, jamas me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece, que cual mas, cual menos, todos ellos son una mesma cosa, y no tiene mas éste que aquel, ni estotro que el otro: y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente: y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite, que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura y concordancia que ve, ó contempla en las cosas que la vista, ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, ó qué proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro, ó fábula, donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades, como si fuera de alfeñique? Y qué ¿cuando nos quieren pintar una batalla, despues de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de compitientes? Como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender, que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo. Pues ¿qué dirémos de la facilidad con que una Reina ó Emperatriz heredera, se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro é inculto, podrá contentarse leyendo, que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía, y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias, ó en otras, que ni las descubrió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si á esto se me respondiese, que los que tales libros componen, los escriben como cosas de mentira,

y que así no están obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderles hia yo, que tanto la mentira es mejor, cuanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada, cuanto tiene mas de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte, que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la admiracion y la alegría juntas: y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitacion, en quien consiste la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de caballerías, que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion á formar una chimera ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera desto son en el estilo duros, en las hazañas increibles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages, y finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como á gente inútil. El Cura le estuvo escuchando con grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en cuanto decia: y así dijo, que por ser él de su mesma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerías, habia quemado todos los de Don Quijote, que eran muchos; y contóle el escrutinio que dellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego, y dejado con vida, de que no poco se rió el Canónigo, y dijo, que con todo cuanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sugeto que ofrecian, para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo, por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentos, reencuentros y batallas, pintando un capitan valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo, ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer: pintando ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento: allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada: aquí un caballero cristiano, valiente y comedido: acullá un desaforado bárbaro fanfarron: acá un prín-

cipe cortes, valeroso y bien mirado, representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores: ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo escelente, ya músico, ya inteligente en las materias de Estado, y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse nigromante si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulíses, la piedad de Enéas, la valentía de Aquíles, las desgracias de Ector, las traiciones de Sinon, la amistad de Eurílo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Caton, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varon ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos: y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invencion, que tire lo mas que fuere posible á la verdad; sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos tejida, que despues de acabada, tal perfeccion y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho, porque la escritura desatada destos libros, da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la Poesía y de la Oratoria, que la Épica tambien puede escrebirse en prosa como en verso.





CAPÍTULO XLVIII.

Donde prosigue el Canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.

Así es como vuestra merced dice, señor Canónigo, dijo el Cura, y por esta causa son mas dignos de reprension los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina.—Yo á lo menos, replicó el Canónigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado: y si he de confesar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hacer la esperiencia de si correspondian á mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes que solo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion; pero con todo esto no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa agena de mi profesion, como por ver que es mas el número de los simples que de los prudentes, y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros; pero lo que mas me le quitó de las manos, y aun del pensamiento de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mesmo, sacado de las comedias que agora se representan, diciendo: Si estas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas ó las mas son conocidos disparates, y cosas que no llevan piés ni cabeza, y con todo eso el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo, y los autores que las componen, y los actores que las representan, dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera, y que las que llevan



traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos: deste modo vendrá á ser mi libro al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del cantillo: y aunque algunas veces he procurado persuadir á los actores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraerán, y mas fama cobrarán representando comedias que sigan el arte, que no con las disparatadas, ya están tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razon ni evidencia que dél los saque. Acuérdome que un dia dije á uno destos pertinaces: Decidme, ¿no os acordais que ha pocos años, que se representaron en España tres tragedias que compuso un famoso poeta de estos reinos, las cuales fueron tales, que admiraron, alegraron y suspendieron á todos cuantos las oyeron, así simples como prudentes, así del vulgo como de los escogidos, y dieron mas dineros á los representantes ellas tres solas, que treinta de las mejores que despues acá se han hecho?—¿Sin duda, respondió el actor que digo, que debe de decir vuestra merced por *La Isabela*, *La Filis* y *La Alejandra* [1]? —Por esas digo, le repliqué yo, y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo: así, que no está la falta en el vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí que no fué disparate *La Ingratitud vengada* [2], ni le tuvo *La Numancia* [3], ni se le halló en la del *Mercader amante* [4], ni menos en *La Enemiga favorable* [5], ni en otras algunas, que de algunos entendidos poetas han sido compuestas para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado: y otras cosas añadí á estas, con que á mi parecer le dejé algo confuso; pero no satisfecho, ni convencido, para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado vuestra merced, señor Canónigo, dijo á esta sazon el Cura, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que agora se usan, tal que iguala

1 El autor de estas tragedias fué Lupercio Leonardo y Argensola, natural de Barbastro, secretario de la emperatriz Doña María, cuando vivia retirada en el convento de las descalzas reales de Madrid.

2 Comedia de Lope de Vega.

3 Comedia, ó por mejor decir, tragedia del mismo Cervantes, de que hace mencion en el prólogo de sus *Comedias*, y que se publicó con el *Viage del Parnaso* año de 1784, donde se ecsamina.

4 De Gaspar de Avila, ingenio valenciano, mayordomo del duque de Gandia.

5 Escribióla Francisco Tarrega, canónigo de Valencia.

al que tengo con los libros de caballerías: porque habiendo de ser la comedia, segun le parece á Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres, é imágen de la verdad, las que agora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades é imágenes de lascivia: porque ¿qué mayor disparate puede ser en el sugeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y ¿qué mayor que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un page consejero, un rey ganapan, y una princesa fregona? ¿Qué diré pues de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden, ó podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en África, y aun si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabara en América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo? Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga á ningun mediano entendimiento, que fingiendo una accion que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlo Magno, al mesmo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el emperador Eraclio, que entró con la cruz en Jerusalen, y el que ganó la Casa Santa como Godofre de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro, y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes errores de todo punto inescusables? Y es lo malo, que hay ignorantes que digan, que esto es lo perfeto, y que lo demas es buscar gullurías. ¿Pues qué si venimos á las comedias divinas? ¡Qué de milagros falsos fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro! Y aun en las humanas se atreven á hacer milagros, sin mas respeto ni consideracion, que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire y venga á la comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios españoles, porque los estrangeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos; y no seria bastante disculpa desto decir, que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la

comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad; y que pues este se consigue con cualquier comedia buena, ó mala, no hay para que poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan, á que las hagan como debian hacerse, pues como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo cual responderia yo, que este fin se conseguiria mucho mejor sin comparacion alguna con las comedias buenas, que con las no tales, porque de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea: y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario se representan: y no tienen la culpa desto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben estremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarian si no fuesen de aquel jaez, y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad, véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama: y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfecion que requieren[1]. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas

1 El felicísimo ingenio de quien habla Cervantes, es Lope de Vega, que en su referido *Arte nuevo de hacer comedias*, confiesa esta deferencia á los representantes y al pueblo por estas palabras:

Y escribo por el arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso pretendieron,
Porque como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes, y en deshonra de algunos linages: y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta, que ecsaminase todas las comedias antes que se representasen: no solo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la cual aprobacion, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna: y desta manera los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrian representarlas, y aquellos que las componen, mirarian con mas cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso ecsámen de quien lo entiende: y desta manera se harian buenas comedias y se conseguiria felicísimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes y el ahorro del cuidado de castigarlos: y si se diese cargo á otro, ó á este mismo, que ecsaminase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfecion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados, pues no es posible que esté continuó el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreacion. A este punto de su coloquio llegaban el Canónigo y el Cura, cuando adelantándose el Barbero llegó á ellos, y dijo al Cura: Aquí, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno, para que sesteando nosotros, tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto.—Así me lo parece á mí, respondió el Cura, y diciéndole al Canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia, y así por gozar dél, como de la conversacion del Cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber mas por menudo las hazañas de Don Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no lejos de allí estaba, y trujesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde: á lo cual uno de sus criados respondió, que el acémila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traia recado bastante para no obligar á tomar de la venta mas que cebada.—Pues así es,

dijo el Canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver la acémila. En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la continua asistencia del Cura y del Barbero, que tenia por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dijo:—Señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es que aquestos dos que vienen aquí encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro lugar y el Barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, síguese, que no va encantado, sino embaido y tonto. Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá como no va encantado sino trastornado el juicio.—Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, respondió Don Quijote, que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad: y en lo que dices, que aquellos que allí van y vienen con nosotros, son el Cura y el Barbero, nuestros compatriotás y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mesmos, pero que lo sean realmente y en efeto, eso no lo creas en ninguna manera: lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser, que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores, tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las destos nuestros amigos, para darte á tí ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél, aunque tuvieses la soga de Teseo: y tambien lo habrán hecho, para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño: porque si por una parte tú me dices que me acompañan el Barbero y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí, que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga, ó piense, sino que la manera de mi encantamento escede á cuantas yo he leido en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así que, bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos como yo soy turco: y en lo que toca á querer preguntarme algo, dí, que yo te responderé, aunque me preguntes de aquí á mañana.—¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho, dando una gran voz, ¿y es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falto de meollo, que no eche

de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene mas parte la malicia que el encanto? Pero pues así es, yo le quiero probar evidentemente como no va encantado: si no dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando menos piense.—Acaba de conjurarme, dijo Don Quijote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho, que te responderé con toda puntualidad.—Eso pido, replicó Sancho, y lo que quiero saber es, que me diga sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad como se espera que la han de decir, y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debajo de título de caballeros andantes.—Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió Don Quijote, acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho.—Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo, y así, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, ¿si acaso despues que vuestra merced va enjaulado y á su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores, ó menores, como suele decirse?—No entiendo eso de hacer aguas, Sancho, aclárate mas, si quieres que te responda derechamente.—¿Es posible que no entiende vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? Pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir, ¿si le ha venido gana de hacer lo que no se escusa?—Ya, ya te entiendo, Sancho: y muchas veces, y aun agora la tengo, sácame deste peligro, que no anda todo limpio.





CAPÍTULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quijote.

HA! dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber, como al alma y como á la vida. Venga acá, señor, ¿podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí, cuando una persona está de mala voluntad, no sé que tiene fulano, ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? De donde se viene á sacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan.—Verdad dices, Sancho, respondió Don Quijote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podria ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que agora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacian: de manera, que contra el uso de los tiempos no hay que argüir, ni de que hacer consecuencias: yo sé y tengo para mí, que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande, si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y estrema necesidad.—Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfacion, seria bien que vuestra merced probase á salir de esta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun sacarle della, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado, segun va de melancólico y triste: y hecho esto, probásemos otra vez la suer-

te de buscar mas aventuras, y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula: en la cual prometo á ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, ó yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo.—Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó Don Quijote, y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero, hasta que llegaron donde ya apeados los aguardaban el Cura, el Canónigo y el Barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como Don Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero: el cual rogó al Cura, que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir, no iria tan limpia aquella prision, como requeria la decencia de un tal caballero como su amo.—Entendióle el Cura, y dijo que de muy buena gana haria lo que le pedia, si no temiera que en viéndose su señor en libertad, habia de hacer de las suyas, y irse donde jamas gentes le viesen.—Yo le fio de la fuga, respondió Sancho.— Y yo y todo, dijo el Canónigo, y mas si él me da la palabra, como caballero, de no apartarse de nosotros, hasta que sea nuestra voluntad.—Sí doy, respondió Don Quijote, que todo lo estaba escuchando, cuanto mas, que el que está encantado como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó, le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos: y si hubiere huido, le hará volver en volandas; y que pues esto era así, bien podian soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos; y del no soltarle, les protestaba que no podia dejar de fatigarles el olfato, si de allí no se desviaban. Tomóle la mano el Canónigo, aunque las tenia atadas, y debajo de su buena fé y palabra le desenjaularon, de que él se alegró infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula: y lo primero que hizo fué, estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo: Aun espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor acuestas y yo encima de tí, ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo: y

diciendo esto Don Quijote, se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado y con mas deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase. Mirábalo el Canónigo, y admirábase de ver la estrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondia, mostraba tener bonísimo entendimiento, solamente venia á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías: y así movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba, para esperar el repuesto del Canónigo, le dijo:—¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa letura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo, que venga á creer que va encantado, con otras cosas de este jaez, tan lejos de ser verdaderas, como lo está la mesma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano, que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Félix Marte de Ircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trages, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mugeres valientes, y finalmente, tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir, que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego, si cerca ó presente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen: y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traido á términos, que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algun leon, ó algun tigre de lugar en lugar para ganar con él, dejando que le vean. Ea, señor Don Quijote, duélase de sí mesmo, y redúzgase al gremio de la discrecion,

y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra letura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra: y si todavía llevado de su natural inclinacion quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania, un César Roma, un Aníbal Cartago, un Alejandro Grecia, un conde Fernan Gonzalez Castilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernandez Andalucía, un Diego Garcia de Paredes Estremadura, un Garci Perez de Vargas Jerez, un Garcilaso Toledo, un Don Manuel de Leon Sevilla, cuya leccion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar á los mas altos ingenios que los leyeren. Esta sí será letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quijote mio, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía: y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do segun he sabido trae vuestra merced su principio y orígen. Atentísimamente estuvo Don Quijote escuchando las razones del Canónigo, y cuando vió que ya habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo:—Paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender, que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, é inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la durísima profesion de la caballería andante que ellos enseñan, negándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas.—Todo es al pié de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dijo á esta sazon el Canónigo. A lo cual respondió Don Quijote:—Añadió tambien vuestra merced, diciendo, que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me seria mejor hacer la enmienda y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleitan y enseñan.—Así es, dijo el Canónigo.—Pues yo, replicó Don Quijote, hallo por mi cuenta, que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo y te-

nida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecia la mesma pena que vuestra merced dice que da á los libros, cuando los lee y le enfadan: porque querer dar á entender á nadie, que Amadis no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir, que el sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra sustenta; porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo, que pueda persuadir á otro, que no fué verdad lo de la infanta Floripes y Güi de Borgoña, y lo de Fierabras con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno? Que, voto á tal, que es tanta verdad como es ahora de dia: y si es mentira, tambien lo debe de ser, que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el rey Artus de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos: y tambien se atreverán á decir, que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del santo Grial [1], y que son apócrifos los amores de Don Tristan y la reina Iséo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña: y es esto tan así, que me acuerdo yo que me decia una mi agüela de partes de mi padre, cuando veia alguna dueña con tocas reverendas: Aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona, de donde arguyo yo, que la debió de conocer ella, ó por lo menos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. ¿Pues quién podrá negar, no ser verdadera la historia de Piérres y la linda Magalona; pues aun hasta hoy dia se ve en la armería de los reyes, la clavija con que volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Piérres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta? Y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesválles está el cuerno de Roldan, tamaño como una grande viga [2]: de donde se infiere, que hubo doce Pares, que hubo Piérres, que hubo Cides, y otros caballeros semejantes, destos que dicen las gentes que á sus aven-

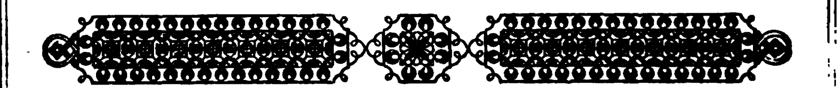
1 Título de un libro, tan antiguo como raro, de caballerías. *Demanda* quiere decir conquista: *Grial* es un plato ó vaso de esmeralda, llamado *santo* ó santificado por haber servido, segun se finge, en la última cena de nuestro Señor; ó para recoger su preciosa sangre cuando Josef Abarimatea lavó las llagas de su sagrado cuerpo para embalsamarle y sepultarle; y por esto se intitula tambien este libro: *Josef Abarimatea, ó historia de Josef Abarimatea y del santo Grial.*

2 Este es el famoso cuerno de marfil que solia tocar en las batallas Roldan, y en una ocasion (segun se esplica el arzobispo Turpin: *cap.* 23) le tocó con tanto esfuerzo y pujanza, que reventó por medio, y al dueño se le rompieron las venas y nervios del cuello.

turas van. Si no, díganme tambien que no es verdad que fué caballero andante el valiente Lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charní, llamado Mosen Piérres, y despues en la ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama: y las aventuras y desafíos, que tambien acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo desciendo por línea recta de varon), venciendo á los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asimesmo que no fué á buscar las aventuras á Alemania Don Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria. Digan que fueron burlas justas de Suero de Quiñones, del Paso, las empresas de Mosen Luis de Falses contra Don Gonzalo de Guzman, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos estrangeros, tan auténticas y verdaderas, que torno á decir, que el que las negase, careceria de toda razon y buen discurso. Admirado quedó el Canónigo de oir la mezcla que Don Quijote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería, y así le respondió:—No puedo yo negar, señor Don Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles: y asimesmo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia; pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpin dellos escribe: porque la verdad dello es, que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía: á lo menos si no lo eran, era razon que lo fuesen, y era como una religion de las que ahora se usan de Santiago, ó de Calatrava, que se presupone, que los que la profesan han de ser, ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos: y como ahora dicen caballero de San Juan, ó de Alcántara, decian en aquel tiempo caballero de los doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid, no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice del conde Piérres, y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante, ó tan corto de vista, que aunque he

visto la silla, no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como vuestra merced ha dicho.—Pues allí está sin duda alguna, replicó Don Quijote, y por mas señas dicen, que está metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho.—Todo puede ser, respondió el Canónigo, pero por las órdenes que recebí, que no me acuerdo haberla visto: mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises; ni las de tanta turbamulta de caballeros, como por ahí nos cuentan, ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan estrañas locuras, como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.





CAPÍTULO L.

De las discretas altercaciones que Don Quijote y el Canónigo tuvieron, con otros sucesos.

BUENO está eso, respondió Don Quijote: los libros que están impresos con licencia de los reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros; finalmente, de todo género de personas de cualquier estado y condicion que sean, ¿habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas punto por punto, y dia por dia que el tal caballero hizo, ó caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame, que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto, si no léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no dígame: ¿Hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima, que dice: "Tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso "lago estas mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas "negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y "arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si así "no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí "encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas, que "debajo desta negrura yacen?" ¿Y que apenas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, cuando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendán-

dose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece que el cielo es mas trasparente, y que el sol luce con claridad mas nueva: ofrécesele á los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oidos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol compuesta, acá vé otra á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con órden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, de manera, que el arte imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo, ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente, él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado, no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura: y ¿hay mas que ver, despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trages, si yo me pusiese ahora á decirlos como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar, y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido caballero, que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar, como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de sendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella, y echarle un manton sobre los hombros, que por lo menos menos, dicen que suele valer una ciudad, y aun mas? ¿Qué es ver, pues, cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas, con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿Qué, el verle echar agua á manos, toda de ambar y de olorosas flores distilada? ¿Qué, el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Qué, verle servir todas las donce-

llas, guardando un maravilloso silencio? ¿Qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cual deba de alargar la mano? ¿Cuál será oir la música, que en tanto que come, suena, sin saber quien la canta ni adonde suena? ¿Y despues de la comida acabada y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de como ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir, que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyese: y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá como le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion, si acaso la tiene mala. De mí sé decir, que despues que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos, y aunque ha tan poco tiempo que me ví encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme rey de algun reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que mia fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento que solo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria, que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion, donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho, haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un condado que le tengo muchos dias ha prometido: sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado. Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo: Trabaje vuestra merced, señor Don Quijote, en darme ese condado tan prometido de vuestra merced, como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte á mí habilidad para gobernarle: y cuando me faltare, yo he oido decir, que hay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada

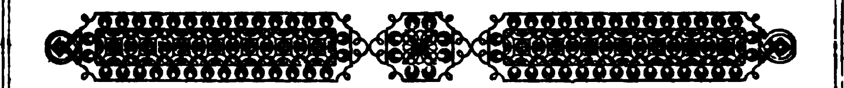
año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida gozando de la renta que le dan sin curarse de otra cosa: y así haré yo, y no repararé en tanto mas cuanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan.—Eso, hermano Sancho, dijo el Canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero al administrar justicia, ha de entender el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si ésta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines: y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto.—No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza, mas solo sé, que tan presto tuviese yo el condado, como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan rey seria yo de mi estado, como cada uno del suyo, y siéndolo, haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese, haria mi gusto, y haciendo mi gusto, estaria contento, y en estando uno contento, no tiene mas que desear, y no teniendo mas que desear, acabóse, y el estado venga, y á Dios y veámonos, como dijo un ciego á otro.—No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho[1]; pero con todo eso, hay mucho que decir sobre esta materia de condados. A lo cual replicó Don Quijote:—Yo no sé que haya mas que decir; solo me guio por el ejemplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo á su escudero conde de la Insula firme, y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido. Admirado quedó el Canónigo de los concertados disparates que Don Quijote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del caballero del lago, de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros que habia leido, y finalmente, le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del Canónigo, que á la venta habian ido por la acémila del repuesto, y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho: y estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo, y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban, sonaba, y al

1 Dijo el Canónigo.

mesmo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo: tras ella venia un cabrero dándole voces, y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviese ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida, se vino á la gente, como á favorecerse della, y allí se detuvo. Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo: Ah cerrera, cerrera, manchada, manchada, ¿y cómo andais vos estos dias de pié cojo? ¿Qué lobos os espantan, hija? ¿No me diréis qué es esto, hermosa? Mas qué puede ser sino que sois hembra, y no podeis estar sosegada, que mal haya vuestra condicion, y la de todas aquellas á quien imitais. Volved, volved, amiga, que si no tan contenta, á lo menos estaréis mas segura en vuestro aprisco, ó con vuestras compañeras: que si vos que las habeis de guardar y encaminar, andais tan sin guia y descaminada, ¿en qué podrán parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al Canónigo, que le dijo:—Por vida vuestra, hermano, que os sosegueis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esa cabra á su rebaño, que pues ella es hembra, como vos decis, ha de seguir su natural distinto, por mas que vos os pongais á estorbarlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templaréis la cólera, y en tanto descansará la cabra: y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno. Tomólo, y agradeciólo el cabrero, bebió y sosegóse, y luego dijo:—No querria que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy; pero no tanto, que no entienda como se ha de tratar con los hombres y con las bestias.—Eso creo yo muy bien, dijo el Cura, que ya yo sé de esperiencia, que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos.—A lo menos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados: y para que creais esta verdad, y la toqueis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfadais dello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oido atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mia. A esto respondió Don Quijote:—Por ver que tiene este caso un no sé que de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas noveda-

des que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad, pues, amigo, que todos escucharémos.—Saco la mia, dijo Sancho, que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oido decir á mi señor Don Quijote, que el escudero de caballero andante ha de comer cuando se le ofreciere, hasta no poder mas, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intrincada que no aciertan á salir della en seis dias, y si el hombre no va harto, ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momía.—Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo Don Quijote: vete adonde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion, como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre.—Así la darémos todos á las nuestras, dijo el Canónigo, y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido habia. El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole: Recuéstate junto á mí, manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño, se tendió ella junto á él con mucho sosiego, y mirándole al rostro, daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el cual comenzó su historia desta manera.

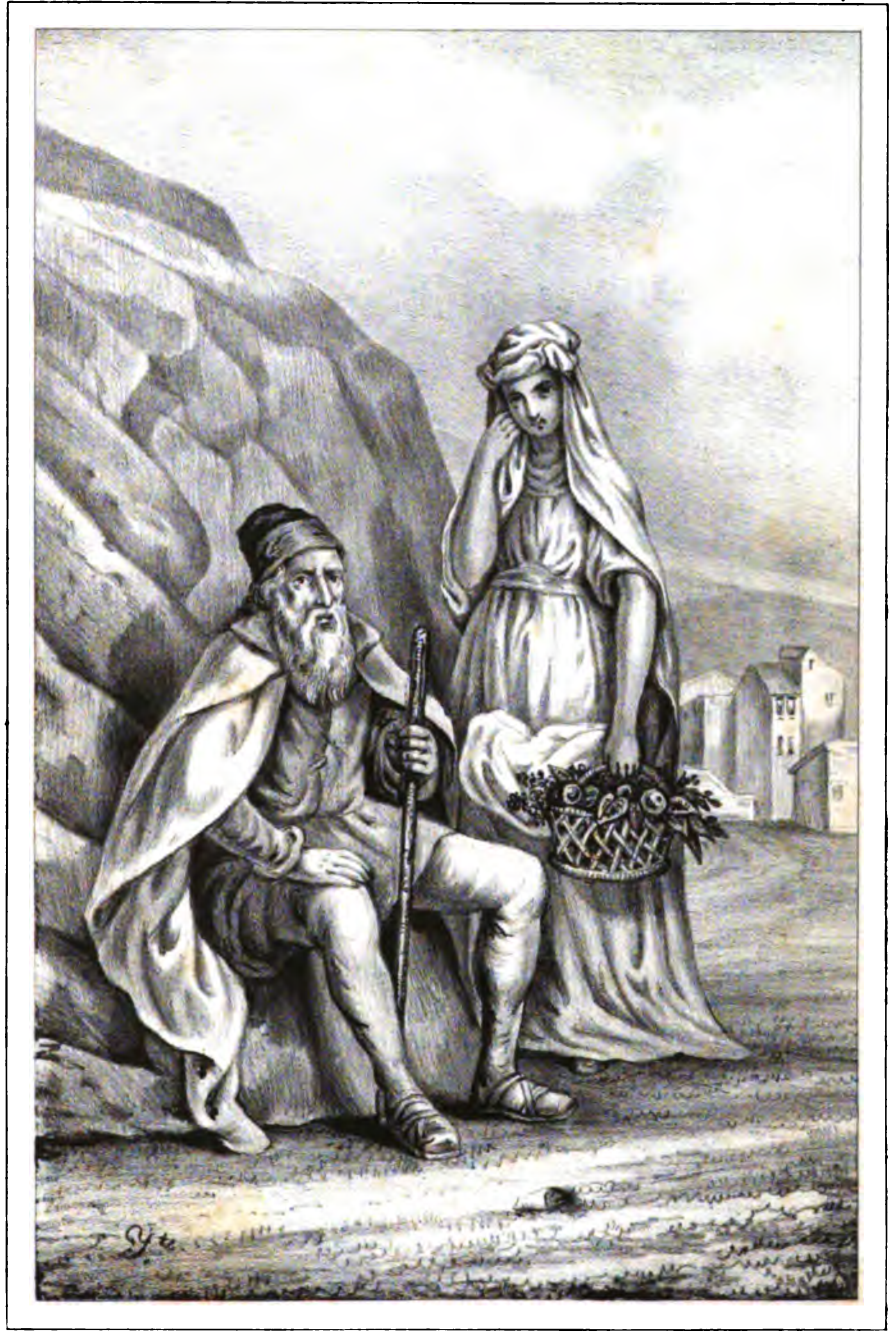




CAPÍTULO LI.

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á Don Quijote.

TRES leguas deste valle está una aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que hay en todos estos contornos, en la cual habia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anecso al ser rico el ser honrado, mas lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia mas dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan estremada hermosura, rara discrecion, donaire y virtud, que el que la conocia y la miraba, se admiraba de ver las estremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se comenzó á estender por todas las circunvecinas aldeas: ¿qué digo yo por las circunvecinas no mas, si se estendió á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los reyes y por los oidos de todo género de gente, que como á cosa rara, ó como á imágen de milagros, de todas partes á verla venian? Guardábala su padre, y guardábase ella, que no hay candados, guardas, ni cerraduras que mejor guarden á una doncella, que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija, movieron á muchos, así del pueblo como forasteros, á que por muger se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber determinarse á quien la entregaria de los infinitos que le importunaban, y entre los muchos que tan buen deseo tenian, fuí yo uno, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso, conocer que el padre conocia quien yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo,



que fué causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia, que con cualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada: y por salir de esta confusion, determinó decírselo á Leandra (que así se llama la rica que en miseria me tiene puesto), advirtiendo, que pues los dos éramos iguales, era bien dejar á la voluntad de su querida hija, el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; solo sé, que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor Anselmo y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas, que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun está pendiente, pero bien se deja entender que ha de ser desastrado. En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la Rosa, hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venia de las Italias y de otras diversas partes, de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un capitan, que con su compañía por allí acertó á pasar, y volvió el mozo de allí á otros doce, vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil diges de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponia una gala y mañana otra, pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y menos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar, es la misma malicia, lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos guisados é invenciones dellas, que si no se los contaran, hubiera quien jurara, que habia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos, y de mas de veinte plumages: y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenia á todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado: habia muerto mas moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en mas singulares desafíos, segun él decia, que Gante y Luna, Diego Garcia de Paredes y otros mil que nombraba, y de todos habia salido con vitoria, sin que le hubiesen derramado

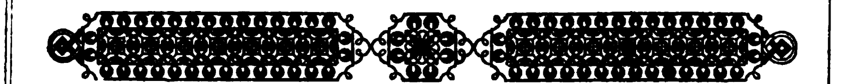
una sola gota de sangre. Por otra parte mostraba señales de heridas, que aunque no se divisaban, nos hacia entender, que eran arcabuzazos dados en diferentes rencuentros y faciones. Finalmente, con una no vista arrogancia llamaba de *vos* á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linage sus obras, y que debajo de ser soldado, al mismo rey no debia nada. Añadiósele á estas arrogancias, ser un poco músico, y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos, que la hacia hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que tambien la tenia de poeta, y así de cada niñería que pasaba en el pueblo, componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Rosa, este bravo, este galan, este músico, este poeta fué visto y mirado muchas veces de Leandra, desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trages, encantáronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados, llegaron á sus oidos las hazañas que él de sí mismo habia referido, y finalmente, que así el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino á enamorar dél, antes que en él naciese presuncion de solicitarla: y como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cumpla, que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente: y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella teniale cumplido, habiendo dejado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentándose de la aldea con el soldado, que salió con mas triunfo desta empresa, que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y aun á todos los que dél noticia tuvieron: yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la justicia, los cuadrilleros listos: tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto habia, y al cabo de tres dias hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgracia, confesó sin apremio, que Vicente de la Rosa la habia engañado, y debajo de palabra de ser su esposo, la persuadió que dejase la casa de su padre, que él la llevaria á la mas rica y mas viciosa ciudad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles, y que ella mal advertida y peor engañada le habia creido, y robando á su padre, se

le entregó la misma noche que habia faltado, y que él la llevó á un áspero monte, y la encerró en aquella cueva donde la habian hallado. Contó tambien como el soldado, sin quitarle su honor, le robó cuanto tenia, y la dejó en aquella cueva y se fué: suceso que de nuevo puso en admiracion á todos. Dificil, señor, se hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habian dejado á su hija con la joya, que si una vez se pierde, no deja esperanza de que jamas se cobre. El mesmo dia que pareció Leandra, la despareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, á lo menos con aquellos que no les iba algun interes en que ella fuese mala ó buena; pero los que conocian su discrecion y mucho entendimiento, no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo menos sin tener cosa que mirar que contento les diese, los mios en tinieblas sin luz, que á ninguna cosa de gusto les encaminase con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldeciamos las galas del soldado, y abominábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar el aldea, y venirnos á este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras tambien mias, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas comunicando con el cielo nuestras querellas. A imitacion nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra, se han venido á estos ásperos montes, usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está colmo de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice, y la llama antojadiza, varia y deshonesta, aquel la condena por fácil y ligera, tal la absuelve y perdona, y tal la justicia y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin, todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se es-

tiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamas hablado, y aun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los celos, que ella jamas dió á nadie, porque como ya tengo dicho, ántes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los aires cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos y mas juicio tiene, es mi competidor Anselmo, el cual teniendo tantas otras cosas de que quejarse, solo se queja de ausencia, y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja: yo sigo otro camino mas fácil, y á mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente, del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones que tienen: y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra, cuando aquí llegué, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros: si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no menos á la vista que al gusto agradables.







CAPÍTULO LII.

De la pendencia que Don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

GENERAL gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian, especialmente le recibió el Canónigo, que con estraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan lejos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano: y así dijo, que habia dicho muy bien el Cura, en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio, pero el que mas se mostró liberal en esto, fué Don Quijote, que le dijo:—Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino, porque vos la tuviérades buena, que yo sacara del monasterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar del abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hiciérades della á toda vuestra voluntad y talante, guardando pero las leyes de caballería que mandan, que á ninguna doncella se le sea fecho desaguisado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á Don Quijote de tan mal pelage y catadura, admiróse y preguntó al Barbero que cerca de sí tenia: Señor, ¿quién es este hombre, que tal talle tiene, y de tal manera habla?—Quién ha de ser, respondió el Barbero, sino el muy famoso Don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios y enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas.—Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes

que hacian todo eso, que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza.— Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazon Don Quijote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuvo la muy hideputa, puta que os parió: y diciendo y hablando[1], arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro, con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuantas veras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre Don Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogarle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos y rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quijote que se vió libre acudió á subir sobre el cabrero, el cual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbábanselo el Canónigo y el Cura; mas el Barbero hizo de suerte, que el cabrero cogió debajo de sí á Don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mogicones, que del rostro del pobre caballero llovia tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el Canónigo y el Cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros, como hacen á los perros cuando en pendencia están trabados: solo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podia desasir de un criado del Canónigo, que le estorbaba que á su amo no ayudase. En resolucion, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros ácia donde les pareció que sonaba; pero el que mas se alborotó de oirle fué Don Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dijo: Hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas, no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta, que á nuestros oidos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba can-

1 *Diciendo y haciendo*, deberia decir, por ser esta una errata de imprenta conocida, pues este modismo de la lengua es invariable; y así en la P. I. cap. XXII, p. 149 dijo el mismo Cervantes: *y diciendo y haciendo*.



sado de moler y ser molido, le dejó luego, y Don Quijote se puso en pié volviendo asimismo el rostro adonde el son se oia, y vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de diciplinantes. Era el caso, que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y diciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese: y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba, venia en procesion á una devota ermita, que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quijote que vió los estraños trages de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habian de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba, como á caballero andante, el acometerla: y confirmóle mas esta imaginacion, pensar que una imágen que traian cubierta de luto, fuese alguna principal señora, que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines: y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban:—Agora, valerosa compañía, verédes cuanto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la órden de la andante caballería: agora digo, que verédes en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes: y en diciendo esto apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamas la diese Rocinante) se fué á encontrar con los diciplinantes: bien que fueron el Cura y el Canónigo y Barbero á detenerle, mas no les fué posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo:—¿Adónde va, señor Don Quijote, qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica? Advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella Señora que llevan sobre la peana, es la imágen benditísima de la Vírgen sin mancilla: mire, señor lo que hace, que por esta vez se puede decir, que no es lo que sabe. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera, no volviera si el rey se lo mandara. Llegó pues á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca

voz dijo:—Vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los ro[illegible] tros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primer[illegible] se detuvieron fueron los que la imágen llevaban; y uno de [illegible] tro clérigos que cantaban las letanías, viendo la estraña catadura de Don Quijote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quijote, le respondió diciendo: —Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve, que en dos palabras se diga.—En una lo diré, replicó Don Quijote, y es esta, que luego al punto dejeis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habédes fecho, y yo que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron, que Don Quijote debia de ser algun hombre loco, y tornáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de Don Quijote, porque sin decir mas palabra, sacando la espada arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de Don Quijote enarbolando una horquilla, ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quijote con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano, dió tal golpe á Don Quijote encima de un hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra villana fuerza, que el pobre Don Quijote vino al suelo muy mal parado. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caido, dió voces á su moledor, que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que detuvo al villano, no fueron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quijote no bullia pié ni mano, y así creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo. Ya en esto llegaron todos los de la compañía de Don Quijote adonde él estaba, mas los de la procesion, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hiciéronse todos un remolino al rededor de la imágen, y alzados los capirotes, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con

determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiesen á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El Cura fué conocido de otro Cura, que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer Cura dió al segundo en dos razones cuenta de quien era Don Quijote, y así él como toda la turba de los diciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza con lágrimas en los ojos decia: ¡O flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡ó honra de tu linage, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el cual faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡ó liberal sobre todos los Alejandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenias dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡ó humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin, caballero andante, que es todo lo que decir se puede! Con las voces y gemidos de Sancho revivió Don Quijote, y la primera palabra que dijo, fué:—El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos.—Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos á mi aldea en compañía destos señores que su bien desean, y allí daremos órden de hacer otra salida, que nos sea de mas provecho y fama.—Bien decis, Sancho, respondió Don Quijote, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que agora corre[1].—El Canónigo y el Cura y Barbero le dijeron, que haria muy bien en hacer lo que decia: y así habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á Don Quijote en el carro, como antes venia: la procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino: el cabrero se despidió de todos, los cuadrilleros no quisie-

1 En esta resolucion se conforma Don Quijote con la costumbre de otros caballeros andantes, como son Amadis de Gaula, y Esplandian, á quienes juntamente con sus señoras, tenia por su bien encantados en la Insula Firme su amiga, la maga ó bruja Urganda, hasta que pasase el mal influjo de las estrellas. (*Amadis de Gaula:* lib. 6, cap. 18.)

ron pasar adelante, y el Cura les pagó lo que se les debia: el Canónigo pidió al Cura le avisase el suceso de Don Quijote, si sanaba de su locura, ó si proseguia en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viage. En fin todos se dividieron y apartaron, quedando solos el Cura y Barbero, Don Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y acomodó á Don Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino, que el Cura quiso, y acabo de seis dias llegaron á la aldea de Don Quijote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser Domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de Don Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia, y cuando conocieron á su compatriota, quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su Ama y á su Sobrina, de que su tio y su señor venia flaco y amarillo y tendido sobre un monton de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á Don Quijote por sus puertas. Á las nuevas de esta venida de Don Quijote acudió la muger de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero, y así como vió á Sancho, lo primero que le preguntó, fué, que si venia bueno el asno.—Sancho respondió, que venia mejor que su amo.—Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme agora, amigo, ¿qué bien habeis sacado de vuestras escuderías? ¿qué saboyana [1] me traeis á mí? ¿qué zapaticos á vuestros hijos?—No traigo nada deso, dijo Sancho, muger mia, aunque traigo otras cosas de mas momento y consideracion.—Deso recibo yo mucho gusto, respondió la muger: mostradme esas cosas de mas consideracion y mas momento, amigo mio, que las quiero ver, para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.—En casa os las mostraré, muger, dijo Panza, y por agora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viage á buscar aventuras, vos me vereis presto conde ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino lo mejor que pueda hallarse.—Quiéralo así el cielo, marido mio, que bien lo habe-

1 Era una gala de muger, introducida de Saboya en España.


J.H.

mos menester. Mas decidme, ¿qué es eso de ínsulas? que no lo entiendo.—No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho; á su tiempo lo verás, muger, y aun te admirarás de oirte llamar Señoría de todos tus vasallos.—¿Qué es lo que decis, Sancho, de Señorías, ínsulas y vasallos? respondió Juana Panza, que así se llamaba la muger de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos[1].—No te acucies, Juana, por saber todo esto tan apriesa, basta que te digo verdad y cose la boca: solo te sabré decir así de paso, que no hay cosa mas gustosa en el mundo, que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad, que las mas que se hallan, no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de esperiencia, porque de algunas he salido manteado y de otras molido; pero con todo eso es linda cosa esperar los sucesos, atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí. Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza su muger, en tanto que el Ama y Sobrina de Don Quijote le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El Cura encargó á la Sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tio, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traelle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo, que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas y temerosas, de que se habian de ver sin su amo y tio en el mesmo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se

1 Esta costumbre de la Mancha se usaba tambien en Francia, de donde volvió y se adoptó modernamente por algunas en España, segun la reprendia un poeta de nuestros tiempos, entre otras costumbres que las españolas habian adoptado de las francesas.

Amaneció contenta con su doña,
Y acostóse madama de Borgoña;
Pues, aunque su apellido es de Velasco,
Comenzó á causarle asco
Cuando supo que en Francia las casadas
Están acostumbradas
A dejar para siempre su apellido,
Por casarse aun así con su marido, etc.

lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos, á lo menos por escrituras auténticas; solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que Don Quijote la tercera vez que salió de su casa fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara, ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caja de plomo, que segun él dijo, se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba: en la cual caja se habian hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mesmo Don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres: y los que se pudieron leer y sacar en limpio, fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamas vista historia. El cual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le den el mesmo crédito, que suelen dar los discretos á los libros de caballerías que tan validos andan en el mundo, que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, á lo menos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo, eran estas:

LOS ACADEMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

HOC SCRIPSERUNT.

EL MONICONGO, ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA A LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE.

Epitafio.

El calvatrueno[1] que adornó á la Mancha
De mas despojos que Jason de Creta,
El juicio que tuvo la veleta,
Aguda, donde fuera mejor ancha.

1 Se dice del que tiene la cabeza atronada, y es vocinglero y alocado.

El brazo que su fuerza tanto ensancha,
Que llegó del Catay hasta Gaeta,
La Musa mas horrenda y mas discreta,
Que grabó versos en broncinea plancha:
El que á cola dejó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarría:
El que hizo callar los Belianises:
Aquel, que en Rocinante errando anduvo,
Yace debajo desta losa fria.



DEL PANIAGUADO [1], ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA

IN LAUDEN DULCINEÆ DEL TOBOSO.

Soneto.

Esta que veis de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, Reina del Toboso,
De quien fué el gran Quijote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjuez, á pié y cansado:
Culpa de Rocinante. ¡O dura estrella!
Que esta Manchega dama, y este invito
Andante caballero, en tiernos años,
Ella dejó muriendo de ser bella,
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

DEL CAPRICHOSO, DISCRETISIMO ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Soneto.

En el soberbio tronco diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frenético el Manchego su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino.

1 Significa la persona á quien se da de comer, por ser el pan y agua los dos artículos mas esenciales del alimento; y por estension indica el cliente.—(CLEMENCIN.)

Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, azuela, raja y parte:
Nuevas proezas; pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.
Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces, y su fama ensancha,
Hoy á Quijote le corona el Aula
Do Belona preside, y dél se precia
Mas que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha
Pues hasta Rocinante, en ser gallardó,
Escede á Brilladoro y á Bayardo.

DEL BURLADOR ACADEMICO ARGAMASILLESCO, A SANCHO PANZA.

Soneto.

Sancho Panza es aqueste en cuerpo chico;
Pero grande en valor. ¡Milagro estraño!
Escudero el mas simple y sin engaño,
Que tuvo el mundo, os juro y certifico.
De ser Conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.
Sobre él anduvo (con perdon se miente)
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante y tras su dueño.
¡O vanas esperanzas de la gente,
Cómo pasais con prometer descanso,
Y al fin parais en sombra, en humo, en sueño!

DEL CACHIDIABLO, ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE.

Epitafio.

Aquí yace el Caballero
Bien molido y mal andante,
A quien llevó Rocinante
Por uno y otro sendero.

Sancho Panza el majadero
Yace tambien junto á él,
Escudero el mas fiel,
Que vió el trato de escudero.

DEL TIQUITOC, ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO.

Epitafio.

Reposa aquí Dulcinea,
Y aunque de carnes rolliza,
La volvió en polvo y ceniza
La muerte espantable y fea.
Fué de castiza ralea,
Y tuvo asomos de dama,
Del gran Quijote fué llama,
Y fué gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer: los demas, por estar carcomida la letra, se entregaron á un Académico, para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia, que lo ha hecho á costa de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos á luz, con esperanza de la tercera salida de Don Quijote.

Forsi altro canterá con miglior plettro[1].



1 Este verso está tomado del *Orlando* del Ludovico Ariosto (cant. XXX, estancia ú octava 16); pero no está copiado fielmente, pues en su testo original se lee así:

Forse altri canterá con miglior plettro.

Al fin del cap. I, de la parte II, vuelve á citar Cervantes este mismo pasage del Ariosto, diciendo:

Y como del Catay recibió el cetro
Quizá otro cantará con mejor plectro.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.



	Pág.
Noticia sobre la vida y los escritos de Cervantes	3
Prólogo	V
Cap. I.—Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha	1
Cap. II.—Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote.	7
Cap. III.—Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero	13
Cap. IV.—De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta	19
Cap. V.—Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero	25
Cap. VI.—Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo	29
Cap. VII.—De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha.	35
Cap. VIII.—Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion	40
Cap. IX.—Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaino y el valiente manchego tuvieron	47
Cap. X.—De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero	52
Cap. XI.—De lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros	57
Cap. XII.—De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quijote	63
Cap. XIII.—Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos	69
Cap. XIV.—Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos	77
Cap. XV.—Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses	85
Cap. XVI.—De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo	92
Cap. XVII.—Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo	99
Cap. XVIII.—Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas	106
Cap. XIX.—De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos	115
Cap. XX.—De la jamas vista ni oida aventura que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quijote de la Mancha	122
Cap. XXI.—Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero	133
Cap. XXII.—De la libertad que dió Don Quijote á muchos desdichados, que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir...	143
Cap. XXIII.—De lo que le aconteció al famoso Don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan	152
Cap. XXIV.—Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena	162
Cap. XXV.—Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros....	170
Cap. XXVI.—Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quijote en Sierra Morena	184
Cap. XXVII.—De como salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia	191
Cap. XXVIII.—Que trata de la nueva y agradable aventura que al Cura y Barbero sucedió en la mesma Sierra	206
Cap. XXIX.—Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto	219
Cap. XXX.—Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo	229
Cap. XXXI.—De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos	238
Cap. XXXII.—Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quijote.	246
Cap. XXXIII.—Donde se cuenta la novela del Curioso impertinente	252
Cap. XXXIV.—Donde se prosigue la novela del Curioso impertiente	269
Cap. XXXV.—Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se dá fin á la novela del Curioso impertinente	285
Cap. XXXVI.—Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron	293
Cap. XXXVII.—Donde se prosigue la histo-	

Pág.

ria de la famosa infanta Micomicona con otras graciosas aventuras.... 302
Cap. XXXVIII.—Que trata del curioso discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras.... 311
Cap. XXXIX.—Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos.... 315
Cap. XL.—Donde se prosigue la historia del cautivo.... 323
Cap. XLI.—Donde todavia prosigue el cautivo su suceso.... 334
Cap. XLII.—Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.... 351
Cap. XLIII.—Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros estraños acaecimientos en la venta sucedidos... 357
Cap. XLIV.—Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.... 366
Cap. XLV.—Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.... 373
Cap. XLVI.—De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quijote.... 380
Cap. XLVII.—Del estraño modo con que fué encantado Don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.... 387
Cap. XLVIII.—Donde prosigue el Canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.... 396
Cap. XLIX.—Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quijote.... 403
Cap. L.—De las discretas altercaciones que Don Quijote y el Canónigo tuvieron, con otros sucesos.... 410
Cap. LI.—Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á Don Quijote.. 416
Cap. LII.—De la pendencia que Don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.... 421

COLOCACION DE LAS ESTAMPAS DEL TOMO PRIMERO.

Pág.

Retrato de Cervantes: antes de su vida.
Don Quijote leyendo: antes del Prólogo.
Cap. I.—Don Quijote probando sus armas... 4
Cap. I.—Dulcinea.... 6
Cap. II.—D. Quijote desarmado por dos doncellas.... 10
Cap. III.—Don Quijote armado Caballero... 17
Cap. IV.—Don Quijote con los mercaderes.. 24
Cap. V.—D. Quijote conducido á su casa por el labrador.... 26
Cap. VI.—Escrutinio de libros de caballería.. 30
Cap. VII.—Retrato de Sancho.... 38
Cap. VIII.—Los molinos de viento.... 41
Cap. IX.—Rocinante solo.... 49
Cap. X.—La celada rota.... 54
Cap. XI.—Don Quijote y los cabreros.... 58
Cap. XIII.—Entierro de Grisóstomo.... 76
Cap. XV.—Despues de la batalla con los yangüeses.... 90
Cap. XVI—Curacion de D. Quijote en la venta. 93
Cap. XVII.—Composicion del bálsamo.... 101
Cap. XVII.—Manteamiento de Sancho.... 104
Cap. XVIII.—Gran batalla con los carneros. 111
Cap. XVIII.—Sancho registrando las muelas de su amo.... 114
Cap. XX.—Sancho atando los piés á Rocinante.... 124
Cap. XX.—Gran miedo de Sancho.... 128
Cap. XXI.—Donde trabaja la imaginacion de Don Quijote.... 138
Cap. XXII.—Encuentro de los galeotes.... 143
Cap. XXII.—Despues de haber libertado á los galeotes.... 151
Cap. XXIII.—El hallazgo de una maleta en la Sierra.... 154
Cap. XXIII.—El loco Cardenio.... 157
Cap. XXIV.—Despedida de Cardenio á Luscinda.... 166
Cap. XXV.—Locuras de Don Quijote en la Sierra.... 183
Cap. XXVI.—Don Quijote haciendo penitencia en la Sierra.... 186
Cap. XXVII.—El Cura y Barbero disfrazándose.... 191
Cap. XXVII.—Mensage de Luscinda á Cardenio.... 199
Cap. XXVII.—Casamiento de Luscinda.... 201
Cap. XXVIII.—Don Fernando y Dorotea... 212
Cap. XXIX.—Dorotea vestida de doncella menesterosa.... 221
Cap. XXIX.—Entrevista de Don Quijote y Dorotea.... 223
Cap. XXIX.—Caida del Barbero, escudero de Dorotea.... 226
Cap. XXX.—El gigante Tinacrio el Sabidor. 230
Cap. XXX.—Sancho encuentra su rucio.... 236
Cap. XXXI.—Sancho contando á Don Quijote su entrevista con Dulcinea.... 238
Cap. XXXI.—Descanso junto á una fuentecilla.... 243
Cap. XXXII.—El Cura leyendo la novela del Curioso Impertinente.... 251
Cap. XXXIII.—Camila.... 252
Cap. XXXIII.—Anselmo y Lotario.... 254
Cap. XXXIII.—Lotario en casa de Anselmo. 264
Cap. XXXIV.—Lotario leyendo unos versos. 272
Cap. XXXIV.—Artificio de Camila.... 282
Cap. XXXV.—Los cueros de vino.... 285
Cap. XXXVI.—Reconciliacion de D. Fernando y Dorotea, y de Cardenio y Luscinda.. 298
Cap. XXXVII.—De las quejas de Sancho Panza á su amo.... 303
Cap. XXXVII.—Llegada á la venta del cautivo y Zorayda.... 306
Cap. XXXVIII.—Del hermoso discurso de D. Quijote.... 311
Cap. XXXIX.—Historia del cautivo.... 315
Cap. XL.—El cautivo escribiendo á Zorayda. 330
Cap. XLI.—Desmayo de Zorayda.... 338
Cap. XLI.—El Padre de Zorayda maldiciéndola.... 345
Cap. XLIII.—Don Quijote atado por la mano. 363
Cap. XLIV.—Don Quijote viniendo en defensa del ventero.... 370
Cap. XLV.—Gran batalla por el yelmo de Mambrino.... 377
Cap. XLVI.—Don Quijote perdonando á Sancho.... 384
Cap. XLVII.—Don Quijote en la jaula.... 390
Cap. XLVIII.—Hermosa conversacion de Sancho con su amo.... 402
Cap. LI.—Historia del cabrero.... 416
Cap. LII.—Aventura de los diciplinantes.... 424
Cap. LII.—Sancho llegando á su casa.... 427
Cap. LII.—Don Quijote llegando enfermo á su casa.... 428

